

El Diario de David Brainerd

¡Oh, si pudiera ser una llama de fuego al servicio de mi Dios!



Diarios de Avivamientos

El Diario personal de David Brainerd

¡Oh, si pudiera ser una llama de fuego al servicio de mi Dios!

Un extracto de la

VIDA DE DAVID BRAINERD

Misionero a los indios

por

Jonathan Edwards

Traducción y edición especial de

Diarios de Avivamientos

Un extracto de la Vida de David Brainerd, basado en el Diario Personal de David Brainerd, por Jonathan Edwards.

Este material ha sido íntegramente traducido por Gabriel Edgardo LLugdar, para Diarios de Avivamientos ©, 2018.

Se permite la libre distribución, almacenamiento e impresión de este material, siempre que sea sin fines de lucro o publicitarios, y se reconozca la propiedad de la presente traducción a Diarios de Avivamientos.

Prefacio

DAVID BRAINERD nació el 20 de abril de 1718 en Haddam, una ciudad perteneciente al condado de Hartford; en la colonia de Connecticut, Nueva Inglaterra. Su padre, que murió cuando él tenía unos nueve años de edad, fue el honorable Ezequías Brainerd, uno de los consejeros de su majestad para esa colonia; hijo de Daniel Brainerd, juez de paz, y diácono de la iglesia en Haddam. Su madre era la señora Dorothy Hobart, hija del reverendo Jeremiah Hobart, que predicó un tiempo en Topsfield, luego se trasladó a Hempstead en Long Island; y luego se instaló en el ministerio de Haddam; donde murió a la edad de 85 años.

Él fue el tercer hijo varón de sus padres, que tuvieron cinco hijos y cuatro hijas. El hijo mayor, Ezequías, fue un respetable ciudadano de Haddam. El segundo fue el Rev. Nehemias Brainerd, un digno ministro en Eastbury, Connecticut. El cuarto, el Sr. John Brainerd, que reemplazó a su hermano, David, como misionero entre los indios; fue pastor de la misma iglesia de los indios creyentes de Nueva Jersey. Y el quinto fue Israel, que estudió en el Yale College y que falleció poco después de su hermano David. Su madre, después de haber vivido por cerca de cinco años como viuda, murió cuando el personaje central de estas memorias tenía unos catorce años de edad. Así, en su juventud, Brainerd quedó huérfano de padre y madre. A continuación, transcribo el relato que él hizo de su propia persona. [Jonathan Edwards]

Capítulo 1

Desde su nacimiento, al tiempo en que comenzó a estudiar para el ministerio 1718-1742.

Desde muy pequeño fui un tanto sobrio, inclinado a la melancolía, pero no me recuerdo de ninguna convicción de pecado digna de cualquier observación; hasta que yo ya tenía unos siete u ocho años de edad. Entonces quedé preocupado con mi alma, aterrorizado ante la idea de la muerte. Fue impulsado al cumplimiento de los deberes religiosos, aunque por desgracia, esta preocupación religiosa fue de corta duración; algunas veces me entregaba a oraciones secretas, y

así vivía “reposado en Sion aunque sin Dios en el mundo”, y sin mucho interés hasta tener más de trece años de edad.

Durante el invierno de 1732, fui despertado de ese sentido de seguridad carnal; ni sé decir directamente por qué medios, pero me preocupaba mucho la prevalencia de cierta enfermedad mortal en Haddam. Me torné frecuente, constante y fervoroso en oración; y también me deleitaba en la lectura, sobre todo del libro del Sr. Janeway, *Tokenfor Children* [un libro para niños]. A veces me sentía muy enternecido ante los deberes religiosos, apreciando su realización, y algunas veces esperaba que me hubiera convertido, o al menos, que estuviera en un buen y esperanzado camino hacia el cielo y la felicidad; sin yo saber lo que era la conversión. En esta época, el Espíritu de Dios trabajó mucho en mí. Yo estaba notablemente muerto para el mundo; mis pensamientos se volvían casi enteramente a las preocupaciones de mi alma, y puedo realmente decir que estaba “casi persuadido a hacerme cristiano”. Quedé extremadamente afligido y melancólico con la muerte de mi madre en marzo de 1732. Después de eso, mi interés religioso empezó a declinar, y poco a poco regresé a un considerable grado de seguridad propia; aunque continuaba haciendo oraciones secretas.

En torno al 15 de abril de 1733, me mudé de la casa de mi padre a East Haddam; donde permanecí por cuatro años. Continuaba “sin Dios en el mundo”, aunque con cierta frecuencia me entregaba a oraciones secretas. Nunca me ha gustado mucho la compañía y las diversiones de la juventud; pero sé que cuando me ponía en esa compañía, nunca volvía con tan buena conciencia como cuando iba. Eso siempre me añadía una nueva culpa, haciéndome temeroso de acercarme al trono de la gracia, y perjudicar aquellas buenas disposiciones que yo tanto apreciaba. Pero, desgraciadamente, todas mis buenas disposiciones eran sólo justicia propia; no basadas en un deseo por la gloria de Dios.

A finales de abril de 1737, habiendo cumplido los diecinueve años de edad, me mudé a Durham; para trabajar en mi sitio, donde me quedé por cerca de un año. A menudo anhelaba una educación académica. Cuando tenía unos veinte años, me aplicaba a los estudios; y por ese tiempo estaba más que nunca comprometido en mis deberes religiosos. Me convertí en un hombre muy riguroso y vigilante con mis pensamientos, palabras y acciones. Concluí que tenía que ser realmente sobrio, porque había resuelto consagrarme al ministerio; y me imaginaba que yo me había dedicado al Señor.

En abril de 1738, fui a residir con el Sr. Fiske, de Haddam [era el pastor de la iglesia en Haddam], con quien continué morando mientras él vivió. Recuerdo que él me aconsejó que abandonara de una vez la compañía de los jóvenes y me asociara a personas serias, mayores; consejo que seguí. Mi manera de vivir, entonces, fue completamente rutinaria, llena de religiosidad. Leí mi Biblia por más de dos veces en menos de un año, y pasaba mucho tiempo cada día en oración, y otros deberes secretos; dando gran atención a la palabra predicada, esforzándome al máximo por retenerla. Tan preocupado estaba con los asuntos religiosos que concordé, con algunas personas jóvenes, en reunirnos los sábados para ejercicios religiosos; y me juzgaba sincero en estos deberes. Terminadas las reuniones, yo solía repetir para mí los discursos escuchados aquel día, recordándolos cuanto me fuera posible; algunas veces hasta tarde por la noche. Ocasionalmente, los lunes me recordaba de los sermones del domingo; sentía placer en los ejercicios religiosos y pensaba seriamente en convertirme en miembro de alguna iglesia. En suma, yo tenía una buena apariencia exterior y descansaba totalmente en el cumplimiento de mis deberes; aunque no tuviera conciencia de ello.

Después del fallecimiento del Sr. Fiske, continué los estudios con mi hermano. Perseveraba en la práctica constante de los deberes religiosos, y me admiraba de la ligereza de los que se profesaban cristianos; lamentando su descuido en los asuntos religiosos. Así proseguí mucho tiempo sobre esa base de justicia propia; y me habría perdido y condenado completamente, si no fuera por la misericordia de Dios que lo impidió.

En algún tiempo, al comienzo del invierno de 1738, agradó a Dios un sábado por la mañana, cuando yo partía para cumplir mis deberes secretos; darne de repente, un tal sentido de mi peligro y de su ira, que me quedé admirado. Y luego desaparecieron mis cómodas disposiciones anteriores. Ante la visión que tuve de mi pecado y vileza, quedé muy afligido durante todo aquel día, temiendo que la venganza de Dios pronto me alcanzara. Me sentía muy abatido, manteniéndome solitario. Llegué a envidiar la felicidad de las aves y de los cuadrúpedos, pues no estaban sujetos a aquella miseria eterna; como evidentemente yo veía que estaba sujeto. Y así vivía día a día, a menudo en gran aflicción. A veces parecía que montañas obstruían mis esperanzas de misericordia, y la obra de conversión parecía tan grande que pensé que nunca sería el objeto de ella. Sin embargo, solía orar, clamar a Dios y realizar otros deberes con gran ardor; por lo que esperaba, por algunos medios, mejorar mi situación.

Por cientos de veces renuncié a todas las pretensiones de cualquier valor en mis deberes espirituales, al mismo tiempo que los realizaba. Y con frecuencia confesé a Dios que yo no merecía nada por los mejores de ellos; a no ser la condenación eterna. Sin embargo, tenía una esperanza secreta de recomendarme a Dios mediante mis deberes religiosos. Cuando oraba emotivamente, y mi corazón, en alguna medida, parecía enternecerse; esperaba que por ello Dios tuviera piedad de mí. En esas ocasiones, había alguna apariencia de bondad en mis oraciones, y yo parecía estar lamentando por el pecado. En alguna medida me aventuraba en la misericordia de Dios en Cristo, como yo pensaba; aunque el pensamiento preponderante, el fundamento de mi esperanza, era alguna imaginación de bondad en el entramado de mi corazón, en el calor de mis afectos y en la extraordinaria dilatación de mis oraciones.

Había momentos en que la puerta me parecía tan estrecha que yo veía como imposible entrar, pero en otras ocasiones me halagaba, diciendo que no era tan difícil; y esperaba que, por medio de la diligencia y de la vigilancia, lo acabaría consiguiendo. Algunas veces, después de mucho tiempo en devociones y en fuerte emoción, creía que había dado un buen paso hacia el cielo e imaginaba que Dios había sido afectado así como yo; y que Él oiría tales sinceros clamores, como yo los llamaba. Y así, en varias ocasiones, cuando me retiraba para la oración secreta en gran aflicción, yo volvía confortado. Y de esta forma buscaba curarme a mí mismo con mis deberes.

En una ocasión, en febrero de 1739, separé un día para ayuno y oración secretos; y pasé aquel día en clamores casi incesantes a Dios, pidiendo misericordia para que Él me abriera los ojos a la maldad del pecado y al camino de la vida, por medio de Jesucristo. En aquel día, Dios se agradó en hacer para mí notables descubrimientos en mi corazón. Sin embargo, continué confiando en la práctica de mis deberes, aunque no tuviera ninguna virtud en sí; no habiendo en ellos ninguna relación con la gloria de Dios, ni tal principio en mi corazón. Sin embargo, agrado a Dios, hacer de mis esfuerzos un medio para mostrarme, en alguna medida, mi debilidad.

A veces yo era grandemente alentado, e imaginaba que Dios me amaba y se agradaba de mí; y pensaba que pronto estaría completamente reconciliado con Dios. Pero todo esto estaba fundamentado en mera presunción, surgiendo de la ampliación en mis deberes, o del calor de los afectos, o de alguna buena resolución, o cosas similares. Y cuando, a veces, una gran aflicción empezaba a surgir basada en la visión de mi vileza y la incapacidad de librarme a mí mismo de un Dios soberano, entonces solía posponer el descubrimiento como algo que no podía soportar. Recuerdo que una vez, fui tomado por un terrible dolor de aflicción de alma; la idea de renunciar a mí mismo, permaneciendo desnudo ante Dios, desnudo de toda bondad, fue tan temible para mí que estuve listo para decir, como Félix le dijo a Pablo: “Por ahora puedes retirarte” (Hechos 24.25).

Así, aunque diariamente anhelaba una mayor convicción de pecado, suponiendo que tenía que percibir más de mi temible estado para que pudiera remediarlo; cuando los descubrimientos de mi impío corazón fueron hechos, la visión era tan espantosa, y se me mostraba tan aterradora,

tan cristalina mi exposición a la condenación, que no podía soportarla. Yo constantemente me esforzaba por obtener cualquier calificación, que imaginaba que otros obtuvieron antes de recibir a Cristo; para recomendarme a su favor. Pero otras veces, sentía el poder de un corazón empedernido, y suponía que el mismo tenía que ser ablandado antes de que Cristo me aceptara; y cuando sentía cualquier enternecimiento de corazón, entonces esperaba que de aquella vez la obra estuviera casi hecha. Y, por lo tanto, cuando mi aflicción permanecía, yo solía murmurar contra la manera como Dios lidiaba conmigo, y pensaba que cuando otros sentían sus corazones favorablemente ablandados Dios les mostraba su misericordia hacia ellos; pero mi aflicción aún permanecía inmóvil.

A veces quedaba descuidado y perezoso, sin ninguna gran convicción de pecado; y eso por considerable período de tiempo. Pero después de tal período, algunas veces, las convicciones me asediaban más violentamente. Me acuerdo de una noche en particular cuando caminaba solitariamente, que se delineó delante de mí una visión de mi pecado; que temía que el suelo se abriese debajo de mis pies y se tornase mi sepultura, mandando mi alma rápidamente al infierno, antes de que pudiera llegar a casa. Esto me obligó a meterme en la cama para que otras personas no vinieran a descubrir mi aflicción de alma, lo que yo temía mucho. No osé dormir, pues pensaba que sería una gran maravilla si yo no amaneciera en el infierno. Aunque mi aflicción a veces era tan grande, sin embargo yo temía mucho la pérdida de convicciones; y de retroceder a un estado de seguridad carnal, y a mi anterior insensibilidad de la ira inminente. Esto me hacía extremadamente riguroso en mi comportamiento, temiendo obstaculizar la actuación del Santo Espíritu de Dios.

Cuando en cualquier momento examinaba mis propias convicciones, juzgándolas considerablemente fuertes; me acostumbré a confiar en ellas. Pero esa confianza, así como la esperanza de, en breve, hacer algunos avances notables en la dirección de mi liberación tranquilizaban mi mente, y luego me hacía insensible y remiso. Pero de nuevo, cuando notaba que mis convicciones estaban desapareciendo, juzgando que estaban a punto de abandonarme, inmediatamente me alarmaba y afligía. A veces esperaba dar un largo paso, avanzando mucho hacia la conversión, por medio de alguna oportunidad o medio particular que tenía en vista.

Las muchas decepciones, las grandes aflicciones y perplejidades que experimenté, me dejaban en una horrenda disposición de conflicto con el Todopoderoso; y con vehemencia y hostilidad interiores hallaba fallas en sus maneras de tratar con la humanidad. Mi corazón inicuo, por muchas veces, deseaba algún otro camino de salvación que no fuera por Jesucristo. Al igual que un mar tempestuoso, con mis pensamientos confusos, solía planear maneras de escapar de la ira de Dios por algunos otros medios. Yo trazaba proyectos extraños, repletos de ateísmo, planeando decepcionar los designios y decretos divinos a mi respecto; o de escapar de su atención y ocultarme de Él.

Pero al reflexionar, vi que estos proyectos eran vanos y no me servirían; y que yo no podía crear nada para mi propio alivio. A eso jugaba mi mente en la más horrenda actitud, deseando que Dios no existiera; o deseando que hubiera algún otro dios que pudiera controlarlo. Tales pensamientos y deseos eran las inclinaciones secretas de mi corazón; muchas veces actuando antes de que pudiera darme cuenta de ellas. Desgraciadamente, sin embargo, eran más; aunque quedara aterrorizado cuando meditaba acerca de ellas. Y cuando reflexionaba, me afligía pensar que mi corazón estaba tan lleno de enemistad contra Dios, y temblaba; temiendo que su venganza de repente cayera sobre mí.

Antes, solía imaginar que mi corazón no era tan malo como las Escrituras, y algunos otros libros, lo describían. A veces me esforzaba dolorosamente para moldear una buena disposición, una disposición humilde y sumisa; y esperaba que hubiera alguna bondad en mí. Pero, de repente, la idea de la rigidez de la ley o de la soberanía de Dios irritaba tanto la corrupción de mi corazón, el cual yo tanto vigilaba y esperaba haber traído a una buena disposición; que tal

corrupción rompía todas las ataduras y explotaba por todos lados, como diluvios de aguas cuando desmoronan una represa.

Sensible a la necesidad de profunda humillación, a fin de tener una aproximación salvadora, me empeñaba en producir en mi propio corazón las convicciones exigidas por tal humillación, como por ejemplo, la convicción de que Dios sería justo si me rechazara para siempre; y que si Él me concediera misericordia a mí, sería por pura gracia, aunque primero tuviera que estar afligido por muchos años y muy atareado en mi deber, y que Dios de ninguna manera estaba obligado a tener piedad de mí por todas mis obras, clamores y lágrimas pasadas.

Me esforzaba al máximo para traerme a una firme creencia en esas cosas, y a un asentimiento de ellas de todo corazón. Y esperaba que ahora yo estuviera libre de mí mismo, verdaderamente humillado, y postrado ante la soberanía divina. Estaba inclinado a decir a Dios, en mis oraciones, que ahora tenía exactamente esas disposiciones de alma que Él requería, sobre la base de las cuales Él había mostrado misericordia hacia otros; y fundado en esto implorar y abogar misericordia para mí. Pero cuando no encontraba alivio y seguía oprimido por el pecado y los temores de la ira, mi alma entraba en tumulto, y mi corazón se rebelaba contra Dios; como si Él me tratara duramente.

Entonces mi conciencia se rebelaba, recordándome mi última confesión a Dios de que Él era justo al condenarme. Y eso, dándome una buena visión de la maldad de mi corazón, me echaba de nuevo en aflicción. Deseaba haber vigilado más de cerca mi corazón, impidiéndole rebelarse contra la manera como Dios me estaba tratando. E incluso llegaba a desear no haber pedido misericordia sobre la base de mi humillación; porque de ese modo había perdido toda mi aparente bondad. Así, a menudo, inútilmente imaginaba que estaba humillado y preparado para la misericordia salvadora. Y mientras me encontraba en ese estado mental afligido, confuso y en tumulto, la corrupción de mi corazón se mostraba especialmente irritada con las siguientes cosas:

1. El rigor de la ley divina. Descubrí que me era imposible, a pesar de mis extremos sufrimientos, atender a las exigencias de ella. A menudo tomaba nuevas resoluciones y, con la misma frecuencia, las rompía. Yo imputaba todo a la falta de cuidado y a la necesidad de ser más vigilante. Solía llamarme a mí mismo de tonto, por mi negligencia. Pero cuando, con una fuerte resolución y con mayores esfuerzos, y con mucha aplicación al ayuno y a la oración, descubrí que todos mis intentos fallaban; quedaba conteniendo con la ley de Dios como si fuese irrazonablemente rígida. Pensaba que si ella se extendiera sólo a mis actos y mi comportamiento externo, entonces podría aguantarla; pero descubrí que ella me condenaba por mis malos pensamientos y por los pecados de mi corazón, los cuales yo no podía impedir. Yo estaba muy reacio a admitir mi total impotencia en esta cuestión. Después de repetidas decepciones, pensaba que antes de perecer yo podría hacer un esfuerzo aún un poco mayor; sobre todo si estas o aquellas circunstancias acompañaran mis esfuerzos e intentos. Esperaba poder esforzarme más ardentemente que nunca, si la cuestión llegaba a ser extrema, aunque nunca podía encontrar el tiempo para hacer mi máximo esfuerzo, de la manera en que tenía intención de hacerlo. Esta esperanza de circunstancias futuras más favorables, y de hacer algo grande de allí en adelante, me guardaba de una extrema desesperación de verme caído en las manos de Dios, dependiendo exclusivamente de su gracia gratuita e ilimitada.
2. Otro punto que me irritaba era que solamente la fe era la condición de la salvación, que Dios no rebajaría jamás sus condiciones; y que Él no prometía vida y salvación basado en mis oraciones y esfuerzos sinceros, hechos de todo corazón. Aquella declaración de Marcos 16.16: “mas el que no creyere, será condenado”, aniquilaba todas mis esperanzas allí mismo. Y encontré que la fe era un don de Dios; que yo no podría conseguirla por mí mismo, y que no podría obligar a Dios a otorgármela a cambio de

cualquiera de mis realizaciones (Efesios 2.1-8). Yo estaba listo para decir: “Dura es esta palabra, ¿quién la puede oír?” (Juan 6.60). No podía soportar que todo lo que yo había hecho permanecía como nada, porque había sido muy escrupuloso en mis deberes de forma bien consciente. Había sido muy religioso durante tanto tiempo, y (como yo pensaba) hacía mucho más que muchos otros, que ya habían obtenido misericordia.

3. Otra cosa era, que no podía descubrir lo que era la fe, o lo que era creer en Cristo y venir a Él. Leía las invitaciones de Cristo a los cansados y trabajados; pero no conseguía descubrir ningún camino al que Él los dirigía a venir. Pensaba que vendría alegremente a Cristo, si supiera cómo, pues pensaba que la vereda del deber nunca había sido tan difícil. Leí el libro de Stoddard “Guía a Cristo” que, como pienso, fue el feliz instrumento en las manos de Dios para mi conversión. Pero mi corazón se levantó contra el autor, porque aunque él me hablaba directamente al corazón todo el tiempo bajo convicción, pareciendo ser muy beneficioso en sus orientaciones; sin embargo, para mí fallaba en una particularidad: él no me decía nada que yo pudiera hacer que me llevaría a Cristo, pero me dejó como estaba, con un inmenso abismo entre Cristo y yo; sin ninguna orientación sobre cómo transponer ese abismo. Pues aún no había sido enseñado, eficaz y experimentalmente, que no puede haber ningún camino prescrito a un hombre natural por el cual él pueda, por sus propias fuerzas, obtener aquello que es sobrenatural; y que ni siquiera el más elevado de los ángeles puede dar.

Esto me daba una terrible visión de mí mismo, y yo temía más que nunca verme en las manos de Dios; y cada vez más me sentía opuesto a someterme a su soberanía porque pensaba que él había decretado mi condenación.

En todo este tiempo, el Espíritu de Dios operaba poderosamente en mí; y yo estaba interiormente presionado a desistir de toda autoconfianza, de toda esperanza de ayudarme a mí mismo por cualquier medio a mi alcance. La convicción sobre mi estado de perdición era, algunas veces, tan clara y manifiesta ante mis ojos, que era como si me hubiera sido dicho con todas las letras: “Está hecho, está hecho, es para siempre imposible librarte a ti mismo”.

Por tres o cuatro días, mi alma estuvo grandemente abatida. Ocasionalmente, por algunos momentos, me parecía que estaba perdido y condenado, pero entonces retrocedía inmediatamente de la idea; porque no me atrevía a aventurarme en las manos de Dios, como alguien totalmente indefenso. No me atrevía a afrontar esa importante verdad acerca de mí mismo, que estaba “muerto en delitos y pecados”.

Fue de la visión de esta verdad sobre mí mismo, de mi estado como una criatura caída y alienada de Dios, sin poder reivindicar la misericordia divina, sino a su absoluta disposición; que mi alma se escapaba y se estremecía al pensar en contemplar tal situación. Así, el que practica el mal, como hacen continuamente todos los hombres irregulares, odia la luz de la verdad; no busca venir a ella porque la luz reprueba sus actos, y revela sus justos merecimientos (Juan 3.20).

Un tiempo antes, yo había tenido mucho empeño, como pensaba, para someterme a la soberanía de Dios. Sin embargo, entendí mal y no imaginaba que el ver y ser experimentalmente sensible a esta verdad, a la cual ahora mi alma temía y temblaba, era exactamente la actitud de alma que yo había deseado. Siempre había esperado que cuando yo alcanzara esa humillación, que suponía que era necesario para preceder a la fe, no sería justo que Dios me rechazara. Pero ahora yo veía que reconocerse espiritualmente muerto y destituido de toda bondad, estaba muy lejos de cualquier bondad que hubiera en mí, y que, por el contrario, mi boca sería para siempre cerrada por mi verdadera condición. Porque me parecía asombroso verme a mí mismo y a mi relación con Dios -yo como un pecador y criminal, Él como el gran Juez y Soberano- como sería para una pobre y trémula criatura arriesgarse a descender por algún profundo precipicio.

Así pues, aplazaba el entregarme a las manos de Dios, y buscaba mejores circunstancias para hacerlo, tales como: si yo leyese uno o dos pasajes bíblicos, u orase primero, o hiciera algo de esa naturaleza; o después aplazar mi sumisión a Dios con una objeción, diciendo que no sabía cómo someterme a Él. Pero la verdad era que no percibía ninguna seguridad en arrojarme en las manos de Dios, ni podía reclamar nada mejor que la condena.

Después de un tiempo considerable, pasado en ejercicios y aflicciones similares, una mañana mientras caminaba en un lugar solitario, de repente vi que todas mis artimañas y proyectos para realizar o buscar liberación y salvación por mí mismo eran cosas enteramente inútiles. Y fui traído a una posición en la que me hallaba totalmente perdido. Muchas veces, antes, había pensado que las dificultades en mi camino eran muy grandes; pero ahora percibía, bajo otra y muy distinta luz, que para siempre me sería imposible hacer cualquier cosa que me ayudara o liberase. Entonces pensé en acusarme a mí mismo, en el sentido de que no había hecho más, no haberme comprometido más mientras tuve oportunidad -pues ahora me parecía como si la oportunidad de hacer algo hubiera terminado e ido para siempre- pero de pronto percibí que haber hecho más de lo que yo ya había hecho, en nada me habría ayudado. Porque había hecho todas las súplicas que jamás podría haber hecho por toda la eternidad, y todas fueron vanas.

El tumulto que antes había estado en mi mente, ahora se había calmado; y yo estaba algo aliviado de esa angustia que sentía cuando luchaba contra la visión de mí mismo. Yo tenía la mayor certeza de que por más que yo hiciera, mi estado de alma seguiría miserable para siempre; y me sorprendió que nunca hubiera sido sensible a eso antes.

Mientras permanecí en ese estado, mis nociones sobre mis deberes eran muy diferentes de lo que me había imaginado en tiempos pasados. Antes, cuanto más cumplía mis deberes, más difícil creía que sería para Dios rechazarme; aunque al mismo tiempo, confesara y pensara el no haber ninguna bondad o mérito en mis deberes. Ahora, sin embargo, cuanto más oraba o hacía cualquier deber, más bien sentía que estaba endeudado con Dios; por permitirme pedir por misericordia. Porque observaba que el egocentrismo me había llevado a orar, y que nunca había orado una vez ni siquiera motivado por cualquier respeto hacia la gloria de Dios.

Ahora percibía que no había ninguna conexión necesaria entre mis oraciones y la concesión de la misericordia divina; que no ponían sobre Dios la mínima obligación de conferirme su gracia; y que no había más virtud o bondad en ellas que en intentar remar con las manos (la comparación que en aquel momento tenía en mente). Y eso, porque no se hacían motivadas por cualquier amor o consideración hacia Dios. Me di cuenta de que venía acumulando mis devociones ante Dios, ayunando, orando, etc., fingiendo, o algunas veces realmente pensando que apuntaba hacia la gloria de Dios; cuando de hecho yo no la buscaba, sino sólo mi propia felicidad.

Vi que como nunca había hecho nada por Dios, no tenía reivindicación alguna en cualquier cosa de Él; sino la perdición por cuenta de mi hipocresía y escarnio. ¡Oh, cuán diferentes parecían ahora mis deberes de lo que solían parecer! Mas cuando vi claramente que nada consideraba, a no ser mis propios intereses, entonces mis deberes me parecieron un vil escarnio de Dios, una auto-adoración; y un camino revestido de mentiras. He notado que algo peor que meras distracciones había acompañado mis deberes; porque todo no pasaba de auto-adoración, y un horrendo abuso de Dios.

Continué en ese estado mental desde el viernes por la mañana hasta la noche del sábado siguiente, 12 de julio de 1739, cuando yo de nuevo caminaba en aquel mismo lugar solitario donde fui llevado a verme como perdido y desamparado. Allí, en un lamentable estado melancólico, estaba tratando de orar, pero descubrí que mi corazón no quería involucrarse en oración o cumplir cualquier otro deber. Ahora había desaparecido mi preocupación anterior, mis ejercicios y afectos religiosos. Pensé que el Espíritu de Dios me había dejado totalmente. Pero

yo no me sentía angustiado, sino desconsolado, como si nada en el cielo y en la tierra me pudiera hacer feliz.

Estando en ese estado me esforcé a orar por casi media hora, aunque como pensé, eso era muy estúpido e insensato. Entonces, cuando caminaba en un bosque espeso y oscuro, una gloria indecible pareció abrirse a los ojos y a la comprensión de mi alma. No estoy hablando de ningún esplendor externo, porque no he visto tal cosa, ni ninguna imaginación de un cuerpo de luz, o cualquier cosa de esa naturaleza; pero era una nueva percepción interior o visión que yo tenía de Dios, tal como nunca tuve antes.

Me quedé quieto y admirado. Sabía que nunca antes había visto algo comparable a ello por excelencia y belleza; era muy diferente de todas las concepciones que alguna vez tuve de Dios, o de las cosas divinas.

No recibí comprensión particular de cualquiera de las personas de la Trinidad, tanto del Padre, el Hijo o el Espíritu Santo; pero me parecía estar contemplando la gloria divina. Mi alma se regocijó con una alegría indecible, por contemplar tal Dios, un tal divino y glorioso Ser. E interiormente me sentía deleitado y satisfecho, por el hecho de que Él sería Dios sobre todo y para todo, siempre. Mi alma estaba tan cautivada y deleitada con la excelencia, la amabilidad, la grandeza y otras perfecciones de Dios; y estaba tan absorto en Él que yo no pensaba, como recuerdo, acerca de mi propia salvación; que al principio me asusté que hubiese una criatura como yo.

Fue así como Dios me trajo a una disposición de todo corazón de exaltarle, de entronizarlo y de, suprema y finalmente, apuntar a su honor y gloria como Rey del universo.

Continué en ese estado de alegría, paz y admiración hasta casi oscurecerse, sin ningún sensible abatimiento. Entonces empecé a pensar y a examinar lo que yo había percibido; me sentí dulcemente sereno toda la noche siguiente. Me sentía en un mundo nuevo y todo a mi alrededor aparecía con un aspecto diferente de lo que había aparecido antes.

Fue en ese tiempo que se abrió para mí el camino de la salvación, con tal sabiduría, conveniencia y excelencia infinitas, que llegué a admirarme de haber pensado de cualquier otra manera acerca de la salvación. Y me sorprendió que no hubiera desistido más temprano de mis propias astucias, y hubiese accedido antes a ese bendito y excelente camino. Si yo hubiera podido ser salvo a través de mis propios deberes, o por cualquier otro medio que hubiera inventado antes, ahora toda mi alma habría rechazado tales medios. Me preguntaba por qué el mundo entero no percibía ni accedía al verdadero camino de la salvación totalmente basado en los méritos de Cristo.

La dulce satisfacción de lo que yo sentí prosiguió conmigo durante varios días, casi constantemente, en mayor o menor intensidad. No podía sino regocijarme dulcemente en Dios, cuando me acostaba o me levantaba. El domingo siguiente sentí algo del mismo tipo, aunque no tan poderoso como antes. Pero no mucho después, fui nuevamente envuelto por tinieblas y gran agonía; sin embargo, no en la misma desesperación que sentía cuando estaba bajo convicción. Yo era culpable, estaba temeroso y avergonzado de venir delante de Dios; fui excesivamente presionado con un sentimiento de culpa, pero no pasó mucho tiempo antes de sentir (confío) el verdadero arrepentimiento y gozo en Dios.

A principios de septiembre fui a la universidad [Yale College, en New Haven] y me inscribí allí; pero con cierto grado de reticencia, temiendo que allí no sería capaz de llevar una vida estrictamente piadosa, en medio de tantas tentaciones.

Después de esto, antes de que comenzara las clases, agradó a Dios visitarme con más claras manifestaciones de sí mismo y de su gracia.

Estaba pasando algún tiempo en oración y autoexamen cuando el Señor, por su gracia, resplandeció de tal manera en mi corazón que disfruté de la plena certeza de su favor. Mi alma fue indeciblemente refrigerada por los divinos y celestiales placeres. Fue especialmente en esta ocasión, así como en algunas otras, que diversos pasajes de la Palabra de Dios se abrieron para

mi alma con claridad, poder y dulzura divinas; al punto de que me parecieran preciosos, con clara y cierta evidencia de ser ellos la Palabra de Dios. Disfruté de un considerable dulzor en la religión, durante todo el invierno que siguió.

En enero de 1740 se propagó un brote de sarampión en la universidad; y yo, al contraer la enfermedad, volví a casa en Haddam. Pero algunos días antes de haberme enfermado, me sentía muy desamparado, y mi alma lloraba la ausencia del Consolador. Me pareció que todo el confort había desaparecido. Oraba y clamaba a Dios, pero no hallaba consuelo y alivio. Pero a través de la misericordia divina, una noche o dos antes de caer enfermo, mientras caminaba solo por un lugar bien retirado, ocupado en meditación y oración; disfruté de una dulce y refrescante visita desde arriba, de modo que mi alma se alzó muy por encima del miedo a la muerte. De hecho, más deseé la muerte de lo que la temí. Oh, cuán refrescante fue aquel período, más que todos los placeres y delicias que la tierra puede ofrecer.

Uno o dos días después de haber sido tomado por el sarampión, estuve muy enfermo, de modo que casi desespé de la vida; pero no tuve temores angustiosos de la muerte. Por medio de la bondad divina me recuperé; sin embargo, debido a los duros estudios y a estar muy expuesto a interrupciones como alumno del primer año del curso, tenía poco tiempo para mis deberes espirituales, y mi alma con frecuencia lloraba por falta de más tiempo y oportunidad para estar a solas con Dios. En la primavera y en el verano siguiente, tuve mejores oportunidades de descanso y gozo, y más consuelo en la religión; aunque mi ambición en mis estudios perjudicaba bastante el vigor y las actividades de mi vida espiritual. Sin embargo, usualmente ocurría conmigo que “en la multitud de mis pensamientos íntimos, la confortación de Dios deleitaba principalmente mi alma”. Estas eran mis mayores consolaciones día a día.

Un día en particular [junio de 1740], caminé hasta una distancia considerable de la universidad, quedando solo en los campos y, en oración, encontré tan indecible dulzura y deleite en Dios que pensé que si tuviera que continuar en este mundo maligno me gustaría estar siempre allí, para contemplar la gloria de Dios. Mi alma amaba tiernamente a la humanidad entera, y anhelaba extraordinariamente que todos disfrutaran de lo que yo disfrutaba. Parecía ser una pequeña semejanza del cielo.

En agosto me quedé con la salud tan desordenada, por la mucha aplicación a los estudios, que fui aconsejado por mi profesor de volver a casa desconectando mi mente de los estudios tanto como pudiera; pues me había vuelto tan débil que empecé a escupir sangre. He aceptado el consejo de él y me he esforzado para dejar de lado mis estudios. Por el hecho de estar en un pésimo estado de salud, contemplé la muerte cara a cara. Al Señor agradó darme nuevamente un dulce placer y sentido de las cosas divinas. Particularmente el 13 de octubre fui divinamente consolado y ayudado en los preciosos deberes de la oración secreta y del auto-examen, y mi alma se deleitó en el Dios bendito -y de la misma forma el 17 de octubre.

Sábado 18 de octubre 1740. Durante mis devociones matutinas, mi alma se sintió extremadamente tierna, y lamenté mi gran pecaminosidad y vileza. Nunca antes había tenido un sentido tan punzante y profundo de la naturaleza odiosa del pecado, como en esta ocasión. Mi alma fue notablemente envuelta por el amor a Dios, y tuve un vívido sentido del amor de Dios por mí. Este amor y esperanza, en esta ocasión, echaron fuera el temor.

Día del Señor, 19 de octubre. Por la mañana, sentí mi alma hambrienta y sedienta de justicia. Mientras contemplaba los elementos de la Cena del Señor, y meditaba que Jesucristo ahora era “revelado delante de mí como crucificado”, mi alma estaba llena de luz y amor, de modo que estaba casi en éxtasis; mi cuerpo estaba tan débil que apenas podía estar de pie. Y al mismo tiempo sentí una extrema ternura y el más ardiente amor para con toda la humanidad, de manera que mi alma y todas mis energías, por así decir, parecían derretirse en ternura y dulzura. Este amor y gozo echaban fuera el miedo, y mi alma anhelaba la perfecta gracia y gloria.

Martes 21 de octubre. He tenido una experiencia de la bondad de Dios en el “derramar de su amor en mi corazón”, dándome deleite y consuelo en mis deberes religiosos. Y durante todo el resto de la semana mi alma parecía atareada en las cosas divinas. Ahora ansiaba tanto por Dios y por ser liberado del pecado que, cuando sentía que me estaba recuperando y pensé que debía volver a la universidad, la cual se había mostrado tan perjudicial a mis intereses espirituales el año anterior, no pude sino preocuparme y preferiría morir; pues me afligía pensar en alejarme de Dios. Pero antes de volver, disfruté de varias otras ocasiones, dulces y preciosas, de comunión con Dios (particularmente el 30 de octubre y 4 de noviembre); en las que mi alma gozó de indecible consuelo.

Volví a la universidad en torno al 6 de noviembre, y por la bondad de Dios, sentí el poder de la religión casi a diario, por el espacio de seis semanas.

28 de noviembre. En mi devoción nocturna disfruté preciosos descubrimientos sobre Dios, y fui indudablemente confortado por el pasaje de Hebreos 12.22-24. Mi alma deseaba alzar vuelo hasta el Paraíso de Dios; anhelaba ser conformado a Dios en todas las cosas. Un día o dos después, mucho me alegré con la luz del rostro de Dios en la mayor parte de aquel día; y mi alma descansó en Dios.

Martes 9 de diciembre. Me sentí en un confortable estado de ánimo la mayor parte del día, pero sobre todo durante mis devociones vespertinas; cuando Dios agradó asistirme y fortalecerme maravillosamente. De tal modo que pensé que nada jamás me apartaría del amor de Dios, en Cristo Jesús, mi Señor. ¡Oh! ¡Una hora con Dios excede infinitamente a todos los placeres y deleites de este mundo terrenal!

Al acercarse la parte final de enero de 1741, me quedé más frío y embotado en la religión a causa de mi vieja tentación: la ambición en mis estudios. Pero, debido a la bondad divina, un gran y generalizado despertar [avivamiento] se extendió por toda la universidad, hacia finales de febrero; por el cual fui muy vivificado, y más abundantemente dedicado a la religión.

❧

EL MOTIVO POR EL QUE BRAINERD FUE EXPULSADO DE LA UNIVERSIDAD

Explicación de Jonathan Edwards

Este despertamiento [avivamiento] de que aquí hablamos, fue el comienzo de esa extraordinaria comisión religiosa a través de la tierra, que es fresca en la memoria de todos. Este despertar fue, durante un tiempo, muy grande y general en New Haven; y la universidad tuvo no poca participación en él. La sociedad fue reformada en gran medida, los estudiantes en general se volvieron serios, y muchos de ellos notablemente comprometidos en las preocupaciones de su salvación eterna. No podía ser de otra manera que aquel cuyo corazón había sido tan atraído por Dios, debía ser ampliado, animado y comprometido a vista de tal alteración hecha en el colegio, la ciudad y la tierra; y la aparición tan grande de hombres reformando sus vidas, y volviéndose de su profanidad e inmoralidad a la seriedad y preocupación por su salvación, y por la religión que revivía y prosperaba casi en todas partes. Pero un celo intemperante, pronto se mezcló con ese renacimiento de la religión; y el Sr. Brainerd tuvo la infelicidad de tener un tinte de lo mismo. Una instancia que, por necesidad, debe ser relacionado con sus circunstancias.

Durante trece meses, a partir de ese tiempo, Brainerd mantuvo un diario constante; con un relato minucioso de lo que sucedió día tras día, con dos volúmenes de manuscritos. Pero cuando yacía en su lecho de muerte, dio órdenes (que yo desconocía hasta después de su muerte) para que esos dos volúmenes fueran destruidos; insertando una nota, al comienzo de los manuscritos siguientes, diciendo que un ejemplar de su manera de vivir durante todo ese período se hallaría en las primeras treinta páginas siguientes (terminando el 15 de junio de 1742), con la excepción de que ahora sería más “refinado de algunas imprudencias y fervor intolerables” que antes.

Una circunstancia en la vida de Brainerd que mucho ofendió a los directores de la universidad, y ocasionó su expulsión, es necesaria que sea narrada aquí. Durante el despertar en la universidad, hubo varios estudiantes religiosos que se asociaron para el diálogo y asistencia mutua en cuestiones espirituales. Los participantes solían abrir el corazón libremente el uno al otro, como amigos especiales e íntimos; y Brainerd formaba parte del grupo.

Sucedió una vez que él y dos o tres de esos amigos íntimos estaban juntos en el salón, después de que el Sr. Whittelsey (uno de los profesores) había orado en presencia de los alumnos; y ninguna otra persona permanecía ahora en el salón, excepto Brainerd y sus compañeros. El Sr. Whittelsey había sido inusualmente patético en su oración, uno de los amigos de Brainerd le preguntó qué pensaba del Sr. Whittelsey; Brainerd respondió: “Él no tiene más gracia que esta silla”. Uno que pasaba, que en el momento estaba cerca del salón (aunque no en el interior del mismo), oyó por casualidad estas palabras, aunque él no oyó ningún nombre mencionado, y no sabía quién era la persona.

Aunque esta persona no había escuchado ningún nombre mencionado, y no supiera quién fuera así censurado, informó a cierta mujer en la ciudad; sin decirle que era su propia sospecha que Brainerd había dicho aquello acerca de uno de los directores de la universidad. Entonces ella lo contó al rector, y éste mandó llamar al hombre y le hizo indagaciones. El alumno dijo al rector las palabras que oyó a Brainerd proferir, y le informó quién había estado en el salón con Brainerd en aquella ocasión. En base a esto el rector mandó llamarlos. Ellos fueron muy renuentes a informar de su amigo acerca de lo que consideraban como una conversación particular, sobre todo porque nadie, sino ellos, había oído o sabía acerca de quien Brainerd había dicho esas palabras. Sin embargo, el rector les obligó a declarar lo que él había dicho y acerca de quién había hablado.

Brainerd se consideró muy maltratado en la administración de la cuestión; consideró que habían sido injuriosamente extorsionados sus amigos. Y por lo tanto, injustamente le fue requerido - como si fuera culpable de algún crimen abierto y notorio- hacer una confesión pública y humillarse ante toda la universidad; por algo que había dicho sólo en conversación privada. No cumpliendo con esta exigencia, y habiendo ido a una reunión en New Haven aunque le fue prohibido por el rector; y también acusado por una persona de haber dicho acerca del rector que

“se admiraba que el rector no cayera muerto por haber multado a los estudiantes que siguieron al Sr. Tennent hasta Milford”, aunque no había ninguna prueba de ello (y Brainerd siempre dijo que no se acordaba de haber hablado nada con ese propósito); debido a estas cosas, Brainerd fue expulsado de la universidad.

Hasta dónde las circunstancias y exigencias de aquel día podrían justificar tan gran severidad, por parte de los directores de la universidad, no lo intentaré determinar. Porque mi objetivo no es traer oprobio sobre las autoridades de la universidad, sino sólo hacer justicia a la memoria de una persona que fue, creo, eminentemente uno de aquellos cuya memoria es bendita. - El lector percibirá, en consecuencia (particularmente bajo las fechas de 14 y 15 de septiembre de 1743), cuán cristiana fue la manera en que Brainerd se condujo en esta cuestión. Aunque él siempre, mientras vivió, se juzgó maltratado en la administración de esta cuestión; habiendo sufrido por ello. Su expulsión se dio en el invierno de 1742, estando él en el tercer año de la universidad.

○○○

Capítulo 2

Desde el momento en que comenzó a estudiar teología, hasta ser licenciado para predicar.

Abril – Julio de 1742

En la primavera de 1742, Brainerd fue a residir con el Pastor Mills, de Ripton, para continuar sus estudios con él; para la obra del ministerio. Allí pasó la mayor parte de su tiempo, hasta que fue licenciado para predicar. A menudo visitaba a los ministros de la vecindad, sobre todo al Pastor Cooke de Stratford, al Pastor Graham de Southbury, y al pastor Bellamy de Bethlehem. Mientras estaba con el Pastor Mills, comenzó a escribir el tercer libro de su diario, del que presentamos los siguientes textos. [Jonathan Edwards]

1 de Abril de 1742. Parece que estoy en declive en lo tocante a mi vida y al fervor en cuanto a las cosas divinas. No he tenido muy libre acceso a Dios en oración como acostumbraba. ¡Oh! ¡Que Dios me humillase profundamente hasta el polvo, delante de Él! Yo merezco el infierno cada día, por no amar más a mi Señor, el cual, como creo, “me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gálatas 2.20). Cada vez que soy capacitado, renovándome, a ejercer cualquier gracia; quedo más endeudado con el Dios de toda gracia por su asistencia especial. “¿Dónde, pues, está la jactancia?” Por cierto, “queda excluida” (Romanos 3.27), cuando pensamos sobre cuán dependientes somos de Dios por nuestra existencia, y por todo acto de su gracia. ¡Oh! Si algún día llego al cielo, así será porque agrada a Dios y nada más; porque por mí mismo nunca he hecho nada, sino alejarme de Él. Mi alma quedará embebida ante las insondables riquezas de la

gracia divina, cuando llegue a las mansiones que el bendito Señor fue a prepararnos. ¡Oh, si mi alma estuviera envuelta en el amor divino, y mis anhelos y deseos de Dios aumentaran! ¡Oh, bendito Dios mío, déjame subir hasta cerca de Ti, y amar, y desear e implorar, y luchar y extenderme hacia Ti, para la liberación de mi cuerpo del pecado y de la muerte!

2 de abril. En mi oración secreta, por la tarde, me sentía muy resignado, tranquilo y sereno. ¿Qué son todas las tempestades de este mundo terreno si Jesús, por su Espíritu, viene caminando por encima de las aguas? - Hace algún tiempo tuve mucho placer ante la perspectiva de que los indios fuesen conducidos a Cristo, y deseé que el Señor me usara en esa tarea; pero ahora, con mayor frecuencia, mi alma desea morir para estar con Cristo. ¡Oh, que mi alma fuese envuelta por el amor divino, que mis anhelantes deseos por Dios se intensificasen!

Sábado 3 de abril. Tuve una mala noche. Pensé que si Dios me llevara a sí mismo, mi alma se regocijaría excesivamente, ¡oh que siempre pudiera ser humilde y resignado a Dios, y que Dios hiciera que mi alma sea más fija en sí mismo, para que pueda ser más equipada tanto para hacer y sufrir!

Día del Señor, 4 de abril. Mi corazón estaba vagando y sin vida. Por la noche, Dios me dio fe en oración, haciendo mi alma enternecerse en parte; y me dio a probar una dulzura divina. ¡Oh, mi Dios bendito! Déjenme subir a estar muy cerca de Él, y amarlo, y anhelar por Él, pleitear, luchar, y expandirme hasta Él; para liberarme del cuerpo de pecado y de muerte. ¡Ay de mí! Mi alma lamenta al pensar que puede perder de vista nuevamente a su Amado. “Amén. Ven, Señor Jesús.”

A la noche del día siguiente, él se quejaba de que parecía estar vacío de todo deleite de las cosas divinas, sentía mucho de la prevalencia de la corrupción, y veía en sí mismo una disposición para todo el género de pecado. Esto trajo una gran tristeza a su mente y lo arrojó en las profundidades de la melancolía, al punto de hablar de sí mismo como “pasmado, no teniendo consuelo, pero lleno de horror, no viendo consuelo alguno en la tierra o en el cielo.” [Jonathan Edwards]

Martes 6 de abril. Hice un paseo esta mañana por el mismo lugar donde estuve anoche. Tuve un conmovedor sentido de mi propia maldad; y clamé a Dios para limpiarme, para concederme arrepentimiento y perdón. Entonces empecé a encontrar dulce el orar. Pude pensar en soportar, placenteramente, los mayores sufrimientos por la causa de Cristo; y pude hallarme dispuesto, si Dios así lo ordena, a sufrir destierro de mi tierra natal y estar entre los paganos, para que pudiese hacer algo por la salvación de ellos, en aflicciones y muerte de cualquier tipo. Entonces Dios me permitió luchar con fervor por otras personas, por el reino de Cristo en el mundo, y por queridos amigos creyentes. Me vi separado del mundo y de mi propia reputación entre los hombres, deseando ser despreciado y el hazmerreír del mundo que me contemplara.

Jueves 8 de Abril. Surgieron esperanzas acerca de los paganos. ¡Oh, que Dios traiga gran número de ellos a Jesucristo! No puedo sino esperar el que veré ese día glorioso. En este mundo, todo me parece excesivamente vil e inferior; y así me parece ser a mí mismo. Hoy tuve una pequeña aurora de confort en oración; y especialmente por la noche creo que tuve alguna fe y poder de intercesión con Dios. He sido capaz de luchar por el crecimiento de la gracia en mí

mismo; y entonces muchos de los queridos hijos de Dios cayeron con peso sobre mi corazón. ¡Bendito sea el Señor! Es bueno luchar por las bendiciones divinas.

Sábado 10 de abril. Pasé mucho tiempo en oración secreta esta mañana, y no sin algo de consuelo. La mayor parte de mi tiempo, en mis devociones matinales, fue gastado sin sensible dulzura; sin embargo, tuve una deliciosa esperanza de llegar al mundo celeste. Estoy más admirado que antes ante tales pensamientos; porque me veo a mí mismo como infinitamente vil e indigno. Ninguna criatura es tan carente de la gracia divina como yo, y nadie ha abusado tanto de ella como yo, y aun así lo hago. No puedo pensar ni actuar, pero cada movimiento es pecado; aunque siento algunas esperanzas débiles de que Dios, en su infinita misericordia, regrese.

Día del Señor, 11 de abril. Por la mañana me parecía que tenía poca vida, pero de algún modo mi corazón se dilató en agradecimiento a Dios por su admirable gracia y condescendencia para conmigo; en las influencias y asistencias de su Espíritu. Más tarde, sentí alguna dulzura en los pensamientos de llegar al mundo celeste. ¡Oh! ¿Cuándo llegará ese día feliz? Después del culto público, Dios me dio una ayuda especial en oración; luché con mi querido Señor, y la intercesión se convirtió en una actividad deliciosa. A la noche, cuando miraba la aurora boreal, me deleitaba en la contemplación de la gloriosa mañana de la resurrección.

Lunes 12 de abril. En esta mañana, el Señor se agradó en alzar la luz de su rostro sobre mí, en oración secreta; e hizo aquel momento muy precioso para mi alma. Aunque antes me sentía tan deprimido, acerca de mis esperanzas de servicio futuro en la causa de Dios, sin embargo hoy estuve muy animado. He sido especialmente ayudado a interceder y pleitear por las pobres almas, y por la ampliación del reino de Cristo en el mundo; y por una gracia especial para mí mismo, para prepararme para servicios especiales. Mi fe me elevó por encima del mundo y removió todas aquellas montañas por encima de las cuales, en el pasado, no podía mirar. No quise el favor de los hombres para apoyarme, pues sabía que el favor de Cristo es infinitamente mejor. Y que la cuestión no es cuando, ni hacia dónde, ni cómo Cristo me enviará; ni con qué pruebas Él me ejercitará si yo tengo que ser preparado para su trabajo, de acuerdo a su voluntad. Ahora encontré dulcemente revivido en mi mente, el maravilloso descubrimiento de la infinita sabiduría en todas las dispensaciones de Dios a mi favor, de la que tuve un poco antes de conocer mi gran prueba en la universidad: cada cosa aparece llena de la sabiduría de Dios.

Miércoles 14 de abril. Mi alma ansiaba la comunión con Cristo, así como la mortificación de la corrupción interior; especialmente el orgullo espiritual. ¡Oh, un dulce día se acerca, en el cual “allí descansan los de agotadas fuerzas!” (Job 3.17). Mi alma ha gozado de mucha satisfacción hoy, en la esperanza de la rápida llegada de aquel día.

Jueves 15 de abril. Sintiendo mis deseos centrados en Dios, tuve una sensible atracción del alma hacia Él en varios momentos del día. Sé que anhelo por Dios y por la conformidad con su voluntad, por la pureza y santidad interior, diez mil veces más que por cualquier cosa terrena.

Día del Señor, 18 de abril. Temprano por la mañana, me retiré al bosque para la oración; tuve la asistencia del Espíritu de Dios, y mi fe fue ejercitada; se me permitió luchar fervientemente por el avance del reino de Cristo en el mundo, e interceder en favor de queridos amigos ausentes. Al mediodía, Dios me permitió luchar con él y sentir, como creo, el poder del amor divino en oración. Por la noche, me vi infinitamente deudor a Dios y tuve la percepción de mis fallas en mis deberes. Me pareció como si nada hubiera hecho por Dios, y que había vivido para Él sólo unas horas durante toda mi vida.

Lunes 19 de abril. Dedicué este día al ayuno y a la oración a Dios, pidiendo su gracia, especialmente para prepararme para la obra del ministerio; para darme ayuda y orientación divinas y, en el tiempo por Él escogido, enviarme a su mies. De acuerdo con eso, por la mañana me esforcé en luchar por la presencia divina para el día, y eso con cierta manifestación de vida. Aún por la mañana, sentí el poder de la intercesión por las almas inmortales y preciosas, por el avance del reino de mi querido Señor y Salvador en el mundo; y también sentí la más dulce resignación, incluso consuelo y alegría ante la idea de sufrir dificultades, aflicciones y la propia muerte, en la promoción del reino. Sentí mi alma expandirse al rogar por la iluminación y la conversión de los pobres paganos.

Por la tarde, Dios estuvo conmigo de verdad. ¡Oh, realmente fue una bendita compañía! Dios me capacitó para agonizar en oración, hasta el punto de quedar completamente mojado de sudor, aunque estaba en la sombra y la brisa fuese fresca. Mi alma ha sido muy dilatada en favor del mundo; yo ansiaba por multitudes de almas. Creo que me preocupaba más por los pecadores que por los hijos de Dios, aunque sentía que podía pasar mi vida clamando por ambos. Tuve gran gozo en comunión con mi querido Salvador. Creo que nunca en mi vida sentí tal desapego total de este mundo, y tan resignado a Dios en todas las cosas. ¡Oh, que yo siempre viva para mi Dios bendito, y en la dependencia de Él! Amén, amén.

Martes 20 de abril. Estoy completando hoy veinticuatro años de edad. ¡Oh, cuánta misericordia recibí el año pasado! Con cuánta frecuencia Dios ha “hecho a su bondad pasar delante de mí”. ¡Y cuán pobremente he respondido a los votos hechos hace un año atrás, para ser totalmente del Señor, para ser dedicado para siempre a su servicio! Que en el futuro el Señor me ayude a vivir más para su gloria. Hoy ha sido un día dulce y feliz para mí; bendito sea Dios. Creo que mi alma nunca ha sido tan dilatada en la intercesión por otros como sucedió esta noche. He tenido una lucha fervorosa con el Señor en favor de mis enemigos; y difícilmente antes, he deseado tanto vivir para Dios, dedicarme totalmente a Él. Querría pasar mi vida en su servicio y para su gloria.

Miércoles 21 de abril. Sentí mucha calma y resignación; y Dios, una vez más, me capacitó para luchar por muchas almas, y me dio fervor en el dulce deber de la intercesión. De algún tiempo hasta aquí, he podido disfrutar más de la dulzura de la intercesión por el prójimo que de cualquier otro aspecto de la oración. Mi bendito Señor, de verdad, me ha permitido llegar más cerca de Él, a fin de hacerle mis peticiones.

Día del Señor, 25 de abril. Hoy por la mañana pasé cerca de dos horas en deberes secretos de oración, y fui capacitado, más que nunca, a agonizar por las almas inmortales. Aunque era muy temprano por la mañana y el sol apenas brillaba, mi cuerpo estaba lleno de sudor. He sentido gran presión, como me ha ocurrido con frecuencia últimamente, para orar pidiendo la mansedumbre y calma del Cordero de Dios en mi alma; y por medio de su bondad divina sentí mucha esta mañana. ¡Oh, es una dulce disposición el perdonar de corazón todas las injurias que nos hacen, el desear bien a nuestros mayores enemigos, como si fuese a nuestras propias almas! ¡Bendito sea Jesús, haz que cada día sea conformado más y más a Ti! Por la noche yo estaba muy enternecido con el amor divino, y pude sentir algo de la bienaventuranza del mundo superior. Las palabras del Salmo 84.7 me arrebataron con mucha dulzura divina: “Irán de poder en poder; Verán a Dios en Sion”. Cómo Dios, una y otra vez, nos concede un acceso muy cerca de Él, en nuestros llamamientos a Él, esto bien puede ser llamado “aparecer delante de Dios”. De hecho, así sucede en un verdadero sentido espiritual y en el más apacible sentido. Creo que en estos varios meses no he tenido tal poder de intercesión, tanto por los hijos de Dios y por los

pecadores muertos, como tuve esta noche. He deseado y ansiado por la venida de mi querido Señor; deseé unirme a las huestes de ángeles en alabanzas, totalmente libre de la imperfección. ¡Oh, el bendito momento se acerca! Todo lo que quiero es ser más santo, más parecido a mi querido Señor. ¡Oh, por la santificación! Mi propia alma anhela por la completa restauración de la bendita imagen de mi Salvador, para que pueda ser apto para los benditos placeres y actividades del mundo celestial.

“Adiós, mundo vano, mi alma puede darte el adiós.

MI SALVADOR me enseñó a abandonarte.

Tus encantos pueden satisfacer una mente sensual;

Pero no pueden alegrar un alma destinada a Dios.

Reprime tu atracción; cesa de llamar a mi alma;

Está fijado por la gracia: mi Dios será mi TODO.

Mientras Él así me permita ver las glorias celestiales,

Tus bellezas se marchitan, no hay lugar para ti en mi corazón.”

El Señor me refrescó el alma con muchos extractos dulces de su Palabra. ¡Oh, la Nueva Jerusalén! Mi alma la desea mucho. ¡Oh, el cántico de Moisés y del Cordero! ¡Y ese cántico bendito que nadie puede aprender, excepto los que fueron “redimidos de la tierra”!

“Señor, soy aquí un extraño solitario;

La tierra ningún consuelo verdadero puede ofrecer;

Aunque ausente de mi más Querido,

Mi alma se complace en clamar: ¡Señor mío!

Jesús, mi Señor, mi único amor,

Posee mi alma y de allí no te apartes,

Concedeme amadas visitas, Paloma celestial:

Mi Dios tendrá entonces todo mi corazón.”

Lunes 26 de abril. Continué en un dulce estado de ánimo; pero en la tarde sentí algo de orgullo espiritual. Dios tuvo a bien hacer que fuese una sesión de humildad. ¡Mi alma anhela mucho ese bendito estado de perfección, de liberación de todo pecado! Por la noche, Dios me permitió entregar mi alma a Él para arrojarme sobre Él, para ser ordenado y dispuesto de acuerdo a su soberano placer; y yo gozaba de gran paz y consuelo al hacerlo. Mi alma se deleitaba en Dios, mis pensamientos se centraban libre y dulcemente en Él. ¡Oh, que pudiera pasar cada momento de mi vida para la gloria de Dios!

Martes 27 de abril. Me levanté y me retiré temprano para mis devociones secretas; y, en oración, Dios se agradó en derramar tan inefables consuelos en mi alma que, por algún tiempo, no pude hacer sino decir por repetidas veces: ¡Oh, mi dulce Salvador! “¿A quién tengo yo en los cielos sino a Ti? Y fuera de Ti nada deseo en la tierra” (Salmo 73.25). Si tuviera mil vidas, mi alma jubilosamente las habría ofrecido todas de una vez, para estar con Cristo. Mi alma nunca antes gozó tanto del cielo; fue el más refinado y el más espiritual período de comunión con Dios que he experimentado. Jamás había sentido un grado semejante de aceptación de la voluntad de Dios en mi vida.

Miércoles 28 de abril. Me dirigí a mi lugar habitual de retiro, en gran paz y tranquilidad, pasé dos horas en deberes secretos, y experimenté tanto como ayer por la mañana, solo que más débil y más sumiso. Yo parecía depender totalmente de mi querido Señor, desvinculado de todas las otras dependencias. No sabía qué decir a mi Dios sino solo reclinarme en su pecho, por así decirlo; y expresar mis deseos por una perfecta conformidad con Él, en todas las cosas. Mi alma fue poseída por deseos sedientos de una perfecta santidad, y por anhelos insaciables. Dios se ha vuelto tan precioso para mí que el mundo, con todos sus placeres, se ha vuelto infinitamente vil. No tuve más consideración por el favor de los hombres de lo que tendría por los guijarros. El Señor era mi Todo; y saber que Él gobierna sobre todo, me ha deleitado mucho. Creo que mi fe y dependencia de Él nunca se elevó tanto. Lo vi como tal fuente de bondad que me parecía imposible que pudiera desconfiar de Él de nuevo, o estar de algún modo preocupado por cualquier cosa que pudiera sucederme.

Ahora tengo gran satisfacción al orar por amigos ausentes, y por la propagación del reino de Cristo en el mundo. Mucho del poder de esos divinos deseos se mantuvo conmigo durante el día. Al atardecer, mi corazón parecía deshacerse; y creo que realmente fui humillado por la corrupción interior, y “lamenté como una paloma”. Me di cuenta de que toda mi infelicidad viene del hecho de que soy un pecador. Con resignación podría dar la bienvenida a todas las otras pruebas; pero el pecado pesó sobre mí: porque Dios me descubrió la corrupción de mi corazón. Así que me fui a la cama con el corazón pesado, porque yo era un pecador; aunque no dudaba en absoluto del amor de Dios. ¡Oh, que Dios “purificara toda mi escoria y me quitara mi pecado” haciéndome diez veces más refinado!

30 de abril. Nada me aflige tanto como que no pueda vivir constantemente para la gloria de Dios. Podría soportar cualquier conflicto espiritual, si tuviera mi corazón todo el tiempo ardiendo en mí con amor a Dios.

1 de mayo. Pude clamar a Dios con gran fervor pidiendo ser cualificado para el ministerio, rogándole que se manifieste para el avance de su reino; y que Él atraiga a los paganos. Fui muy ayudado en mis estudios. Para mí, esta ha sido una semana provechosa; y he disfrutado de muchas comunicaciones del bendito Espíritu en mi alma. Porque cuando siento esto, no puedo estar desanimado, sino sólo regocijarme en mi Salvador que me ha librado del poder reinante; y que pronto me libraré de la residencia del pecado.

2 de mayo. Agradó esta mañana darme tal vista de mí mismo, que me hizo parecer muy vil a mis ojos. Sentí la corrupción moviéndose en mi corazón, que no pude reprimir en absoluto; yo estaba muy débil, y casi enfermo con mis pruebas internas.

9 de mayo. Nunca antes sentí tanto el maldito orgullo de mi corazón, como la terquedad de mi voluntad. ¡Qué miserable soy! No podía someterme a nada y humillarme en el polvo. ¡Oh, que

Dios me humillara! Me sentía como un pecador, todo el día, que no tuve ningún consuelo. Tenía mucho temor, que por la estupidez no perdiera el beneficio de estas pruebas. ¡Oh, que en ellas fuese santificada mi alma! Pero nada parecía tocarme sino esto: que yo era un pecador.

13 de mayo. [En Wethersfield] Me di cuenta de la iniquidad de mi corazón, y deseé huir de mí mismo. Nunca antes pensé que había tanto orgullo espiritual en mi alma. Me sentía casi presionado a morir con mi propia vileza. ¡Oh, qué cuerpo de muerte hay en mí! Señor, libera mi alma. ¡Oh, el caminar más cerca con Dios, es el cielo más dulce que se puede disfrutar en la tierra!

14 de mayo. Esperé en un consejo de ministros, y extendí ante ellos el trato que había tenido con el rector y los tutores de la universidad de Yale. Me pareció aconsejable interceder por mí con el rector y los curadores, y tratar de que me restaurasen mis antiguos privilegios en la universidad. [La solicitud que se hizo entonces en su nombre, no tuvo el éxito deseado].

12 de junio. Pasé mucho tiempo en oración esta mañana y disfruté de mucha dulzura. Sentí deseos insaciables por Dios; me pregunté cómo las pobres almas viven, que no tienen a Dios. El mundo, con todos sus placeres, desapareció. Me veo muy impotente, pero tengo un Dios bendito a quién ir. Yo deseaba mucho “disolverme y estar con Cristo, contemplar su gloria...” ¡Oh, mi débil alma cansada, anhela llegar a la casa de mi Padre!

14 de junio. Sentí algo de la dulzura de la comunión con Dios, así como la fuerza de su amor que constriñe; ¡Cuán notablemente ese amor cautiva el alma, y hace que todos los deseos y afectos se centren en Dios! Separé este día para ayuno y oración en secreto, para rogar a Dios que me dirija y bendiga en cuanto a la gran obra que tengo en vista, -de predicar el evangelio- y para que “El Señor se volviese a mí y me mostrara la luz de su rostro”.

Tuve poca vida y poder por la mañana; por la mitad de la tarde Dios me capacitó para luchar arduamente en intercesión por amigos ausentes. Pero fue recién por la noche que el Señor me visitó maravillosamente en oración. Creo que mi alma nunca estuvo antes en tal agonía. No encontré ningún obstáculo, porque los tesoros de la gracia divina se abrieron para mí. Luché en favor de amigos ausentes, por la cosecha de almas, por multitudes de pobres almas; y por muchos que juzgo ser hijos de Dios, en muchos lugares distantes. He estado en tal agonía de alma, de media hora antes de la puesta del sol hasta casi llegar las tinieblas de la noche, que me quedé todo mojado de sudor. Sin embargo, me pareció que había desperdiciado el día y que nada había hecho. ¡Oh, mi querido Salvador sudó sangre por las pobres almas! Mucho deseé tener más compasión por las almas. Me sentía todavía en una actitud tierna, bajo un sentido del amor y de la gracia divina; y me acosté en mi lecho con esa actitud, con el corazón puesto en Dios.

15 de junio. He tenido los más ardientes anhelos por Dios. Al mediodía, en mi retiro secreto, nada pude hacer sino decir a mi querido Señor, en dulce calma, que Él sabía que yo no deseaba nada más que a Él mismo, nada más que santidad; que Él mismo me había concedido esos deseos, y que sólo Él podría darme lo que yo deseaba. Yo nunca parecí estar tan desprendido de mí mismo y estar tan completamente consagrado a Dios; mi corazón estuvo totalmente absorbido en Dios durante la mayor parte del día. Al anochecer tuve una visión de mi alma, como siendo expandida para contener más santidad, de modo que parecía lista para separarse de mi cuerpo. A continuación, luché en agonía por las bendiciones divinas; mi corazón se dilató en oración por algunos amigos creyentes, mucho más de lo que ya había experimentado antes. Me

sentía diferente a cuando estuve bajo cualquier goce anterior, más comprometido a vivir para Dios para siempre; y menos contento con mis propias disposiciones. No estoy satisfecho con mis disposiciones, ni me siento de cualquier modo más a gusto después de esas luchas que antes; pues me parece que todo lo que hago es demasiado poco. Quien me diera que siempre fuese así. ¡Oh, cuán lejos me quedo de mi obligación en mis más dulces momentos!

18 de junio. En vista de mi gran incapacidad para la obra del ministerio, mi presente falta de acción, y mi total inhabilidad para hacer cualquier cosa para la gloria de Dios en esa dirección; y sintiéndome muy desamparado y muy incierto sobre lo que el Señor quiere que yo haga; separé este día para orar a Dios, y pasé la mayor parte de él en ese deber. Pero me quedé admirablemente desamparado durante gran parte del tiempo. Sin embargo, encontré a Dios gratamente cercano; particularmente en cierto momento. Mientras yo imploraba por más compasión por las almas inmortales, mi corazón parecía abrirse al mismo tiempo; y me permitía llorar con gran ardor. ¡Estaba angustiado al pensar que debía ofrecer un culto tan frío al Dios vivo! Mi alma parecía aspirar por la santidad, y por una vida de constante devoción a Dios. Pero a veces estoy casi perdido en la búsqueda de esta bienaventuranza, y listo para hundirme; porque continuamente me quedo corto. ¡Oh, que el Señor me ayude a aguantar un poco más, hasta que llegue la feliz hora de la liberación!

20 de junio. Pasé mucho tiempo solo. Mi alma anhelaba ser santa, y alcanzar a Dios; tenía hambre y sed, pero no estaba satisfecho. Mi alma confió en Dios como mi única porción. ¡Oh, que pudiera crecer en gracia más abundantemente todos los días!

22 de junio. Me conformé con dulzura y me resigné a la voluntad de Dios; me permitió dejarme a mí mismo y a todas mis preocupaciones en Él, y tener toda mi dependencia de Él. Mi retiro secreto era muy refrescante, parecía una felicidad tan grande tener a Dios por mi porción; que yo prefería ser cualquier otra criatura en esta creación inferior que no disfrutar del goce de Dios. Yo preferiría ser una bestia, y no un hombre sin Dios si tuviera que vivir de aquí hasta la eternidad. ¡Señor, hazte más amado para mí!

30 de junio. Pasé el día solo en el bosque, en ayuno y oración. He experimentado los más terribles conflictos de alma. Me percibí tan vil que estaba listo para decir: “Pereceré ahora por la mano de Saúl” (1ª Samuel 27.1). Pensé que no tenía fuerzas para defender la causa de Dios, y casi temía el sacudir de una hoja. Pasé casi todo el día en oración. No podía tolerar la idea de que los creyentes mostraran respeto hacia mí. Casi desesperé de hacer cualquier servicio en el mundo, no pude sentir ninguna esperanza de consuelo en cuanto a los paganos; lo que solía darme algún refrigerio en estas horas más negras. Pasé el día en amargor de alma. Cerca de la noche, me sentía un tanto mejor; y más tarde disfruté de cierta tranquilidad en oración secreta.

1 de julio. Esta mañana tuve algún placer en mis oraciones, y mucho más de lo usual por la noche; no deseando nada tan ardientemente como lo que Dios hiciera conmigo, como mejor le agradase.

2 de julio. Me sentía tranquilo en oración secreta, por la mañana. Mis deseos ascendieron a Dios en este día. Me sentía cómodo al anochecer. Bendito sea el Dios de todas mis consolaciones.

3 de julio. Mi corazón parecía haberse hundido de nuevo. La vergüenza a la que fui sometido en la universidad pareció amortiguarme el buen ánimo, porque se abren las bocas de los

opositores. No encontré refugio sino en Dios. Bendito sea su nombre, porque puedo apelar a Él y hallar en Él un “pronto auxilio” (Salmo 46.1).

Día del Señor, 4 de julio. Tuve considerable ayuda. Me retiré al anochecer y disfruté de un feliz momento en oración secreta. Dios se agradó en concederme el ejercicio de la fe, y a través de ella trajo el mundo eterno e invisible hasta muy cerca de mi alma; lo que me pareció dulcísimo. Tuve la esperanza de que mi fatigosa peregrinación en el mundo sería corta, y que no tardaría mucho hasta que yo fuera conducido a mi casa celestial; a la casa del Padre. Me resigné a aceptar la voluntad de Dios, a esperar por el tiempo de Él; a hacer su trabajo y sufrir según su voluntad. He sentido gratitud a Dios por todas mis pruebas opresivas de este último tiempo; porque estoy persuadido que han sido un medio para hacerme más humilde; y mucho más resignado. Me sentía satisfecho por ser pequeño, por ser nada; por yacer en el polvo. Disfruté de la vida y del consuelo al rogar por los queridos hijos de Dios, y por el reino de Cristo en el mundo. Mi alma anhela fuertemente por santidad, y por placer en Dios. Oh, Señor Jesús, vuelve pronto.

22 de julio. Cabalgando de Southbury a Ripton, llamé a una casa, donde fui amablemente agasajado; estaba lleno de asombro y vergüenza de que Dios despertara los corazones de cualquiera, para mostrar tanta bondad a un perro muerto como yo. Y era consciente, cuán excesivamente vil es no ser enteramente dedicado a Dios.

29 de julio. He sido examinado ante la Asociación, reunida en Danbury, en cuanto a mis conocimientos y mis experiencias en el campo religioso; y recibí la licencia para predicar el evangelio de Cristo. Después de eso, me sentí muy consagrado a Dios; me uní en oración a uno de los ministros, y luego me fui a dormir habiendo resuelto vivir para Dios todos mis días.

000

Capítulo 3

Desde el momento de su licencia para predicar, hasta que fue examinado en Nueva York y nombrado misionero entre los indios.

Viernes, 30 de julio. 1742. Cabalgué de Danbury a Southbury, y prediqué allí sobre 1ª Pedro 4.8, “Y ante todo, tened entre vosotros ferviente amor”. Sentí mucho la presencia consoladora de Dios en esta práctica. Me parecía tener el poder de Dios en la oración, así como el poder de mantener la atención de los oyentes en la predicación.

Día del Señor, 8 de agosto. Por la mañana, me sentía comfortable en la oración secreta; mi alma se refrescó con la esperanza de que los paganos vinieran a Cristo. Me resigné mucho a Dios, y pensé que no importaba lo que fuera de mí.

12 de agosto. [Cerca de Kent] En esta mañana y la noche pasada, fui ejercitado con amargas pruebas interiores; no tenía poder para orar y parecía estar excluido, lejos de Dios. Perdí, en gran medida, mis esperanzas de ser enviado por Él a los distantes paganos; y de verlos venir a Cristo. Percibí mucho de mi maldad, llegando a admirarme que Dios me permitiría seguir viviendo; o que el pueblo no me apedreara, o que llegasen al punto de escuchar mi predicación.

Me sentía como si nunca más pudiese predicar. Pero cerca de las nueve o diez horas, el pueblo empezó a llegar y fui forzado a predicar; y bendito sea Dios, Él me concedió su presencia y su Espíritu en la oración y la predicación, de modo que me sentí muy amparado, habiendo hablado con poder sobre la base de Job 14.14, “Si el hombre muriere, ¿volverá a vivir?” Algunos indios* allí residentes, gimieron en gran angustia; y todos parecieron muy preocupados. Después de haber orado y de exhortarlos a buscar al Señor de forma constante, contratamos a una mujer inglesa para mantener una especie de escuela entre ellos. Los dejamos a eso de la una y vinimos a Judea, a unos quince o dieciséis kilómetros. Allí Dios se complació en visitar mi alma con mucha confortación. Bendito sea el Señor por todo lo que hallo en Él

* Estaba en un lugar cerca de Kent, en las fronteras occidentales De Connecticut, donde hay un número de indios.

17 de agosto. Extremadamente deprimido en el espíritu, me confina y me hiere el corazón el pensar cuánta autoexaltación, orgullo espiritual y ardor de temperamento había mezclado anteriormente con mis esfuerzos para promover la obra de Dios. Algunas veces he anhelado caer a los pies de los opositores, y confesar qué pobre e imperfecta criatura he sido; y todavía soy. Que el Señor me perdone y, para el futuro, me haga “prudente como las serpientes y sencillo como las palomas” (Mateo 10.16). Después, disfruté de consuelo y deleite de alma.

19 de agosto. Hoy, cuando estaba a punto de salir de la casa del Pastor Bellamy, en Bethlehem, donde había residido con él durante algún tiempo; oré con él y otros dos o tres amigos creyentes. Nos dedicamos a Dios de todo corazón para ser de Él para siempre; y mientras yo oraba, me pareció que la eternidad estaba muy próxima. Si nunca más viese a aquellos creyentes en este mundo, me pareció por algunos momentos que pronto yo habría de encontrarlos en el otro mundo.

20 de agosto. Me parecía tan vil que apenas me atrevía a pensar en ser visto, sobre todo por el orgullo espiritual. Sin embargo, por la noche, disfruté de una dulce hora a solas con Dios; (en Ripton) fui levantado por encima de los ceños fruncidos, y de las adulaciones de este mundo. Tenía un dulce placer de las alegrías celestiales; y mi alma, por decirlo así, entró en el mundo eternal y realmente saboreó el cielo.

23 de agosto. Tuve una dulce sesión de oración secreta, el Señor llegó muy cerca de mi alma y me llenó con paz y consuelo divino. ¡Oh, mi alma saboreó de la dulzura celeste y fue impelida a orar a favor del mundo, para que él viniera a Cristo! Fui consolado mucho en los pensamientos y esperanzas sobre la cosecha de los paganos; y grandemente ayudado en la intercesión por amigos creyentes.

30 de agosto. Me sentí algo consolado esta mañana, conversé agradablemente con algunos amigos; estuve en una actitud seria y sosegada, y oré en cierta ocasión con algún grado de dulzura. Por la tarde, en otra casa, oré privadamente con uno o dos amigos cristianos; y creo, fui como nunca lanzado tan lejos en el mundo eterno. Llegué tan lejos en el ancho océano, que mi alma triunfó sobre todos los males en las orillas de la mortalidad.

El tiempo, y todos sus divertimentos alegres y crueles desilusiones, nunca me habían parecido tan despreciables; me vi a mí mismo nada, y mi alma alcanzó a Dios con intenso deseo. Sabía que nunca había vivido un momento para Él como debía hacerlo; en verdad, me pareció que nunca había hecho nada en el cristianismo. Mi alma anhelaba, con un deseo vehemente, el vivir para Dios. Por la noche canté y oré con un cierto número de cristianos; sentí los poderes del mundo que entraban en mi alma en oración. Después oré de nuevo en privado, con un amigo cristiano o dos, y hallé la presencia de Dios. Estaba algo humillado en mi retiro secreto, sentí mi ingratitud porque no había estado totalmente absorto en Dios.

1 de septiembre. Fui a Judea para la ordenación del Pastor Judd. El Pastor Bellamy predicó basado en Mateo 24.46, “Bienaventurado aquel siervo al cual, cuando su señor venga, le halle haciendo así”. Sentí la solemnidad del momento, mis pensamientos giraron sobre la ocasión del retorno de nuestro Señor; lo que fue un gran refrigerio para mi alma, aunque yo temía no ser hallado fiel ante la vileza de mi corazón. Mis pensamientos se demoraron en la eternidad, donde anhelo habitar. Bendito sea Dios por aquel solemne momento. Cabalgué con el Pastor Bellamy, conversé con amigos hasta altas horas de la noche; y luego me retiré para descansar con una tranquila actitud mental.

2 de septiembre. Prediqué de Juan 6:67 y Dios me ayudó, muy especialmente en mi primera oración; mi alma parecía lanzarse al mundo eterno y ser separada para él. Después volví a predicar de Isaías 5:4, Dios me ayudó; pero me vi a mí mismo como un pobre gusano.

4 de septiembre. He gozado de poca salud, sintiéndome extremadamente deprimido en mi alma; a una increíble distancia de Dios. Ya cerca de la noche, por algún tiempo me quedé meditando de modo muy provechoso sobre Romanos 8.2, “Porque la ley del Espíritu de vida...” A continuación, pasé un período muy deleitoso en oración. Dios me permitió luchar ardentemente por el avance del reino del Redentor; y rogué intensamente por mi propio hermano John [el cual finalmente se convirtió en el sucesor de David Brainerd como misionero entre los indios], pidiendo que Dios lo hiciera más un peregrino y extranjero en la tierra; preparándolo para un servicio cristiano singular en el mundo. Y mi corazón se exultó dulcemente en el Señor, al reflexionar sobre cualquier aflicción que sobreviviera a él o a mí, en el progreso del reino de Cristo. Fue una hora apacible y consoladora para mi alma, mientras me entregaba libremente a las peticiones, no sólo por mí mismo, sino también por muchas otras almas.

8 de septiembre. Me sentí en extremo destetado del mundo. Por la tarde discurrí sobre las cosas divinas con un amigo cristiano, por el cual ambos fuimos refrescados. Entonces oré con un dulce sentimiento de la bienaventuranza de la comunión con Dios; creo que nunca he disfrutado más de Dios en una sola oración.

10 de setiembre. Anhelé con intenso deseo a Dios, mi alma entera parecía impaciente para ser conformada a Él, y para llegar a ser “santo, como Él es santo”. Por la tarde, oré con un querido amigo; y estuvo la presencia de Dios con nosotros.

16 de setiembre. Disfruté mucho de Dios en la oración secreta, sentí una resignación poco común, para ser y hacer lo que Dios quisiera. Hace unos días me quedé muy abatido por mi conducta pasada; mi amargura, mi falta de amor y gentileza cristianos han sido muy angustiantes a mi alma. ¡Que el Señor perdone mi calor no cristiano, y la falta de un espíritu de mansedumbre!

18 de setiembre. Sentí alguna compasión por las almas, y me lamenté de no haber sentido más. Sentí mucho más que nunca la bondad, la mansedumbre, la delicadeza y el amor hacia toda la humanidad.

18 de octubre. Sentí algo de dulzura, pero todavía estaba presionado a través de las pruebas de mi alma. Mi vida es una mezcla constante de consuelos y conflictos, y lo será hasta que llegue al mundo de los espíritus.

22 de octubre. Me sentí extrañamente desligado del mundo en este día; mi alma se deleitó en ser un “peregrino y forastero en la tierra”. Sentí una disposición en mí de nunca tener nada que ver con este mundo. El carácter atribuido a algunos de los antiguos hijos de Dios, en Hebreos 11.13, me pareció muy digno de apreciación: “... confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra”, y eso en su práctica diaria. ¡Qué yo siempre pudiera vivir así!

Pasé algún tiempo en un bosque apacible, en oración y meditación. ¡Oh, cuán bueno es ser así desligado de amigos y de mí mismo, muerto para el mundo presente; para que así pueda vivir y depender totalmente del Dios bendito! Me vi como alguien pequeño, bajo y vil; como soy en mí mismo.

Por la tarde prediqué en Bethlehem, basado en Deuteronomio 8.2. “Y te acordarás de todo el camino por donde te ha traído el Señor tu Dios...” Dios me ayudó a hablar a los corazones de aquellos queridos creyentes. Bendito sea el Señor por esta oportunidad, confío en que ellos y yo nos regocijaremos por causa de esto por toda la eternidad. El querido Pastor Bellamy llegó (de vuelta de un viaje) mientras yo hacía mi primera oración; y después de encontrarnos, salimos juntos, pasando el atardecer en un delicioso diálogo sobre las cosas divinas, orando con tierno y mutuo amor cristiano; y entonces nos retiramos para dormir, con nuestros corazones en un solemne estado espiritual.

26 de octubre. [En West Suffield]. Estuve en gran agonía bajo un sentido de mi propia indignidad. Me pareció más bien que merecía ser expulsado del lugar, y no que alguien me tratase con gentileza y viniera a oírme predicar. De hecho, estaba de ánimo tan deprimido en aquellas horas (y en varias otras ocasiones), que me parecía imposible que pudiera tratar almas inmortales con fidelidad. Me sentía tan infinitamente vil en mí mismo que pensaba que no podía tratarlas con fidelidad e intimidad. ¡Oh, no paso de polvo y ceniza para pensar en predicar el evangelio a los demás! De hecho, nunca podré ser fiel por un momento ni siquiera, pero ciertamente quedaré “construyendo con lodo suelto”, en el decir de Ezequiel 13.10; si Dios no me otorga ayuda especial. Por la noche fui a la casa de oración, y me pareció casi tan fácil para un muerto levantarse del sepulcro y predicar, como lo fue para mí. Sin embargo, Dios me dio vida y poder, tanto en la oración y en el sermón. El Señor se complació en elevarme, mostrando que podía capacitarme para predicar. ¡Oh, la maravillosa bondad de Dios para con un pecador tan vil! Volví a mis aposentos y disfruté del dulzor de la oración a solas, y lamenté que no pudiese vivir más para Dios.

4 de noviembre. [En Lebanon]. Por la tarde, recibí el sentido de la dulzura de una devoción estricta, íntima y constante a Dios; y mi alma fue consolada con sus consolaciones. Mi alma sintió una preocupación agradable, pero dolorosa, temiendo que pasaría momentos sin Dios. ¡Oh, que yo siempre pueda vivir para Dios! Por la noche algunos amigos me visitaron, y pasamos el tiempo en oración y conversaciones que tendían a nuestra edificación mutua. Fueron momentos de consuelo para mi alma; sentí un intenso deseo de pasar con Dios cada momento de mi vida. Dios es indescriptiblemente compasivo para conmigo, continuamente. En el pasado, Él me concedió una inexpresable dulzura en el cumplimiento de mis deberes. Con frecuencia mi alma ha disfrutado intensamente de Dios, pero ha estado lista para decir: “Señor, es bueno estar aquí”, siendo indulgente así con la pereza.

Últimamente, sin embargo, Dios se ha complacido en mantener mi alma hambrienta continuamente; de modo que he estado lleno de una especie de dolor agradable. Cuando realmente disfruto de Dios, siento que mi anhelo por Él se vuelve aún más insaciable y mi sed por santidad aún más inextinguible; y que el Señor no me permite sentir como si ya estuviera plenamente suplido y satisfecho, pero me mantiene avanzando. Me siento estéril y vacío, como si no pudiera vivir sin más de Dios, y me siento avergonzado y culpable ante Él. Veo que “la ley es espiritual, mas yo soy carnal” (Romanos 7.14). No vivo y no puedo vivir para Dios. ¡Me siento avergonzado ante Dios! ¡Oh por la santidad! ¡Por más de Dios en mi alma! ¡Oh, este dolor agradable! El hace que mi alma siga en busca de Dios. Su lenguaje es: “estaré satisfecho cuando despierte a tu semejanza” (Salmo 17.15), pero nunca, nunca antes. Y así, “prosigo a la meta” (Filipenses 3.14), día a día. ¡Quién me diera poder sentir esta hambre continua, sin ningún retraso; más bien siempre animado por todo racimo cosechado en Canaán, a avanzar en la vereda estrecha para el disfrute pleno y posesión de la herencia celeste! ¡Oh, que yo nunca me detenga en mi caminar celestial!

Día del Señor. 7 de noviembre. Me parecía como si un desgraciado tan malvado como yo, nunca pudiera llegar a esa bendición de ser “santo, como Dios es santo”. Al mediodía, yo anhelaba la santificación y la conformidad con Dios. ¡Oh, esto es TODO, TODO!

19 de noviembre. [En New Haven] Recibí una carta de Mr. Pemberton, de Nueva York, con el deseo de que fuese allá lo antes posible, para la consulta sobre la evangelización de los indios en esa región del país; y entrar en contacto con algunos de los caballeros encargados de esa actividad. Mi mente fue de inmediato invadida por el interés sobre la cuestión; y me retiré con dos o tres amigos creyentes, y me puse a orar. Fueron dulces momentos para mí. Pude dejar con el Señor tanto a mí mismo como a todas mis preocupaciones. Y despidiéndome de aquellos amigos, cabalgué hasta Ripton. En esta oportunidad, fui consolado por ver y conversar con el querido Pastor Mills.

24 de noviembre. Llegué a Nueva York. Me siento muy preocupado por la importancia de las negociaciones. He hecho muchas peticiones fervientes a Dios, pidiendo su ayuda y orientación. Me sentía confuso ante el ruido y el tumulto de la ciudad, y pude gozar de poco tiempo a solas con Dios, pero mi alma ansiaba por Él.

25 de noviembre. Pasé mucho tiempo en oración y súplica. Fui sometido a examen acerca de mi experiencia cristiana, mi familiaridad con la teología, y también acerca de otros estudios y calificaciones para la importante obra de la Evangelización de los Paganos*.

*Estos señores que examinaron al Sr. Brainerd, fueron los corresponsales en Nueva York, Nueva Jersey y Pensilvania, de la honorable Sociedad de Escocia para la Propagación del Conocimiento Cristiano; a quien se encomendaba la dirección de sus asuntos en aquellas partes, y que ahora se encontraban en Nueva York.

Se hizo sensible mi gran ignorancia e incapacidad para el ministerio público. Tuve los pensamientos más asombrosos sobre mí mismo, sintiéndome el peor miserable que haya vivido en la tierra. Mi corazón se dolía cuando alguien demostraba algún respeto por mí. ¡Ay!, pensé, ¡cuán tristemente tales personas estaban equivocadas acerca de mí! ¡Qué desgraciadamente decepcionados quedarían si me conociesen por dentro! ¡Oh, mi corazón! Y así, en esa condición deprimida, fui forzado a predicar a una considerable asamblea; en presencia de algunos importantes y eruditos ministros. Y lo hice sintiendo la fuerte presión del sentido de mi vileza, ignorancia e incapacidad para aparecer en público; al punto de casi dejarme dominar por tal sentido. Mi alma se entristecía por la congregación, por estar allí para oír predicar a un perro muerto como yo. Me sentía infinitamente endeudado para con el pueblo, y ansié que Dios los recompensara con las recompensas de su gracia.

○○○

CAPÍTULO 4

Desde el momento en que fue nombrado Misionero, hasta su entrada en su misión entre los Indios de Kaunaumeeek.

1742 – 1743

26 de noviembre. Todavía sentía mi gran vileza y me esforcé tanto como puede por estar a solas. ¡Oh, que nulidad soy; polvo y ceniza, esto es lo que soy! Disfruté de cierto consuelo al extender mis quejas ante Dios.

27 de noviembre. Entregué mi alma a los cuidados de Dios, sintiendo algún consuelo en eso. Partí de Nueva York cerca de las nueve de la mañana, todavía perturbado por mi indescriptible falta de dignidad. Por cierto, puedo amar a todos mis hermanos porque ninguno de ellos es tan vil como yo, hagan lo que hagan exteriormente; me parece que nadie experimenta tanto sentido de culpa ante Dios. ¡Oh, mis malas tendencias, mi esterilidad, mi carnalidad, mi pasada amargura y la falta de temperamento evangélico! Estas cosas me abruma el alma. Cabalgué desde Nueva York hasta White Plains, una distancia de treinta millas; y por casi todo el recorrido continué elevando mi corazón a Dios, rogándole misericordia y gracia purificadora. Pasé la noche muy abatido de espíritu.

1 de diciembre. ¡Mi alma respiraba en pos de Dios, en ansiosos deseos de conformidad con Él! Mi alma fue llevada a descansar sobre su rica gracia; y sintió la fuerza para hacer o sufrir cualquier cosa que la providencia divina quiera asignarme.

11 de diciembre. Conversé con un querido amigo, a quien había pensado dar una educación liberal para que pudiera ser apto para el ministerio del evangelio. Le familiaricé con mis pensamientos en ese asunto, y así le dejé considerarlo hasta que nos pudiéramos ver de nuevo. Entonces cabalgué a Bethlehem y llegué a la casa del Pastor Bellamy; me quedé con él, conversamos y oramos agradablemente. Entregamos a Dios la preocupación de enviar a mi amigo a estudiar en la universidad. Bendito sea el Señor por esa oportunidad de conversar aquella noche.

Día del Señor, 12 de diciembre. Por la mañana, sentí como si tuviera poco o ningún poder para orar o predicar; y sentí una angustiosa necesidad de la ayuda divina. Fui a la reunión temblando por dentro; pero agradó a Dios ayudarme en la oración y en el sermón. Mi alma apenas ha penetrado hasta ahora en el mundo inmaterial, y mis devociones nunca fueron tan libres de concepciones e imaginaciones burdas. He predicado, con cierta satisfacción, basado sobre Mateo 6.33, “Mas buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas”. Por la tarde prediqué sobre Romanos 15.30: “Pero os ruego, hermanos, por nuestro Señor Jesucristo y por el amor del Espíritu, que me ayudéis orando por mí a Dios”. Entre los oyentes hubo una excelente reacción. Fue un domingo dulce para mí; y, bendito sea Dios, tengo razón en pensar que mi religión se ha vuelto más espiritual a causa de mis recientes conflictos espirituales. Amén. ¡Que yo siempre me disponga a permitir que Dios use conmigo sus propios métodos!

14 de diciembre. Mi mente quedó envuelta por cierta perplejidad la noche anterior, y también hoy por la mañana; me preocupaban los intereses de Sion, especialmente a causa de las falsas apariencias de religiosidad que solo sirven para crear confusión, sobre todo en algunos lugares. Clamé a Dios pidiéndole ayuda, y que me capacitara para dar testimonio contra aquellas cosas que, en vez de promover, impiden el progreso de la piedad vital. Por la tarde, cabalgue hasta Southbury, conversando de nuevo con mi amigo sobre el importante asunto de que siguiera en la obra ministerial; me pareció favorablemente inclinado a consagrarse a la obra, siempre y cuando Dios lo calificara para poder obtener éxito en ese grandioso misterio. Por la noche, prediqué con base en 1ª Tesalonicenses 4.8, esforzándome para socavar, aunque con ternura, la falsa religiosidad. Y el Señor me prestó alguna asistencia en ello.

15 de diciembre. Pude mantener algún diálogo, confortante y refrescante para mi alma, con amigos queridos; cuando nos despedíamos unos de otros llegamos a pensar en la posibilidad de que nunca más nos veamos, sino hasta llegar al mundo eterno. No dudo que, por la gracia, algunos de nosotros pronto nos reuniremos allí. Bendito sea Dios por este encuentro, así como por varios otros. Amén.

18 de diciembre. Pasé mucho tiempo orando en un bosque cercano, sintiéndome como si hubiera sido levantado por encima del nivel de las cosas de este mundo. Mi alma se fortaleció en el Señor de los ejércitos, pero también tomé conciencia de mi lamentable esterilidad.

20 de diciembre. Pasé este día en oración, leyendo y escribiendo; y disfruté de alguna ayuda, en especial para corregir algunos pensamientos acerca de un cierto tema.

21 de diciembre. Me dirigí a Derby y prediqué allí, agradó a Dios permitirme hablar con suave y tierno poder, y energía. Después tuvimos una agradable velada cantando y orando. Dios me permitió orar con tanta espiritualidad como lo he hecho durante algún tiempo; mi mente parecía ser desnudada de los sentidos e imaginación, y en cierta medida, entrar en el mundo espiritual. Confío en que este día fue útil para muchos de nosotros, para hacer avanzar nuestras almas en santidad y conformidad con Dios; la gloria sea para Él para siempre. ¡Qué bendición es crecer más y más en Dios!

26 de diciembre. Sentí mucha dulzura y ternura en la oración, y sobre todo, que con toda mi alma parecí amar a mis peores enemigos; y pude orar por aquellos que son ajenos a Dios y enemigos suyos, con un alto grado de suavidad y de fervor.

27 de diciembre. Tuve un tiempo realmente precioso, mi corazón se ha enternecido mucho ante las cosas divinas; ante la pura espiritualidad de la religión de Cristo Jesús. Por la noche, prediqué con base en Mateo 6.33, y sentí mucha libertad, poder y vigor; la presencia de Dios fue fuertemente sentida en nuestra reunión. ¡Oh, qué dulzura y ternura sentí en mi alma! Si nunca sentía la disposición mental de Cristo, pienso que ahora la experimenté. Bendito sea mi Dios, rara vez he disfrutado de un día de mayor consuelo y provecho de lo que hoy. ¡Oh, si pudiera pasar todo mi tiempo al servicio de Dios!

14 de enero de 1743. Mis conflictos espirituales, hoy, fueron indeciblemente terribles; más pesados que las montañas y las inundaciones. He sido privado de todo sentido de la presencia de Dios y hasta del ser de Dios; y en eso consistió mi miseria. Los tormentos de los condenados, estoy seguro, consistirán en la privación de Dios; y, en consecuencia, en la ausencia de todo bien. Esto me enseñó la absoluta dependencia de toda criatura a Dios, el Creador, en cuanto a cada migaja de felicidad de que goza. Oh, siento que si Dios no existiera, yo tendría que vivir aquí para siempre, gozando no sólo de este mundo, sino de todos los demás; y sería diez mil veces más miserable que un reptil. Como siempre, fui a la casa de Dios, pero no encontré mucho alivio en la primera oración; mas después Dios se complació en darme libertad y amplitud, y pasé la noche confortablemente.

Día del Señor, 23 de enero. Creo que difícilmente me había sentido tan indigno de existir como ahora. Me di cuenta de que no era digno de ocupar lugar entre los indios, para los que me estoy dirigiendo si Dios lo permite, pensando que me avergonzaré de mirarlos al rostro; y más aún de recibir de ellos algún respeto. De hecho, me sentí como expulsado de la tierra, como si todos los lugares fueran demasiado buenos para un miserable tan grande como yo. Pensé que debería tener vergüenza de dirigirme incluso a los salvajes de África, pues me considero una criatura impresentable para cualquier cosa; tanto en el cielo como en la tierra. Nadie sabe, sino aquellos que lo experimentan, lo que el alma soporta cuando es sensiblemente separada de la presencia de Dios. Desafortunadamente, eso es más amargo que la muerte.

2 de febrero. Prediqué la noche pasada mi sermón de despedida en la casa de un hombre anciano, quien estaba incapacitado de frecuentar, desde hacía algún tiempo, el culto público. En esta mañana, pasé parte del tiempo en oración. Habiéndome despedido de mis amigos, partí en mi viaje hasta el territorio de los indios; aunque tenía que pasar primero unas semanas en East Hampton, en Long Island, para despedirme de los representantes; pues el invierno es considerado desfavorable para el inicio de la misión.

12 de febrero. [En East Hampton] He obtenido un poco más de consuelo espiritual, he podido meditar con gran equilibrio mental; y, especialmente por la noche, sentí mi alma más refrigerada en oración, como hacía algún tiempo que no sucedía. Mi alma parecía poder valerse de la “fuerza de Dios”, y fue consolada con sus consuelos. ¡Oh, cuán deleitosos son ciertos vislumbres de la gloria divina! ¡Cuán fortalecedor y vivificador!

15 de febrero. Al principio del día sentí algún consuelo, después fui a dar un paseo en un bosque cercano, y me sentí un extraño en la tierra, más que en cualquier otra oportunidad; muerto a todos los placeres del mundo, como si hubiera estado muerto en un sentido natural. Por la noche tuve dulzura en el deber secreto. Dios era entonces mi parte, y mi alma se elevó por encima de las aguas profundas, en las que he caído tan bajo en los últimos tiempos.

17 de febrero. Prediqué hoy en una pequeña villa perteneciente a East Hampton. Dios se agradó en darme mucho de su graciosa presencia y ayuda; de tal manera que hablé con libertad, osadía y algún poder. Por la noche pasé algún tiempo con un querido amigo cristiano, y me sentía solemne, al borde de la eternidad. Oré con mi querido amigo, y nuestra entrevista fue realmente un pequeño emblema del propio cielo. Percibo que mi alma está más refinada, más desligada de mi anterior dependencia a mis actitudes y sentimientos espirituales.

18 de febrero. Tuve algún gozo la mayor parte del día, encontrando fácil acceso al Trono de la gracia. Bendito sea el Señor por cualquier descanso de deleite y serenidad celestial, mientras estoy comprometido en el campo de batalla. ¡Que pudiera yo ser siempre serio, solemne y vigilante; mientras continúo en este mundo malvado! Tuve alguna oportunidad de quedarme a solas con Dios, y sentí libertad para estudiar. Oh, anhelo vivir para Dios.

Al parecer, durante las dos semanas siguientes, Brainerd gozó la mayor parte del tiempo de mucho consuelo y paz espiritual. En su diario, en cuanto a ese período de tiempo, se registraron cosas como las siguientes: pesar por el pecado, desprecio del mundo, anhelo por Dios y de vivir para su gloria, deseos que enternecen el corazón por su hogar eterno, de la ayuda divina en el ejercicio privado y público de su religión, fuerza interior y coraje en el servicio prestado a Dios, frecuente refrigerio de alma, el consuelo y la dulzura divina en la meditación, en la oración, en la predicación y en simples conversaciones con otros creyentes. Y, sobre la base de su diario, parece que ese espacio de tiempo fue lleno de gran diligencia y ardiente deseo de servir a Dios, en el estudio, en la oración, la meditación, la predicación, la instrucción particular y la consejería. [Jonathan Edwards]

7 de marzo. En esta mañana, cuando me levanté, noté que mi corazón buscaba a Dios, queriendo ardientemente conformarse a Él. En oración secreta me sentí deliciosamente vivificado, inclinado a alabar a Dios a causa de todo lo que Él ha hecho por mí, sin exceptuar mis pruebas internas y mis dificultades recientes. ¡Mi corazón atribuyó gloria, gloria, gloria al Dios bendito! Y estaba dispuesto a dar la bienvenida una vez más, a toda aflicción en lo íntimo; si a Dios le pareciera bien ejercitarme por ese intermedio. El tiempo me parecía corto, y la eternidad muy próxima. Pensé que, con paciencia y buen ánimo, podría soportar cualquier cosa en favor de la causa de Dios; porque percibí que bastaría un momento para llevarme a un mundo de paz y de bienaventuranza. Mi alma, mediante la fuerza del Señor, se elevó muy por encima de este mundo inferior, con todos sus vanos entretenimientos y con todas sus temibles decepciones.

9 de marzo. Cabalgué más de quince millas hasta Montauk, y tuve una sensación de dulzura interior en el camino; pero algo de abatimiento y mortandad después de estar allí y ver a los indios. Me retiré y traté de orar, pero me encontré terriblemente abandonado y me fui; y tuve una dolorosa sensación de mi vileza y mi ruindad.

Día del Señor, 13 de marzo. Al mediodía, pensé que me sería imposible predicar, en razón de mi debilidad física y de una sensación de muerte en lo íntimo. En la primera oración me sentía tan débil que casi no podía permanecer de pie; pero cuando empecé a predicar, Dios vino a fortalecerme, por lo que estuve predicando por casi hora y media con notable libertad, claridad y un suave poder. Prediqué basado en el texto de Génesis 5.24, “Caminó, pues, Enoc con Dios” Fui dulcemente ayudado al insistir en que el creyente necesita caminar muy cerca de Dios, dejando ese pensamiento como consejo final para el pueblo de Dios que me oía; insistiendo que debían “*andar con Dios*”. ¡Que el Dios de toda gracia confiera éxito a mis pobres labores en este lugar!

Yo estaba angustiado bajo el sentido de mi ignorancia, oscuridad e indignidad; me aparté a solas, y derramé mi queja ante Dios en la amargura de mi alma. Por la tarde viajé a Newark y tuve dulzura en la conversación con Mr. Burr, y en la oración que tuvimos juntos. ¡Oh bendito sea Dios por siempre y para siempre, por todo ánimo y vivificación!

Lunes 14 de marzo. Por la mañana estuve muy ocupado en preparativos para mi viaje; y estuve casi continuamente ocupado en oraciones fervientes. Cerca de las diez horas, me despedí del querido pueblo de East Hampton; mi corazón se lamentó y se entristeció, aunque al mismo tiempo se regocijó. Cabalgué unas cuarenta y nueve millas hasta cierto punto de Brook Haven, donde me alojé; entablando una tonificante conversación con un amigo creyente.

Dos días más tarde, Brainerd llegó a Nueva York; pero quejándose de mucha improductividad y sentido de apatía por el camino. Se quedó un día en Nueva York, y luego el viernes partió a la residencia del Sr. Dickinson, en Elizabeth Town. [Jonathan Edwards]

Día del Señor, el 20 de marzo. Prediqué un poco antes del mediodía. Dios me concedió alguna ayuda, permitiéndome hablar con real ternura, amor e imparcialidad. Prediqué de nuevo a la tarde, y Dios tuvo por bien ayudar a un pobre gusano. Bendito sea Dios, pues fui capacitado para hablar con vida, poder y deseo de que el pueblo de Dios fuera edificado; y también con algún poder me dirigí a los perdidos. Por la noche me mantuve vigilante, para que de ningún modo mi corazón se apartara de Dios. ¡Oh, cuando llegue a aquel mundo bendito, donde cada facultad de mi alma estará incesante y eternamente empleada en actividades y disfrutes celestiales, en el más alto grado!

El lunes Brainerd fue a Woodbridge, Nueva Jersey, donde se reunió con los corresponsales, los cuales en vez de enviarlo a los indios de Forks of Delaware, como querían, le ordenaron que fuera al encuentro de algunos indios en Kaunaameek; un lugar del Estado de Nueva York, en el bosque entre Stockbridge y Albany. Este cambio de planes fue motivado por dos cosas: (1) Los corresponsales habían recibido información sobre alguna disputa que subsiste entre los blancos y los indios, en Delaware, que se supone serviría como un obstáculo para el éxito del trabajo de un misionero entre los Indios. (2) Había algún rumor, recibido por parte del Pastor Sergeant,

misionero entre los indios en Stockbridge, acerca de los indios de Kaunaumeeek, y una esperanzada perspectiva de éxito que un misionero evangélico podría obtener entre ellos. Al día siguiente, Brainerd partió hacia Kaunaumeeek, llegando a la casa del pastor Sergeant, en Stockbridge, el 31 de marzo. [Jonathan Edwards]

∞∞∞

CAPÍTULO 5

Desde su primer comienzo para instruir a los Indios en Kaunaumeeek, hasta su Ordenación.

1743 – 1744

Viernes 1 de abril de 1743. Cabalgué hasta Kaunaumeeek, en el bosque, a unas veinte millas de Stockbridge, y a cerca de igual distancia de Albany; donde viven los indios que me interesa evangelizar. Me alojé con un escocés pobre, a poco menos de dos kilómetros y medio de distancia de ellos. La habitación era de troncos de árboles, sin suelo. Me acosté a descansar sobre un montón de paja. Me asaltaron temores, como si no hubiera Dios a quien pudiera apelar. ¡Oh, que Dios me ayude!

El lugar, en cuanto a su situación, era bastante solitario y desagradable, rodeado de montañas y bosques; a veinte millas de distancia de los habitantes ingleses, a seis o siete de cualquier holandés, y a más de dos de una familia que vino hace algún tiempo desde las Tierras Altas de Escocia, y que entonces habían vivido cerca de dos años en este desierto.

Con esta familia me alojé por el espacio de tres meses, el dueño de casa era la única persona con quien podía conversar fácilmente en estos lugares; espero a mi intérprete, los otros entienden muy poco inglés.

7 de abril. Me vi a mismo extremadamente ignorante, débil, impotente, indigno; e incapaz de realizar mi tarea. Era como si jamás pudiese prestar cualquier servicio, como si nunca pudiese tener éxito entre los indios. Mi alma estaba cansada de mi vida; anhelaba la muerte, casi sin poder contenerme. Cuando pensaba sobre algún alma piadosa que había partido, mi alma envidiaba tal privilegio pensando: “¡Oh, cuándo llegará mi turno, pero antes tendrán que pasar años!” Sin embargo, reconozco que esos ardientes deseos en aquella y en otras ocasiones se originaban, al menos en parte, en mi falta de resignación a Dios en el tiempo de mis miserias; o sea, yo estaba impaciente. Pero al acercarse la noche, me entregué al ejercicio de la fe, en oración; y conseguí escribir algo. ¡Oh, que Dios me conserve cerca de Él!

Día del Señor, 10 de abril. Me levanté temprano por la mañana y salí del alojamiento; habiendo pasado un tiempo considerable en el bosque, entregado a la oración y a la meditación. Prediqué a los indios, tanto antes del mediodía como a la tarde. Se comportaron con sobriedad, en general; y dos o tres de ellos en particular parecían tener interés espiritual. Así que conversé individualmente con ellos. Uno de ellos, me dijo que “su corazón había llorado desde que me oyó predicar por primera vez”

16 de abril. Por la tarde prediqué a mi propia gente, pero me sentía más desanimado con ellos que antes; temiendo que jamás podría hacer algo por ellos con algún feliz resultado. Me retiré y derramé mi alma delante de Dios, pidiéndole misericordia; pero no conseguí ningún alivio sensible. Poco después, llegaron dos hombres impíos con el propósito, según dijeron, de oírme predicar al día siguiente; pero nadie puede expresar cómo me sentía con la conversación profana de ellos. Oh, como deseé que algún querido creyente tomara conocimiento de mis dificultades. Yo entré en una especie de choza y allí gemí delante de Dios, presentándole mi queja; sentí gratitud a Dios, con acción de gracias por cuanto Él, como reconocí a través de su gracia, me había hecho ser diferente de que aquellos hombres.

Día del Señor, 17 de abril. Por la mañana, tan pronto como me desperté, sentí el corazón agonizante; pues oía mucho acerca del mundo y de las cosas de él. Me di cuenta de que los hombres, de alguna manera, estaban asustados de mí; hablé sobre santificar el domingo pues tal vez aquello devolviese alguna sobriedad a sus mentes; pero cuando estaban a poca distancia de mí, volvieron a conversar libremente sobre asuntos mundanos. ¡Oh, pensé, qué infierno sería convivir con esos hombres por toda la eternidad! El Señor me concedió alguna ayuda en la predicación, durante todo el día; y alguna resignación y un poco de consuelo en oración por la noche.

19 de abril. Por la mañana, tuve el privilegio de un dulce reposo y descanso en Dios; sintiéndome fortalecido en mi confianza en Él. Mi alma hasta cierto punto descansó en el refrigerio y consuelo recibidos. Pasé la mayor parte del día escribiendo, y tuve algún ejercicio de la gracia, sensible y reconfortante. Mi alma parecía elevada por encima de las aguas profundas donde, durante mucho tiempo, estaba a punto de hundirse. Yo fui tomado por anhelos espirituales, suspirando por Dios; me encontré comprometido para el progreso del reino de Cristo en mi propia alma, más que en el mundo pagano.

20 de abril. Separé este día para ayuno y oración, inclinando mi alma delante de Dios con el fin de recibir más de su gracia; sobre todo para que toda mi aflicción espiritual e inquietud interior puedan ser santificadas. También me esforcé para recordar la bondad que Dios demostró conmigo el año pasado; siendo este el día de mi cumpleaños. Al haber obtenido la ayuda divina, he vivido hasta este punto; llegando a la edad de veinticinco años. Mi alma se duele ante mi esterilidad e inercia, ante el hecho de que he vivido tan poco para la gloria del Dios eterno. Pasé el día solo, en el bosque, y allí derramé mi queja ante Dios. ¡Oh, que para el futuro Dios me permita vivir para su gloria!

22 de abril. ¡Mi debilidad testifica contra mí! Mi alma se aborrece por su desagrado a Dios, su inactividad y su lentitud. Cuando he hecho todo, ¡ay, qué siervo inútil soy! Mi alma gime al ver pasar las horas del día, porque no las lleno en espiritualidad y celestialidad. Y sin embargo, deseo que aceleren su paso para que me apresure a mi hogar eterno; donde pueda llenar todos mis momentos, por la eternidad, para Dios y su gloria.

10 de mayo. Me encuentro en el mismo estado mental en el que he vivido por algún tiempo: extremadamente oprimido por el sentido de culpa, contaminación y ceguera. “¿Por qué he de temer en los días de adversidad, cuando la iniquidad de mis opresores me rodeare? (Salmo 49.5). Los pecados de mi juventud parecían puestos en orden delante de mí, como una carga pesadísima; demasiado pesada para soportarla. Casi todos los actos de mi vida pasada parecían manchados por el pecado y por el sentido de culpa; y aquellos que practiqué con mayor rebeldía, ahora me llenan de vergüenza y confusión, hasta el punto de no poder levantar mi rostro. Oh, orgullo, egoísmo, hipocresía, ignorancia, amargura y partidismo; así como la falta de amor, candor, mansedumbre y gentileza que han acompañado a mis intentos de promover los intereses religiosos; ¡y esto cuando tengo razón de esperar que recibiré ayuda desde lo alto, y alguna dulce relación con el cielo! Pero, ¡ay, qué mezclas corruptas acompañaban a mis mejores deberes!

Después de varias semanas, encontré que mi distancia de los indios era una gran desventaja para mi trabajo entre ellos, y muy pesada para mí; pues me veía obligado a viajar hacia adelante y hacia atrás casi a diario a pie, sin tener pastos en los que pudiera mantener mi caballo para ese propósito. Y no podía estar con los indios por la tarde y por la mañana, que eran generalmente las mejores horas para encontrarlos en casa, y cuando mejor podían atender a mis instrucciones.

Por lo tanto, resolví trasladarme y vivir con o cerca de los indios, para poder ver todas las oportunidades cuando ellos estaban generalmente en casa; y aprovechar estas temporadas para su instrucción.

18 de mayo. Mis circunstancias son tales que no tengo ningún tipo de confort, sino lo que tengo en Dios. Vivo en el yermo más solitario, y sólo hay una persona que puede hablar inglés y hablar conmigo*. Casi todo lo que oigo hablar es escocés de los highlands, o indígena. No cuento con ningún creyente con quien pueda desahogarme, abriéndome en cuanto a mi tristeza espiritual, y quien pueda aconsejarme acerca de las realidades espirituales; o con quien pueda unirme en oración. Mi vida carece de todas las comodidades de la vida; mi dieta consiste principalmente en maíz cocido, pudín de harina, etc. Duermo sobre un montón de paja, mi trabajo es duro y extremadamente difícil; y no parece que esté consiguiendo éxito, lo que podría animarme. Los indios no tienen un territorio que puedan ocupar, sino las tierras que los holandeses reclaman; y éstos amenazan con expulsarlos. Los holandeses no se preocupan de las almas de los pobres indios; y hasta donde me fue posible percibir, me odian porque he venido a predicar a los indios. Pero lo que más se me hace difícil, es que Dios oculta su rostro de mí.

*Esta persona era intérprete del Sr. Brainerd; un ingenioso joven indio perteneciente a Stockbridge, cuyo nombre era John Wauwaumpeduunnaunt. El pastor Sergeant lo instruyó en la religión cristiana; y había vivido con el señor Williams, de Long-Meadow, y había sido instruido por él a cargo del señor Hollis de Londres. Comprendía muy bien el inglés y el indio, y escribía con buena mano.

20 de mayo. Me quedé muy abatido durante buena parte del día; pero cuando la noche ya iba cayendo, medité sobre Isaías 40.1, “Consolaos, consolaos pueblo mío, dice vuestro Dios”, y fui consolado. Pude endulzar mi espíritu en oración. Después de eso, mi alma alzó el vuelo hasta muy por encima de las aguas profundas, de tal manera que me atrevía a regocijarme en Dios. Me di cuenta de que tenía suficiente motivo de consuelo en el Dios bendito.

El lunes 30 de mayo, Brainerd viajó a Nueva Jersey para consultar a los representantes y obtener autorización para fundar una escuela entre los indios, en Kaunaumeeck, y para que su intérprete fuese nombrado profesor; y así sucedió. Entonces, partió de Nueva Jersey a New Haven, donde llegó el 6 de junio, un lunes. Intentó una reconciliación con el cuerpo docente de la universidad, y visitó a sus amigos de aquella región. En su viaje de regreso a casa, se mantuvo en una actitud de mente bastante cómoda. El sábado, en el camino de Stockbridge a Kaunaumeeck, se perdió en el bosque, y pasó toda la noche a cielo abierto. Afortunadamente, encontró de nuevo el camino al amanecer, y llegó donde estaban sus indios el domingo 12 de junio; habiendo predicado entre ellos con gran provecho, como nunca lo había hecho antes, desde que había llegado allí.

En aquel tiempo, estuvo sujeto a variadas actitudes y ejercicios mentales, en general más o menos como venía sucediendo desde que por primera vez llegó a Kaunaumeeck, hasta que ocupó su propia casa (una pequeña cabaña, que había levantado con sus propias manos con larga y ardua labor). También descubrió que la distancia de la familia con quien se hospedaba al principio, le impedía muchas oportunidades favorables de acceso a los indios; sobre todo de

mañana y de noche. Después de unos tres meses, se mudó de allí y pasó a vivir en compañía de los indios, en una de sus tiendas. Allí continuó residiendo por cerca de un mes, cuando entonces terminó la pequeña casa sobre la que aquí se menciona. [Jonathan Edwards]

25 de julio. Poco o ningún resultado he obtenido acerca de una vida de santidad. Ya estaba a punto de renunciar a mi esperanza de vivir para Dios. ¡Cuán tenebroso me pareció pensar en existir sin santidad eternamente! Era algo que no podía soportar. El clamor de mi alma era el mismo del Salmo 65.3, “Las iniquidades prevalecen contra mí”. Pero de alguna manera sentí alivio ante la consoladora meditación sobre la eternidad de Dios; un Ser que nunca tuvo comienzo. Con base en esto, fui llevado a admirar más aún su grandeza y poder, de tal manera que me detuve y alabé al Señor en razón de sus propias glorias y perfecciones. Y aunque seguía siendo (y si continuase siendo para siempre) una criatura profana, mi alma se sentía consolada por aprehender al Dios eterno, infinito, poderoso y santo.

30 de julio. Al principio de la noche, me mudé a mi propia casa y me alojé para pasar la noche. Descubrí que allí era mucho mejor pasar el tiempo solo allí que en la tienda india, donde yo había residido antes.

Día del Señor, 31 de julio. Me sentí más cómodo que hace algunos días. Bendito sea el Señor, que ahora me ha dado un lugar donde puedo retirarme. ¡Oh, que aquí yo pueda encontrar a Dios, y que Él me acompañe para siempre!

1 de agosto. Sigo ocupado en la disposición y el arreglo de mi pequeña casa. Sentí un poco de la dulzura de la religión, y he pensado que vale la pena seguir a Dios incluso a través de mil trampas, abandonos, y la propia muerte. ¡Oh, quien me diera poder seguir siempre la santidad, para que pueda conformarme totalmente a Dios! Pude experimentar alguna sensibilidad en la oración secreta, aunque mucha tristeza también me asalta.

3 de agosto. Ahora estoy solo, sin interrupciones; y he encontrado mi retiro confortable. He disfrutado de más sentido de las cosas divinas en estos días, más que hace algún tiempo. Yo anhelo la santidad, la humildad y la mansedumbre: ¡Oh, que Dios me permitiera “conducirme con temor todo el tiempo de mi peregrinación”, y siempre vivir para él!

4 de agosto. He podido dedicarme continuamente a la oración durante el día. A través de la bondad divina, percibí intensidad de propósitos en mis deberes, como solía hacer; y alguna capacidad de perseverar en mis súplicas. He recibido algún entendimiento de las cosas divinas, que me han proporcionado coraje y resolución. He visto que es bueno perseverar en los intentos de orar, aunque yo no pueda orar con perseverancia; es decir, continuar por mucho tiempo conversando con el Ser divino. He descubierto, en general, que cuanto más me dedico a la oración secreta, más me deleito en ella, y más he apreciado el espíritu de oración. A menudo he descubierto lo contrario cuando al viajar o hacer algo he sido privado de tiempo para la oración secreta. El cumplimiento oportuno y constante de deberes secretos en las horas apropiadas, y un perfeccionamiento cuidadoso de todo el tiempo, que llene cada hora con algún trabajo provechoso, que ocupe el corazón, la mente, o las manos, son medios excelentes para obtener paz espiritual y osadía delante de Dios. Ocupar nuestro tiempo con Dios, y en favor de Él, es el camino para quien quiera levantarse y acostarse en paz.

13 de agosto. En oración secreta, pude elevar mi alma a Dios con deseo y deleite. Fueron momentos realmente bendecidos. He descubierto cuán consolador es ser creyente; y “tengo por cierto que los sufrimientos del tiempo presente no se pueden comparar con la gloria” de los gozos divinos incluso en este mundo. Todas mis tristezas pasadas parecían desaparecer, y “no

me acordé más de la tristeza”. Con qué filial ternura, en estos días, mi alma confía en la “Roca de los Siglos”, que nunca la dejará ni lo abandonará, y que hará que “todas las cosas trabajen juntas para su bien”. Yo anhelaba que otros supieran lo bueno que es Dios, el Señor. Mi alma se llenó de ternura y amor, aun por el más empedernido de mis enemigos. Anhelaba que Dios hiciera precisamente lo que quisiera conmigo. Y me sentía peculiarmente serio, tranquilo y alentando a proseguir en la búsqueda de la santidad mientras viva; sin importar las dificultades y las pruebas que tenga que encontrar en el camino. Que el Señor siempre me ayude a actuar así. Amén y amén.

15 de agosto. Pasé la mayor parte del día trabajando, buscando algo para alimentar mi caballo durante el invierno. Por la mañana no he tenido mucha satisfacción espiritual; estaba muy debilitado en el cuerpo durante el día; pensé que mi débil cuerpo pronto caería muerto en el polvo. Y entonces me di cuenta, con cierta inquietud, que pronto yo estaría entrando en el otro mundo. Con este estado débil del cuerpo, no me preocupé en modo alguno por la falta de alimento apropiado. No tengo pan y ni podría comprar alguno. Me veo obligado a caminar, o a enviar a alguien, entre diez y quince millas para obtener todo el pan que necesito. A veces el pan queda agrio o mohoso antes de que pueda consumirlo, cuando compro en cantidad considerable.

Otras veces, por muchos días seguidos, no dispongo de pan alguno; pues me falta la oportunidad de adquirirlo o mandar a buscarlo, o no puedo encontrar mi caballo en el bosque para buscar el pan personalmente. Así está sucediendo actualmente. Pero por la bondad divina, tengo alguna harina de los indios, con la que hago pequeños pasteles y fritos. No obstante, me siento contento ante mis circunstancias, mansamente resignado ante Dios. He disfrutado de gran libertad en mis oraciones, y bendito sea Dios, hasta donde lleguen mis presentes circunstancias doy gracias al Señor como si yo fuese un rey. También he descubierto la disposición de vivir contento bajo cualquier circunstancia.

Día del Señor, 21 de agosto. Me sentía bastante limitado en las devociones matutinas; mis pensamientos parecían dispersos hasta los confines de la tierra. Al mediodía, me postré delante del Señor, gimiendo bajo el sentido de mi vileza, esterilidad y falta de vida; me sentía como si fuera culpable de asesinar algún alma, al hablar ante almas inmortales de la forma en que lo he hecho. Por la tarde, Dios se agradó en darme algún apoyo; se me permitió exponer a mis oyentes la naturaleza y la necesidad del arrepentimiento auténtico. Después me sentí agradecido a Dios. Por la noche me sentía muy enfermo y lleno de dolores; y mi alma se lamentaba por haber pasado tanto tiempo con tan poco provecho.

23 de agosto. He estudiado hasta el mediodía, y disfruté de cierta libertad. Por la tarde trabajé al aire libre; buscaba orar, pero no encontré mucha alegría en la práctica, ni gran intensidad mental. Al acercarse la noche, estaba exhausto, cansado de este mundo de tristezas. Los pensamientos acerca de la muerte y la inmortalidad me parecían muy deseables; y llegaron a refrescarme el alma. Las siguientes líneas poéticas me surgieron en la mente, dándome algún placer:

Ven muerte, dame la mano,

beso tu mortaja, para mí es felicidad poder morir.

¿Qué? ¿Piensas que habré de retroceder?

Antes, sigo hacia la inmortalidad.

En oración nocturna, Dios se agradó en acercarse a mi alma; aunque sea ella muy pecadora e indigna. Y así pude luchar con Dios, perseverando en mi petición, pidiéndole la gracia. Derramé mi alma en favor del mundo entero, amigos y enemigos. Mi alma estaba preocupada no

simplemente por las almas, sino por el reino de Cristo para concretarse en el mundo, para que Dios sea conocido como Dios en el mundo. Que la gracia divina se manifieste, dondequiera que sea, y que Dios reciba toda la gloria para siempre. Amén. Fue realmente un período de gran consuelo. Pensé estar recibiendo alguna anticipación de los deleites y actividades del mundo superior. ¡Oh, que mi alma se amolde al otro mundo!

28 de agosto. Estuve muy perplejo con algunos holandeses irreligiosos. Toda su conversación se refirió a las cosas del mundo, lo cual era muy fatigoso para mi alma. ¡Oh, que infierno sería el pasar una eternidad con hombres así! Muy bien dijo David: Contemplé a los transgresores y me sentí muy apenado. ¡Pero, adorado sea Dios!, el cielo es un lugar en el que no entra nada impuro, ¡Oh, cuanto deseo la santidad de ese otro mundo! ¡Dios me prepare para él!

31 de agosto [En un viaje a Nueva York] Pasé por una dulce, seria, y según espero, cristiana actitud mental. Las realidades eternas tomaron cuenta de mis pensamientos, y anhele por estar en el mundo de los espíritus. Oh, cuánta felicidad hay cuando todos nuestros pensamientos se ocupan del mundo espiritual, sintiéndonos extraños en este mundo; buscando con diligencia un camino que lo atravesase, el camino mejor y más seguro para la Jerusalén celestial.

Brainerd prosiguió en ese viaje, y después de demorarse por dos o tres días en Nueva York, partió a New Haven; con intención de llegar para la graduación. [Jonathan Edwards]

Día del Señor, 11 de septiembre. [En Horse Neck] Prediqué en la tarde sobre Tito 3.8. Creo que Dios nunca me ayudó tanto en describir la verdadera religiosidad, detectando con claridad y desenmascarando, aunque de modo cortés, las falsas apariencias en la religión, el celo mal dirigido, los celos partidarios, el orgullo espiritual, etc.; así como un espíritu dogmático y de autoconfianza junto con su fuente originaria, es decir, la ignorancia del corazón. Al comienzo de la noche, me dediqué a conversar con aquella gente para intentar suprimir ciertas ideas confusas que había percibido entre ellos.

13 de septiembre. Cabalgué hasta New Haven. Me sentía deprimido, porque no estaba en mi mejor actitud mental. Por la noche mantuve un provechoso diálogo con algunos creyentes. Aunque mis tribulaciones interiores son grandes, la vida de soledad me ofrece mayor oportunidad para penetrar hasta los recovecos más íntimos del alma. Sin embargo, es mejor vivir solo que vivir sobrecargado por la agitación y el tumulto. Siento gran dificultad en mantener cualquier sentido de las realidades divinas al mismo tiempo que debo ir de un lugar a otro, siempre lleno de cuidados y actividades variadas. Una actividad estable y fija en un lugar, facilita una vida dedicada a la religión.

14 de septiembre. Hoy debería haber recibido mi diploma (hoy es el día de la graduación). Pero Dios creyó mejor negarme ese privilegio. Pensé que me sentiría grandemente temeroso, estando dominado por la perplejidad y la confusión mental al ver a mis compañeros de clase recibir su diploma. Sin embargo, en aquel momento, Dios me permitió decir con calma y resignación: “Sea hecha la voluntad del Señor”. De hecho, por la bondad divina, difícilmente he sentido mi mente tan tranquila, tan sedada, en tan grande consuelo. Hace mucho tiempo he venido temiendo un período como éste, esperando que mi humildad, mansedumbre, paciencia y resignación fuesen muy probadas; pero encontré mucho más placer y consuelo divino de lo que esperaba. Espiritualmente, me sentí serio, tierno y afectuoso en la oración particular que hice hoy con un querido amigo creyente.

15 de septiembre. Me quedé satisfecho al oír a los ministros exponer sus sermones. Siempre es un consuelo para mí oír y participar en diálogos religiosos y espirituales. ¡Oh, quién diera que

los ministros y los creyentes en general fuesen más espirituales y más consagrados a Dios! Al acercarse la noche, por consejo de mis amigos creyentes, ofrecí las reflexiones que constan abajo, por escrito, al rector y directores de la universidad -reflexiones que son esencialmente las mismas que había ofrecido al rector tiempos antes, rogándole que las aceptase- a fin de que, si es posible, yo evitara todo motivo de escándalo por parte de aquellos que buscan tales motivos. Las reflexiones que ofrecí fueron las siguientes:

“Si dije ante varias personas, acerca del Sr. Whittelsey, uno de los profesores del Yale College, que no creía que él tuviera más gracia que la silla sobre la que yo estaba recostado, ahora confieso humildemente que en esto he pecado contra Dios; actuando de manera contraria a las normas de su Palabra, y ofendí al Sr. Whittelsey. Yo no tenía el derecho de jugar así con su carácter y no tenía justa razón para hablar como lo hice. Mi falta fue agravada por haber dicho eso sobre quién era mi superior, a quien yo tenía la obligación de tratar con respeto y honor especiales; en razón de la relación entre él y yo en la Universidad. Confieso también que ese tipo de conducta no cabe a un creyente; exageré y no demostré el humilde respeto que debería haber expresado con el Sr. Whittelsey. Hace mucho estoy convencido de la falsedad de aquella apreciación por la que entonces yo había justificado mi comportamiento; y con frecuencia he reflexionado con tristeza sobre aquella conducta. Por haber sido un acto pecaminoso, espero y estoy dispuesto a humillarme, rebajándome por tal motivo delante de Dios y de los hombres. Humildemente pido perdón a los directores de la Universidad y de toda la sociedad, y del Sr. Whittelsey en particular. Pero en cuanto a la acusación, hecha por una persona, de haber dicho acerca del rector del Yale College, que me admiraba que no hubiera caído muerto por haber multado a los estudiantes que siguieron al Sr. Tennent a Milford, profeso aquí, con toda seriedad, que no me acuerdo de haber dicho nada en ese sentido. Pero si lo hice, lo cual no estoy seguro, condeno rigurosamente esa actitud; detestando toda esa especie de comportamiento más aún de parte de un alumno contra el rector. Y ahora me presento para juzgar y condenarme a mí mismo por haber ido una vez a la reunión en New Haven, poco antes de haber sido expulsado, aunque el rector me rechazó el permiso de salida. Por eso, pido humildemente el perdón del rector. Y si los directores de la universidad estiman conveniente eliminar la censura académica que pesa sobre mí, o no, o se sienten a bien conferir los privilegios que deseen, estoy dispuesto a presentarme, si lo consideran adecuado con el fin de reconocerlo; humillándome yo por las cosas aquí confesadas.

Dios me ha dispuesto a hacer cualquier cosa que sea coherente con la verdad, por amor a la concordia; y para que yo no sirva de piedra de tropiezo a otras personas. Por eso, puedo olvidar y desistir de aquello en lo que realmente creo ser mi derecho, en algunas instancias, después de la búsqueda más madura e imparcial. Dios me dio la buena disposición de que, si alguien me ofendió por cien veces, y yo he ofendido a ese alguien sólo una vez, (aunque por tantas veces provocado), me sienta inclinado y desee de todo corazón, humildemente, confesar mi falta; pidiéndole perdón de rodillas. Aunque al mismo tiempo se sienta justificado en todas las ofensas hechas contra mí, haciendo uso de mi humilde confesión sólo para denigrar mi carácter aún más, presentándose como la única persona culpable. Sí, aunque esa persona me quisiera ofender y dijese: “él sabía de todo antes, y yo le estaba ayudando a arrepentirse”. Aunque lo que dije sobre el Sr. Whittelsey se ha dicho sólo en conversación privada, a un amigo o dos, y ha sido oído por alguien que acababa de pasar, y ha sido informado al rector; y por él extraído de mis amigos, y ya que la cuestión fue divulgada y se hizo pública, me dispuse a confesar mi falta públicamente. Pero confío en que Dios pleiteará mi causa.

He sido testigo del profundo espíritu cristiano que Brainerd demostró en la ocasión. Yo, en ese entonces, estaba en New Haven, y a él le pareció conveniente consultarme. Esa fue mi primera oportunidad de verlo personalmente. Él demostraba una gran calma y humildad, sin la más mínima apariencia de exaltación de espíritu en cuanto a cualquier maltrato que pudiera suponer

que sufriría; o en cuanto a cualquier vacilación para rebajarse ante aquellos que, según él pensaba, lo habían perjudicado. Su confesión fue hecha sin ninguna reclamación o apariencia de reticencia, incluso en privado a sus amigos, ante los cuales se abrió francamente. Se hicieron varios llamamientos a las autoridades de la universidad, a fin de que él pudiera recibir su diploma de graduación; y, particularmente, por el Pastor Burr, de Newark, uno de los representantes de la Sociedad Escocesa. Él fue enviado de Nueva Jersey a New Haven, por los demás representantes con esa finalidad. Se utilizaron muchos argumentos, pero sin éxito. De hecho, los directores de la universidad quedaron tan satisfechos con las reflexiones que Brainerd hizo acerca de sí mismo, que se manifestaron dispuestos a admitirlo nuevamente en la universidad. Pero no le darían su diploma de graduación, mientras no hubiera permanecido allí por lo menos por doce meses, lo que no aceptó, ya que era contrario a la opinión declarada de los representantes de su misión. Él deseaba recibir su diploma, pues pensaba que podría contribuir a ampliar su utilidad. No obstante, cuando ese privilegio le fue negado, Brainerd no manifestó ninguna decepción o resentimiento. [Jonathan Edwards]

19 de septiembre. Por la tarde cabalgué a Bethlehem, y prediqué allí. Hubo bastante asistencia, tanto en la oración como en la predicación. Me sentía serio, amable y tierno hacia toda la humanidad; y deseaba que la santidad pudiera florecer en la tierra.

20 de septiembre. [En Bethlehem] Tuve la idea de proseguir en mi viaje hasta mis indios; pero cuando se acercaba la noche, fui acometido por un terrible dolor de dientes, acompañado por un frío que me hacía temblar todo. Por toda la noche no conseguí recuperarme a un grado cómodo de calor. Me quedé padeciendo con fuerte dolor, y al amanecer tenía fiebre alta con dolores por casi todo el cuerpo. Sin embargo, tenía el sentido de la bondad divina que determinó este lugar para la enfermedad; estando yo entre amigos que fueron muy bondadosos para conmigo. Probablemente habría perecido si me hubiera dirigido a mi propia casa, en el bosque, donde no había nadie con quien conversar, sino los pobres, rudos e ignorantes indios. Vi, pues, que había la manifestación de la misericordia divina en medio de mi aflicción.

Así continué, la mayor parte del tiempo, recostado en mi lecho hasta el viernes por la noche; lleno de dolores casi todo el tiempo. Mas debido a la bondad divina, no tenía miedo de la muerte. Entonces pude comprender cuán grande es la insensatez de aquellos que sólo apelan a Dios cuando ya están postrados en cama. Ciertamente, este no es el tiempo adecuado para preparar el alma para la eternidad. El viernes por la noche, mis dolores desaparecieron de manera un tanto repentina. Me sentía extremadamente débil, casi desmayándome; pero estaba mucho mejor la noche siguiente. Estas palabras del Salmo 118:17 “No moriré, sino que viviré” pasaron por mi mente con frecuencia. Pensé que debemos dar valor a la continuación de la vida, pero solo por un motivo: “mostrar la bondad de Dios y las obras de su gracia”.

4 de octubre. Hoy cabalgué de vuelta a mi propia casa y a mi pueblo. Los pobres indios parecieron alegrarse mucho con mi regreso. He encontrado mi casa y todas las cosas en plena seguridad. Inmediatamente caí de rodillas agradeciéndole a Dios por haber regresado a salvo. He hecho muchos viajes largos desde hace un año, y sin embargo, nunca ninguno de mis huesos se rompió, y ni ninguna calamidad penosa me sobrevino; exceptuando que me sentí muy mal en mi último viaje. Por muchas veces he quedado expuesto al frío y al hambre en el bosque, sin las comodidades normales de la vida, y donde en varias ocasiones me he perdido. Algunas veces he sido forzado a cabalgar una buena parte de la noche; otras veces quedé en el bosque toda la noche, sin embargo, ¡bendito sea Dios, Él me ha preservado!

23 de octubre. Por la mañana, tuve un poco de consolación que vino de la esperanza de ver días gloriosos en la Iglesia de Dios; y pude orar con alguna fuerza y ánimo de esperanza por ese día glorioso. Antes del mediodía prediqué de las glorias del cielo; por la tarde, de las miserias del infierno y del peligro de ir allá.”

3 de noviembre. Pasé el día en ayuno y oración secreto, de la mañana a la noche. Temprano por la mañana, fui sensiblemente ayudado en oración. Después leí el relato sobre el profeta Elías, en 1ª Reyes 17-19, y también 2ª Reyes 2 y 4. Mi alma se quedó muy conmovida, observando la fe, el celo y el poder de aquel santo hombre; y como él luchaba con Dios en oración, etc. Mi alma, entonces, clamó como hizo Eliseo: ¿Dónde está el Dios de Elías? ¡Oh, como anhelé por mayor fe! Mi alma suspiró por Dios, y rogué a él a fin de que una doble porción del Espíritu que se le dio a Elías viniera a reposar sobre mí. Y lo que constituyó un refrigerio y corroboración divina para mi alma, fue ver que Dios era el mismo de los días de Elías.

He podido luchar con Dios en oración, del modo más afectuoso, fervoroso, humilde, intenso e insistente de lo que pude hacer durante muchos meses. Nada me parecía demasiado difícil para que Dios no pudiera hacerlo; nada demasiado grande para mí que yo no pudiera hacerlo por Él.

Por muchos meses había perdido completamente la esperanza de un ser instrumento en el cumplimiento de cualquier servicio especial para Dios en el mundo; porque me parecía imposible que alguien tan vil como yo pudiera ser empleado por Dios. Ahora Dios se ha complacido en reavivar esta esperanza.

Después leí Éxodo, capítulos 3 al 20, y vi más de la gloria y de la majestad de Dios en aquellos capítulos, de lo que había percibido antes. Por muchas veces, entre tanto, me postraba de rodillas e imploraba por una fe igual a la de Moisés. Rogué por una manifestación de la gloria divina. Sobre todo, los capítulos 3 y 4 y una parte de los capítulos 14 y 15, se mostraron indudablemente dulces para mi alma. Mi alma bendecía a Dios, quien se mostró tan clemente para con sus siervos de la antigüedad. El capítulo 15, me pareció ser el mismo lenguaje usado por mi alma ante Dios en el período de mi primer consuelo espiritual, cuando acababa de atravesar mi Mar Rojo, por un camino inesperado.

Oh, ¡como mi alma, entonces, se regocijó en Dios! Y ahora, todas esas cosas subieron frescas y vivas a mi mente. Ahora mi alma bendecía de nuevo a Dios, porque Él había abierto aquel camino inesperado para librarme del temor de los egipcios; cuando casi llegué a desesperar de seguir vivo.

Luego leí la historia de las peregrinaciones de Abraham en la tierra de Canaán. Mi alma quedó enternecida al observar su fe, cómo dependía del Señor, cómo tenía comunión con Dios, cómo fue un forastero en este mundo. Después leí la historia de los sufrimientos de José, y sobre cómo Dios fue bondadoso con él. Bendito sea Dios por estos ejemplos de fe y paciencia. Mi alma se mostró ardiente en oración, y fui capacitado para luchar intensamente por mí mismo, por mis amigos creyentes y por la iglesia de Dios. Sentí un mayor deseo, por ver el poder de Dios en la conversión de almas, de lo que había sentido desde hace mucho tiempo. ¡Bendito sea Dios por ese período de ayuno y oración! ¡Que su bondad permanezca para siempre conmigo, atrayendo hacia Él a mi alma!

10 de noviembre. Pasé este día solo, en ayuno y oración. Por la mañana me sentía muy embotado y sin vida, melancólico y desanimado. Pero después de algún tiempo, mientras leía 2ª Reyes 19, mi alma se conmovió profundamente; sobre todo al leer del versículo 14 en adelante. Vi que no hay otro camino por el cual un afligido hijo de Dios pueda caminar, sino ir a Dios con todas sus tristezas. Ezequías, ante su gran aflicción, así lo hizo, exponiendo su queja ante el Señor. Entonces fui capaz de ver el inmenso poder de Dios, así como mi extrema necesidad de ese poder; y clamé a Él afectuosa y ardientemente, rogándole su poder y gracia en mi favor.

A continuación, leí la narración de las pruebas de David, observando el curso que él tomó; y cómo el Señor había fortalecido sus manos. Así mi alma fue arrebatada en la búsqueda de Dios; pudiendo clamar a Él, depender de Él y sentirse fortalecida en el Señor. Después me sentí

reconfortado, observando la bendita actitud de espíritu insuflada en David por sus pruebas: toda la amargura y deseo de venganza parecieron desaparecer totalmente, al punto de llorar por la muerte de sus enemigos [2ª Samuel 1.17 y 4.9-12]. He podido bendecir a Dios, que me había dado algo de esa actitud divina, permitiendo que mi alma perdonara libremente y amara a mis enemigos de todo corazón.

29 de noviembre. Comencé a estudiar la lengua de los indios con el Pastor Sergeant, en Stockbridge*. Me quedé ansioso por vivir con mayor privacidad. Me gusta vivir solo, en mi propia pequeña cabaña, donde puedo pasar mucho tiempo en oración.

*Los Comisionados le habían ordenado pasar mucho tiempo este invierno con el pastor Sergeant, para aprender el idioma de los indios. Lo que le obligaba muy a menudo a cabalgar hacia atrás y hacia delante, veinte millas a través de los bosques no habitados entre Stockbridge y Kaunaumeeck. Esto muchas veces lo expuso a dificultades extremas, en la severa temporada de invierno.

1 de diciembre. Por la mañana y por la noche gocé de alguna intensidad en la oración, y anhelé un engrandecimiento del reino de Cristo en el mundo. Mi alma parece no poder esperar en Dios hasta el tiempo en que Él va a derramar su bendición sobre la iglesia. ¡Oh, si la Iglesia pudiera ser reavivada con poder!”

3 de diciembre. Cabalgué de regreso a mi casa y a mi gente. Sufrí mucho con el frío extremo. Confío en que pronto llegaré donde mis fatigas cesarán.

5 de diciembre. Cabalgué a Stockbridge, pero casi perecí con el frío extremo. Por el camino tuve algunas meditaciones refrescantes. Pero fui estéril y sin vida gran parte del día. Así mis días van rodando, pero es poco lo que hago para Dios, y esta es mi carga.

6 de diciembre. Me quedé perplejo al ver la ligereza y la vanidad de los cristianos profesos. Pasé el atardecer con un amigo cristiano que fue capaz de simpatizar conmigo, en alguna medida, en mis conflictos espirituales. Fui animado un poco, por encontrar a alguien con quien pude conversar sobre las pruebas íntimas.

8 de diciembre. Mi mente quedó muy distraída con diferentes sentimientos, parece estar a una sorprendente distancia de Dios. Miré alrededor del mundo, para ver si no había algo de felicidad que derivara de él. Dios y ciertos objetos en el mundo parecían, cada uno, invitar a mi corazón y a mis afectos; mi alma parecía confundida entre ellos. Hacía mucho tiempo que no había sido tan cercado por el mundo, esto en relación con algunos objetos en particular para los que pensaba que estaba muerto. Pero, aun cuando estaba deseando agradarme a mí mismo con cualquier cosa sin valor; la culpa, la tristeza y la perplejidad asistieron a los primeros impulsos del deseo. Ciertamente no puedo ver la apariencia del placer y la felicidad del mundo como solía verlos, y bendito sea Dios por cualquier habitual insensibilidad hacia el mundo. No encontré paz o liberación de esa distracción y perplejidad mental hasta que obtuve acceso al Trono de la Gracia. Tan pronto como tuve algún sentido de Dios y de las cosas divinas, los encantos del mundo desaparecieron y mi corazón quedó decidido por Dios. Pero mi alma se lamentaba por mi insensatez, que deseaba algún placer sin derivarlo sólo de Dios. ¡Dios, perdona mi idolatría espiritual!

22 de diciembre. Pasé este día solo, en ayuno y oración, y leyendo en la palabra de Dios las pruebas y liberaciones de sus hijos. Como creo, pude ejercer más fe y experimentar una comprensión mayor del poder, de la gracia y de la santidad de Dios. También percibí la inmutabilidad de Dios, por ser Él ahora el mismo que en el pasado libraba de grandes tribulaciones a sus santos. Varias veces mi alma se dilató en oración por la iglesia y el pueblo de Dios. ¡Oh, que Sion pudiera pasar a ser el gozo de toda la Tierra! Es mejor esperar en Dios con

paciencia, que depositar la confianza en cualquier cosa de este mundo inferior. Alma mía, espera al Señor, porque de Él viene tu salvación.

26 de diciembre. Cabalgué a Stockbridge, pero estaba muy fatigado con mi viaje en el que sufrí grandes dificultades; estando muy expuesto al frío, y muy mojado al caer en un río. Pasaba el día y la noche sin mucho sentido de las cosas divinas; pero perplejo con los pensamientos errantes.

29 de diciembre. Pasé el día principalmente conversando con amigos, pero tuve escasa satisfacción, porque pude hallar pocos que estuvieran dispuestos a conversar sobre las cosas divinas y celestiales. Ay, ¡qué son las cosas de este mundo para proporcionar satisfacción al alma! Cerca de la noche regresé a Stockbridge. En secreto bendije a Dios por mi aislamiento y porque no siempre estuviera expuesto a la compañía y conversación del mundo. ¡Oh, si pudiera vivir en el secreto de la presencia de Dios!”

31 de diciembre. Cabalgué desde Stockbridge a mi casa en el bosque. El aire era claro y tranquilo; pero tan frío como nunca, o como casi nunca lo había sentido. Estuve en gran peligro de perecer debido a lo extremo del clima de la temporada. Pude meditar mucho por el camino.

Día del Señor, 1 de enero de 1744. Por la mañana recibí alguna ayuda en oración. Me vi tan vil e indigno que no pude mirar a mi gente a la cara, cuando fui a predicarles a ellos. ¡Oh, mi maldad, insensatez, ignorancia y contaminación interior! Al anoecer, de nuevo fui ayudado en oración, a tal punto que ese deber espiritual me deleitó en vez de parecerme una carga. Reflexioné sobre la bondad que Dios mostró para conmigo el año anterior. En verdad, Dios se ha mostrado generoso y misericordioso para conmigo, aunque me ha hecho pasar por muchas pruebas. Él ha provisto para mí con abundancia todo lo que necesito, de tal manera que en quince meses he podido donar para fines caritativos cerca de cien libras en monedas de Nueva Inglaterra, hasta donde puedo ahora recordar. Bendito sea el Señor que hasta aquí me ha utilizado como un mayordomo, para distribuir una porción de sus bienes. Que jamás olvide que todo me ha venido de parte de Dios. Bendito sea el Señor que me ha hecho atravesar todos los trabajos, fatigas y dificultades por las que pasé el año pasado, sin hablar de las tristezas y los conflictos espirituales que me asediaron. ¡Oh, que yo pueda comenzar este año con Dios, y gustarlo todo para su gloria, tanto en la vida como en la muerte!

3 de enero. En la mayor parte del día me dediqué a escribir, y pasé algún tiempo en otras actividades necesarias. Pero mi tiempo se escurre tan deprisa, que me asombro cuando reflexiono al respecto y veo lo poco que hago. El vivir en forma solitaria no hace que las horas pasen lentamente. ¡Cuántos motivos de gratitud tengo por causa de este retiro! Ya percibí que no llevo ni puedo llevar, al parecer, una vida cristiana cuando estoy lejos de casa; y tampoco puedo pasar algún tiempo en prácticas como devoción, conversación cristiana y meditación seria, como debería hacer. Las semanas en que estoy forzado a quedarme fuera de casa, a fin de aprender la lengua de los indios, son para mí días de ansiedad y esterilidad; sin poder apreciar directamente las cosas divinas. Me siento como un extranjero delante del trono de la gracia, por la falta de retiros espirituales más frecuentes y continuos. Pero cuando vuelvo a casa y me dedico a la meditación, a la oración y al ayuno, una escena nueva se desprende ante mi mente; y mi alma anhela por mortificación, auto-negación, humildad y divorcio de todas las cosas de este mundo. En esta noche, mi corazón estuvo un tanto cálido y fervoroso en oración y meditación, de modo que yo rechazaba entregarme al sueño. Continué en esos deberes hasta cerca de la medianoche.

4 de enero. El tiempo pareció un momento, la vida un vapor; y todos sus placeres como burbujas vacías y fugaces ráfagas de viento.

6 de enero. Tomando conciencia de mi extrema debilidad y falta de gracia, de la contaminación de mi alma y del peligro de tentación por todos lados; separé este día para ayuno y oración, no comiendo ni bebiendo de una tarde a la otra, implorando a Dios que tenga misericordia de mí. Mi alma deseó intensamente que fuesen borradas de sí las horribles manchas y las máculas del pecado. He percibido algo del poder y de toda la suficiencia de Dios. Mi alma parecía descansar en su poder y gracia. Anhelé por resignación a su voluntad; por la mortificación para con todas las cosas de este mundo.

7 de enero. Pasé el día con pensamientos serios, tomando resoluciones de perseverancia ante Dios y una vida de mortificación. Inquirí con gran concentración hasta sentir que las fuerzas me faltaban. He podido resignarme sensiblemente, cediendo ante su voluntad expresa. Me entristecí por hacer tan poco para Dios antes de que mis fuerzas se agotaran. Al anochecer, aunque cansado, pude continuar en insistente oración por algún tiempo. Pasé el tiempo en leer, en meditar y en orar, hasta que la noche ya iba adelantada; y lamenté que no pudiera vigilar en oración toda la noche. Bendito sea Dios, pues, aunque la vida en la tierra sea insípida, el cielo es un lugar de continua devoción.

14 de enero. Esta mañana gocé de unas solemnes horas de oración, mi alma se sintió ampliada y ayudada para derramarse, para recibir la gracia de Dios y todas las bendiciones que deseaba para mí, para mis amigos cristianos y para la Iglesia de Dios; y fui capacitado para ver a Aquel que es invisible, para que mi alma descansara sobre Él para la ejecución de todo lo que pedí que fuera agradable a su voluntad. Mi alma confió en Dios, para mí y para su Iglesia; confió en el poder y la gracia divina, para que hiciera cosas gloriosas en su Iglesia en la tierra, para su propia gloria.

23 de enero. Creo que nunca me sentí más resignado a Dios, ni tan muerto para el mundo en cada aspecto, como ahora. Estuve muerto para todo el deseo de buena reputación y grandeza, tanto en vida como después de la muerte. Todo lo que deseé fue ser santo, humilde y crucificado para el mundo.

2 de febrero. Pasé este día en ayuno y oración, buscando la presencia y ayuda de Dios; para que me permitiera vencer todas mis corrupciones y enemigos espirituales.

3 de febrero. He recibido más libertad y consuelo de lo que últimamente. Estuve ocupado meditando sobre los diversos poderes y afectos de una mente piadosa, que se ocupa en una buena variedad de actividades. No pude dejar de escribir y de meditar sobre este asunto tan interesante. Creo que el Señor me dio un sentido verdadero sobre las cosas divinas. ¡Pero es lamentable cuán grandes y fuertes son los remanentes de la corrupción interior! Soy ahora más sensible que nunca al hecho de que sólo Dios es “el Autor y el Consumador” de nuestra fe; es decir, que la totalidad y cada aspecto de la santificación, así como toda buena palabra, obra o pensamiento hallado en mí, es el efecto de su poder y gracia; y que “sin Él nada podría hacer” en el más estricto sentido. Y también que Él “opera en nosotros tanto el querer como el hacer, según su buena voluntad”, y no por ningún otro motivo. ¡Cuánto me sorprende que las personas puedan hablar tanto acerca de la bondad de los hombres, cuando la verdad es que si Dios no nos refrena a cada instante, seríamos como demonios encarnados! Esa fue mi amarga experiencia, al menos por varios días en el pasado reciente, lo que mucho me enseñó acerca de mí mismo.

4 de febrero. Gocé de cierta libertad y refrigerio espiritual, fui capacitado para orar con algún fervor y con intenso deseo por la prosperidad de la Iglesia; y mi fe y esperanza parecían echar mano de Dios para la ejecución de lo que había sido capacitado para implorar. La santificación en mí mismo y el recogimiento de los hijos de Dios, esto era mi deseo; y la esperanza de su realización, todo mi gozo.

7 de febrero. Yo estaba muy ocupado en la meditación sobre los poderes y afectos del alma piadosa en la búsqueda de su objeto amado. Mi alma escribió algo en lenguaje propio de la sensación espiritual, en sus suaves y tiernos susurros; declarando que ahora siente y sabe que el Señor es misericordioso; que Él es el supremo bien, la única felicidad que satisface un alma; que es mi porción completa, suficiente y todopoderosa. El lenguaje de mi corazón fue: “A quién tengo yo en los cielos sino a Ti, y fuera de Ti, nada deseo en esta tierra”. ¡Oh, siento que es el cielo agrandar al Señor, ser exactamente lo que Él quiere que sea! ¡Oh, que mi alma fuese santa, como él es santo! ¡Oh, que fuese pura, como Cristo es puro; y perfecta como es perfecto mi Padre celestial! Creo que estos son los más apacibles mandamientos del Libro de Dios, que abarcan a todos los demás. ¿Habría de desobedecerles? ¿Debo violarlos? ¿Estoy destinado a romperlos mientras viva en la tierra?

¡Oh, mi alma, ay de mí, pues soy apenas un pecador que continuamente entristece y ofende a ese Dios bendito, infinito en bondad y gracia! Opino que si Él castigara mis pecados, no dañaría tanto mi corazón como cuando yo lo ofendo a Él. ¡Pero, aunque yo peque continuamente, Él sigue siendo amable para conmigo! Creo que podría soportar cualquier sufrimiento, pero ¿cómo puedo tolerar entristecer y deshonrar a ese Dios bendito? ¿Cómo puedo prestarle honra mil veces más de lo que hago? ¿Qué haré para glorificar y adorar al mejor de todos los seres? ¡Que pueda consagrarme eternamente, de cuerpo y alma, a su servicio! Cómo quisiera poder dedicarme a Él de tal manera que nunca más intentara nada por mí mismo, que nunca más cualquier voluntad o afecto escapara de la más perfecta conformidad con Él. Desgraciadamente, sin embargo, he descubierto que no puedo consagrarme tan completamente a Dios. No puedo vivir sin pecar.

Oh vosotros ángeles, lo glorificáis incesantemente; y, si es posible, os postráis más bajo ante el bendito Rey del cielo. Anhele participar con vosotros; y si es posible, ayudadlos. ¡Oh, después de haber hecho todo lo que podamos por toda la eternidad, no habremos sido capaces de rendir una milésima parte del homenaje que merece el Dios de la gloria!

9 de febrero. Observé este día como día de ayuno y oración, pidiéndole a Dios que derramara sobre mí su bendición y su gracia; en especial que me capacitara para llevar una vida de mortificación con respecto al mundo, y también de resignación y paciencia.

2 de marzo. La mayor parte del día estuve dedicado a escribir sobre un tema divino. Oré con frecuencia y gocé de ayuda hasta cierto punto. Pero por la noche Dios tuvo a bien concederme una dulzura divina en la oración; especialmente en el deber de la intercesión. Supongo que nunca sentí tanta bondad y amor por aquellos que tengo motivos para pensar que son mis enemigos, si bien en aquel momento hallé una disposición que me permitía pensar lo mejor de todos, de modo que apenas podía creer que una cosa como la enemistad y el odio pudieran albergarse en alma alguna; me parecía que todo el mundo tenía que ser amigo. Nunca había orado con mayor libertad y deleite por mí mismo o por mi amigo más querido, como oré ahora por mis enemigos.

3 de marzo. Por la mañana, según creo, pasé una hora en oración, con notable intensidad y libertad, y con los más suaves y tiernos afectos para con toda la humanidad. Deseo que aquellos que, según tengo razón de pensar, me quieren mal, sean eternamente felices. Me pareció un tónico el pensar en encontrarlos en el cielo, sin importar cuánto me hayan injuriado en la tierra. Ni sentí voluntad de insistir en que deberían confesarme alguna cosa para ser reconciliados y para que yo ejerza amor y bondad hacia ellos.

¡Oh, es un emblema del mismo cielo amar al mundo entero con un amor amable, perdonador y benévolo! Sentir nuestras almas sedadas, suavizadas y mansas. Vivir vacío de toda sospecha y cisma, y difícilmente pensar mal de cualquier persona en cualquier ocasión. Comprobar que nuestro corazón sea simple, franco y libre en cuanto a aquellos que nos miran con malos ojos.

La oración me pareció un ejercicio tan dulce, que no sabía cómo parar; temeroso de perder el espíritu de oración. No sentía el deseo de comer o de beber para satisfacer mi apetito, sino sólo para sostener mi naturaleza, para tener energías para el servicio divino. No pude contentarme mientras no mencioné específicamente gran número de amigos queridos ante el Trono de la gracia, y también circunstancias particulares de muchos en la medida de mis conocimientos.

4 de marzo. Por la mañana gocé de la misma intensidad en oración que ayer por la mañana, aunque no en el mismo grado; sentí el mismo espíritu de amor, de benevolencia universal, de perdón, humildad, resignación, mortificación hacia el mundo y sosiego en la mente como entonces. Mi alma descansó en Dios, y hallé que no quería otro refugio, ni amigo. Cuando mi alma confía así en Dios, todas las cosas parecen estar en paz conmigo, incluso las piedras de la tierra; pero cuando no puedo comprender y confiar en Dios, todas las cosas me parecen tener un aspecto diferente.

10 de marzo. Por la mañana, noté que mi corazón estaba sensiblemente muerto para el mundo y todas sus satisfacciones. Pensé que estaba listo y dispuesto a desistir de la vida y de todas sus comodidades, tan pronto como fuera necesario; sin embargo, tenía tanto confort de la vida como casi siempre había tenido. La vida ahora me parecía como una burbuja vacía; las riquezas, honores y goces comunes de la vida me parecieron por completo sin sentido. Anhelé estar perpetua y enteramente crucificado para todas las cosas de este mundo, mediante la cruz de Cristo. Mi alma se resignó con dulzura a disposición de Dios, en cuanto a todas las cuestiones; y entonces me di cuenta de que nada sucedía que no fuese para mi bien. Confié en que Dios jamás me abandonaría, aunque yo “ande por el valle de sombra de muerte”. Era mi alimento y bebida el ser santo, vivir para el Señor, morir para el Señor. Pensé que estaba gozando de un cielo que en mucho excedía a los más sublimes conceptos que un alma no regenerada puede tener; e incluso muchísimo más de lo que yo mismo podría haber concebido en otro tiempo, en el pasado. No me extrañó que Pedro dijera: “Señor, bueno es que estemos aquí”, cuando fui así renovado por las glorias divinas.

Mi alma se llenó de amor y ternura en el deber de la intercesión. Sentí un afecto dulcísimo y especial para con algunos preciosos y piadosos ministros, conocidos míos. Así, oré fervorosamente por algunos queridos creyentes, y hasta por aquellos que tengo razón en pensar que son mis enemigos; y no pude proferir una sola palabra de amargura, ni pude entretener un solo pensamiento amargo, contra el más vil de los hombres. Antes, tuve el sentido de mi propia inmensa indignidad. Mi alma parecía aspirar renovadamente por el amor y la alabanza a Dios, al pensar que Él permitiría que sus hijos me amasen y acogiesen como uno de sus hermanos y conciudadanos. Al pensar que ellos me tratarían así, deseé postrarme a sus pies; y yo no podía imaginar manera de expresar la sinceridad y la sencillez de mi amor y estima por ellos, ya que son mucho mejor que yo.

Día del Señor, 11 de marzo. Mi alma, en cierta medida, fue fortalecida en Dios en las devociones matinales, de modo que fui liberado del temor trémulo y de la aflicción. Prediqué para mi gente con base en la parábola del sembrador, en Mateo 13; y disfruté de alguna ayuda divina en todas las horas del día. Pude dirigirme a mi gente con alguna libertad, afecto y fervor; anhelé que Dios tomase cuenta de sus corazones, haciéndolos espiritualmente vivos. De hecho, yo tenía tantas cosas para decirles que no sabía cómo dejar de hablar.

Esto sucedió el último domingo en que Brainerd dirigió un culto público en Kaunaumeeek. Estos fueron los últimos sermones que predicó a los indios de allí. Los métodos que había adoptado, en busca de su salvación, fueron descritos en una carta que escribió al Pastor Pemberton, de Nueva York. [Jonathan Edwards].

“En mis labores con ellos, a fin de 'sacarlos de las tinieblas a la luz', estudié lo que era más claro y fácil, y mejor adaptado a sus capacidades. Me esforzaba por exponerles, con

cierta frecuencia y en la medida en que eran capaces de absorber, las verdades más importantes y necesarias del cristianismo; como aquellas que se referían a una inmediata conversión a Dios; verdades que yo pensaba tendían a ser medios para realizar una gloriosa transformación en sus vidas. Más concretamente, hice que el alcance y el guion de todo mi trabajo fuese llevarlos a una familiaridad completa con estas dos cuestiones: (1) El pecado y el estado de miseria en que se encontraban de forma natural; la maldad de sus corazones, la corrupción de sus naturalezas; la pesada culpa bajo la cual estaban, y como estaban sujetos al castigo eterno. Y también la total incapacidad de ellos para salvarse a sí mismos, tanto de sus pecados como de sus miserias, las cuales se ajustan al castigo de los pecados; de su no merecimiento de misericordia de parte de Dios ante cualquier cosa que ellos mismos pudieran haber hecho para obtener el favor divino, y, en consecuencia, su extrema necesidad de Cristo, a fin de ser salvos. (2) A menudo he intentado mostrarles la plenitud, la suficiencia y la libertad de la redención operada por el Hijo de Dios, sobre la base de Su obediencia y sufrimientos en favor de los pecadores que están pereciendo; como tal, su provisión se ajusta a todas las carencias de ellos; y cómo Él los llamaba e invitaba a aceptar la vida eterna gratuitamente a pesar de toda la pecaminosidad de ellos.

Después de estar viviendo entre los indios ya por varios meses, compuse diversas formas de oración, adaptadas a las circunstancias y capacidades de ellos. Con la ayuda de mi intérprete, las traduje al idioma de ellos; y luego aprendí a pronunciar las palabras, pudiendo orar con ellos en su propia lengua. También traduje varios salmos, y poco después éramos capaces de entonarlos en el culto a Dios.

Cuando mi gente ya se había acostumbrado a muchas de las verdades más simples del cristianismo, de modo que ahora eran capaces de recibir y entender otras verdades, les di un relato histórico sobre el trato de Dios con su antiguo pueblo, los judíos; con algunos de los ritos y ceremonias que ellos estaban obligados a observar, como sus sacrificios, etc., y lo que esas cosas simbolizaban. Y también algunos de los sorprendentes milagros operados por Dios con vistas a la salvación de ellos, mientras confiaban en Él. También mencioné los duros castigos que algunas veces les sobrevino, cuando se olvidaron de Dios y pecaban contra él. Posteriormente, pasé a darles una relación entre el nacimiento, la vida, los milagros, los sufrimientos, la muerte y la resurrección de Cristo, como también su ascensión. Y la maravillosa efusión del Espíritu Santo que, en consecuencia, ocurrió más tarde.

Habiéndome esforzado así para abrir el camino por medio de una serie de hechos, pasé a leerles y exponer ante ellos el evangelio de Mateo (al menos su sustancia), paso a paso. Por eso adquirieron una visión mejor de lo que antes tenían solamente como una noción generalizada. Yo me encargaba de esas exposiciones casi cada noche, cuando se reunían en un buen número, excepto cuando yo mismo tenía que ausentarme a fin de aprender más de la lengua indígena con el Pastor Sergeant. Además de esos medios de instrucción, funcionaba también una escuela de inglés, que mi intérprete hacía funcionar constantemente entre los indios. Yo acostumbraba a frecuentar estas clases, para dar a los niños y a los jóvenes algunas instrucciones apropiadas, de acuerdo con sus edades.

El grado de conocimiento obtenido por algunos de ellos era considerable. Muchas de las verdades cristianas parecían fijas en sus mentes, especialmente en algunos aspectos, pues hablaban conmigo y preguntaban sobre tales verdades; siendo necesario proporcionarles mayor simplicidad y claridad para su entendimiento. Los niños y los jóvenes que frecuentaban la escuela también se volvieron bastante eficientes (al menos algunos de ellos) en su aprendizaje, de tal manera que si entendieran un poco más la lengua inglesa, habrían sido capaces de leer fácilmente algo en el salterio.

Pero lo que era más deseable, transmitiéndome gran aliento en medio de mis muchas dificultades y horas de desconsuelo; era que las verdades de la Palabra de Dios parecían, a veces, ser acompañadas por algún poder espiritual en los corazones y conciencias de los indios. Esto parecía especialmente evidente en unos pocos de ellos, los cuales fueron despertados con alguna sentida comprensión de su estado miserable, pareciendo solícitos en obtener su liberación. Varios de ellos venían, voluntariamente, a hablar conmigo acerca de los intereses de sus almas; y algunos de ellos entre lágrimas, indagaban lo que debían hacer para ser salvos”. [David Brainerd]

Como los indios de Kaunaumeeck eran pocos, después de que Brainerd ya había trabajado entre ellos durante cerca de un año; y habiéndolos persuadido a dejar Kaunaumeeck y mudarse a Stockbridge, para vivir constantemente bajo el ministerio del Pastor Sergeant. Él pensó que ahora podría prestar un mayor servicio a Cristo entre los indios de otros lugares. Así, Brainerd se fue a Nueva Jersey, para plantear la cuestión a los representantes de la misión. Reunidos en Elizabeth Town, ellos resolvieron que Brainerd debía partir de Kaunaumeeck para trabajar con los indios del Río Delaware. Por el número de invitaciones recibidas entonces por Brainerd, parece que no fue por necesidad, ni por falta de oportunidades para establecerse en otro lado como ministro, que él resolvió abandonar todas las comodidades externas que hubiera podido gozar, a fin de pasar su vida entre los salvajes; enfrentando las dificultades y abnegaciones de una misión entre los indios. Exactamente cuando estaba partiendo de Kaunaumeeck, Brainerd recibió una urgente invitación para establecerse en East Hampton, una de las ciudades más agradables de Long Island. Las personas de allí se mostraron unánimes en su deseo de tenerlo como pastor, y durante bastante tiempo continuaron insistiendo con él; casi sin querer desistir de sus esfuerzos y de su esperanza de tenerlo como pastor. También, recibió la invitación de predicar en un pueblo, en Millington, cerca de su ciudad natal y en medio de sus amigos. Brainerd no escogió el trabajo de misionero entre los indios, en lugar de las invitaciones mencionadas, por no tener conocimiento de las dificultades y sufrimientos que formaban parte de tal servicio; porque él ya había tenido experiencia con esas dificultades en el verano y en el invierno. Habiendo pasado alrededor de un año en un bosque desolado, entre aquellos salvajes, donde experimentó dificultades extremas, sujeto a una serie de tristezas externas e internas; que todavía permanecían bien frescas en la memoria. Después de eso, continuó por dos o tres días en Nueva Jersey, sintiéndose muy enfermo, y luego regresó a Nueva York, y de allí partió a Nueva Inglaterra, dirigiéndose a su ciudad natal de Haddam, donde llegó el sábado 14 de abril. Pero allí continuó quejándose amargamente de la falta de privacidad. Mientras estuvo en Nueva York, se expresó de esta manera: "¡Oh, no son los placeres de este mundo los que pueden consolarme! Si Dios me niega su presencia, de qué me benefician los placeres de la ciudad. Una hora de dulce comunión a solas con Dios es mejor que el mundo entero". [Jonathan Edwards].

17 de abril. Por la noche en la casa de mi hermano, entonando himnos con amigos, mi alma parecía enternecerse mucho; y después, en oración, disfruté del ejercicio de la fe habiendo recibido gran fervor de espíritu; y habiendo hallado la presencia de Dios más que en cualquier tiempo de mi último y cansador viaje. La eternidad me pareció muy cercana. Mi naturaleza estaba debilitada, pareciendo estar a punto de disolverse; como si el sol estuviera declinando y las sombras de la noche ya estuvieran descendiendo. ¡Oh, anhelé poder llenar todos mis momentos finales para Dios! Aunque mi cuerpo estaba muy débil, cansando al predicar y hasta al conversar mucho, deseé estar sentado toda la noche haciendo algo para Dios. A Dios, dador de estos refrigerios, sea la gloria para siempre jamás. Amén.

18 de abril. Me sentía extremadamente débil, y casi no recibí consuelo espiritual.

Después de esto, Brainerd visitó a varios ministros del Estado de Connecticut. Entonces viajó a Kaunaumeeck, habiendo llegado a la residencia del pastor Sergeant, en Stockbridge, un jueves 26 de abril, habiendo hecho ese viaje con un estado físico muy debilitado. [Jonathan Edwards]

27 y 28 de abril. Pasé algún tiempo visitando a amigos, conversando con mi gente (que ahora se habían mudado desde su propio lugar hacia donde vivía el Pastor Sergeant), encontrándose muy alegres por verme regresar. Mi mente quedó impresionada con mi propia indignidad.

Día del Señor, 29 de abril. Prediqué en lugar del Pastor Sergeant por la mañana y por la tarde, con base en Apocalipsis 14.4, “Estos son los que no se contaminaron...” Disfruté de buena facilidad en la predicación, aunque no de gran espiritualidad. Por la noche mi corazón, hasta cierto punto, se elevó en agradecimiento a Dios por su asistencia.

30 de abril. Cabalgué hasta Kaunaumeeek, aunque me sentía extremadamente enfermo. Y no disfruté de la comodidad que esperaba tener en mi propia casa.

1 de mayo. Habiendo recibido una nueva autorización para encontrarme con algunos indios al borde del Río Delaware, en Pensilvania, ya que casi toda mi gente se había mudado cerca de la residencia del Pastor Sergeant; tomé hoy todas mis ropas, los libros, etc., y los arreglé para ser enviados al Río Delaware. Pero solo regresé a la casa del Pastor Sergeant hoy, después de haber anochecido. Cabalgué durante varias horas bajo la lluvia, a través del bosque desierto, aunque me sentía tan mal pues seguía escupiendo sangre.

8 de mayo. Empecé la marcha hacia Sharon, en Connecticut, y viajé unas cuarenta y cinco millas, a un lugar llamado Fishkill, y me aloje allí. Pase la mayor parte del tiempo, mientras cabalgaba, en oración para que Dios fuera conmigo a Delaware. Cabalgué varias horas bajo la lluvia a través de un terrible páramo, aunque en mi cuerpo había un desorden tal que aparte de sangre, poco o nada más salía de mí. A veces mi corazón estaba a punto de hundirse al pensar en mi labor, y en salir sólo al páramo sin saber hacia dónde. No sabía a dónde; pero con todo, me sentía consolado al pensar que otros hijos de Dios habían errado por los montes, por los desiertos, por las cuevas y por las cavernas de la tierra; y Abraham, cuando fue llamado a emprender la marcha, partió sin saber a dónde iba. ¡Oh, que yo pudiera seguir a Dios!”

Al día siguiente, Brainerd prosiguió su viaje. Pasó el río Hudson y llegó a Goshen, en las Highlands; así atravesó el bosque, entre el Hudson y el Delaware, cerca de cien millas; por un territorio desolado y difícil, por encima de Nueva Jersey, donde había muy poca ocupación humana. En esa jornada se fatigó mucho y enfrentó increíbles obstáculos. En el camino, visitó a algunos indios en un lugar llamado Minnissinks, conversando con ellos acerca del cristianismo. Se sintió muy abatido y desconsolado; sólo, en un lugar desierto y desconocido. El sábado 12 de mayo llegó a un pueblo de irlandeses y holandeses, y avanzando unas doce millas, el día 13, llegó a Sakhauwotung, una aldea indígena ya en Forks of Delaware. [Jonathan Edwards]

Día del Señor, 13 de mayo. Me levanté temprano. Después de mi larga travesía me sentía muy mal, mojado y fatigado del viaje. La melancolía se apoderó de mí; difícilmente podía ver una mañana tan oscura en mi vida. No parecía ser un día de descanso. Todos los niños estaban jugando; yo era sólo un extraño en el bosque, y no sabía a dónde dirigirme. Todas las circunstancias parecían conspirar para hacer mi ambiente negro y desalentador. Me quedé decepcionado en cuanto a cierto intérprete, y oí que los indios vivían allí muy dispersos. ¡Oh, cómo lloraba por la presencia de Dios, pareciendo una criatura expulsada de su vista! Sin embargo, el Señor se alegró en apoyar mi alma que se hundía en medio de todas mis tristezas, de modo que nunca albergué cualquier pensamiento de desistir de mi trabajo entre los pobres indios. Antes, sentí consuelo al pensar que la muerte pronto me liberaría de todas estas aflicciones. Cabalgué cerca de tres o cuatro millas hasta la colonia irlandesa, donde encontré algunos que parecían sobrios y serios acerca de las cuestiones religiosas. Entonces, por la tarde,

mi corazón comenzó a animarse un poco. Prediqué primero a los irlandeses, y luego a los indios. En la noche fui un poco consolado; mi alma parecía descansar en Dios y tomar valor. ¡Oh, que el Señor sea mi apoyo y consuelo en un mundo malvado!

Día del Señor, 20 de mayo. Prediqué dos veces a los pobres indios, y disfruté de alguna libertad al hablar; mientras intentaba remover sus prejuicios contra el cristianismo. Mi alma anhelaba continuamente por la ayuda de lo alto, pues vi que no disponía de suficientes fuerzas para esa obra. A continuación, fui a predicar de nuevo a los irlandeses, sintiendo gran ayuda en la primera oración, y en cierto modo en el sermón. Varias personas parecieron auténticamente preocupadas por el estado de sus almas. Más tarde pude conversar con ellas, con gran libertad y algún poder. Bendito sea Dios por cualquier asistencia conferida a un gusano indigno como yo. ¡Oh, que yo viva exclusivamente para Él!

Día del Señor, 27 de mayo. Visité a mis indios por la mañana y me hice presente a un funeral que hubo entre ellos. Me quedé realmente impresionado al ver sus prácticas paganas. ¡Oh, que ellos se convirtieran “de las tinieblas a la luz”! A continuación, conseguí reunir a un considerable número de ellos y les anuncié la Palabra, habiendo observado que se mantuvieron muy atentos. Después de eso, prediqué a los blancos con base en Hebreos 2.3: “¿Cómo escaparemos nosotros, si descuidamos una salvación tan grande?” Pude hablar con alguna libertad y poder. Diversas personas parecían muy preocupadas por sus almas, especialmente una de ellas, criada como católica romana. Bendito sea el Señor por la ayuda que recibí de parte de Él.

28 de mayo. Dejé a los indios que vivían cerca de Forks of Delaware y viajé a Newark, en Nueva Jersey; de acuerdo con las órdenes que recibí. Cabalgué atravesando el bosque y terminé muy fatigado debido al gran calor. Me alojé en un lugar llamado Black River, cuando ya estaba excesivamente cansado y desfalleciente.

11 de junio. Hoy se reunió el presbiterio en Newark, teniendo en vista mi ordenación. Mi cuerpo estaba muy débil y en mala salud, sin embargo, me esforcé por depositar mi confianza en Dios. Pasé solo la mayor parte del día, especialmente antes del mediodía. A las tres de la tarde prediqué mi sermón de aprobación, un texto sugerido a mí con ese propósito, basado en Hechos 26.17,18, “Librándote de tu pueblo, y de los gentiles, a quienes ahora te envío, para que abras sus ojos, para que se conviertan”. Pero no me sentía bien, ni en el cuerpo ni en la mente. Sin embargo, Dios me condujo cómodamente hasta el final. Estaba muy cansado, y mi mente se preocupaba por las dimensiones de aquella comisión que estaba a punto de ponerse sobre mí. Mi mente se sentía tan presionada por la responsabilidad de la obra que me estaba siendo encargada, que ni pude dormir la noche pasada, aunque estaba exhausto y en gran necesidad de reposo.

12 de junio. Hoy por la mañana fui examinado en mayor profundidad acerca de mi familiaridad experimental con el cristianismo. A las diez de la mañana se produjo mi ordenación pastoral. El sermón fue predicado por el pastor Pemberton. En la oportunidad, fui invadido por el sentido de la importante responsabilidad que me estaban entregando; pero me mantuve controlado y solemne, sin distracciones livianas. Espero que entonces, como en muchas otras ocasiones anteriores, me haya dedicado al Señor para ser sólo de Él, y de nadie más. ¡Oh, que yo pueda estar siempre atareado en el servicio a Dios, recordándome debidamente la solemne comisión que recibí en la presencia de Dios, de los ángeles y de los hombres! Amén.

000

Capítulo 6

Desde su ordenación, hasta el inicio de su predicación a los indios de Crossweeksung

13 de junio de 1744 - 18 de junio de 1745

13 de junio de 1744. [En Elizabeth Town] Pasé un tiempo considerable escribiendo un relato sobre la manera de vivir de los indios, para ser enviado a Escocia. También pasé algún tiempo conversando con amigos, pero no con gran placer espiritual.

14 de junio. Recibí una atención especial por parte de amigos, y me sorprendió que Dios abriera los corazones de algunos para tratarme con bondad. Me veía a mí mismo como indigno de cualquier favor procedente de Dios, o de cualquiera de mis compañeros. Sufrí mucho con un dolor en la cabeza. Sin embargo, estaba decidido a emprender mi viaje a Delaware por la tarde. Pero cuando la tarde llegó, mi dolor aumentó excesivamente, de modo que fui obligado a ir a la cama.

El martes, 19 de junio, Brainerd partió de viaje y dentro de tres días llegó a su casa, cerca de Forks of Delaware. Este viaje fue hecho en medio de mucha debilidad física, pero su alma fue consolada. [Jonathan Edwards]

Día del Señor, 24 de junio. Estoy extremadamente débil y casi no puedo caminar. Pero visité a mis indios y me esforcé mucho por instruirlos. Trabajé con algunos de ellos que antipatizaban mucho con el cristianismo. Mi mente se sentía sobrecargada ante el peso y la dificultad de mi tarea. Toda mi esperanza y dependencia de éxito parecían estar en Dios, pues sólo Él podría hacer que los indios estuviesen dispuestos a recibir instrucción. Mi corazón se volvió hacia la oración, enviando peticiones silenciosas a Dios, incluso mientras hablaba con ellos. ¡Oh, que yo siempre actúe en la fuerza del Señor!

25 de junio. He mejorado un poco de salud en comparación con los últimos días, y he sido capaz de pasar una buena parte del día en oración y estudio intenso. Tuve gran libertad y fervor. Tuve un anhelo especial por la presencia de Dios en mi trabajo, y que los pobres paganos se convirtieran. En la oración del anochecer, mi fe y esperanza en Dios recibieron una nueva vitalidad. Para los ojos de la razón, todo lo que se refiere a la conversión de los paganos es negro como la medianoche; pero solo puedo esperar en Dios en cuanto al acontecimiento de algo glorioso entre ellos. Mi alma luchó por el avance del reino del Redentor en la faz de la tierra. Temía mucho admitir algún pensamiento vano, y entonces perder el sentido de las realidades divinas. ¡Deseo mucho mantener una actitud celestial permanente!

26 de junio. Por la mañana, mis deseos parecían elevarse libremente hacia Dios. Estuve ocupado la mayor parte del día, traduciendo oraciones a la lengua de los indios Delaware; tuve gran dificultad, pues mi intérprete no estaba nada familiarizado con la tarea. Aunque me sentía muy desanimado ante la extrema dificultad del trabajo, Dios me sostuvo; y especialmente por la noche me refresco dulcemente el alma.

En oración, mi alma pudo expandirse y mi fe actuó en un ejercicio sensible, y así fui capacitado para clamar a Dios por los pobres indios. Aunque la conversión de ellos parezca imposible para

el hombre, para Dios todo es posible. Mi fe fue muy fortalecida cuando observé la admirable ayuda dada por Dios a sus siervos Nehemías y Esdras, en la reforma del pueblo de Dios y en el restablecimiento de la antigua comunidad de Israel. Fui poderosamente ayudado en oración en favor de mis queridos amigos creyentes, así como en favor de otros, que según creo, están sin Cristo. Pero mi preocupación mayor fue acerca de los pobres paganos, sobre todo los que están a mi cargo; y pude orar fervorosamente por ellos, esperando que Dios descendiera de los cielos para su salvación. Me pareció que no podría haber un obstáculo suficiente para obstruir esa obra gloriosa, porque el Dios vivo, según mis vivas esperanzas, estaba comprometido en ella.

Continué así en una solemne actitud mental, elevando mi corazón a Dios con ayuda y gracia divina, rogando que yo pudiera mortificarme aún más para el presente mundo, a fin de que mi alma estuviera volcada continuamente hacia el avance del reino de Cristo. Deseé ardorosamente que Dios me purificara más, para que yo fuera como un vaso escogido para llevar su nombre entre los paganos.

27 de junio. Sentí en parte, poco después de haberme despertado por la mañana, la misma solemne preocupación y el espíritu de oración del que disfruté anoche. Por la tarde cabalgue varias millas para ver si podía conseguir algunas tierras para los pobres indios, para que pudieran vivir juntos, y estar bajo las ventajas de la instrucción. Mientras estaba cabalgando tuve un sentimiento profundo de la grandeza y dificultad de mi labor; y mi alma parecía depender totalmente de Dios para tener éxito en el uso diligente y fiel de los medios. Vi con la mayor de las certezas que el brazo del Señor tiene que ser revelado en ayuda de estos pobres paganos, si ellos tienen que ser librados de la servidumbre del poder de las tinieblas.

28 de junio. Pasé la mañana leyendo varias porciones de las Santas Escrituras; y también en oración fervorosa por mis indios, a fin de que Dios estableciera su reino entre ellos, colocándolos en su iglesia. Alrededor de las nueve horas me recogí a mi lugar habitual de retiro, en el bosque, y de nuevo recibí alguna ayuda en oración. Mi mayor preocupación era la conversión de los paganos a Dios; y el Señor me ayudó a implorarlo en favor de ellos. Al acercarse el mediodía, cabalgué hasta los indios para predicar, y mientras yo avanzaba mi corazón oraba a Dios en favor de ellos. Pude decir abiertamente a Dios que Él sabía que la causa en la que yo estaba comprometido no era mía, sino Su propia causa; y que la conversión de los pobres indios redundaría en su propia gloria. Alabé a Dios por no tener el deseo de la conversión de ellos para que yo fuera honrado por el mundo, como instrumento de esa conversión. Sentí cierta desenvoltura al hablar con los indios.

30 de junio. Mi alma quedó muy solemne ante la lectura de la Palabra de Dios, en especial el capítulo 9 de Daniel. Vi cómo Dios llama a sus siervos a la oración, llevándolos a luchar con Él, cuando Él decide derramar cualquier bendición misericordiosa sobre su iglesia. Sin embargo, me sentía infeliz al pensar en mi lentitud e inactividad, cuando parecía haber tanta cosa para hacer en la edificación de Sion. ¡Oh, cómo Sion yace desolada!

Día del Señor, 1 de julio. Después que llegué entre los indios, mi mente se volvió confusa, y nada sentía de aquella dulce dependencia de Dios con la cual mi alma había sido consolada en los días anteriores. Pasé las horas previas al mediodía en esa postura mental, y prediqué a los indios no sintiendo aliento para nada.

Por la tarde seguía sintiéndome estéril cuando empecé a predicar, eso por el espacio de media hora; parecía que yo no sabía nada y que nada tenía que decir a los indios. Pero poco después me encontré en un espíritu de amor, calor y poder; y Dios me ayudó a pleitear con ellos, para que se volvieran de las vanidades del paganismo hacia el Dios vivo. Estoy persuadido de que el Señor tocó sus conciencias, pues nunca había notado tal atención de parte de ellos. Cuando los dejé, pasé todo el tiempo en que cabalgaba de regreso a mi alojamiento, a tres millas de allí, en oración y alabanzas a Dios.

Después de llegar casi a la mitad del recorrido, se me ocurrió que debía dedicarme nuevamente a Dios, lo que hice con la mayor solemnidad e indecible satisfacción. Me dediqué renovadamente con vistas a la obra del ministerio. Esto hice por la gracia divina, espero, sin ninguna omisión o reserva; dispuesto a no evitar cualquier dificultad que pudiera acompañar a esta gran y bendita obra. Hasta parecía que yo estaba más libre, animado y sincero en mi dedicación a Dios. Mi alma toda clamaba: ¡Oh, aceptame, y déjame ser tuyo para siempre! ¡Señor, no deseo nada más! ¡Oh, ven, ven Señor, acepta a un pobre gusano! ¿A quién tengo yo en los cielos sino a ti?, y no hay nadie sobre la tierra que desee fuera de ti. Fui capaz de alabar a Dios con toda mi alma, ya que él me había permitido consagrar todas mis capacidades a él de esta manera solemne.

Mi corazón se regocijaba en mi obra particular como misionero; me regocijaba en mi necesidad de abnegación en varios aspectos. Continué dedicándome a Dios, implorándole misericordia; orando incesantemente en cada momento con un dulce fervor. Puesto que mi cuerpo en estos últimos días está debilitando visiblemente, y que me siento muy desgastado, ahora parecía muy abatido; mis dedos quedaron débiles y un tanto entorpecidos, de tal manera que casi no podía estirarlos derechos; y cuando me desmontaba de mi caballo casi no podía andar, pues mis articulaciones parecían sueltas unas de otras. Pero sentí fuerzas abundantes en mi hombre interior. Prediqué a los blancos, Dios me ayudó mucho, especialmente en la oración. Varios de mis pobres indios se sintieron tan impulsados que vinieron también a la reunión, y uno de ellos parecía muy interesado.

3 de julio. Sigo muy débil. Por la mañana pude orar bajo el sentido de mi necesidad de la ayuda divina, y confío en que ejercité alguna fe en ese ejercicio; y bendito sea Dios, que pude pleitear junto a Él por bastante tiempo. En verdad, Dios ha sido bondadoso conmigo. Sin embargo, mi alma se lamenta entristeciéndose ante mi pecaminosidad y esterilidad; y anhelé por atearme más en el servicio del Señor. Cerca de las nueve, me retiré de nuevo para orar, y, a través de la bondad divina, recibí el bendito espíritu de oración. Mi alma amó a ese deber, anhelando por Dios. ¡Oh, cuán bueno es pertenecer al Señor, cuán bueno es dedicarse sensiblemente a Él! ¡Cuán bendita porción es Dios! ¡Cuán glorioso y amoroso es Él en Sí mismo! ¡Mi alma anhela por utilizar mejor mi tiempo para Dios! Pasé la mayor parte del día traduciendo oraciones en la lengua de los indios. Por la noche, fui capacitado nuevamente a luchar con Dios en oración ferviente. Pude mantener una actitud espiritual de auto-deshconfianza y de vigilancia, sintiéndome preocupado y aprehensible; a fin de no permitir cualquier actitud de descuido y confianza en mí mismo.

6 de julio. Hoy por la mañana desperté en el temor de Dios, y pasé mis primeros minutos despiertos en oración por mi santificación, a fin de que mi alma fuera lavada de su excesiva contaminación. Cuando me levanté, pasé algún tiempo leyendo la Palabra de Dios y orando. Clame a Dios, presionado por el sentido de mi gran indignidad. Últimamente me he preocupado mucho con las cualificaciones ministeriales y con la conversión de los paganos. El año pasado, yo deseaba estar preparado para el mundo de la gloria, deseando partir prontamente de este mundo; pero de un tiempo a esta parte, sólo me interesa la conversión de los paganos, y por ello anhelo seguir vivo.

Pero bendito sea Dios, tengo menos deseo de vivir para los placeres de este mundo de lo que jamás me había ocurrido antes. Me gusta, y amo vivir como un peregrino y deseo la gracia para poder imitar la vida, las labores y los sufrimientos de Pablo entre los paganos. Y cuando ahora deseo mayor santidad, no es tanto por mi propia causa, como antes, y sí para que pueda convertirme en un “ministro competente del evangelio”; especialmente en favor de los paganos. Pasé unas dos horas esta mañana leyendo y orando, por turnos; y estaba en un estado de ánimo vigilante y tierno, temiendo todo lo que pudiera enfriar mis afectos y apartarme del corazón de Dios.

7 de julio. Hoy por la mañana sentí una gran indisposición, con el vigor exhausto y agotado. Pero al leer la historia del arrebatamiento de Elías, me sentía renovado y tocado; pudiendo disfrutar de alguna disposición y fervor en oración. Muy ansioso por tener los dones y las gracias ministeriales, para poder hacer algo por la causa de Dios. Después, fui refrigerado y revigorizado, mientras leía el Caso de Conciencia, de Alleine. En seguida pude orar con algún ardor de alma, temiendo la negligencia y la autoconfianza, pero deseando mayor santificación.

Día del Señor, 8 de julio. Mi alma se sintió extremadamente unida a los santos de la antigüedad, pero también a los santos contemporáneos; se quedó especialmente enternecida, sintiéndose ligada a Elías y Eliseo. Pude clamar a Dios con un espíritu de confianza infantil, continuando en oración ferviente por algún tiempo. Me dediqué al dulce deber de la intercesión; pude recordar a un buen número de queridos amigos y de almas preciosas, sin olvidarme de los ministros de Cristo. Proseguí en esa actitud mental, temiendo cualquier pensamiento vacío; hasta que me dormí.

21 de julio. En esta mañana quedé muy oprimido por el sentido de culpa y de vergüenza, debido a mi vileza y contaminación interna. Alrededor de las nueve horas me retiré al bosque para orar, pero no recibí gran consuelo, pues a mí mismo me parecía ser la más vil y mala de las criaturas de la tierra, casi no logrando tolerarme. Tan vil y mal me sentía que pensé que nunca sería capaz de levantar mi rostro en el cielo, si Dios, en su gracia infinita, llegase a llevarme hasta allí. Ya cerca de la noche, comenzó a agigantarse ante mí, la responsabilidad de mi trabajo entre los indios. Esto fue agravado por varias cosas que oí; en particular, el que tenían intención de reunirse al día siguiente para una fiesta idólatra, con danzas. Entré en angustia. Pensé que, por causa de conciencia, debía intentar interrumpirla, pero no sabía cómo conseguiría esto. Pero me retiré para orar y pedir poder de lo alto. Mi corazón se expandió mucho en oración y mi alma luchó como nunca, hasta donde yo recuerde. Entré en tal angustia e imploré con tanto fervor e importunación que, cuando me levanté, estaba extremadamente débil y abatido, y casi no podía mantenerme derecho. Mis articulaciones parecían flojas, el sudor corría por mi cara y por todo mi cuerpo; mi constitución física parecía a punto de disolverse. Hasta donde yo podía juzgar, me había desvinculado de toda finalidad egoísta, en mis súplicas fervientes por los pobres indios. Yo sabía que ellos estaban allí reunidos para adorar a los demonios, y no a Dios. Eso me hacía clamar desde el fondo del alma, para que Dios me ayudara prontamente, en mis intentos de interrumpir aquella reunión idólatra.

Mi alma se derramó durante mucho tiempo, y pensé que Dios iría conmigo a reivindicar su propia causa. Me parecía poder confiar en Dios en cuanto a su presencia y asistencia. Así pasé el anochecer orando incesantemente por la ayuda divina, a fin de que yo no dependiera de mí mismo, sino que dependiera todo el tiempo de Dios. Aquello por lo que pasé fue notable, de hecho, inexpresable. Todo aquí se desvaneció y nada parecía importante para mí, excepto la santidad en el corazón y en la vida; y la conversión de los paganos a Dios. Todos mis cuidados, temores y deseos que podrían clasificarse como mundanos, desaparecieron, y, en mi estima, parecían menos importantes que un pequeño soplo. Ansié mucho que Dios se hiciera un nombre entre los paganos, y apele a Él con la mayor libertad, diciéndole que Él sabía que yo “lo prefería a Él antes que a mi mayor satisfacción”. En efecto, no me quedaba noción de alegría de este mundo; no me importaba dónde o cómo viviese, ni cuáles dificultades tuviese que pasar, siempre y cuando yo pudiera ganar almas para Cristo. Seguí en esa actitud mental hasta entrada la noche. Cuando dormía, soñaba sobre esas cosas, y cuando me despertaba (lo que sucedió varias veces) lo primero que se me ocurría era el gran trabajo de rogar a Dios contra la obra de Satanás.

Día del Señor, 22 de julio. Al despertar, mi alma se concentró en lo que parecía estar delante de mí. Clamé a Dios antes de salir del lecho, y así que me vestí fui al bosque a fin de derramar mi alma afligida delante de Dios; pidiéndole, en especial, ayuda para mi gran trabajo, pues casi no podía pensar en otra. Disfruté del mismo fervor, y con inigualable libertad me consagré de

nuevo a Dios, para la vida o para la muerte; para todas las durezas a las que Él me llamara entre los paganos. Y sentí como si nada pudiese desanimarme de aquel bendito trabajo. Tuve la fuerte esperanza de que Dios “rompería los cielos y bajaría”, haciendo alguna maravilla entre los paganos. Mientras cabalgaba hasta donde estaban los indios, como a unas tres millas de distancia, mi corazón se elevaba continuamente a Dios, en busca de su presencia y ayuda; casi en la expectación de que Dios haría de éste, el día de su poder y gracia entre los pobres indios.

Cuando llegué a donde estaban, los encontré ocupados en sus festejos; pero mediante la bondad divina conseguí persuadirlos a renunciar y a escuchar mi predicación. Sin embargo, aun así me pareció que no se manifestaba nada del poder de Dios entre ellos. Les prediqué de nuevo por la tarde y pude notar que los indios estaban más serios que antes, pero aun así no noté nada de especial entre ellos. Por eso, Satanás sacó provecho de la ocasión para tentarme y abofetearme con malditas sugerencias: “Dios no existe, o incluso si existe Él no es capaz de convertir a los indios antes de que tengan más conocimientos”. Me sentía cansado y debilitado, con el alma aplastada por perplejidades; sin embargo, yo estaba mortificado en cuanto a todos los encantos del mundo, resuelto a seguir esperando en Dios en cuanto a la conversión de los paganos; aunque el diablo me tentara a pensar lo contrario.

23 de julio. Retenía todavía un sentimiento profundo y oprimente del que ayer tenía con tanto peso encima, pero estaba más sosegado. Disfruté de libertad y compostura después de las tentaciones de la noche anterior; sentía una dulce conformidad a la voluntad divina, y no deseaba nada tanto como la conversión de los paganos a Dios; y que su Reino pudiera llegar a sus corazones y a los corazones de otros.

24 de julio. Cabalgué unas diecisiete millas hacia el oeste, subiendo por una escarpada montaña, a fin de llegar a algunos indios. He podido reunir cerca de treinta de ellos y les he predicado al anochecer. Me alojé entre ellos. Yo estaba débil y bastante desconsolado, pero no aceptaba la idea de cualquier otra circunstancia, o actividad en mi vida. Todo mi deseo era la conversión de los paganos, y toda mi esperanza estaba fija en Dios. Dios no me permitió agradarme o consolarme a mí mismo con la esperanza de ver a los amigos, o de volver a la compañía de mis conocidos; y disfrutar así de comodidades materiales.

1 de septiembre. Después de un período de mucha debilidad física, me sentía más fortalecido; hasta el punto de ser capaz de pasar dos o tres horas escribiendo sobre un asunto divino. Pude gozar de algún consuelo y dulzura de sentimientos sobre las cosas sagradas; y visto que mis fuerzas físicas me fueron un tanto restauradas, mi alma también pareció revigorizarse un poco, atareándose en las cosas de Dios.

Día del Señor, 2 de septiembre. Fui capaz de hablar a mis pobres indios con mucho empeño y fervor. Estoy persuadido de que Dios me permitió ejercer fe en Él, mientras predicaba. Me di cuenta de que algunos de ellos temían dar oídos y abrazar al cristianismo, para no ser hechizados y envenenados por alguno de los *powaws* o hechiceros. Sin embargo, pude exhortarles a no temer tales cosas, sino a confiar en Dios en cuanto a la liberación y a la seguridad. Lancé un desafío a todos esos poderes de las tinieblas, para que primero desencadenaran su peor ataque contra mí. Expliqué a mi gente que yo era un creyente, y pregunté a ellos por qué los *powaws* no me hechizaban ni me envenenaban. Pero rara vez me sentí tan inadecuado e indigno que en ese acto. Me di cuenta de que estaba directamente implicado el honor de Dios, y deseé ser preservado, no por algún motivo egocéntrico, sino para que pudiera dar testimonio del poder y de la bondad de Dios; así como de la veracidad del cristianismo, para que Dios fuera glorificado. Después percibí que mi alma se regocijaba en Dios, debido a la ayuda prestada por su gracia.

Después de eso, Brainerd inició un viaje a Nueva Inglaterra, y estuvo ausente de su cabaña, en Forks of Delaware, por el espacio de tres semanas. Durante ese tiempo, estuvo casi siempre en gran debilidad física. Sin embargo, en la parte final de la estadía era notorio que él había logrado estar mucho mejor en su estado de salud, y en su apariencia general. [Jonathan Edwards]

26 de septiembre. Después de mi viaje a Nueva Inglaterra cabalgué de regreso a casa, en Forks of Delaware. ¡Cuánto motivo tengo para bendecir a Dios, el cual me preservó en viaje a caballo por más de cuatrocientas veinte millas, sin que ninguno de mis huesos fuese roto! También he recuperado mucho de mi salud. ¡Oh, que yo pudiese dedicar todo mi ser a Dios! Solo así podría corresponderle en algo.

Cuando Brainerd comenzó a predicar allí, no tenía más de veinticinco oyentes. Con el tiempo, ese número aumentó a cuarenta o más; y, con frecuencia, las personas que residían en las inmediaciones venían a oírlo. En una carta al Pastor Pemberton, él afirmó lo siguiente. [Jonathan Edwards]

“Los efectos que las verdades de la Palabra de Dios han tenido sobre algunos de los indios de este lugar son un tanto alentadores. Algunos de ellos han sido llevados a renunciar a la idolatría, y están dejando de participar en aquellas fiestas en las que suelen ofrecer sacrificios a ciertos supuestos poderes desconocidos. Algunos pocos de ellos, ya hace algún tiempo, han manifestado una seria preocupación por su bienestar eterno. Ellos continúan a “inquirir por el camino a Sion”, con tal diligencia, fervor y compatible solicitud que me ha dado razón para esperar que Dios, que ha iniciado esta obra en ellos, dé prosequimiento a la misma hasta que de esto resulte la conversión salvadora de ellos al Señor. Estos no sólo pasaron a detestar sus antiguas nociones idólatras, sino también a esforzarse para traer de lejos a sus amigos. Y ya que están buscando la salvación para sus propias almas, así también parecen deseosos -y algunos de ellos se muestran intensos en esto- de que otros sean estimulados a hacer lo mismo.

También hay muchas dificultades que acompañan a la cristianización de estos pobres paganos. En primer lugar, sus mentes viven llenas de prejuicios contra el cristianismo a causa de sus vidas caracterizadas por los vicios, y por la conducta no cristiana de ciertas personas que se dicen ser cristianas. Estas, no sólo les dan el peor ejemplo posible, sino que algunos hasta usan de muchas palabras para disuadir a los indios de convertirse en cristianos; previendo que si éstos se convierten a Dios, se perdería así su esperanza de lucro ilegítimo.

Más allá de eso, aquellos pobres paganos son extremadamente apegados a sus costumbres, tradiciones y leyendas fantásticas de sus antepasados. Parece que el cimiento de todas sus otras nociones se basan en la idea de que “el Dios que los creó no fue el mismo que hizo a los blancos”. Este otro “Dios” ordenó que viviesen cazando, etc., jamás amoldándose a las costumbres de las personas blancas. Así, aun cuando desean convertirse en cristianos, con frecuencia responden que “vivirán conforme sus padres siempre vivieron, para ir a ellos cuando mueran”. Cuando los milagros de Cristo y de sus apóstoles son mencionados como prueba de la veracidad del cristianismo, ellos también mencionan diversos milagros que sus padres les contaron que fueron operados entre los indios; y Satanás los lleva a creer que así sucedió. Se aferran mucho a la idolatría, realizando fiestas frecuentes cuando comen en honor a alguno de los seres desconocidos; los cuales, según suponen, les hablan por medio de sueños, prometiéndoles éxito en la caza y en otros quehaceres, si les ofrecen sacrificios.

Todavía admiran muchísimo a aquellos de entre ellos a los cuales llaman *powaws*, los cuales supuestamente poseen el poder de hechizar, de envenenar a alguien hasta la muerte, o al menos, de atacar de una manera muy maléfica. Y entienden que sería la triste suerte de ellos quedar así hechizados, en el caso de convertirse en cristianos.

La manera en que ellos viven también es una gran desventaja al designio de su cristianización. Viven continuamente vagando de un lugar a otro, siendo muy raro que surja alguna oportunidad para instruir más detenidamente a cualquiera de ellos.” [David Brainerd]

1 de octubre. Estuve ocupado en prepararme para mi viaje al río Susquehannah. Por varias veces me retiré al bosque para orar en secreto, y procuré pedir que la presencia divina fuese conmigo a los pobres paganos; a quienes me competía predicar el evangelio. Poco antes de anoecer, cabalgué unas cuatro millas, y me encontré con el hermano Byram, que a mi petición había venido para ser mi compañero de viaje hasta el territorio indio. Me regocijé al verlo, y confío en Dios que nuestro diálogo ha sido provechoso. Lo vi, como pensaba, más muerto que yo para el mundo, para sus cuidados y para sus atracciones. Esto me llevó a examinarne a mí mismo, confiriéndome un sentido más profundo de mi culpa, ingratitud y miseria.

2 de octubre. Partí de viaje en compañía de mi querido hermano Byram y de mi intérprete, además de dos jefes indios de Forks of Delaware. Viajamos alrededor de 25 millas y nos quedamos alojados en una de las últimas cabañas existentes en nuestro camino; después de lo cual nada más había, sino un yermo horrible y aullante.

3 de octubre. En nuestro viaje, continuamos por el bosque, y enfrentamos el más difícil y peligroso viaje que hayamos hecho hasta entonces. Casi no había nada más frente a nosotros que altas montañas, valles profundos y rocas inmensas, entre las cuales tuvimos que avanzar. Sin embargo, pude sentir cierta alegría espiritual durante parte del día y mi mente se ocupó en una intensa meditación sobre cierto asunto espiritual. Cuando ya oscurecía, mi caballo se enganchó una pata entre unas rocas y cayó debajo de mí, y, solamente por la bondad divina no me lastimé. Pero el caballo se rompió la pata. Como el lugar estaba tan desolado, unas treinta millas de cualquier casa, vi que nada se podía hacer para preservar la vida del animal; y así fui obligado a sacrificarlo, prosiguiendo el viaje a pie.

Este accidente, una vez más, me hizo admirar la bondad divina que siempre impidió que algún hueso mío fuera roto, aunque todos ellos me dolieran. Cuando ya estaba oscureciendo, encendimos una fogata, cortamos algunos arbustos e hicimos un refugio sobre nuestras cabezas; para protegernos de la escarcha que caía pesadamente aquella noche. Entonces, entregándonos a Dios por medio de una oración, nos echamos en el suelo y dormimos tranquilamente.

Al día siguiente, los viajeros prosiguieron la travesía; y cuando anocheció, se refugiaron en el bosque de la misma manera que habían hecho la noche anterior. [Jonathan Edwards]

5 de octubre. Llegamos al borde del río Susquehannah, a un lugar llamado Opeholhaupung, y allí encontré doce cabañas de indios. Después de haber saludo al jefe de manera amistosa, le dije lo que había venido a hacer y que mi deseo era enseñarles el cristianismo. Después de alguna consulta, los indios se reunieron y pude predicar para ellos. Luego de que terminé, pregunté si les gustaría oírme otra vez, ellos respondieron que lo iban a considerar; y luego me mandaron un recado de que estarían presentes inmediatamente si yo quisiera predicar. Así, por ambas

veces, prediqué con gran libertad. Cuando les pregunté de nuevo si querían seguir escuchándome, respondieron que lo harían al día siguiente.

Percibí claramente la imposibilidad de hacer cualquier cosa, por aquellos pobres paganos, si no hubiera una ayuda especial de lo alto. Entonces mi alma pareció descansar en Dios, dejando en las manos de Él que se hiciera conforme mejor le agradase, por ser aquella Su propia causa. De hecho, por medio de la bondad divina, sentí algo de esa actitud mental por casi todo el tiempo en que estuve de viaje y, hasta cierto punto, desde antes de haber partido hacia aquí.

6 de octubre. Me levanté temprano y busqué al Señor para que me ayudara en mi importante obra. Cerca del mediodía, prediqué nuevamente a los indios. Por la tarde los visité de casa en casa, invitándolos a venir a oírme de nuevo al día siguiente, pidiéndoles que desistieran de ir a cazar hasta el lunes, como habían planeado. Confío en que “esta noche el Señor estuvo a mi lado” a fin de alentar y fortalecer mi alma. Pasé más de una hora en retiro secreto, cuando pude derramar mi corazón delante de Dios, rogándole que aumentase la acción de su gracia en mi alma, que me diera más dones ministeriales y éxito en mi trabajo entre los pobres indios; además de hacer peticiones por los ministros y por el pueblo de Dios, y por los queridos amigos distantes. ¡Bendito sea Dios!

8 de octubre. Visité a los indios con el propósito de despedirme de ellos, suponiendo que se iban de caza esta mañana; pero más allá de mi expectativa y esperanza, ellos deseaban oírme predicar de nuevo. Con alegría atendí su petición, y luego me esforcé por responder a sus objeciones contra el cristianismo. Luego se fueron y pasamos la tarde en lectura y oración, con la intención de ir a casa temprano al día siguiente. Mi alma tuvo cierto refrigerio en la oración privada y la meditación. Bendije al Señor por toda su bondad.

9 de octubre. Nos levantamos alrededor de las cuatro de la madrugada, encomendándonos a Dios en oración. Pedimos Su protección e iniciamos nuestro viaje de regreso a casa. Por la tarde, aún en camino, tuve pensamientos claros y consoladores sobre un asunto espiritual. Viajamos con paso apretado hasta después de las seis de la tarde; entonces hicimos una hoguera y un abrigo de cáscara de árbol, y así pudimos reposar. Durante la noche, los lobos aullaban a nuestro alrededor; pero Dios nos preservó.

12 de octubre. Cabalgué hasta mi casa, donde derramé mi alma delante de Dios en oración secreta, procurando exaltarlo por causa de su abundante gracia para conmigo en mi última travesía. Por lo menos en los últimos años nunca he gozado de mejor salud, y Dios, de forma maravillosa, casi milagrosamente me ha sostenido en medio de las fatigas del camino; en el que llegué hasta viajar a pie. Bendito sea el Señor, que continuamente me preserva.

Día del Señor, 14 de octubre. Hubo mucha confusión y perplejidad en mis pensamientos, no podía orar; estaba casi desanimado, pensando que no podría predicar otra vez. Después, Dios tuvo a bien darme algo de alivio a estas confusiones; pero todavía estaba asustado y tenía dificultades delante de Dios. Fui al lugar de adoración pública, elevando mi corazón a Dios por su ayuda y gracia para mi gran tarea. Dios ha sido piadoso para conmigo ayudándome a pedirle santidad, y a usar ante Él mis mejores argumentos extraídos de la encarnación y de los sufrimientos de Cristo; los cuales sucedieron para que los hombres fuesen santificados.

Luego, fui muy ayudado en la predicación; no sé si Dios ya me había ayudado tanto a predicar de modo más exacto acerca del estado pecaminoso del hombre. Por medio de la infinita bondad de Dios sentía lo que estaba diciendo, y Él me capacitó para tratar la verdad divina con una claridad inusual; con todo, me daba cuenta hasta tal punto de mis defectos en la predicación que no podía sentirme orgulloso de lo que había hecho, como en otras ocasiones; y bendije al Señor por su misericordia. Por la noche, anhelaba estar completamente solo, para bendecir a Dios por

su ayuda en extremo; y anhelé mayores grados de santidad para poder mostrar mi gratitud a Dios.

19 de octubre. Tuve un sentido abrumador de mi propia impiedad, y sentí que mi alma se derretía y gemía por entristecer tanto a un Dios misericordioso que aún era amable conmigo, a pesar de mi indignidad. Mi alma disfrutó de una dulce sesión de tristeza, por haber agraviado a ese bendito Dios, quien se reconcilió conmigo en su querido Hijo; porque mi alma ahora era tierna, devota y solemne, y no le temía más que al pecado; miedo del pecado en cada acción y pensamiento.

24 de octubre. Ya casi al mediodía, cabalgué hasta mi gente. Pasé con ellos algún tiempo y oré con ellos. Sentí que estaba en la actitud mental de un peregrino en la tierra, y mucho deseé dejar esta mi infeliz tienda corporal; a pesar de lo cual, percibí en mí el ejercicio de la paciencia y la resignación. Al volver de los indios a casa, pasé todo el tiempo buscando elevar mi corazón a Dios. A la noche, disfruté de un bendecido período solitario de oración. Fui capaz de llorar ante Dios con un espíritu infantil, por el espacio de casi una hora; disfrutando de una dulce desenvoltura al suplicar por mí mismo, por amigos queridos, ministros, y otros que se están preparando para esta obra; y también por la iglesia de Dios. Deseaba mostrarme tan vivo para el servicio de Dios como los ángeles.

31 de octubre. Fui muy sensible a mi aridez, y a mis fallas en cuanto a las realidades divinas; mi alma se estremeció cuando recordé el fervor que había disfrutado ante el trono de la gracia. ¡Oh, pensé, si al menos yo pudiera mantener una mente espiritual, cálida y celestial, aspirando afectuosamente por Dios; para mí, eso sería mejor que la vida misma! Mi alma deseó profundamente la muerte, ser liberada de este mi embotamiento y esterilidad, y hacerme para siempre activo en la alabanza al Señor. Me parecía que yo estaba viviendo para la nada, sin poder practicar ningún bien: ¡Oh, cuán amarga parece mi vida! ¡Oh, muerte, muerte, mi buena amiga, apresúrate en venir a libramme de mi grosera mortalidad; para que sea un ser espiritual y vigoroso en la eternidad!

1 de noviembre. Sentí la vida, y los anhelos por Dios. Anhelaba ser siempre solemne, devoto y de una mente celestial: tenía miedo de dejar de orar, para que no volviese a perder el sentido de las cosas dulces de Dios.

2 de noviembre. Fui ejercitado profundamente con algunas cosas de las que pensé que ya había sido liberado. Y así, me he encontrado que cuando pensaba que la batalla había terminado y que se había ganado la conquista, bajando yo la guardia; el enemigo se ha levantado y me ha hecho el mayor daño. Alrededor del mediodía, fui a caballo hasta donde estaban los indios, y mientras iba, no podía sentir deseo alguno de estar con ellos, e incluso temí decirles algo.

El día 3 de noviembre partió en un viaje hacia Nueva York para encontrarse con el Presbiterio allí; y salió de casa por más de una quincena de días. Parecía emprender su viaje con gran renuencia; temiendo que se enfriasen sus afectos religiosos. Pero, sin embargo, en su viaje tuvo temporadas especiales de la presencia graciosa de Dios. Él estaba muy fatigado por el frío y las tormentas, y cuando regresó de Nueva York a Nueva Jersey estuvo muy enfermo por algún tiempo. [Jonathan Edwards]

21 de noviembre. Viajé a caballo de Newark a Rockciticus, bajo el frío, y casi fui vencido por el mal tiempo. Pero, durante el almuerzo, al conversar con el querido Pastor Jones, obtuve dulzura de espíritu. Mi alma ama al pueblo de Dios, en especial a los ministros de Jesucristo, que pasan por las mismas dificultades que yo.

22 de noviembre. Continué viaje de Rockciticus hacia el Río Delaware. Me sentía físicamente abatido, con un resfriado y mucho dolor de cabeza. Cerca de las seis de la tarde, me perdí en el bosque, y me quedé vagando entre rocas y montañas, bajando por escarpados barrancos, cruzando pantanos y los más temibles y peligrosos lugares. La noche se oscureció de golpe y pocas estrellas podían ser vistas; así me quedé expuesto a la intemperie. El frío me agujoneaba, y el dolor hacía a mi cabeza retumbar; acompañado todo esto por dolor en el estómago, de tal manera que cada paso me era muy doloroso. Poca esperanza me quedó por varias horas, pensando que tendría que conformarme con pasar toda la noche en el bosque; en aquella aflictiva situación. Pero cerca de las nueve de la noche encontré una casa, por la abundante gracia de Dios, y fui bondadosamente acogido. Muchas otras veces he quedado expuesto al mal tiempo y fuera de casa, algunas veces toda la noche. Hasta aquí el Señor me ha preservado, bendito sea su nombre.

Estas fatigas y duras pruebas sirven para desvincularme de la tierra; y según espero, harán que el cielo se haga más dulce para mí. Antes, cuando quedaba así expuesto al frío, a la lluvia, etc., yo siempre me consolaba a mí mismo con pensamientos de gozar de una casa confortable, de un fuego acogedor, además de otras comodidades materiales; pero ahora estas cosas ocupan menos espacio en mi corazón (por la gracia divina); y mis ojos se vuelven más hacia Dios en busca de consuelo. En este mundo sólo espero tribulaciones; antes eso me parecía extraño, pero ahora no. En estos períodos de dificultad, no me hallo ante la idea de que las cosas mejorarán más tarde; por el contrario, pienso en lo peor que podría haber sido; y cómo otros hijos de Dios pasan por tribulaciones peores que las mías; ¿y cuantas mayores aún, quizás, estén reservadas para mí?

Bendito sea Dios, que ha hecho que mis pensamientos sobre el fin de mi viaje terrenal, y de la disolución de mi cuerpo, se conviertan en un gran consuelo para mí, incluso bajo mis peores pruebas. Raramente Él permite que estos pensamientos estén acompañados de terrores y de melancolía; por el contrario, con frecuencia son acompañados de gran alegría.

En los doce días siguientes, Brainerd pasó mucho tiempo en trabajo arduo junto con otros, construyendo para sí mismo una cabaña de troncos; a fin de vivir solo durante el invierno. No obstante, él pudo predicar con frecuencia a sus queridos indios. Haciendo alusión a la ayuda divina especial que le fue dada en determinadas ocasiones al dirigirles la palabra. La mucha atención que los indios le daban lo alentó. Pero, un martes 4 de diciembre, se hundió en gran desaliento, al ver a la mayoría de ellos participar en una fiesta y danzas idólatras, incluso después de haberse esforzado mucho por disuadirles. [Jonathan Edwards]

6 de diciembre. Se me dio la feliz oportunidad de retirarme a una casa de mi propiedad, hacia la cual me mudé. Considerando que ya hace mucho tiempo desde que pude pasar algún período en ayuno y oración secreta; ya sea por motivos de debilidad física, o por falta de un lugar para retirarme, o por alguna otra dificultad. Y considerando también la enormidad de mi tarea y las extremas dificultades que la acompañan, además del hecho de que mis pobres indios están ahora adorando a demonios, a pesar de todo el esfuerzo que he hecho entre ellos; lo que casi avasalla mi espíritu. Y considerando también mi gran esterilidad y adormecimiento espiritual en estos últimos días, sin hablar de la fuerza de ciertas corrupciones particulares; separé este día para oración secreta y ayuno, a fin de implorar la bendición de Dios para mí mismo, para mi pobre gente, para mis amigos y para la iglesia de Dios en general.

Al principio sentí gran dificultad en cumplir mis deberes del día, a causa de la aparente imposibilidad de realizarlos; pero el Señor me ayudó a vencer esta dificultad. Dios se agradó de conferirme una clara convicción de mi pecaminosidad, pudiendo entonces percibir la plaga oculta en mi propio corazón, afectándome más claramente que todo lo que había notado hasta entonces. Vi mi pecaminosidad especialmente en esto: que cuando Dios se retiró

momentáneamente, entonces, en vez de vivir y morir buscando, me incliné hacia una de estas dos cosas: O rendirme ante deseos inconvenientes para cosas terrenas, como si la felicidad procediese de ellas; o mostrarme secretamente impaciente y pertinaz, deseando la muerte de cualquier manera, de modo que algunas veces llegué a pensar que mi vida no podría seguir durando más tiempo.

Lo que a menudo me dejó en un impaciente deseo de morir, fue la desesperación de no poder hacer ningún bien en esta vida; y entonces prefería más la muerte que una vida inútil. Ahora, sin embargo, Dios me despertó al pecado involucrado en esas actitudes, capacitándome a pedirle perdón. Sin embargo, no era todo lo que yo quería, porque mi alma me parecía excesivamente contaminada; mi corazón un nido de víboras, o una jaula de aves inmundas y odiosas. Siendo así, yo quería ser purificado “por la sangre de la aspersión, que purifica de todo pecado”. Por eso, pienso, me fue concedida la oración. Comencé a gozar de un fervor y de una espiritualidad mucho más intensos de lo que yo pensaba que me eran posibles. Dios se mostró bondadoso conmigo, más de lo que yo había pensado en mis temores. Al acercarse la noche, sentí mi alma regocijarse, ante el hecho de que Dios es inmutablemente feliz y glorioso, y que Él será glorificado en todas las circunstancias. Así, pude perseverar en oración hasta cierta hora del comienzo de la noche, sintiendo tanta necesidad de la asistencia divina en todos los aspectos -y por la que me había empeñado tanto- que me había olvidado de interrumpir mi ejercicio espiritual a fin de tomar algún alimento necesario. Bendito sea el Señor, por toda la ayuda que me ha dado durante todo este día.

7 de diciembre. Pasé algún tiempo dedicado a la oración por la mañana. He disfrutado de alguna libertad y placer en el cumplimiento de mis deberes, y anhelé muchísimo ser “fiel hasta la muerte”. Pasé algún tiempo escribiendo acerca de un tema religioso. Entonces partí de visita a los indios, con la intención de predicarles la Palabra. Sin embargo, no conseguí reunir coraje para hablar con ellos, no pudiendo hacerlo sin un esfuerzo especial. Porque reconocía que no les gusta oírme, especialmente ahora que acababan de volver de su fiesta idólatra y de adoración a los demonios. Sin embargo, al anochecer, sentí libertad para orar y meditar.

12 de diciembre. Me sentía muy débil, pero fui ayudado en oración secreta; y pude clamar, con placer y dulzura de alma: “¡Ven, Señor Jesús, ven pronto!”, “Mi alma anhela por Dios, por el Dios vivo”. ¡Cuán deleitoso es orar bajo tan tiernas influencias! ¡Esto es mucho más satisfactorio que el alimento! Aunque la mañana ya estaba avanzada, no tenía disposición para comer, pues toda comida terrenal me parecía completamente insípida. ¡Oh, cuán “mejor es tu amor que el vino”, que el vino más excelente! Visité a los indios por la tarde, para los cuales prediqué; pero sintiéndome muy solitario. Descubrí que mi intérprete estaba un tanto preocupado por su alma, lo que me sirvió de algún aliento; aunque me infundió una nueva preocupación. Cómo anhelé por su conversión, levanté mi corazón a Dios mientras él me hablaba al respecto. Volví a mi casa y derramé mi alma delante de Dios en favor de él. Disfruté de alguna libertad en oración y fui capacitado, según pienso, para dejar todo bajo los cuidados de Dios.

13 de diciembre. Pasé el día en ayuno y oración para implorar la bendición divina, más especialmente para mi pobre gente; en particular para mi intérprete, y por tres o cuatro más preocupados por sus almas. Pero por la noche, parecía como si no tuviese una necesidad mayor de orar que por el perdón de mis pecados cometidos en el pasado. Los pecados que más sentí fueron el orgullo y los pensamientos errantes; sin embargo, después de todas mis penas, confío que este día y sus ejercicios han sido para mi bien, y me han enseñado más de mi debilidad sin Cristo de lo que sabía antes.

16 de diciembre. Me sentí tan abrumado por el desánimo que no sabía cómo vivir; añoraba la muerte en gran manera. Mi alma estaba hundida en aguas profundas y los torrentes estaban listos para ahogarme. Estaba tan oprimido, que mi alma estaba en una especie de terror. Por la

noche, estaba algo renovado y capacitado para orar y alabar a Dios con compostura y afecto. Ahora estaba dispuesto a vivir, y anhelaba hacer más por Dios de lo que mi estado débil de cuerpo admitiría. Puedo hacer todas las cosas a través de Cristo que me fortalece; y estoy dispuesto a gastarme y ser gastado en su servicio.

18 de diciembre. Fui con los indios, y prediqué para ellos por casi una hora, aunque sentía que me faltaba poder para llegar cerca de sus corazones. Finalmente, sin embargo, sentí algún fervor y Dios me ayudó a hablarles calurosamente. Mi intérprete también fue muy ayudado por lo alto; y finalmente casi todas las personas adultas quedaron conmovidas, y las lágrimas descendían por las mejillas. Un hombre anciano (supongo que con cerca de cien años de edad) quedó tan conmovido que lloró, pareciendo convencido de la importancia de lo que les estaba enseñando. Permanecí con los indios un tiempo considerable, exhortándolos y orientándolos; y salí de allí con el corazón elevado a Dios en oración y alabanzas. Entonces alenté y exhorté a mi intérprete a “esforzarse por entrar por la puerta estrecha”. Al llegar a casa, pasé buena parte de la tarde en oración y acción de gracias. Me di cuenta de que yo mismo estaba de corazón alegre y vivificado. Grande era mi interés que la obra del Señor, la cual ahora parecía haber comenzado, se realizara con poder con miras a la conversión de aquellas pobres almas, y a la gloria de la gracia divina.

25 de diciembre. La noche pasada casi no conseguí conciliar el sueño, a causa de mi gran debilidad física; sin embargo, mi corazón ni por eso dejó de mostrarse vivo en oración y alabanza. Me deleité ante la gloria y la felicidad divinas, y me regocijé en el hecho de que Dios es Dios, inmutablemente dotado de gloria y bendición. Creo que Dios ha mantenido abiertos mis ojos ayudándome a usar mejor mi tiempo, en medio de mi debilidad física y mis dolores, en meditación continua sobre el pasaje de Lucas 13.7: “Hace tres años vengo a buscar fruto en esta higuera...” Mis meditaciones fueron amenas, y deseé poder exponer ante los pecadores su pecado y el peligro en que se hallan.

Brainerd, por algunos días continuó abatido en su estado de salud, lo que parece haber servido de obstáculo en sus ejercicios y búsquedas espirituales. No obstante, pudo expresar que reconocía haber sido un tanto ayudado por Dios, día tras día, por todo el resto de aquella semana. En ese tiempo, pudo predicar varias veces a sus indios; y éstos continuaron mostrando algún interés por sus propias almas. [Jonathan Edwards]

3 de enero de 1745. Siendo sensible a la gran necesidad del derramamiento del Espíritu de Dios, pasé este día en ayuno y oración; buscando una grande misericordia para mí y para mi pobre pueblo en particular, y para la iglesia de Dios en general.

9 de enero. Por la mañana, Dios se agradó en quitar aquella tristeza que, de un tiempo a esta parte, venía abrumando mi mente; y me concedió libertad y dulzura en mis oraciones. Así fui alentado, fortalecido y capacitado para pleitear por la gracia divina, para mí mismo y para mis pobres indios. Fui suavemente asistido en mis intercesiones ante Dios en favor de otras personas. Aquellas cosas que últimamente me han parecido más difíciles, y casi imposibles, ahora no sólo me parecen posibles, sino incluso fáciles. Mi alma se deleitó de tal modo en proseguir en oración constante, durante este bendito período, que ni tuve deseo por el alimento necesario. Antes, temía dejar de orar para no perder los instantes de dulce espiritualidad y de agradecimiento a Dios.

Ahora estoy plenamente dispuesto a seguir viviendo, enfrentando todas las tribulaciones que aún quedan para mí en este mundo de tristezas; pero sigo anhelando por el cielo, a fin de poder glorificar a Dios de manera perfecta. “Oh, Señor Jesús, ven pronto”.

16 y 17 de enero. Pasé la mayor parte del tiempo escribiendo sobre un tema divino, y disfruté de libertad y asistencia. ¡Oh, qué razón tengo para estar agradecido; que Dios me ayude a trabajar y a estudiar para él! Él no hace sino recibir lo que es suyo, cuando yo puedo en cualquier medida alabarlo, trabajar por él, y vivir para él.

Día del Señor, 27 de enero. Tenía el mayor grado de angustia interna, de la que casi siempre padecía. Estaba completamente abrumado y tan confundido, que después de comenzar a hablar con los indios, antes de que pudiera terminar una oración, a veces me olvidaba por completo a lo que apuntaba. Por la noche la penumbra continuó, hasta que en la oración familiar, mientras oraba por la conversión de mi pobre pueblo, la nube se dispersó; de modo que disfruté de dulzura y libertad, y concebí la esperanza de que Dios designara misericordia para con ellos.

Mr. Brainerd vivía ahora solo, en la casita que había construido para su propio uso; sin embargo estaba cerca de una familia de blancos con los que había vivido antes, y con los que seguía asistiendo a la oración familiar. [Jonathan Edwards]

Día del Señor, 3 de febrero. Por la mañana, pude librarme de aquella melancolía y confusión que tanto han afectado mi mente en los últimos días; pude orar con alguna compostura y consuelo. Sin embargo, me dirigí temblando hasta mis indios, pues mi alma “recordó el ajeno y la hiel” del viernes pasado, y sentí un gran temor de verme obligado de nuevo a beber esa “copa de temblores” que era inconcebiblemente más amarga que la muerte, y que me hizo añorar más aun la tumba, indeciblemente más que los tesoros escondidos. Dios, sin embargo, halló a bien oír mis súplicas y me ayudó muchísimo; de tal manera que la paz se apoderó de mi alma y estaba satisfecho; pues aunque ninguno de los indios sacase provecho espiritual de mi predicación, aun así yo sería aceptado por el Señor y sería recompensado como fiel, pues estoy persuadido de que Dios me ha permitido esa fidelidad. Yendo a otro lugar, pude disfrutar de cierto grado de la ayuda divina y tuve gran voluntad de ver mis pobres indios convertirse.

El sábado siguiente, Brainerd predicó en Greenwich, Nueva Jersey. En el crepúsculo cabalgó ocho millas, a fin de visitar a un hombre tan enfermo que ya estaba moribundo, habiéndole encontrado incapaz de hablar, desvanecido. [Jonathan Edwards]

11 de febrero. Más o menos al romper el día, el hombre enfermo falleció. La escena me impresionó mucho y pasé la mañana con los que lamentaban su muerte. Después de orar y hablar con ellos, regresé a Greenwich donde nuevamente prediqué, basado en el Salmo 89.15. “Bienaventurado el pueblo que sabe aclamarte, andará, oh Señor, a la luz de tu rostro”. El Señor me prestó alguna ayuda espiritual, y sentí un tierno amor por las almas y por el reino de Cristo. Varias personas parecían haber quedado muy tocadas por la Palabra. Después de la reunión, pude conversar con libertad e interés con algunas personas que me consultaron a causa de perturbaciones espirituales. Entonces dejé el lugar con la mente en paz, y cabalgué de regreso a casa. Al llegar, me puse a conversar con amigos, procurando inculcarles ciertas verdades espirituales.

Al anoecer estaba en una actitud mental tan seria como casi no recuerdo haber estado antes. Creo que nunca sentí la muerte tan cercana y tan real para mí; como si yo ya fuese un cadáver inerte sobre un lecho, ya preparado para ser puesto en un sepulcro oscuro. Nunca esto se había hecho tan patente para mí como en esos instantes. Sin embargo, me sentía perfectamente tranquilo, la mente bien equilibrada y serena. La muerte, al parecer, había perdido su aguijón. Creo que nunca antes me había desapegado tanto de los objetos materiales, como entonces. ¡Oh,

cuán grande y solemne cosa parecía el morir! ¡Cómo pone el mayor honor en el polvo! ¡Oh, cómo me parecieron inútiles e insignificantes las riquezas, los honores y los placeres de este mundo! Yo no quería ni me atrevía a pensar en cualquiera de estas cosas; porque la muerte, la propia muerte, parecía estar a la espera en el umbral de la puerta. ¡Oh, yo podía verme muerto, yendo en un lecho, puesto en un ataúd, y luego depositado en una fría sepultura, con la mayor solemnidad, pero sin el menor terror! Pasé la mayor parte del atardecer conversando con un querido amigo creyente. ¿Qué son amigos? ¿Qué son comodidades? ¿Qué son penalidades? ¿Qué son distracciones? “El tiempo es corto; resta, pues, que los que lloran, sean como si no llorasen; y los que se alegran, como si no se alegrasen; y los que compran, como si no poseyesen; y los que disfrutan de este mundo, como si no lo disfrutasen; porque la apariencia de este mundo se pasa.” Bendito sea Dios por los consuelos recibidos en este día.

15 de febrero. Me ocupé en escribir casi todo el día. Al anochecer recibí gran ayuda al meditar sobre aquel precioso texto de Juan 7.37: “Jesús se puso en pie y alzó la voz, diciendo: Si alguno tiene sed, venga a mí y beba”. Recibí entonces un notable sentido de la gracia gratuita del evangelio. Mi alma fue alentada, encendida y reavivada. Mucho deseé la presencia de Dios en oración; mi alma se puso en actitud de vigilancia, temiendo perder la presencia de Aquel invitado tan dulce en el que yo me estaba ocupando. Continué por largo tiempo ocupado en oración y meditación, mezclando intermitentemente un ejercicio con el otro; y me dispuse a no tener la atención desviada hacia cualquier otra cosa. Anhele por proclamar, a este mundo de pecadores, la gracia sobre la cual estaba meditando. ¡Oh, cuán viva y poderosa es la Palabra del bendito Dios!

Día del Señor, 17 de febrero. Prediqué a las personas blancas (pues mi intérprete estaba ausente) en el campo, en la falda soleada de una colina. El número de personas presentes fue bastante razonable; al menos muchas de ellas residían a no menos de 30 millas alrededor. Hablé para ellos todo el día, basado en Juan 7.37. Por la tarde, el Señor se agradó en conferirme gran libertad y fervor en mi sermón; fui capaz de imitar el ejemplo de Cristo en el texto, cuando “Jesús se puso de pie, y exclamó, diciendo: si alguno tiene sed...” Pienso que difícilmente yo hubiera sido capaz de exponer con mayor libertad y claridad, para pecadores que perecen, la gratuita gracia divina en toda mi vida. Posteriormente, me sentía capaz de invitar sinceramente a los hijos de Dios, a fin de que vinieran a beber repetidamente de esa fuente de agua viva, de donde antes obtuvieron una indecible satisfacción. Para mí, esas fueron horas realmente revigorizantes. Entre los presentes, muchos lloraban; y no dudo de que el Espíritu de Dios estaba presente; convenciendo a pobres pecadores de su urgente necesidad de Cristo. Oh, si pudiera bendecir para siempre a Dios por la misericordia de este día, quien “me respondió con la alegría de mi corazón”.

Día del Señor, 24 de febrero. Por la mañana estaba muy vacilante. Al estar ausente el intérprete, no sabía cómo hacer el trabajo entre los indios. A pesar de eso, monté el caballo y fui a ellos, habiendo conseguido un intérprete holandés, aunque él no estaba bien entrenado para la tarea. Después, volví y prediqué a unas pocas personas blancas, habiendo usado el pasaje de Juan 6.67. “¿Queréis acaso irnos también vosotros?” Entonces el Señor pareció sacar de mí un peso, especialmente cerca del final de mi sermón. Me sentía libre para exponer el amor de Cristo a sus propios queridos discípulos. Cuando el resto de la humanidad abandona a Cristo, y nosotros parecemos olvidados de Él, he aquí que Él entonces se vuelve a los que le pertenecen, y dice: “¿queréis irnos también vosotros?” Tuve un sentido de la gracia gratuita de Cristo para con su propio pueblo, en estos tiempos de apostasía general; cuando los creyentes mismos se desvían, en cierta medida, prefiriendo el mundo. ¡Oh, la gracia gratuita de Cristo, que Él nos recuerda en ocasiones oportunas el peligro que hay en desviarnos, y nos invita a perseverar en seguirlo! Vi que las almas que retrocedían podían regresar, y ser bienvenidas inmediatamente, sin nada que las recomendara; a pesar de todas sus reincidencias anteriores. Así, mi sermón fue apropiado para el caso de mi propia alma. Porque de algún tiempo a esta parte, he sentido gran falta de ese sentido y aprehensión de la gracia divina, y muchas veces he sido afligido en mi propia alma,

porque no me he concientizado debidamente de esa fuente abierta y capaz de purificarme de mis pecados; visto que mucho he trabajado sólo con mis propias fuerzas, en busca de vida espiritual, paz de conciencia y santidad creciente. Pero ahora Dios me mostró, al menos hasta cierto punto, el brazo de todo el poder y la fuente de donde emana toda la gracia. Por la noche, mi actitud mental era seria, dependiendo de la gracia divina gratuita, como mi ayuda, aceptación y paz de conciencia.

6 de marzo. Pasé la mayor parte del día preparándome para un viaje a Nueva Inglaterra, dediqué algún tiempo a la oración, especialmente en cuanto a ese proyecto. Temía perder de vista la Fuente de agua viva, intentando obtener satisfacción en meras cisternas rotas -amigos y conocidos- que podría encontrar por el camino. Rogué a Dios que no me dejase apelar para esa vanidad, o a otras cosas inútiles. Casi al caer la noche, e incluso después, recibí la visita de algunos amigos, algunos de los cuales considero cristianos auténticos. Estos revelaron preocuparse sinceramente por mí, parecían tristes de que yo estuviese presto a dejarlos, especialmente porque no esperaba quedarme por mucho tiempo entre ellos, o si yo viviría lo suficiente para regresar de Nueva Inglaterra. ¡Oh, cuán bondadoso Dios ha sido conmigo! ¡Cómo Él ha levantado amigos, por todas partes donde su providencia me ha llamado! Los amigos sirven de gran consuelo y Dios es quien los da, y quien los hace afables para conmigo. “Bendice, alma mía, al Señor, y no te olvides de ninguno de sus beneficios” (Salmo 103.2).

Al día siguiente, Brainerd partió de viaje. Pasaron aproximadamente cinco semanas antes de que él regresara. El motivo especial de esa viaje, según él mismo declaró en su diario, el 21 de marzo, hablando de la conversación con un cierto ministro de Nueva Inglaterra, fue: “Combiné con él sobre cómo se levantaría algún dinero, entre amigos creyentes, a fin de sostener conmigo a un compañero en el bosque (pues yo ya vivía en gran soledad, por el período de dos años), para que trabajáramos juntos; Cristo también envió a sus discípulos de dos en dos. Mucho me esforcé en ese sentido, porque era el principal proyecto que tenía en mira, con la esperanza de que Dios me daría buen éxito, para su gloria”. Primeramente, Brainerd se dirigió a varias partes de Nueva Jersey, donde visitó a varios ministros. Entonces fue a Nueva York; de allí subió a Nueva Inglaterra, habiendo recorrido varias regiones del Estado de Connecticut. Después regresó a Nueva Jersey y se reunió con varios pastores en Woodbridge, los cuales, según él, “se habían reunido allí para consultar sobre cuestiones concernientes al reino de Cristo”. Al parecer, durante la mayor parte de la jornada, no fue acosado por ataques de melancolía. Por más de una ocasión parece haber recibido notable ayuda espiritual en sus ministraciones públicas del evangelio; pues su prédica fue, en el más de las veces, acompañada por pruebas muy esperanzadoras de buen efecto sobre sus oyentes. También experimentó muchos períodos de consuelo especial y de refrigerio espiritual, en conversaciones con otros ministros y amigos creyentes; o cuando se encontraba solo, en sus meditaciones y oraciones. [Jonathan Edwards]

[Brainerd fue examinado por los representantes en Nueva York, Nueva Jersey y Pensilvania, enviados por la Sociedad Escocesa para la Propagación del Conocimiento Cristiano, a quienes se les entregó el manejo de sus actividades en aquellas regiones del país, y que se reunieron entonces en Nueva York.]

13 de abril. Cabalgué hasta mi casa, en Forks of Delaware. Entonces me vino a la memoria las bondades del Señor, pues Él se había ocupado de mí durante todo este gran viaje de seiscientas millas; de tal manera que ninguno de mis huesos se rompió. Bendito sea el Señor, que me preservó, en este tedioso viaje; haciéndome regresar con seguridad a mi propia casa. Verdaderamente, Dios me ha sostenido y guardado en todas mis idas y venidas.

Día del Señor, 14 de abril. Mi cuerpo estaba muy cansado debido al último viaje. Aun así, pude predicar a una considerable asamblea de personas blancas, procedentes de todos los lugares alrededor; sintiendo buena libertad, basado en Ezequiel 33.11: “Diles: Vivo yo, dice el Señor Dios...” Recibí mucha mayor ayuda espiritual de lo que esperaba.

En aquella semana, Brainerd hizo un viaje a Filadelfia para conseguir el apoyo del gobernador del Estado, para que éste usara su influencia junto al jefe de las Seis Naciones indias (con quien mantenía una estrecha amistad), para que Brainerd tuviera libre tránsito en Susquehannah a fin de instruir a los indios que ocupaban aquellos territorios. [Jonathan Edwards]

23 de abril. Regresé a Forks of Delaware; disfruté de algunas meditaciones dulces en el camino, y se me permitió elevar mi corazón a Dios en oración y alabanza.

26 de abril. Sentí un espíritu de mortificación al mundo, en gran medida. Después, fui capaz de orar con fervor, dependiendo tiernamente de Dios acerca de todo lo que “pertenece a la vida y a la piedad”. Al atardecer, recibí la visita de un querido amigo creyente, con quien pasé una hora o dos en diálogo provechoso sobre la esencia de la religión. Hay muchos con quienes puedo hablar de religión, pero, ¡ay! encuentro pocos con quienes puedo hablar de religión viva; mas, bendito sea el Señor, hay algunos a quienes les encanta alimentarse del grano, en lugar de la cáscara.

Al día siguiente, Brainerd fue al asentamiento irlandés, a unas quince millas de distancia; donde pasó el Sabbath, y predicó con gran asistencia. El lunes, regresó muy débil, a su alojamiento. [Jonathan Edwards]

30 de abril. Apenas pude caminar hoy, siendo forzado a quedarme en cama, donde pasé el tiempo en gran soledad; incapaz de leer, meditar u orar, privado de alguien con quien conversar en este bosque. ¡Oh, cuán lento pasa el tiempo cuando nada puedo hacer con un buen propósito, y estoy obligado a ocuparme en nimiedades, desperdiando el tiempo precioso! Últimamente, sin embargo, he notado que es mi deber disciplinarme por todos los medios legítimos para que pueda finalmente, en alguna pequeña parcela de mi tiempo, hacer algún trabajo para Dios. Aquí está la diferencia entre mis actuales distracciones y las que he seguido en el pasado, en mi estado natural. En aquel tiempo hice un dios de mis diversiones, viniendo de ellas mi mayor satisfacción; al mismo tiempo que descuidaba las cosas de Dios. Ahora, sin embargo, echo mano de distracciones que me ayuden a vivir para Dios. Me deleito en Dios continuamente y no en las diversiones, extrayendo del Señor mi más alta satisfacción. En el pasado, esas cosas eran mi todo; pero ahora son sólo medios para que yo llegue a mi Todo. Aquellas cosas que toman mi tiempo, vistas desde ese ángulo ya no tienden a impedir mi espiritualidad, sino a promoverla. Ahora percibo, más que nunca, que tales cosas son absolutamente necesarias.

2 de mayo. A la tarde, sintiendo que mi salud había mejorado un poco, fui a pasear por el bosque; y gocé de un breve período de dulce meditación y oración. Mis pensamientos giraban alrededor del Salmo 17.15, “Estaré satisfecho cuando despierte a tu semejanza”. Fue un precioso texto para mí. Deseé predicarlo para el mundo entero. Me pareció que todos los hombres debían emocionarse profundamente como yo, ante tan preciosas verdades divinas. Mis pensamientos estaban cristalinamente claros, y mi alma en refrigerio. Bendito sea el Señor que, a pesar de mi debilidad pasada y presente, mi mente no está sombría como llegó a estarlo un tiempo atrás.

7 de mayo. Pasé el día preparándome para un viaje al interior del bosque. Continuaba débil y me preocupaba de cómo conseguiría hacer tan difícil viaje. Deseaba tener más energías físicas para poder pasar el día en ayuno y oración.

Al día siguiente, Brainerd partió con su intérprete hacia el río Susquehannah. Él soportó grandes dificultades y fatigas en la travesía del bosque. Después de haber pasado una noche en pleno yermo, fue sorprendido por una tempestad con vientos del noreste, y casi pereció. No teniendo donde abrigarse, y no pudiendo hacer una fogata a causa de la lluvia torrencial. Resolvió proseguir, con la esperanza de encontrar cualquier refugio, sin lo cual creía que sería imposible sobrevivir por la noche. Pero como los caballos habían comido alguna planta venenosa, en el lugar donde pasaron la noche, quedaron tan enfermos que Brainerd y su intérprete tuvieron que arrastrarlos tras sí, siguiendo a pie. Finalmente por la misericordia de Dios, al anochecer, llegaron a una cabaña de troncos, donde se refugiaron para pasar la noche. Después de llegar a las márgenes del río Susquehannah, viajaron por cerca de cien millas río abajo, habiendo visitado muchas aldeas y pueblos indígenas. Estuvieron con siete u ocho diferentes tribus, predicando con la ayuda de diversos intérpretes. Algunas veces, Brainerd estaba extremadamente desanimado, de espíritu abatido, a causa de la oposición de los indios al cristianismo. Pero en otras oportunidades se alentaba ante la disposición de algunos en escuchar la Palabra, y a recibir instrucción. Allí encontró a algunos que ya lo habían oído en Kaunaumeeek, estos lo oyeron de nuevo con gran satisfacción. Brainerd permaneció una quincena de días entre los indios de aquel río, pasando por muchas dificultades, durmiendo en el suelo y algunas veces al aire libre. Al atravesar el bosque, contrajo malaria y pasó a sufrir de fiebre alta, con dolores extremos en la cabeza y el hígado, con abundante evacuación de sangre, de modo que pensó que perecería.

Finalmente, sin embargo, llegó a la cabaña de un comerciante entre los indios y tuvo permiso de pasar allí algún tiempo. Aunque sin medicamentos ni alimentación apropiada, agradó a Dios después de una semana de aflicción, aliviarlo hasta el punto de poder montar de nuevo. Volvió a casa, partiendo de Juncauta, una isla en el río Susquehannah, donde había un considerable número de indios; los cuales parecían más exentos de prejuicios contra el cristianismo que la mayoría. Llegó a Forks of Delaware el jueves 30 de mayo, después de haber recorrido en ese viaje unas 340 millas. Llegó a su casa muy enfermo y deprimido, lo que fue un gran obstáculo para sus ejercicios religiosos. Sin embargo, el sábado, después de haber predicado a los indios, predicó también a los colonos con cierto éxito, sobre Isaías 53.10: “El Señor quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento...” Algunos fueron despertados por la predicación. Al día siguiente, sin embargo, estuvo muy preocupado, sintiéndose carente de mayor vida espiritual y fervor. [Jonathan Edwards]

5 de junio. Sentí un deseo ardiente por Dios, en la mañana. Por la noche, gocé de un precioso período de retiro espiritual. Me he favorecido con una clara y emocionante meditación sobre el Salmo 17.15, “Estaré satisfecho cuando despierte a tu semejanza” Las realidades divinas se abrieron ante mí con claridad y seguridad, teniendo el sello divino. Mi alma se sintió ensanchada y refrescada en la oración, y me deleitaba en continuar en ese deber; habiendo sido muy ayudado al orar por mis hermanos en la fe y por colegas en el ministerio. Bendito sea el Señor por estos deseos del más alto orden. ¡Oh, cuán dulce y precioso es recibir una clara aprehensión de la verdad y un temido sentido del misterio de la piedad, de la verdadera santidad, de la semejanza con lo mejor de todos los seres! ¡Oh, que bendición es ser lo más parecido a Dios, ya que es posible que una criatura sea como su Creador! Señor, dame más de tu semejanza. Al despertar, estaré satisfecho si soy poseedor de ella.

El viernes 7 de junio, Brainerd partió en un viaje de cerca de 50 millas, hasta Neshaminy, para participar de la Cena del Señor, en la casa de reunión de Mr. Beatty. Brainerd fue invitado por este hermano y su gente. [Jonathan Edwards].

8 de junio. Me quedé extremadamente débil y fatigado, después de cabalgar ayer en el calor del día. Pero sintiéndome dispuesto, prediqué por la tarde a una audiencia llena de gente. Usé el texto de Isaías 40.1: “Consolaos, consolaos pueblo mío, dice vuestro Dios”. A Dios le agradó darme una gran libertad, al exponer las penas de su pueblo y al poner delante de ellos consideraciones reconfortantes. Bendito sea el Señor; la asamblea experimentó momentos conmovedores. Y bendito sea el Señor, fue un tiempo de dulce derretimiento en la asamblea.

Día del Señor, 9 de junio. Sentí anhelantes deseos de la presencia de Dios con el pueblo, en la solemne ocasión de este día. Antes de la tarde predicó el Pastor Beatty, y los oyentes parecieron reaccionar muy bien. Después, ayudé a ministrar la Cena del Señor. Luego, dirigí al pueblo un sermón, con algunas referencias al pasaje de Isaías 53.10. Dios me dio gran ayuda en ese sermón dirigido a los pecadores. La Palabra fue acompañada por admirable poder. Decenas de personas, si no cientos, en aquella gran asamblea, que consistía en trescientas o cuatrocientas personas, fueron tocadas de tal modo que hubo gran lamentación, “como el llanto de Hadad-rimón” (Zacarías 12.11).

10 de junio. Prediqué con notable claridad y calor espiritual, teniendo por texto el Salmo 17.15. Bendito sea Dios; hubo gran solemnidad y atención durante toda la reunión, y el pueblo de Dios fue muy fortalecido; lo que fue evidente tanto en la ocasión y posteriormente.

11 de junio. Pasé el día principalmente en conversación con queridos amigos creyentes, y disfruté de un deleitoso sentido de las cosas divinas. ¡Oh, cuán deseable es estar con los queridos hijos de Dios! Estos son los “excelentes de la tierra”, en quienes, realmente puedo decir, “en ellos tengo mi complacencia” (Salmo 16.3). ¡Oh, cuán maravilloso será cuando nos encontremos todos en el estado de perfección! Señor, prepárame para ese estado eterno.

18 de junio. Partí de New Brunswick con el propósito de visitar algunos indios, en Crossweeksung, en Nueva Jersey, hacia el mar. Por la tarde, llegué a un lugar llamado Cranberry; y, habiéndome encontrado con un ministro serio, el Pastor Macknight, me aloje con él. En oración, junto con algunas personas, gocé de amplia libertad de espíritu.

Mr. Brainerd, cuando estaba en Boston, escribió y dejó con un amigo una breve relación de su trabajo con los indios, durante el espacio de tiempo entre el 5 de noviembre de 1744 y el 19 de junio de 1745; concluye con este pasaje: “Mi cuerpo estaba muy débil, y mi mente muy desalentada con la conversión de los indios en ese momento. Y en este estado de cuerpo y mente hice mi primera visita a los indios en Nueva Jersey.” [Jonathan Edwards]

❧

Capítulo 7

Desde su comienzo, predicando a los indios en Crossweeksung, hasta que regresó de su último viaje a Susquehanna.

19 de junio - 5 de noviembre de 1745

Llegamos ahora a aquella parte de la vida de Brainerd, cuando él obtuvo el mayor éxito en sus labores por el bien de las almas y en su actividad particular como misionero entre los indios. Después de todas sus agonizantes oraciones, casi en dolores de parto a favor de la conversión de los indios; se confirmaron sus esperanzas y expectativas. Después de haber esperado en oración perseverante, en mucho trabajo y sufrimientos, como si hubiera atravesado una larga noche, finalmente el día amaneció: “Por la noche durará el lloro, pero a la mañana vendrá la alegría” (Salmo 30.5). Brainerd salió llorando, “llevando la semilla preciosa”, pero ahora volvía, “regocijándose, trayendo sus gavillas” (Salmo 126.6). El evento tan deseado acaba sucediendo; pero en un tiempo, un lugar, e involucrando a personas que uno difícilmente llegaría a imaginar. [Jonathan Edwards]

Crossweeksung, Nueva Jersey, Junio de 1745

19 de junio. Yo había pasado la mayor parte de mi tiempo, durante más de un año, entre los indios de Forks of Delaware, en Pensilvania. En ese tiempo, hice dos viajes al río Susquehannah, para anunciar el cristianismo entre los indios de aquel río. Pero no habiendo obtenido éxito visible en ninguno de esos dos lugares, estaba de ánimo deprimido y extremadamente desalentado. Sin embargo, al oír decir que había cierto número de indios en una localidad llamada Crossweeksung, en Nueva Jersey, cerca de ochenta millas al sureste de Forks of Delaware, decidí hacerles una visita, para ver cómo podría llevarles el cristianismo. De acuerdo con ese plan, llegué entre ellos hoy. Encontré muy pocas personas en el lugar que visité, y tomé conocimiento de que los indios de esta región viven muy dispersos. No había más que dos o tres familias en cada lugar; y esas pequeñas aldeas quedaban a seis, diez, quince, veinte, treinta millas, o incluso más distantes desde donde yo estaba. Mientras tanto, prediqué a los pocos que encontré. Estos me parecieron bien dispuestos, serios y atentos; no tendientes a la discusión y objeciones, como lo hicieron en otros lugares. Después de que terminé mi sermón, les informé (estaban allí sólo unas pocas mujeres y niños) que me gustaría visitarlos de nuevo al día siguiente. En vista de esto, ellas rápidamente viajaron diez o quince millas, para dar noticias de mi llegada a algunos de sus amigos, que vivían a esa distancia. Estas mujeres indias, así como la mujer samaritana, parecían deseosas de que otros pudieran “ver al hombre que les dijo lo que habían hecho” en su vida pasada, así como la miseria que acompañaba a sus caminos idolátricos.

20 de junio. Visité y prediqué a los indios otra vez, como me había propuesto. Se habían congregado en gran número, por las invitaciones de sus amigos que me habían oído el día anterior. Estos también me parecieron muy atentos, quietos y bien dispuestos como los otros; y ninguno hizo objeción alguna, como los indios de otros lugares acostumbraban a hacer. Al

anochecer, prediqué a los indios otra vez; y tenía más oyentes que antes. Por la noche, disfruté de la paz y la serenidad de la mente, la compostura y la comodidad en la oración; y fue capaz de levantar mi cabeza con alegría, bajo la aprehensión de que mi redención se acerca. ¡Oh, bendito sea Dios, que hay un descanso para tu pobre y cansado pueblo!

21 de junio. Fui reconfortado en la oración secreta; pero me veía a mí mismo como una pobre criatura sin valor, sin sabiduría para dirigir, ni fuerzas para ayudarme a mí mismo. ¡Bendito sea Dios, que me pone bajo una feliz necesidad de vivir sobre sí mismo!

22 de junio. Hacia el mediodía visité otra vez a los indios y por la noche les prediqué. Hallé mi cuerpo muy fortalecido y fui capacitado para hablar con mucha claridad y calidez. El número de ellos, que al principio fue de siete u ocho, ahora había aumentado a casi treinta. No sólo manifestaron una solemne atención, sino también, como fue patente, la verdad divina efectuó una considerable impresión sobre sus mentes. Algunos comenzaron a sentir su propia miseria, pareciendo interesados en ser liberados. Mientras cabalgaba, antes de llegar a los indios, podía clamar a Dios casi incesantemente. También por la noche, encontré que los consuelos de Dios no eran pequeños: entonces estaba dispuesto a vivir y, en algunos aspectos, deseoso de hacerlo para poder hacer algo por el reino de Cristo; y, sin embargo, la muerte parecía agradable: estaba en un estrecho entre ambos. A menudo estoy cansado de este mundo, pero es deseable ser utilizado, en lugar de ser expulsado de él.

Día del Señor, 23 de junio. Prediqué el evangelio a los indios, y pasé el día con ellos. El número de los que se reunían para oír seguía aumentando; todos parecían regocijarse por el hecho de haber venido a vivir entre ellos. No he oído de ninguno de ellos, en ninguna ocasión, una sola palabra contraria al cristianismo; aunque en tiempos pasados ellos se habían opuesto, como es el caso de otros indios. Algunos de ellos, no muchos meses antes, se habían enojado contra mi intérprete, porque él intentó enseñarles algo sobre el cristianismo.

24 de junio. Prediqué a los indios a petición de ellos. Ver como aquellos pobres paganos deseaban oír el evangelio de Cristo, me animó a predicar para ellos; aunque yo estaba muy débil y mi espíritu exhausto. Ellos se hicieron presentes con la mayor seriedad y diligencia; y era evidente entre ellos una cierta preocupación por la salvación de sus almas.

27 de junio. Visité de nuevo a los indios y les prediqué a ellos. Ahora ya totalizaban casi cuarenta personas. Continuaban solemnes y atentos, y una considerable preocupación por sus almas se hacía cada vez más clara, en un número cada vez mayor de ellos.

28 de junio. Los indios, habiéndose reunido en número considerable, venidos de varias y distantes localidades; me pidieron que predicara dos veces al día. Pues deseaban oírme lo más seguido posible, mientras yo permaneciera entre ellos. He atendido animadamente a su petición, no pudiendo dejar de admirar la bondad del Señor; el cual, como estoy persuadido, fue quien los inclinó a inquirir por el camino de la salvación.

29 de junio. Prediqué dos veces. Percibí la mano de Dios operando de forma clara y notable al proveer para la subsistencia de toda aquella gente, a fin de que pudieran estar juntos para recibir instrucción de las verdades divinas. Pues hoy, tal como ayer, habiéndose alejado apenas un poco del lugar donde diariamente nos reuníamos, lograron cazar tres ciervos, que suministraron carne suficiente para sus necesidades; sin lo cual no podrían haber subsistido juntos para atender a los medios de la gracia.

Día del Señor, 30 de junio. Hoy también he predicado dos veces. Pude notar aún mayor interés y disposición entre los pobres paganos. Llegaron incluso a constreñirme a quedarme más tiempo entre ellos, aunque estaba extremadamente exhausto y mi estado de salud muy debilitado, a causa de mis fatigas y labores de estos últimos días; y en particular, a causa de mi último viaje al río Susquehannah el mes pasado, cuando tuve que dormir en el suelo durante varias semanas.

1 de julio. Nuevamente prediqué dos veces a una asamblea muy seria y atenta, pues ya habían aprendido a frecuentar las reuniones de culto a Dios, con decencia cristiana en todos los sentidos. Eran ahora cerca de cuarenta a cincuenta personas presentes, ancianos y jóvenes. Pasé mucho tiempo explicándoles el cristianismo de manera más individual. Indagué lo que podían recordar de las grandes verdades que venía enseñándoles día tras día; puedo testificar cuán admirable fue la manera en que asimilaban y conservaban las instrucciones que yo les había dado, y cuánto conocimiento adquirieron en tan pocos días.

2 de julio. Me vi obligado a dejar a los indios de Crossweeksung; pensando que era mi deber, tan pronto como la salud permitiera, volver a visitar los de Forks of Delaware. Cuando me despedí de cada uno en particular, todos indagaron ansiosamente cuando volvería, expresando el gran deseo de seguir recibiendo instrucción. Concordaron voluntariamente que, cuando yo volviera, todos se reunirían y vivirían juntos, mientras estuviera entre ellos, y que usarían todos los esfuerzos para reunir aún a otros indios de aquellas regiones, incluso las más remotas. Cuando me despedía de ellos, uno me dijo, entre lágrimas: “Quiero que Dios cambie mi corazón”. Otro declaró: “Quiero encontrarme con Cristo”. Un anciano jefe indio lloró amargamente, preocupado por su alma. Prometí a todos que volvería, tan pronto como mi salud y mis asuntos en otras partes me lo permitiesen. Me quedé preocupado durante la despedida; deseando que no se apagasen, después de mi salida, las buenas impresiones visibles entre muchos de ellos. Sin embargo, no pude dejar de esperar que Aquel que, según creo, había iniciado la buena obra entre ellos, y que como yo sabía, no necesitaba medios para llevar adelante la obra, también la mantendría y la promovería. Al mismo tiempo necesito confesar que yo había visto señales alentadoras entre indios de otros lugares, pero terminaba descubriendo que todo era pasajero. Me pareció que el favor divino sería demasiado grande si, después de haber pasado por una serie tan grande de labores y fatigas casi infructuosas, y después de mi esperanza haber sido frustrada por tantas veces entre los pobres paganos, ahora Dios me diera cualquier éxito especial en mis labores entre ellos. Eso era algo que casi no podía creer, y no me atrevía a esperar que las cosas tomaran un rumbo tan feliz. Creo que nunca había estado más suspenso entre la esperanza y el temor, que ahora.

Esta disposición alentadora y esa preparación para recibir instrucción, ahora tan claras entre los indios, parece haber sido el feliz efecto de la convicción que hubo primero entre uno o dos de ellos; que habían estado en Forks of Delaware. Estos, desde entonces, se habían esforzado por mostrar a sus amigos el mal de la idolatría. Pienso que algunos parecían dar poca atención y hasta se burlaban de ellos, pero eso tal vez les dio una postura de mente dispuesta a razonar, o al menos, les ha hecho pensar mejor sobre el cristianismo; despertando en otros la curiosidad de oír. Así se despertó entre ellos la actual atención alentadora. La idea de que ese había sido el caso allí, me animó a pensar que Dios, de esta manera, haya bendecido los medios que he usado entre los indios en otros lugares; aunque aún no haya recibido pruebas de ello. En ese caso, que su nombre reciba toda la gloria; porque he aprendido por medio de mi experiencia, que solamente Él puede abrir los oídos, captar la atención, e inclinar los corazones de pobres incivilizados y prejuiciosos paganos, para recibir instrucción bíblica. Luego me dirigí a

Brunswick, cerca de cuarenta millas y me alojé allí. Sentí mi corazón extendido en pos de Dios, en oración, casi toda la tarde, y no pude evitar llorar ante Dios por estos pobres indios; y después de acostarme, mi corazón siguió dirigiéndose a Dios a favor de ellos, hasta que me quedé dormido. ¡Oh, bendito sea Dios que me permite orar!

Forks of Delaware, Pensilvania, Julio de 1745.

El 12 de julio, llegó a su propia casa en Forks of Delaware; continuando aún libre de la melancolía. Y de día en día disfrutando de libertad y refrigerio. [Jonathan Edwards]

Día del Señor, 14 de julio. Prediqué dos veces a los Indios. Varios de ellos parecían interesados, y, como tengo razón de pensar, quedaron convencidos por obra del Espíritu de Dios acerca de su pecado y condenación; pues lloraron durante todo el culto. Después de eso, prediqué a cierto número de personas blancas que estaban allí presentes.

18 de julio. Prediqué a mi gente, que estaban atentos por encima de lo que era común entre ellos; y algunos parecían preocupados acerca de sus almas eternas. Sentí un espíritu de seriedad, ternura y devoción, y deseé pasar toda la noche en oración y comunión con Dios.

Día del Señor, 21 de julio. Prediqué primero a los indios y luego a algunos blancos que estaban presentes; y por la tarde, volví a predicar a los indios. La verdad divina pareció dejar una considerable y profunda impresión sobre varios de ellos, y causó que las lágrimas fluyeran libremente.

Después bauticé a mi intérprete y a su esposa, quienes fueron los primeros que bauticé entre los indios. Ambos fueron despertados para un interés solemne por sus almas y, hasta donde me es posible detectar, recibieron el sentido de su propia miseria y condenación. Ambos aparentemente fueron consolados con los consuelos divinos; y es evidente que ambos, como espero firmemente, experimentaron una gran transformación salvadora. Tal vez sea apropiado que presente un breve relato sobre los procesos y experiencias por las que pasó este hombre, desde que vino a estar conmigo; sobre todo por haber sido empleado como mi intérprete. Cuando lo empleé a principios del verano de 1744, él ya estaba bien preparado para su tarea, debido a su familiaridad con la lengua indígena y con el inglés; y también porque era conocedor de las costumbres de su nación. Además, él tenía el deseo de que los indios asumieran las maneras y las costumbres de los ingleses, especialmente su modo de vida. Pero él no mostraba ningún interés en cuestiones religiosas. Por lo tanto, era totalmente incapaz para su trabajo y no podía entender y transmitir a otros indios muchas cosas importantes. Así, yo estaba trabajando con una gran desventaja, siendo que él no tenía conocimiento experimental y doctrinal de las verdades divinas. Por eso, había ocasiones en que mi espíritu se hundía en el desánimo ante tan gran obstáculo; tanto más cuando noté que la verdad divina hacía poca o ninguna impresión sobre su mente por muchas semanas seguidas. Él, sin embargo, se comportó sobriamente después de que lo empleé, aunque antes había sido un hombre que bebía mucho. Así, él parecía honestamente involucrado en su tarea, en la medida de su capacidad. Él parecía especialmente deseoso de que su gente renunciara a sus nociones y prácticas paganas, ajustándose a las costumbres del mundo cristiano. Sin embargo, no parecía preocuparse por su propia alma, sino después de haber estado conmigo por un tiempo considerable.

A finales de julio de 1744, prediqué a una asamblea de gente blanca, con mayor libertad y fervor de lo que podría hacerlo al dirigirme a los indios, sin que primero éstos adquiriesen una medida mayor de conocimientos doctrinarios. En la ocasión, mi intérprete estaba presente y fue bastante despertado en cuanto a la situación de su alma; pues al día siguiente conversó abiertamente conmigo acerca de sus preocupaciones espirituales, dándome la oportunidad de procurar fijar en su mente algo sobre su estado de perdición. Un tiempo después, pude percibir claramente que él traducía a la lengua de los indios lo que yo decía, con más empeño y fervor de lo que lo había hecho antes. Tales impresiones, sin embargo, parecían declinar rápidamente y él continuaba generalmente descuidado y seguro de sí, hasta el final del otoño del año siguiente, cuando cayó en una condición física frágil y debilitada; permaneciendo en ese estado abatido por varias semanas. Fue en ese tiempo que las verdades divinas tomaron cuenta de él, dejando una profunda impresión sobre su mente. Él era llevado a preocuparse por su propia alma. Pasó de actuar de modo inconstante y transitorio, a una manera constante y permanente; de tal modo que su mente se afligía con la cuestión día tras día. En este momento, su gran pregunta era: ¿Qué haré para ser salvo? Esta perturbación espiritual prevaleció al punto de robarle el sueño, y tenía poco descanso de día o de noche; antes caminaba de aquí para allá bajo gran presión en la mente, pareciéndose como otro hombre para sus semejantes; los cuales no podían dejar de extrañarse por su comportamiento.

Cuando esa condición mental ya se prolongaba por algún tiempo, mientras se esforzaba por obtener misericordia, dijo que parecía haber una montaña infranqueable delante de él. Conforme él pensaba, quería avanzar hacia el cielo; pero “el camino parecía flanqueado de espinas, de modo que no podía avanzar un centímetro siquiera”. Él miraba en una dirección y en otra, pero no podía encontrar el camino correcto. Pensaba que si al menos pudiese encontrar la senda correcta, en medio de aquellas espinas y abrojos, subiendo montaña arriba, entonces habría esperanza para su caso; pero él mismo no podía encontrar los medios para lograr eso. Por algún tiempo continuó trabajando en vano. Declaró que era imposible ayudarse a sí mismo a transponer esa dificultad insuperable: “De nada sirve seguir luchando y esforzándose”. Así, dejó de esforzarse y sintió que era un caso perdido, mientras no le llegase ayuda desde fuera, pues todos sus intentos eran y seguirían siendo vanos e infructuosos. Y así, bajo esta nueva visión de la situación, parecía más tranquilo y equilibrado de lo que había sido mientras buscaba ayudarse a sí mismo.

Mientras me relataba esas luchas interiores, yo no dejaba de temer que lo que él narraba fuese sólo fruto de su imaginación; y no efecto de la iluminación divina sobre su mente. Sin embargo, antes que tuviera tiempo de averiguar si mis temores tenían fundamento, él dijo que se sentía en una condición miserable de perdición; que sólo había hecho el mal todos sus días y que nunca “había hecho nada bueno”. Él sabía que no era culpable de ciertas iniquidades practicadas por otros. Así, él no solía hurtar, ni pelear, ni asesinar, siendo que el homicidio es usual entre los indios. Al mismo tiempo, él sabía que había hecho muchas cosas correctas, como ser amable para con sus vecinos, etc. Sin embargo, su clamor era que él nunca había hecho una buena cosa. Con eso quería decir que jamás había hecho algo sobre la base de un principio correcto, con una perspectiva correcta. “No hay esperanza para mí, porque nunca podré hacer algo que sea bueno; y si Dios me dejara así por bastante tiempo, aunque yo lo intente, sólo podré hacer el mal”.

Esta última explicación me dejó satisfecho, y entendí que él no hablaba sobre la base de su imaginación, pues parecía haber muerto para sí mismo; estando divorciado de cualquier dependencia de su propia rectitud y buenas obras, a las que la humanidad perdida vive tan ligada, siempre dispuesta a tenerlas como su esperanza de salvación. Había otra cosa notable en

su visión de la vida, por ese tiempo. Él no sólo veía en qué estado de miseria él mismo se encontraba; sino que también percibía que el mundo a su alrededor, en general, estaba en la misma condición perdida; a pesar de que tanta gente profesaba ser cristiana y esperaban obtener la felicidad eterna. Esto podía ver él con claridad, “como si hubiera despertado del sueño, o una nube hubiera sido sacada de sus ojos”. Él percibía que la vida que estaba viviendo era el camino seguro para la muerte eterna; que estaba al borde del abismo de la eterna miseria. Él veía multitudes de otras personas que vivían como él mismo, personas que no eran mejores que él, pero que soñaban estar seguras; como él también había soñado antes. Estaba plenamente persuadido, por medio de la manera de hablar y de la conducta de ellos, que nunca habían sentido su pecado y miseria; conforme ahora él sentía.

Después de haber estado en esa condición por algún tiempo, sensible a la imposibilidad de ayudarse a sí mismo por cualquier cosa que pudiera hacer, o por cualquier fuerza humana, al punto de considerar “todo perdido mediante sus propios intentos”, se sintió más tranquilo; y luego, dijo, surgió en su mente como si hubiera sido audible: “¡Hay esperanza, hay esperanza!” Ante esto, su alma pareció descansar, satisfaciéndose hasta cierto punto; aunque no disfrutaba aún de alegría para exteriorizar.

Él no es capaz de recordar claramente cualquier idea que haya tenido sobre Cristo, y no puede relatar cómo su alma fue aceptada por Él. Esto hace que su experiencia parezca dudosa, haciéndola para sí mismo y para otros, menos satisfactoria de lo que podría ser si él pudiese recordar claramente las actitudes de su alma en ese tiempo. Sin embargo, esas actitudes del alma fueron seguidas por una gran transformación en el hombre mismo, de tal modo que puede ser dicho con justicia que él no se había convertido en otro hombre, sino en un nuevo hombre. Su conversación y su comportamiento se alteraron mucho; incluso el mundo indiferente no podía dejar de preguntarse lo que le había sucedido, para que hubiera un gran cambio en su temperamento, en su manera de hablar, y en su comportamiento. Sobre todo, hubo una sorprendente transformación de su conducta en público. Ahora se dirigía a los indios con admirable fervor, casi no sabiendo cómo detener su interpretación. Algunas veces, cuando yo ya había concluido mi predicación y estaba volviendo a casa, él se quedaba atrás, a fin de repetir e inculcar lo que se había dicho.

Su cambio es perdurable y tiene una conducta irreprochable, aunque hace ahora más de seis meses que ese cambio ocurrió. Durante ese tiempo, él estuvo tan expuesto a las bebidas alcohólicas como siempre, en diversos lugares donde ella es tan libre como el agua corriente. Sin embargo, hasta donde me fue posible observar, nunca demostró ninguna inclinación hacia el alcohol. Además, parece que ha tenido buena experiencia de ejercicios espirituales, expresando sentimientos propios de los conflictos y consuelos de un creyente auténtico. Últimamente, ha expresado más satisfacción acerca de su propio estado, además de haber sido muy iluminado y ayudado en su trabajo; de tal manera que ha servido de gran consuelo espiritual para mí. Después de una cuidadosa observación de su conversación seria y templada, de su temperamento cristiano, y de su comportamiento irreprochable por medio año -sin hablar de su experiencia que ya relaté- creo que tengo razón en pensar que él “fue creado en Cristo Jesús para buenas obras”. Su nombre es Moses Tinda Tautamy. Él tiene cerca de cincuenta años de edad, está muy familiarizado con las nociones y costumbres de sus compatriotas; y así es más capaz de desenmascarar las malas costumbres. Como estoy persuadido, ha sido y seguirá siendo una bendición para los demás indios.

23 de julio. Prediqué a los indios, pero con pocos oyentes. Aquellos que se quedan constantemente en sus casas, al parecer, últimamente están bajo alguna impresión mental de naturaleza religiosa.

26 de julio. Por la noche, Dios se complació en ayudarme en la oración, más allá de lo que he experimentado desde hace un tiempo. Deseaba ardientemente poder hacer algo, si era del agrado del Señor, a favor de sus intereses en el mundo. Mi alma, mi propia alma, anhelaba que pudieran ser cosechados estos pobres paganos, y clamaba a Dios con fervor. No podía hacer otra cosa más que clamar. Esta fue una temporada dulce, porque pude saborear con antelación algo del cielo, y tenía un estado de espíritu apropiado en cierta medida a los usos y actividades del mismo. Mi alma se sentía apenada al dejar el lugar; pero mi cuerpo estaba débil y exhausto, y eran cerca de las nueve. Deseaba que el resto de mi vida pudiera estar lleno de más fervor y actividad en las cosas de Dios. ¡Oh, la paz interior, la calma, la serenidad divina de este estado de ánimo! El cielo tiene que diferir de esto solo en grado, no en clase. ¡Señor dame tu Pan de Vida!”

30 de julio. Prediqué a un cierto número de indios, ofreciéndoles algunos consejos y orientaciones particulares. Ahora estoy a punto de dejarlos por algún tiempo, pues quiero visitar a los Indios de Nueva Jersey. Mis oyentes se mostraron muy atentos a mi sermón, deseando mucho el saber cuándo yo planeaba regresar.

Crossweeksung, Nueva Jersey, Agosto de 1745

2 de agosto. Por la noche me retiré, y mi alma se sintió llevada a orar a Dios; especialmente a favor de mi pobre gente, a la cual había enviado recado de que se juntaran para poder predicarles al día siguiente. Estaba muy animado en la oración para su conversión salvadora; y apenas había sentido alguna vez deseos de una cosa de esta naturaleza, de modo tan claro y desinteresado con gran satisfacción por mi parte, libre de miras egoístas. No tenía el deseo de ser yo el instrumento de una obra tan gloriosa, como la que había deseado y por la que había orado entre los indios; si la bendita obra podía ser realizada para el honor de Dios y el engrandecimiento del Reino de mi querido Redentor, esto era todo mi deseo e interés. Y esta misericordia era la que yo esperaba; pero con temblor, porque sentía lo que expresa Job en 9:16, “Si yo le invocara y Él me respondiese, aun no creería que hubiese escuchado mi voz”.

3 de agosto. Visité a los indios de esa región en el último mes de junio, habiendo pasado con ellos bastante tiempo, dirigiéndoles la palabra casi diariamente. En tal ocasión, Dios halló por bien derramar sobre ellos un espíritu de despertamiento y preocupación por sus almas, y, para mi sorpresa, fijaron su atención sobre las verdades divinas. Ahora los encontré en una actitud seria y algunos de ellos bajo profunda preocupación e interés por Cristo. Durante mi ausencia, sus convicciones sobre su condición pecaminosa y condenada fueron muy reforzadas por las labores del Rev. William Tennant. Yo había recomendado a los indios que buscasen sus consejos y frecuentasen mucho su residencia mientras yo estuviese lejos. Hoy prediqué basado en Apocalipsis 22.17: “Y el que tiene sed, venga; y el que quiera, tome del agua de vida gratuitamente”. Sin embargo, no pude presentar de modo metódico, entre ellos, las verdades allí contenidas. Pero estoy persuadido que el Señor me capacitó, de manera un tanto inusual, para presentar ante ellos al Señor Jesucristo como un Salvador bondadoso y compasivo; el cual invita a los pecadores afligidos y que perecen en sus pecados, a aceptar la misericordia eterna. Luego

se evidenció entre ellos una preocupación sorprendente por sus almas. Eran unos veinte adultos en su totalidad, y no pude ver a dos de ellos al mismo tiempo que no estuviesen llorando. Muchos de los indios de lugares remotos aún no habían tenido tiempo de venir, desde que regresé aquí. Algunos de ellos estaban extremadamente interesados, sintiendo en sus almas un vehemente anhelo por Cristo, pues deseaban ser salvos de la miseria que percibían y temían.

Día del Señor, 4 de agosto. Un ministro, que vive cerca, me invitó a ayudar en la administración de la Cena del Señor. Acepte la invitación, llevando conmigo no sólo a los indios que se reunieron el día anterior, sino a muchos otros que habían llegado desde entonces para oírme; de tal modo que había un total de casi cincuenta de ellos, ancianos y jóvenes. Ellos oyeron todos los mensajes predicados a lo largo del día, y algunos de ellos, que podían entender inglés, quedaron muy conmovidos; y al parecer, el interés de todos aumentó aún más.

Ahora se iba haciendo cada vez más visible un cambio en las costumbres de ellos. Al anoecer, cuando vinieron a cenar juntos, no probaron ningún bocado hasta que no me mandaron a llamar para que yo bendijera, con una oración, los alimentos; entonces varios de ellos lloraron, especialmente cuando les recordé cómo en el pasado habían tenido sus fiestas en honor a los demonios y no daban gracias al verdadero Dios por los alimentos.

5 de agosto. Después de un sermón predicado por otro ministro, también yo prediqué, y concluí el solemne culto público con algunas consideraciones sobre Juan 7.37, “Si alguno tiene sed, venga a mí y beba”. Dirigiéndome, en el sermón, particularmente a los indios que estaban sentados juntos, en un lado de la sala. Fue cuando algunos, por primera vez, fueron profundamente tocados por la Palabra, como me dijeron más tarde; y otros tuvieron un considerable aumento en su interés por las cosas espirituales. Por la noche, cuando casi todos se habían concentrado en la casa donde yo estaba hospedado, hablé a ellos y descubrí que todos estaban profundamente interesados por la condición de sus almas; preguntándome “qué debían hacer para ser salvos”. Todo lo que conversaban entre sí giraba en torno a cuestiones religiosas, sobre las cuales eran ayudados por mi intérprete, que no los dejaba día y noche. Hoy, cierta mujer que estaba interesada por su alma desde que me oyó predicar en junio pasado, parece haber alcanzado consuelo de forma sólida y bien fundamentada. Ella parecía estar repleta de amor a Cristo, al mismo tiempo se comportaba de manera humilde y tierna; mostrando no temer tanto otra cosa, como el ofender y entristecer a Aquel a quien ahora ama su alma.

6 de agosto. Por la mañana di una palabra a los indios, en la casa en la cual estábamos alojados. Varios de ellos parecieron muy tocados, mostrándose notablemente tiernos. Bastaban algunas palabras sobre los intereses de sus almas para que llorasen libremente, con muchos sollozos y gemidos.

Por la tarde, habiendo ellos regresado al lugar donde yo usualmente predicaba, dirigí otro sermón. Eran cerca de cincuenta y cinco personas, y cerca de cuarenta de ellos eran capaces de asistir al culto con entendimiento. Insistí en el pasaje de 1ª Juan 4.10, “En esto consiste el amor...” Ellos aparentaban intenso deseo de oír; pero nada parecía haber de notable excepto la atención que daban, hasta que estuve cerca del final de mi sermón. Entonces, la verdad divina fue acompañada por una sorprendente influencia, produciendo un notable efecto entre los indios. No más de tres, de entre esos cuarenta, lograron refrenarse de derramar lágrimas y de expresar amargos gemidos.

Todos ellos, a una, parecían haber entrado en agonía de alma en su sed por Cristo. Cuanto más yo hablaba de la compasión y el amor de Dios, el cual envió a su Hijo para sufrir por los pecados de los hombres, y cuanto más los invitaba a venir y participar de su amor; tanto más aumentaba la agonía de ellos, por sentirse incapaces de venir. Me sorprendió al percibir cómo sus corazones parecían traspasados por las tiernas y conmovedoras invitaciones del evangelio, a pesar de que ninguna palabra aterradorante se les había dicho.

Hoy, dos personas obtuvieron alivio y consuelo espiritual. Cuando fui a conversar con las ellas en particular, me parecieron sólidas, racionales y bíblicas en lo que decían. Después de haber investigado la razón del alivio recibido, habiendo dicho cosas que pensé que eran apropiadas para ellas, les pregunté qué les gustaría que Dios hiciera por ellas. Respondieron que querían que Cristo limpiara completamente sus corazones. Tan sorprendentes estaban siendo los hechos del Señor, que no soy capaz de decir de este día, ni más ni menos, sino que el brazo del Señor se estaba manifestando poderosa y maravillosamente entre los indios.

7 de agosto. Prediqué a los Indios, usando el texto de Isaías 53.3-10. La Palabra ejerció un tremendo efecto entre ellos; pero nada comparable a lo que sucediera el día anterior cuando todos los presentes habían sido afectados. Sin embargo, muchos estaban conmovidos, y otros sintieron gran aflicción a causa de sus almas. Algunos no podían ni andar ni estar de pie, sino tumbados sobre el suelo, como si sus corazones hubieran sido traspasados; rogando incesantemente por misericordia. Varios de ellos fueron despertados, y era notable que tan pronto como llegaban de algún lugar remoto, el Espíritu de Dios parecía apoderarse de ellos, dándoles preocupación por sus almas.

Terminado el culto, encontré a otras dos personas que habían recibido certeza de salvación, sobre las cuales me sentía muy esperanzado. Había una tercera persona acerca de la cual me era imposible no alimentar alguna esperanza, aunque su caso no me pareciera tan peculiar como el caso de esas dos. Así, ahora había seis personas, en su totalidad, que habían recibido alivio ante su agonía espiritual; de entre ellas cinco, cuya experiencia parecía bien clara y satisfactoria. Es digno de notar que aquellos que ahora habían recibido consuelo espiritual, de modo general habían sido profundamente sacudidos en cuanto a sus almas, cuando yo les prediqué en junio pasado.

8 de Agosto. Prediqué por la tarde para los indios, cuyo número ahora era de cerca de sesenta y cinco personas, entre hombres, mujeres y niños. Mi sermón estuvo basado sobre Lucas 14.16-23, para el cual fui favorecido por una inusual libertad espiritual. Entre los indios hubo mucho interés visible, mientras yo discursaba públicamente; pero después, cuando hablaba particularmente con uno u otro que demostraba estar bajo más fuerte impresión, fue que el poder de Dios pareció descender sobre la asamblea “como un poderoso viento impetuoso” el cual, con asombrosa energía, derribaba todo a su paso.

Me quedé admirado ante la influencia espiritual que había tomado cuenta casi totalmente de la audiencia, no pudiendo compararla con otra cosa sino con la fuerza irresistible de un poderoso torrente, de una inundación creciente, que con su insoportable peso y presión barre delante de él lo que sea que esté en su camino. Casi todas las personas, sin importar la edad, fueron involucradas, inclinándose bajo la fuerza de la convicción, y casi nadie fue capaz de soportar al impacto de aquella sorprendente operación divina. Los hombres y las mujeres mayores, que habían sido viciados en alcohol durante muchos años, y hasta algunos niños pequeños, de no más de seis o siete años, parecían estar afligidos debido al estado de sus almas; sin hablar de las

personas de mediana edad. Era evidente que aquellos niños, al menos en el caso de algunos de ellos, no estaban asustados ante el ambiente general de aprehensión, sino que estaban genuinamente sensibilizados por el peligro que corrían, con la maldad de sus corazones, con su miseria por estar privados de Cristo, como algunos de ellos llegaron a decir.

Los corazones más empedernidos ahora eran forzados a someterse. Uno de los jefes entre los indios, que hasta entonces se sentía perfectamente seguro y justo a sus propios ojos, pensando que el estado de su alma era bueno; ya que sabía más de lo que los otros indios sabían, y que con gran grado de confianza había dicho el día anterior que “había sido un cristiano desde hacía más de diez años”, ahora estaba tomado por una profunda conmoción acerca de su alma, y lloraba amargamente. Otro hombre, de edad avanzada, asesino, un *powaw* o hechicero, alcohólico muy conocido, ahora también había sido llevado a clamar con muchas lágrimas por misericordia, quejándose por no sentirse aún más preocupado, cuando veía que su peligro era tan grande.

Estaban casi todos orando y clamando por misericordia por todas partes de la casa, y hasta fuera de la casa; y numerosos de ellos no podían ni andar ni ponerse de pie. Estaban tan preocupados consigo mismos, que ninguno parecía prestar atención a lo que ocurría alrededor, sino que cada uno oraba espontáneamente en su propio favor. Me parece que se sentían tan solos como si cada uno estuviera en medio de un desierto. O mejor aún, creo que sobre nada más pensaban sino sobre sí mismos y sobre la condición de sus almas. Así, cada cual oraba aparte, aunque todos lo estaban haciendo al mismo tiempo.

Me pareció el estar teniendo cumplimiento exacto de esa profecía, el tramo de Zacarías 12.10-12, pues ahora había un gran clamor “como el llanto de Hadadrimón”, y que cada cual se lamentaba “aparte”. Pensé que la escena se asemejaba al día del poder de Dios, mencionado en Josué 10.14; porque me corresponde decir que nunca antes había visto un día como aquel, en todos los sentidos. Hoy fue un día, estoy persuadido, en que el Señor ha hecho mucho para destruir el reino de las tinieblas entre este pueblo.

¡La preocupación de ellos era extremadamente racional y justa! Aquellos que habían sido despertados hace algún tiempo, se quejaban especialmente ante la maldad de sus corazones; y aquellos cuyo despertar era reciente, hablaban de la maldad de sus vidas y acciones. Pero todos temían muchísimo la ira de Dios y que la condenación eterna fuera la parte que cabría a sus almas, a causa de sus graves pecados. Y algunas de las personas blancas que por curiosidad vinieron a “escuchar lo que diría este charlatán” a los pobres e ignorantes indios, fueron tremendamente despertados; algunos aparentemente quedaron sorprendidos por la visión de su estado de perdición.

Aquellos que últimamente habían recibido la certeza de la salvación, eran tomados por un profundo sentido de consuelo. Parecían tranquilos y bien equilibrados, regocijándose solamente en Jesucristo. Otros tomaban a sus amigos afligidos, de la mano, hablándoles de la bondad de Cristo, así como del consuelo que los penitentes pueden recibir de parte de Él; entonces les invitaban a entregar sus corazones a Jesús. Pude observar algunos de ellos, que de manera sincera y humilde, sin ninguna intención de ser notados, elevaban los ojos hacia lo alto; como clamando por misericordia al ver la agonía de las pobres almas a su alrededor.

Hoy también hubo un notable caso de despertamiento que no puedo dejar de mencionar. Una joven india que antes, creo yo, no sabía que tenía alma, y jamás pensó en tal cosa; oyendo decir que estaba sucediendo algo extraño entre los indios vino, al parecer, sólo para ver cuál era la

cuestión. En camino, ella me visitó brevemente donde yo estaba alojado; y cuando le dije que predicaría a los indios dentro de unos instantes, ella se rio, pareciendo querer burlarse. Sin embargo, fue hasta los indios.

Todavía no había avanzado mucho en mi sermón cuando ella realmente sintió que tenía un alma; y antes de que terminara, ella estaba tan convencida de su pecado y miseria, y tan afligida y preocupada por la salvación de su alma, que pareció haber sido atravesada por un dardo, pues clamaba sin parar. No podía ni caminar, ni ponerse de pie, ni sentarse en su lugar sin ser sostenida. Terminado el culto público, ella yacía en el suelo, orando fervorosamente; sin prestar atención ni dando ninguna respuesta a ninguna de las personas que le hablaban. Presté atención a lo que ella decía y noté que la carga de su oración, hecha en lengua india, era: *guttumaukalummeh weckaumek kmelck ndah*, es decir, “Ten piedad de mí, y ayúdame a darte mi corazón”. Y ella continuó orando incesantemente por muchas horas. Hoy fue, de hecho, un día de sorprendente manifestación del poder de Dios, pareciendo suficiente para convencer a un ateo sobre la verdad, la importancia y el poder de la Palabra de Dios.

9 de Agosto. Pasé casi todo el día con los indios. Al principio, hablé particularmente con muchos de ellos, sobre todo con aquellos que recientemente habían recibido la certeza de la salvación; esforzándome por averiguar sobre qué base la habían recibido, además de darles alguna instrucción, exhortación y orientación apropiadas.

Por la tarde, hablé en público a los mismos indios. Ahora estaban presentes unas setenta personas, ancianos y jóvenes. Abrí la Biblia y hablé sobre la parábola del sembrador, en Mateo 13. Pude predicar con gran claridad y más tarde descubrí que ese sermón fue muy instructivo para ellos. Mientras yo predicaba, hubo muchas lágrimas entre ellos, aunque no clamores considerables. Pero algunos se mostraron muy conmovidos ante algunas palabras dichas con base en Mateo 11.28: “Venid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar”, con lo que concluí mi discurso. Mientras yo conversaba, ya cerca de la noche, con dos o tres de las personas despertadas espiritualmente, una influencia divina pareció haber asistido de manera poderosa lo que se les decía; llevándolas a clamar de angustia, aunque yo no hubiera dicho palabra alguna amenazadora, por el contrario, les presenté la plenitud y autosuficiencia de los méritos de Cristo, así como su disposición a salvar a todos los que vinieran a Él.

El clamor de ellos no tardó en ser oído por otros que estaban esparcidos, e inmediatamente se reunieron alrededor. Entonces continué resaltando la invitación del evangelio, hasta que todos, con pocas excepciones, se deshicieron en lágrimas; demostrando gran ansiedad por obtener seguridad y apego al gran Redentor. Algunos, cuyos sentimientos comenzaron a ser despertados el día anterior, ahora presentaban corazones profundamente tocados y quebrantados; y entonces pareció que todos se conmovían como el día anterior. De hecho, hubo gran lamento entre ellos, aunque cada cual se lamentaba “aparte”. Tan grande fue la aprehensión de ellos que casi todos lloraban y clamaban por sí mismos como si nadie estuviera cerca: “*Guttumaukalummeh, guttumaukalummeh*”, es decir: “*Ten misericordia de mí, ten misericordia de mí*”. Este era el clamor general.

¡Era muy conmovedor ver a los pobres indios, los cuales en otro día aullaban y gritaban en sus fiestas idólatras y en sus diversiones de borrachera, ahora clamando a Dios con tanta importunación; pidiendo por una participación en su amado Hijo! Encontré a algunos de ellos que, según lo esperaba, se habían afirmado en las consolaciones del Señor desde la noche

anterior. Estos, junto con otros que ya habían obtenido consuelo, se regocijaron por el hecho de que Dios estaba actuando entre las otras personas con tan gran poder.

10 de Agosto. Cabalgué hasta donde estaban los indios y comencé a hablar más particularmente con aquellos que ya habían recibido consuelo y contentamiento; buscando instruirlos, orientarlos, advertirlos y consolarlos. Y otros, anhelantes por oír cada palabra relacionada con los intereses espirituales, fueron llegando, uno tras otro; entonces cuando ya había discursado a los nuevos convertidos por más de media hora, todos se mostraron muy conmovidos ante las realidades espirituales, deseando ardientemente estar con Cristo. Les hablé sobre cómo el alma regenerada, recibe perfecta pureza y pleno goce de Cristo inmediatamente después de su separación del cuerpo físico; y también que ellos serán incalculablemente más felices que durante cualquier breve período de tiempo en el que sintieron la presencia de Cristo, por medio de la oración u otros deberes espirituales.

Al abrir el camino para hablarles sobre la resurrección del cuerpo y sobre la perfecta bienaventuranza de los salvos, dije: Pero tal vez alguno de ustedes diga: “Amo mi cuerpo tanto como a mi alma, y no puedo tolerar la idea que mi el cuerpo yazca muerto, aunque mi alma esté feliz”. Pero a eso respondieron rápidamente: “*Muttoh, muttoh*”, es decir, “no, no”, antes de que yo tuviera oportunidad de proseguir con lo que quería decir acerca de la resurrección. Ellos no daban valor a sus cuerpos, mientras sus almas estuvieran con Cristo. Luego, parecían dispuestos a estar ausentes del cuerpo para estar en la presencia del Señor.

Después de pasar algún tiempo con ellos, me volví a otros indios y les hablé con base en Lucas 19.10: “Porque el Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido”. Tan pronto empecé a hablar, la ansiedad de ellos creció a tal punto que la casa quedó llena de llantos y gemidos. Cuando insistí en la compasión y el cuidado del Señor Jesucristo por los perdidos, por aquellos que están condenados y no pueden encontrar medio de escape, eso los conmovió aún más, aumentando su angustia, por no poder acercarse a un Salvador tan bondadoso.

Varios de los que antes comenzaron a ser despertados, ahora se sentían muy afligidos ante el sentido de su pecado y desgracia. Un cierto hombre en particular, que nunca había sido tocado, ahora fue llevado a sentir que “la Palabra de Dios es viva y eficaz, y más cortante que toda espada de dos filos” (Hebreos 4.12). Su corazón parecía compungido ante la angustia, y su preocupación era racional y bíblica; por cuanto dijo acerca de sí mismo que “toda la maldad de mi vida pasada está fresca delante de mi memoria, y veo todas las malas acciones que cometí anteriormente como si todo hubiera sido practicado ayer”.

Encontré a otro hombre que acababa de recibir alivio, después de pasar por una aguda aflicción. No pude dejar de regocijarme y de admirar la bondad divina, en aquello que he sido testigo hoy. Parece que cada sermón predicado redundaba en algún bien, conduciendo a algunos a un despertamiento y a otros a la salvación. Era edificante observar la conducta de los que habían sido salvos recientemente; mientras algunos estaban afligidos con temor y preocupación, los recién convertidos elevaban sus corazones a Dios intercediendo por ellos.

Día del Señor, 11 de Agosto. Prediqué antes del mediodía, usando la parábola del Hijo Pródigo, de Lucas 15. No noté un efecto tan extraordinario de la Palabra sobre los oyentes, como en los días anteriores. Un buen número de espectadores desatentos, de entre la gente blanca, estaba presente. Por la tarde, prediqué sobre una parte del sermón de Pedro, registrado en Hechos 2. Y en el cierre de mi sermón para los indios me dirigí a los blancos, y la verdad divina pareció ser

entregada con poder tanto para los ingleses como para los indios. Varios de los paganos blancos fueron espiritualmente despertados y no podían portarse como espectadores indiferentes, pues descubrieron que tenían almas, así como los indios, para ser salvados o perderse. Gran interés cayó sobre la asamblea entera, de modo que éste también pareció ser un día del poder de Dios, especialmente al final del mensaje; aunque la influencia ejercida por la Palabra aparentemente no era tan poderosa como algunos días antes.

El número de indios, viejos y jóvenes, ahora subía a más de setenta; uno o dos de ellos despertaron espiritualmente hoy; aunque nunca se habían preocupado por sus almas. Aquellos que ya habían obtenido alivio y consuelo y estaban dando evidencias de haber experimentado una transformación salvadora; parecían comportarse de manera humilde y devota, de forma conveniente y cristiana. Me sentía reanimado al ver la sensibilidad de conciencia que algunos de ellos manifestaban. Hay un caso que no puedo dejar de destacar. Percibiendo a una india muy triste por la mañana, le pregunté qué le estaba entristeciendo; descubrí que la dificultad era que ella se había enfadado con su hijo la noche anterior, y ahora estaba tomada por el temor de que su ira hubiera sido desordenada y pecaminosa. Eso la dejó de tal modo triste que antes del amanecer se había despertado sollozando, y continuaron llorando durante varias horas juntos.

14 de Agosto. Pasé el día en compañía de los indios. Había uno de ellos que hacía algún tiempo había expulsado a su esposa, como es común entre ellos, y había tomado otra mujer. Pero ahora, impresionado seriamente por la Palabra, se preocupaba mucho sobre esta cuestión en particular, pareciendo plenamente convencido de la maldad de esa práctica; estando sinceramente deseoso de saber lo que Dios quería que hiciera en su actual circunstancia. Cuando la ley de Dios sobre el matrimonio fue explicada, y examinada la causa por la cual él había expulsado a su esposa, no habiendo motivo justo para ello pues ella nunca le había sido infiel; y estando ella dispuesta a perdonarlo y a vivir pacíficamente con él en el futuro, ya que todavía insistía en tener derecho a vivir con él, entonces afirmamos que era su deber renunciar a la mujer que había tomado y recibir de vuelta a la primera, que era su legítima esposa; y convivir pacíficamente con ella por el resto de la vida. Él accedió pronta y alegremente. Renunció públicamente a la mujer que había tomado, prometiendo vivir con su esposa y ser bondadoso con ella por el resto de su vida; ella también le prometió la misma cosa. En eso todos vieron una demostración clara del poder de la Palabra de Dios sobre los corazones de los indios. Supongo que pocas semanas antes, ni el mundo entero podría haber persuadido a aquel hombre a admitir la regla cristiana en este caso.

Yo temía que ese modo de proceder fuera como poner “vino nuevo en odres viejos”, y que algunos indios pasarían a mostrar prejuicios contra el cristianismo, al percibir sus demandas sobre sus vidas. Pero ya que el hombre estaba muy ansioso por resolver la cuestión, no fue posible posponer la solución del caso. Esto pareció ejercer un buen, y no un mal efecto sobre los indios; los cuales en general reconocieron que las leyes de Cristo acerca del matrimonio son buenas y justas. Por la tarde, prediqué sobre el discurso de Pedro en la casa de Cornelio, en Hechos 10.34. Al parecer, sus corazones se tornaron afectuosos sobre esta cuestión, aunque no con la misma intensidad vista en los días anteriores. Ellos continuaron asistiendo y escuchando la predicación como si de ello dependieran sus vidas, y la obra del Señor parecía todavía ser promovida y propagada entre ellos.

16 de Agosto. Pasé bastante tiempo en diálogo con los indios. Una de las indias había recibido la certeza de la salvación después de haber sufrido gran preocupación; y cuando conversé con ella en particular, no podía dejar de creer que realmente se había convertido. Por la tarde les prediqué a ellos sobre Juan 6.26-34. Al final del sermón, la Palabra se hizo sentir con

considerable poder sobre la audiencia, y más especialmente después del culto, cuando me dirigí a diversas personas afligidas.

Había una gran preocupación con sus almas entre los indios, en especial con dos personas recién despertadas sobre su pecado y miseria. Una de ellas llegó entre nosotros hace poco tiempo, y la otra por algún tiempo se ha mostrado muy atenta y deseosa de despertar; aunque nunca había percibido vívidamente su estado de perdición. Pero ahora su preocupación y aflicción espirituales eran tales que pensé que nunca había visto un caso tan apremiante.

Algunos hombres ancianos también se afligían por sus almas, a tal punto que no conseguían retener el llanto en voz alta, y sus gemidos punzantes servían de prueba convincente de la realidad y profundidad de su angustia interior. Dios está operando poderosamente entre los indios. Las convicciones verdaderas y genuinas de pecado vienen a la luz diariamente; y de vez en cuando hay nuevos casos de despertamiento. Algunos pocos, que sintieron algún disturbio en sus emociones en días pasados, parecen estar ahora descubriendo que sus corazones jamás fueron debidamente tocados.

Nunca antes había visto la acción divina manifestarse de forma tan independiente de “medios” como en esa oportunidad. Dirigí la palabra al pueblo, hablando lo que suponía que era apropiado para promover la convicción de pecado; pero la manera de Dios de actuar sobre ellos me pareció algo tan sobrenatural y desligado de instrumentos humanos, que casi no podía creer que Él me estaba usando como instrumento; o que aquello que yo estaba diciendo servía de medio para la realización de la obra divina. Pues, según pensé, parecía no haber ninguna conexión o dependencia de medios, en ningún sentido. Aunque yo no podía evitar el uso de medios que creía que eran apropiados para la promoción de la obra, sin embargo, según me di cuenta, Dios parecía actuar enteramente aparte de cualquier medio. Parecía que yo no necesitaba hacer nada, sino “estar quieto y ver la salvación de Dios”. Así me vi forzado, y deleitado, en decir: “No a nosotros”, como instrumentos y medios, “sino a tu nombre da gloria” (Salmo 115.1). Dios parecía obrar completamente solo, y yo no podía encontrar espacio para atribuir cualquier aspecto de la obra a la actuación de meras criaturas.

17 de Agosto. Pasé bastante tiempo conversando con los indios. Encontré a uno de ellos que hacía poco que había recibido la certeza de la salvación, después de un largo período de tribulación y aflicción espiritual. Él había sido mi oyente durante más de un año en Forks of Delaware, pero ahora me siguió hasta aquí por estar tan preocupado por el bienestar de su alma. Y yo tenía razones abundantes para creer que su certeza de salvación estaba bien fundamentada, procediendo realmente de lo alto.

Día del Señor, 18 de agosto. Prediqué antes del mediodía a una asamblea mixta de blancos, de diversas denominaciones evangélicas. Después prediqué a los indios, con base en Juan 6.35-40. Entre ellos era visible que el Espíritu actuaba, aunque no con la misma intensidad tan frecuente de los últimos días.

19 de Agosto. Prediqué sobre Isaías 55.1, que dice: “A todos los sedientos: Venid a las aguas...” La verdad divina se hizo acompañar por poder sobre los que habían recibido la certeza de la salvación, y también sobre otros. Los primeros se emocionaron tiernamente y se refrescaron ante las invitaciones divinas; y los últimos, mucho sintieron por sus almas, deseando participar de las gloriosas provisiones del evangelio expuestas ante ellos. También había un buen número de pobres almas impotentes que esperaban “al borde del estanque” por su curación; y como en

otras ocasiones recientes, el ángel pareció haber venido a agitar las aguas, de tal manera que aún hubo una deseable y consoladora expectativa de recuperación espiritual por parte de pecadores que perecían.

24 de Agosto. Pasé la mañana conversando con algunos de los indios en lo tocante a la ordenanza del bautismo. Cuando hube presentado la naturaleza de la ordenanza, las obligaciones que iban con ella, el deber de dedicarse a Dios y el privilegio de estar en alianza con Él; varios de ellos parecieron estar llenos de amor a Dios, deleitados ante la idea de dedicarse a Él; emocionados y refrigerados ante la esperanza de gozar de compañerismo con el bendito Redentor. Después, prediqué públicamente, basado en 1ª Tesalonicenses 4.13-17. Hubo una solemne atención por parte de ellos, algunos visiblemente emocionados durante el culto; esto se intensificó más tarde, cuando se les hicieron nuevas exhortaciones para que vinieran a Cristo, dándole sus vidas, para que estuvieran preparados para “ascender y encontrarse con él en el aire”, cuando Él “con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo”.

Llegaron recientemente algunos indios que se juzgaban en buenas condiciones espirituales, y satisfechos consigo mismos por haber vivido con personas blancas, recibiendo alguna luz del evangelio, habiendo aprendido a leer y a mostrarse civilizados; aunque desconociesen por completo sus propios corazones y fuesen totalmente ajenos al poder de la religión.

Pude conversar particularmente con ellos, terminado el culto, y me sorprendió notar su disposición de exhibir justicia propia, su fuerte apego al pacto de las obras, y el alto valor que ponen en sus supuestos logros. No obstante, tras mucho diálogo, uno de ellos pareció hasta cierto punto convencido de que “por las obras de la ley ninguno será justificado”. Entonces lloró amargamente, indagando “qué debía hacer para ser salvo”.

Esto fue muy reconfortante para otros indios que ganaron algún conocimiento práctico de sus propios corazones. Estos se habían entristecido anteriormente ante las palabras y la conducta de aquellos recién llegados, quienes se jactaban de su conocimiento juzgándose en buena situación espiritual; pero que ahora tornaban evidente a cualquiera que hubiera experimentado la gracia divina, que en verdad nada conocían sobre la maldad de sus propios corazones.

Día del Señor, 25 de agosto. Antes del mediodía, prediqué basado en Lucas 15.3-7. Había una multitud de personas blancas presentes, y al final de mi sermón dirigido a los indios, me dirigí a aquellos. Pero ni siquiera conseguí mantenerlos en buen orden, pues decenas de ellos continuaban caminando alrededor, mirando hacia todo; comportándose de la manera más indecente de lo que yo hubiera visto entre los indios a los cuales me haya dirigido alguna vez. Al ver la conducta tan abusiva de ellos, mi espíritu se hundió y casi no conseguí proseguir en mi trabajo.

Después bauticé a veinticinco personas de los indios, quince adultos y diez niños. De la mayoría de los adultos tengo motivos para esperar que son personas renovadas. Solo en el caso de dos o tres me pareció más lleno de dudas. Después que la multitud de espectadores se dispersó, convoqué a los bautizados y hablé con ellos en particular y, al mismo tiempo, invité a otros indios a asistir. Les recordé que ahora estaban bajo la solemne obligación de vivir para Dios. También les advertí sobre los males y las temibles consecuencias de una conducta descuidada, sobre todo después de haber hecho profesión de fe en Cristo; les ofrecí orientaciones para su

conducta futura y les alenté a la vigilancia y la devoción, exponiendo ante ellos el consuelo y la feliz conclusión de la vida cristiana piadosa.

Realmente fue un período agradable y dulce. Sus corazones estaban muy animados y comprometidos en la realización de sus deberes; se regocijaron en el hecho de que en una ceremonia pública y solemne se habían dedicado a Dios. ¡El amor parecía reinar entre ellos! Se tomaron de las manos con ternura y afecto, como si sus corazones fueran fusionados unos a otros, mientras yo les dirigía la Palabra de Dios. El comportamiento de ellos, unos para con los otros, era tal que cualquier espectador serio se sentiría impelido a clamar, de pura admiración: “Mirad como se aman los unos a los otros”. Muchos otros indios al contemplar y oír estas cosas quedaron muy afectados, llorando mucho, anhelando por participar de la misma alegría y consuelo que aquellos indios habían descubierto, conforme se reflejaba en sus rostros y en toda su conducta. Aquella noche regresé a mi alojamiento bendiciendo al Señor por su misericordiosa visitación a los indios, y por las cosas que había visto ocurrir entre ellos, que eran un refrigerio para el alma; y orando para que Dios quisiera seguir realizando su obra divina entre ellos.

26 de Agosto. Utilizando Juan 6.51-55, prediqué a mi gente. Después de hablar por algún tiempo, me dirigí específicamente a aquellos que tenían esperanza de haber pasado de muerte a la vida. Aclaré sobre la naturaleza duradera del consuelo que Cristo concede a su pueblo, lo que, como creo, Él había proporcionado a algunos en aquella asamblea. Les mostré que estos ya poseían las primicias de esa vida eterna y que su cielo se completaría en breve.

Ni bien comencé mi discurso sobre esta cuestión, he aquí que mis queridos creyentes comenzaron a emocionarse mucho, deseando disfrutar de Cristo y de un estado de perfecta pureza. Ellos lloraban afectuosamente, pero con alegría; sus lágrimas y sollozos mostraban lo quebrantados que estaban en el corazón, pero todo debidamente acompañado por real consuelo y dulzura de sentimientos. Fue una reunión tierna, afectuosa, humilde y agradable; pareciendo un fruto genuino del espíritu de adopción, muy distante de aquel espíritu de esclavitud bajo el cual vivían hasta no hace mucho tiempo. Parece que una influencia benéfica se propagó, a partir de estos, por toda la asamblea reunida; y pronto se manifestaron fuertes sentimientos entre ellos. Muchos de ellos, que aún no habían hallado a Cristo como su todo-suficiente Salvador, para mi sorpresa, comenzaron a buscarlo activamente. Era una congregación amable y muy atenta. Ahora, el número de indios era de cerca de noventa y cinco, incluyendo personas de edad y jóvenes, casi todos tomados por la alegría en Cristo Jesús; o bien resueltos a obtener unión espiritual con Él.

Estaba convencido de que era mi deber volver a los indios del río Susquehannah, pues era una estación propicia del año para encontrarlos en sus cabañas. Después de pasar unas horas predicando y en conversación privada con mis indios, les dije que yo necesitaba apartarme de ellos por algún tiempo, para dirigirme a sus hermanos que vivían en lugares lejanos; a fin de predicar para ellos. También manifesté que deseaba que el Espíritu de Dios fuese conmigo, pues sin Él nada podría ser hecho de bueno entre los indios -porque ellos mismos habían tenido oportunidad de ver y observar, mediante la esterilidad de algunas de nuestras reuniones, cuando mucho nos esforzamos por lograr afectar y despertar a los pecadores, pero con tan poco éxito.

Les pregunté si estaban dispuestos a pasar el resto del día en oración por mí, para que Dios fuera conmigo, dando éxito en mis esfuerzos tendientes a la conversión de aquellas pobres almas. Concordaron alegremente con mi petición, y poco después los dejé cuando el sol ya había

surgido en el horizonte cerca de hora y media. Ellos continuaron orando hasta bien después del crepúsculo, sin jamás perder la fe; según después me dijeron, pues cuando salieron afuera vieron las estrellas, y también que la estrella de la mañana ya iba muy alta, lo que significa que de la hora normal de acostarse ya había pasado mucho tiempo. Así, intensos e incansables, se mostraban los indios en sus devociones. Ésa fue una noche memorable. Conforme me dijo mi intérprete, hubo una poderosa influencia divina sobre aquellos que estaban favorablemente impresionados, y sobre aquellos que ya habían recibido la certeza de la salvación. Del mismo modo, hoy aparecieron dos almas afligidas que llegaron a recibir descanso de parte de Aquel que da alivio a los sobrecargados. Fue hoy también notable que un anciano indio, idólatra durante toda su vida, resolviera entregar su traqueteo (cascabel) -instrumento usado para hacer música en fiestas y danzas idólatras- a otros indios, los cuales rápidamente lo destruyeron.

Esto fue hecho sin ninguna intervención de mi parte, porque yo no dije nada al indio sobre el instrumento; por lo que parece, todo debe ser atribuido al poder de Dios, sin ninguna palabra mía sobre ese pecado que pudiera producir tal efecto. Así como Dios dio inicio a la obra de su gracia entre los indios, Él la estaba completando. Que toda la gloria sea atribuida a Aquel que es el único autor de ello.

Al día siguiente, Brainerd emprendió un viaje hacia Forks of Delaware, con el propósito de ir de allí a Susquehannah antes de retornar a Crossweeksung. Pasaron cinco días desde su partida de Crossweeksung, antes de llegar a Forks, dando la vuelta por el camino de Filadelfia, y esperando al gobernador de Pensilvania para que le recomendara a los jefes de los indios. [Jonathan Edwards].

Forks of Delaware, Pensilvania, Septiembre de 1745

Día del Señor, 1 de septiembre. Prediqué a los indios, basado en Lucas 11.16-23. Al parecer, la Palabra fue acompañada por algún poder espiritual, haciendo que algunas lágrimas sean derramadas por los presentes. Después, prediqué a algunas personas blancas y pude notar que muchos tenían ojos llorosos; entre estos, algunos que tal vez antes se habían mostrado tan descuidados y descomprometidos sobre asuntos religiosos como los indios. Ya casi al anochecer, prediqué nuevamente a los indios, y percibí entre ellos gran atención y más interés visible de lo que yo solía ver en esta región.

5 de septiembre. Prediqué sobre la parábola del sembrador. Después conversé en particular con algunas personas, eso las hizo derramar lágrimas, llorando con evidente sentimiento; y otras fueron asaltadas por la sorpresa y el temor. No dudo que el poder divino acompañó lo que dije. Varios de ellos me habían escuchado en Crossweeksung donde vieron, y algunos tal vez sintieron, el poder de la Palabra de Dios.

Le pregunté a uno de ellos, que ya había recibido la certeza de la salvación y ahora daba pruebas de conversión auténtica: ¿Por qué lloraste? Él respondió: “Cuando pensé en que Cristo fue muerto como un cordero, derramando su sangre por los pecadores, no pude evitar las lágrimas”. Entonces estalló de nuevo en llantos y gemidos. Indagué a su esposa, que también había recibido la certeza de salvación, por qué había llorado. Ella me respondió que se entristecía porque los indios de esta región no querían venir a Cristo así como los de Crossweeksung. Le

pregunté si le gustaría orar por ellos, y si Cristo parecía estar cerca de ella últimamente en la oración, tal como en tiempos pasados; lo que normalmente es mi manera de expresar el sentido de la presencia divina. Ella respondió: “Sí, Él ha estado cerca de mí. A veces, cuando he estado orando sola, mi corazón me impulsaba a orar de tal manera que no conseguía apartarme del lugar, y prefería quedarme y seguir orando”.

Día del Señor, 8 de septiembre. Prediqué a los indios por la tarde, basado en Hechos 2.36-39. Había momentos en que la Palabra de Dios parecía caer con peso e influencia sobre los oyentes. Había pocas personas presentes, pero casi todas lloraban, y algunas clamaban a Dios pidiendo misericordia por sus almas. Uno de los hombres parecía especialmente afligido, aunque nunca antes había sentido ningún interés por las realidades del alma. Hubo una obra notable del Espíritu Santo entre todos, similar a lo que sucedió últimamente en Crossweeksung. Era como si la influencia divina hubiera venido de aquel lugar para éste, aunque algo así ya había ocurrido aquí con el despertar de mi intérprete, de su esposa, y de algunos otros indios.

Varios, de entre los descuidados blancos presentes, fueron despertados; o al menos quedaron sorprendidos al contemplar el poder de Dios tan prevalente entre los indios. Aprovechando la oportunidad, me dirigí específicamente a los blancos, lo que pareció causarles cierta impresión, despertándoles algunos sentimientos.

En esta región, hay indios que siempre se negaron a oírme predicar, y se enojaban contra aquellos que frecuentaban las reuniones. Últimamente, sin embargo, se han mostrado más amargos que nunca, burlándose del cristianismo; y a veces indagando de mis oyentes: “¿Cuántas veces ustedes lloraron?” o “¿Ya lloraron lo suficiente para cumplir su turno?” Así, los fieles ya experimentaron la prueba de crueles burlas.

Por la noche, Dios tuvo a bien ayudarme en la oración y me dio acceso al Trono de la gracia. Mi alma estaba tan inmersa en este dulce ejercicio, que pase una hora en él y no sabía cómo dejar el propiciatorio. ¡Oh, que delicioso es orar y clamar a Dios! Vi que Dios podía y estaba dispuesto a hacer todo lo que deseaba para mí, para mis amigos, y para su Iglesia en general. Después, cuando me iba a la cama, Dios me ayudó a renovar mis peticiones con ardor y libertad. ¡Oh, fue para mí una noche de oración bendita! ¡Bendice alma mía, al Señor!

9 de septiembre. Dejé a los indios de Forks of Delaware y partí hacia el río Susquehanna, dirigiendo mis pasos a la gran aldea india que se encuentra a más de 120 millas hacia el oeste de Forks of Delaware.

Shaumoking, Setiembre de 1745.

13 de septiembre. Después de haber dormido a la intemperie tres noches, llegué a mi destino, a la aldea india a orillas del río Susquehanna, llamada Shaumoking (el mayor de todos los lugares que había visitado en mayo pasado). Fui bondadosamente recibido y hospedado por los indios; pero tuve poca satisfacción por la danza pagana y el festín que ellos efectuaron en la casa donde había sido obligado a hospedarme. No pude detenerlos, aunque por varias veces les había exhortado a desistir por el bien de uno de sus propios amigos, que estaba enfermo en la casa; y cuyo malestar estaba muy agravado por el ruido. Desgraciadamente, ¡cuán desposeídos de afecto natural son aquellos pobres e incivilizados paganos! Aunque, en otras ocasiones se muestran bondadosos a su manera. En realidad, los antros oscuros de la tierra están llenos de habitaciones de crueldad.

Esta aldea, como anoté en mi diario en mayo pasado, está en parte a la orilla oriental del río y en parte a la otra orilla, y otra parte en la gran isla, conteniendo más de cincuenta casas, con casi trescientos habitantes; aunque nunca había visto más que la mitad de ellos. Es parte de tres tribus indígenas diferentes y hablan tres idiomas totalmente ininteligibles entre sí. Cerca de la mitad de ellos pertenece a la tribu de los Delawares; los demás pertenecen a las tribus de los Senakas y de los Tutelas. Son considerados los más alcohólicos, maléficos y bandidos que hay en esta región; Satanás parece tener su trono en esta aldea de manera notoria.

14 de septiembre. Visité al jefe de los indios Delawares (que se suponía estaba al borde de la muerte cuando estuve aquí en mayo pasado, pero que ahora estaba recuperado). Hablé con él y con otros acerca del cristianismo durante toda la tarde, y tuve más aliento sobre el trabajo entre ellos de lo que esperaba. El jefe pareció bondadosamente dispuesto, abierto para recibir instrucción. Esto me animó sobre la perspectiva de que Dios abriría una puerta efectiva para mi predicación del evangelio aquí. Esto fue un refrigerio para mí en el desierto, me sirvió de confort, dándome consuelo y satisfacción en medio de mis circunstancias de soledad.

Día del Señor, 15 de septiembre. Visité nuevamente al jefe de los indios Delawares, y fui gentilmente recibido. Prediqué a los indios por la tarde. Continuaba abrigando esperanzas de que Dios abriera sus corazones para recibir el evangelio, aunque muchos estaban tan embriagados, día tras día, que no conseguía una oportunidad para dirigirles la Palabra de Dios. Cuando ya anocheció, conversé con uno de ellos que conocía los idiomas de las Seis Naciones (como esas tribus son conocidas). Este hombre, según descubrí, se inclinaba a oír el cristianismo; lo que me dio alguna esperanza de que el evangelio, en adelante, fuera llevado a tribus en lugares aún más distantes.

16 de septiembre. Pasé la mañana esforzándome por instruirlos de casa en casa, procurando hacerles amigables con el cristianismo; tanto como estaba a mi alcance. Ya cerca de la noche, me dirigí a cierta parte de la aldea donde los indios estaban sobrios; conseguí reunir cerca de cincuenta de ellos y les anuncié el evangelio, habiendo primero obtenido el cordial consentimiento del jefe indio. He notado una sorprendente atención, y han manifestado el considerable deseo de seguir recibiendo instrucción. También parece que dos o tres manifestaron cierta preocupación por sus almas, los cuales también parecieron satisfechos con una conversación particular, después de haber concluido mi sermón.

Mucho me animé con el rumbo que las cosas estaban tomando, y no pude hacer otra cosa al volver a mi pobre y duro alojamiento, sin otra compañía más allá de mi intérprete, sino regocijarme en la esperanza de que Dios resolviera establecer aquí su reino; donde hasta ahora Satanás reina de la manera más clara posible. Percibí gran libertad de espíritu al dirigirme al Trono de gracia, rogando por la realización de una obra tan grande y gloriosa.

17 de septiembre. Pasé la mañana visitando a los indios y hablándoles sobre el evangelio. Alrededor del mediodía partí de Shaumoking (la mayoría de los indios había salido de la aldea para cazar), y viajé río abajo hacia el suroeste.

Juneauta, septiembre 1745

19 de septiembre. Visité una aldea indígena de nombre Juneauta, situada en una de las islas del río Susquehannah. Me quedé muy desanimado ante el temperamento y la conducta de los indios

de allí; aunque parecieron amigables cuando estuve con ellos en la primavera anterior, y ello me animó a volver a verlos. Pero ahora parecían resueltos a retener sus nociones paganas, y a persistir en sus prácticas idólatras.

20 de septiembre. Visité de nuevo a los indios de la isla de Juneauta y los encontré casi todos muy ocupados en preparativos para un gran sacrificio con danzas. No he podido reunirlos para hablarles sobre el cristianismo, por estar muy ocupados con sus sacrificios. Mi espíritu estaba muy hundido ante tan desalentadora perspectiva, sobre todo porque hoy solamente tenía como intérprete a un pagano, tan idólatra como los demás. Yo estaba bajo la peor desventaja imaginable. He intentado conversar con algunos de ellos sin ningún signo de éxito; sin embargo, me detuve entre ellos por algún tiempo.

Al atardecer, se reunieron casi cien de ellos y bailaron alrededor de un gran fuego; habiendo preparado diez venados cebados para el sacrificio. Mientras bailaban, quemaron la grasa de los animales, lo que a veces hacía a las llamas elevarse a prodigiosa altura; y al mismo tiempo, aullaban y gritaban de tal manera que fácilmente se oía a dos millas de distancia. La danza sacrificial prosiguió por casi toda la noche; entonces comieron la carne de los animales sacrificados, y cada uno se retiró a su propio alojamiento.

Yo disfruté de poca satisfacción pues era el único creyente en la isla, en medio de un festín idólatra. Habiendo caminado de un lado hacia el otro hasta que mi cuerpo y mi mente estaban muy oprimidos, finalmente me eché en un camastro de paja de maíz, y me quedé dormido.

Día del Señor, 21 de septiembre. Pasé el día en la isla. Una vez que los indios despertaron, me esforcé en reunirlos para instrucción. Pero pronto descubrí que tenían otra cosa que hacer, pues cerca del mediodía reunieron a todos sus *powaws* o hechiceros y, cerca de media docena de ellos, al iniciar sus rituales empezaron a actuar con sus trucos y posturas frenéticas, a fin de descubrir por qué gozaban de tan poca salud en la isla; pues varios se sentían enfermos con fiebre y flujo de sangre.

En ese ejercicio se ocuparon por varias horas, haciendo todos los movimientos exagerados que puedan ser imaginados. Algunas veces cantando, otras veces gritando, u otras veces extendiendo los brazos al máximo de su alcance; separando bien los dedos, pareciendo empujar con ellos algo, como si intentaran alejar algo, o al menos mantenerlo a distancia. Otras veces acariciando sus caras con sus manos, y luego rociando con la boca agua fina como niebla. O se sentaban e inclinaban la cabeza hasta que tocara en el suelo, contorneando los lados del cuerpo como si estuvieran en dolores y angustia, haciendo muecas, revirando los ojos, gruñendo, resoplando, etc.

Sus posturas monstruosas tendían a provocar ideas de horror, pareciendo haber algo en ellos peculiarmente apropiado para evocar a los demonios; si éstos pudieran ser evocados por cualquier cosa extraña, absurda y aterradora. Observé que algunos de ellos eran mucho más fervorosos y devotos en lo que hacían que los demás, pareciendo entonar, aullar o susurrar con gran ardor e intensidad; como si estuvieran resueltos a despertar y atraer a los poderes inferiores.

Yo estaba sentado a poca distancia, no más de diez metros de ellos, aunque sin ser notado; con la Biblia en la mano, resuelto si fuese posible a estropear su deporte, impidiendo que recibieran cualquier respuesta venida del mundo infernal; desde allí contemplaba la escena entera. Continuaron en la práctica de sus encantamientos y sus odiosos encantos por más de tres horas,

hasta quedar todos exhaustos, aunque hubo algunos momentos de descanso; y finalmente se dispersaron sin haber recibido ninguna respuesta, como pude entender.

Después de toda aquella conjuración, intenté conversar con ellos acerca del cristianismo; pero pronto se dispersaron no dando ninguna oportunidad. Al recordar estas cosas, estando yo totalmente solo en el bosque, desprovisto de la sociedad y de la compañía de cualquier persona que al menos se llamara cristiana, mi espíritu se abatió; mi mente entró en un estado de profunda melancolía, casi arrancando de mí toda resolución y esperanza acerca de nuevos intentos de propagar el evangelio, y de convertir a los paganos. Fue el más opresivo y desagradable domingo que he pasado.

Pero digo con certeza, nada me sacudió y afligió tanto como la pérdida de mi esperanza acerca de la conversión de aquellos indios. Esta preocupación me pareció tan intensa, y ser de mi total responsabilidad, que era como si yo no tuviera más nada que hacer en la tierra si esto fallara. Cualquier perspectiva de mayor éxito en la conversión y salvación de almas bajo la luz del evangelio, poco o nada habría logrado hacer para compensar la pérdida de mis esperanzas al respecto; mi espíritu estaba ahora tan decaído y afligido que no me quedaban ni coraje ni fuerzas para hacer cualquier nuevo intento de evangelizarlos; y no veía la posibilidad de recuperar mi esperanza, determinación y coraje, aunque me esforzaba mucho.

Muchos de los indios de esta isla pueden entender bastante bien la lengua inglesa; porque antes habían vivido en ciertas regiones de Maryland, entre o cerca de personas blancas; pero son muy viciados en el alcohol, peligrosos y profanos; aunque no tan salvajes como aquellos que poseen menos conocimiento del inglés. Sus costumbres difieren en varios puntos de las costumbres de otros indios de este río. No sepultan a sus muertos a la manera usual, pero dejan que sus carnes se consuman sobre el suelo, en armazones hechos de varas para ese propósito. Después de un año, o más, cuando la carne de un cadáver ya se consumió toda, ellos toman los huesos y, después de lavarlos y rasparlos, los sepultan con ceremonia. Sus métodos de encantamiento o conjuración sobre los enfermos también parecen un tanto diferentes a los de otros indios, aunque, en el fondo, signifiquen lo mismo. El cuadro que prevalece entre estos y otros indios parece ser una imitación de lo que fue expresado por Naamán, en 2ª Reyes 5.11, como la costumbre de los antiguos paganos. Parece también consistir en “golpear las manos sobre los enfermos”, “acariciarlos repetidamente” e “invocar a sus dioses”; excepto sólo que los indios soplan agua por la boca como si fuera una niebla fina, y poseen algunas ceremonias frenéticas, comunes a otras conjuraciones ya mencionadas.

Cuando estuve en esta región, en mayo pasado, pude conocer muchas de las nociones y costumbres de los indios, y observé un buen número de sus prácticas. Entonces viajé 130 millas a lo largo del río, hasta los asentamientos de ocupación inglesa. En ese viaje, tuve contacto con personas de siete u ocho tribus distintas, que hablaban diferentes idiomas.

Pero de todas las escenas que he visto entre ellos, o incluso en cualquier otro lugar, ninguna me pareció tan espeluznante, o tan similar a lo que usualmente se imagina como propio de los poderes infernales; nada excitó tantas imágenes de terror en mi mente como la apariencia de uno de ellos, que era un reformador devoto y celoso, o mejor dicho, un restaurador de lo que él suponía ser la antigua religión de los indios. Él hizo su aparición con sus vestiduras pontificias, una capa de piel de oso, que descendía hasta sus tobillos, un par de medias largas de piel de oso y una gran máscara de madera pintada, mitad negra y la otra mitad del color de la tez de un indio, con una boca extravagante, cortada muy torcida. Esta cara estaba cosida a una capucha de

piel de oso, que él usaba sobre la cabeza. Él avanzó en mi dirección con un instrumento en la mano, el cual usaba para hacer música en su adoración idólatra. Era un caparazón seco de tortuga, con algunos granos de maíz en el interior. En la parte del cuello había una pieza de madera, que servía de cabo. Mientras avanzaba, hacía que su sonajero marcara el ritmo, y danzaba con todas sus fuerzas; sin permitir que cualquier parte de su cuerpo fuera vista, ni siquiera sus dedos. Nadie podría imaginar, sobre la base de su apariencia o sus acciones, que fuera una criatura humana.

Cuando llegó cerca de mí, no pude evitar retroceder delante de él, aunque fuera pleno mediodía y yo supiera quién era; su apariencia y sus gestos eran prodigiosamente espeluznantes. Él tenía una casa consagrada a usos religiosos, con diversas imágenes esparcidas en su interior. Entré allí y vi que el suelo al golpearlo era casi tan duro como la roca, porque era donde los indios bailaban con frecuencia.

Hablé con él acerca del cristianismo. Él pareció apreciar parte de mi discurso, pero otra parte le disgustó en extremo. Me dijo que “Dios” le había enseñado su religión y que jamás la abandonaría; antes, quería encontrar quien se asociara a él de todo corazón en esa religión; porque los indios, según él dijo, se habían vuelto muy degenerados y corruptos. Me contó que estaba pensando en dejar a todos sus amigos a fin de viajar lejos, en el intento de encontrar algunos que se asociaran a él, pues creía que “Dios” tenía algunas personas buenas, en algún lugar, que sentían lo mismo que él. No siempre se sentía como se sentía ahora, dijo, pero anteriormente fue como el resto de los indios; hasta cerca de cuatro o cinco años atrás. En aquel tiempo su corazón estaba muy afligido, de tal modo que no podía seguir viviendo entre los indios, entonces se retiró al bosque, viviendo solo por algunos meses. Finalmente, dijo, “Dios” consoló su corazón mostrándole lo que debía hacer. Desde entonces él conocía a “Dios” y buscaba servirle. Amaba a todos los hombres, fueran ellos quienes fueran, como nunca lo había hecho antes. Él me trató de forma muy cortés, pareciendo sincero en lo que hacía. Otros indios me informaron que él se oponía al alcoholismo de ellos, con todas sus fuerzas, diciéndoles que si no podía disuadirlos de ello con todos sus argumentos, él los dejaría para ir a llorar en el bosque. Era claro que él tenía una serie de nociones religiosas que había examinado personalmente, y que no fueron aceptadas automáticamente sobre la base de meras tradiciones. Aceptaba o repelía cualquier cosa de naturaleza religiosa que se le decía, conforme a lo que concordaba o discrepaba de su propio patrón. Mientras yo hablaba, él algunas veces interrumpía: “Bien, eso me gusta, 'Dios' me enseñó así”. Algunos de sus sentimientos parecían perfectamente justos. Sin embargo, él negaba enfáticamente la existencia del diablo, afirmando que tal criatura no era conocida entre los indios antiguos, cuya religión él suponía estar buscando revivir. También me dijo que las almas de los muertos van en dirección al sur, siendo que la diferencia entre los buenos y los malos es que los buenos son admitidos en una ciudad con hermosas murallas espirituales, y los malvados se quedan para siempre flotando alrededor de esas murallas, en el intento vano de conseguir entrar. Él parecía sincero, honesto y consciente a su manera de acuerdo con sus nociones religiosas personales. Esto era más de lo que yo había visto en cualquier otro pagano. Percibí que él era mirado con sospecha, y escarnecido por los otros indios como un zelote fanático; que estaba peleando en vano por motivos religiosos. Pero, soy forzado a reconocer que había algo, en su temperamento y disposición, que se parecía más a una religión racional que cualquier otra cosa que haya observado entre otros paganos.

Desgraciadamente, sin embargo, cuán deplorable es el estado de los indios que viven a lo largo de este río. La breve exposición aquí hecha, sobre las nociones y costumbres de los indios, es suficiente para mostrar que ellos son “llevados cautivos por Satanás para cumplir su voluntad”,

de la manera más intensa. Creo que esto también es suficiente para despertar la compasión de los hijos de Dios, llevándolos a orar por estos semejantes; los cuales están “sentados en región de sombra de muerte”.

22 de septiembre. He hecho algunos intentos para instruir y cristianizar a los indios que viven en esta isla, pero fue todo en vano. Viven tan cerca de los blancos que están siempre rodeados de bebida alcohólica, así como de malos ejemplos de cristianos nominales. Esto dificulta enormemente hablar con ellos acerca del cristianismo.

Al día siguiente, Brainerd abandonó a los indios para regresar a Forks of Delaware, en un estado de cuerpo muy débil y con un estado mental de abatimiento; lo que continuó durante los dos primeros días de su viaje. [Jonathan Edwards]

Forks of Delaware, octubre de 1745

1 de octubre. Prediqué a los indios de este lugar, pasando algún tiempo en conversación privada con ellos acerca de los intereses de sus almas, y después, los invité a acompañarme hasta Crossweeksung; o si no me pudieran acompañar, que fuesen entonces hasta lo más cerca posible; varios de ellos aceptaron alegremente la invitación.

Crossweeksung, Octubre 1745

5 de octubre. Prediqué a mi gente con base en Juan 14.1-6. La presencia divina parecía estar en la asamblea. Varias personas se emocionaron con la verdad divina, que sirvió de consuelo especialmente para algunas de ellas. ¡Oh, qué diferencia entre estos y los indios con los que he hablado recientemente en el río Susquehanna! Estar con los demás parecía lo mismo que haber sido expulsado lejos de Dios, y de todo su pueblo. ¡Pero estar en compañía de éstos es como ser admitido en la familia de Dios, y en el goce de su presencia divina! ¡Cuán grande es el cambio efectuado últimamente entre un buen número de estos indios, los cuales hasta no hace todavía muchos meses, eran totalmente indiferentes al cristianismo como aquellos del río Susquehanna; y cuán extraordinaria es la gracia divina que ha hecho tan grande cambio!

Día del Señor, 6 de octubre. Prediqué por la mañana usando el pasaje de Juan 10.7-11. Hubo considerable conmoción entre mi gente; los jóvenes cristianos fueron renovados, consolados y fortalecidos; y nuevamente, una o dos personas fueron despertadas. Por la tarde, diserté sobre la historia del carcelero en Hechos 16; y al atardecer hice la exposición de Hechos 20.1-12. Hubo entonces un agradable quebrantamiento por toda la asamblea. Creo que casi no había visto algo similar en todos mis oyentes. Prácticamente no hubo ojos sin lágrimas entre ellos; tampoco había ruido ni nada impropio, nada que tendiera a perturbar el culto público; sino solamente aquello que tiende a alentar y a excitar un ardor y espíritu cristiano de devoción. Aquellos sobre los cuales tengo razón de pensar que fueron renovados para salvación, fueron los primeros en ser conmovidos; pareciendo regocijarse mucho, pero con gran contrición y temor piadoso. Las manifestaciones eran similares a las que mencioné en mi diario el 26 de agosto, pareciendo ser los efectos genuinos del espíritu de adopción.

Terminado el culto público, me retiré, estando muy cansado debido a las labores del día; pero los indios continuaron orando juntos por cerca de dos horas; ese continuo ejercicio espiritual parecía acompañado por la bendita influencia vivificadora de lo alto. No pude dejar de desear

ardientemente que muchos del pueblo de Dios hubieran estado presentes, para contemplar y oír estas cosas, las cuales estoy seguro, habrían de refrescar el corazón de todo verdadero amante de Sion. Ver a aquellos que hasta hace poco eran paganos, salvajes e idólatras, sin ninguna esperanza y sin Dios en el mundo, ahora tomados por el sentido del amor y de la gracia divina; “adorando al Padre en espíritu y en verdad”, no era algo poco emocionante; especialmente al verlos tan tiernos y humildes, así como vívidos, fervientes y devotos en el culto.

24 de octubre. Hablé sobre Juan 4:13,14. Hubo mucha atención y una emoción deseable, una derretimiento conmovedor de la asamblea. Era sorprendente ver lo deseosos que estaban de escuchar la Palabra de Dios. A veces he pensado que de buena gana asistirían al servicio divino veinticuatro horas al día, si tuvieran oportunidad de hacerlo.

25 de octubre. Hablé a mi gente acerca de la resurrección, usando el pasaje de Lucas 20.27-36. Cuando mencioné la bienaventuranza que los piadosos gozarán en aquella ocasión, de cómo estarán libres de la muerte, del pecado y de la tristeza; de cómo serán iguales a los ángeles en su cercanía y disfrute de Cristo más de lo que ya son favorecidos en parte desde ahora, siendo ellos los Hijos de Dios reconocidos abiertamente por Él como tales; varios de ellos quedaron muy compungidos y enternecidos en la anticipación de ese estado bendito.

26 de octubre. Habiendo sido invitado a ayudar en la administración de la Cena del Señor en una congregación vecina, invité a mi gente a ir conmigo. Generalmente, los indios sacan provecho de esas oportunidades con alegría. Atendieron a los discursos de esa solemnidad con diligencia y afecto, siendo que la mayoría de ellos ahora entiende un poco del idioma inglés.

Día del Señor, 27 de octubre. Mientras predicaba a una amplia asamblea de personas venidas de lugares lejanos, que parecían de manera general tranquilas y sosegadas; hubo entre ellos una india visitante, que nunca me oyó predicar; ni antes había prestado atención a asuntos religiosos. Y que siendo ahora persuadida por algunos amigos a venir a la reunión, incluso contra su voluntad, fue tomada por una profunda preocupación por su alma. Luego expresó un gran deseo de volver a casa, que distaba a más de cuarenta millas, para llamar a su marido para que él también fuera despertado acerca de su alma. Algunos de los otros indios también parecieron tocados por la verdad divina en este día.

Los ingleses piadosos, con los que pude dialogar en buen número, parecieron revigorizados al contemplar a los indios adorando a Dios de aquella manera devota y solemne; junto con la asamblea de los creyentes. Y a semejanza de aquellos que se mencionan en Hechos 11.18, no pudieron dejar de glorificar al Señor, diciendo: “De manera que también a los gentiles ha dado Dios arrepentimiento para vida”.

28 de octubre. Prediqué basado en Mateo 22.1-13. Fui capacitado para exponer las Escrituras adaptando mi lenguaje al nivel de entendimiento de mi gente, no sé cómo, pero de forma clara, fácil y familiar, y sin ninguna dificultad mayor; mejor de lo que podría haberlo hecho a través de mucho estudio. Sí, con tanta libertad como si yo me dirigiera a una audiencia común, que ya hubiera sido instruida en las doctrinas del cristianismo por toda su vida.

La Palabra de Dios, en esta ocasión, pareció caer sobre los oyentes con gran poder e influencia divina; sobre todo al final de mi sermón. Hubo tanto un dulce sentimiento como un amargo lamento entre los oyentes. Los queridos creyentes fueron renovados y consolados, mientras que otros recibieron la convicción de pecado; y varias otras personas que nunca habíamos visto

fueron despertadas. La presencia divina fue tan notable que allí no parecía ser otro lugar, sino “casa de Dios y puerta del cielo”. Todos los que ya habían probado y apreciado las realidades divinas, constreñidos por el dulzor del momento dijeron: “Señor, bueno es que nos quedemos aquí”. Si hubo una ocasión en que mi gente tuvo la apariencia de estar en la Nueva Jerusalén, “como una novia adornada para su novio”, tal ocasión fue ésta. Tan satisfactorio fue el culto, con tantos signos de la presencia divina, que casi no me disponía a interrumpirlo y retirarme a mi alojamiento.

Me quedé reanimado a la vista de la continuidad de esa bendita obra de la gracia entre los indios; y con su influencia ejercida sobre los desconocidos que de cuando en cuando, providencialmente, han llegado a esta región del país últimamente. Tuvimos una noche de dulce refrigerio; mis pensamientos se elevaron a la bienaventurada eternidad, mi alma se fundió en deseos de perfecta santidad y de glorificar a Dios perfectamente.

Día del Señor, 3 de noviembre. “Prediqué a mi gente, usando el pasaje de Lucas 16.17: “Pero más fácil es que pasen el cielo y la tierra...”, buscando más específicamente el beneficio de algunas personas, las cuales últimamente han sido llevadas a tener una profunda preocupación por sus propias almas. Entre los presentes hubo un patente interés y conmoción, aunque mucho menos de lo que viene sucediendo últimamente.

Hoy bauticé a 14 indios, 6 adultos y 8 niños. Uno de ellos era una mujer de casi ochenta años de edad, y tenía razón de esperar que Dios fuera quien la había traído y salvado para su hogar. Otros dos eran hombres de unos cincuenta años, que hasta entonces eran famosos entre los indios a causa de su iniquidad; uno de ellos era asesino, y ambos solamente vivían embriagados, siempre dispuestos a una discusión acalorada. Pero ahora sólo puedo esperar que se hayan convertido en objetos de la gracia especial de Dios. Aplacé sus bautismos por muchas semanas, para tener la oportunidad de observar los frutos de las impresiones sobre las que estaban viviendo; y entonces comprendí que ahora ellos realmente estaban preparados para participar dignamente de las ordenanzas.

4 de noviembre. Prediqué sobre Juan 11, explicando brevemente la mayor parte de este capítulo. La verdad divina dejó marcas profundas en muchos de los presentes. Varios de ellos fueron compungidos ante el poder de Cristo manifestado en la resurrección, especialmente cuando en el caso de Lázaro demostró su poder para resucitar personas muertas; y también ante el poder de Cristo para resucitar a los muertos en el último día, distribuyendo entre ellos galardones o castigos.

Algunos de aquellos que llegaron aquí recientemente, venidos de lugares lejanos; están bajo profunda convicción acerca de sus almas. Particularmente uno, que no hace mucho vino medio borracho y nos injurió, e intentó molestarnos mientras nos ocupábamos en la adoración divina; pero ahora estaba tan angustiado acerca de su alma que parecía incapaz de sentirse cómodo sin un interés en Cristo

Hubo muchas lágrimas, sollozos y gemidos por toda la asamblea; algunos lloraban por sí mismos, otros por sus amigos. Aunque las personas se conmueven más fácilmente ahora que al inicio de este despertar de los intereses religiosos, cuando llantos y lamentos por sus almas no se oían todavía entre ellos; sin embargo, debo decir que ahora sus emociones parecen más genuinas y sinceras; esto parece más notable en aquellos que se han despertado recientemente.

Así, una verdadera y genuina convicción de pecado parece haberse iniciado, y estar siendo promovida en muchos casos.

Bauticé a un niño este día, y percibí a varios de los ya bautizados afectados, recordando así sus propios compromisos solemnes. Ya he bautizado a cuarenta y siete personas de los indios; veintitrés adultos y veinticuatro niños. Treinta y cinco de ellos pertenecientes a estos territorios, y el resto a Forks of Delaware. Ninguno de ellos ha sido una desgracia para su profesión, por ningún comportamiento impropio.

Anotaciones generales sobre este período

En este momento, podría hacer muchas observaciones apropiadas sobre una obra de gracia tan notable, como lo ha sido ésta en sus diversos aspectos; pero me limitaré sólo a algunas consideraciones generales.

Primero. Es notable que Dios haya iniciado esta obra entre los indios en un tiempo cuando yo menos esperanza tenía; y cuando, según yo entendía, no había ninguna perspectiva razonable de ver la obra de gracia propagarse entre ellos. Mis fuerzas físicas estaban agotadas por un tardío y tedioso viaje al río Susquehannah, donde necesariamente quedé sujeto a dificultades y fatigas entre los indios. Mi mente también estaba muy deprimida ante el fracaso de mis esfuerzos. Yo tenía poco motivo para esperar que Dios me hiciera un instrumento en la conversión de cualquiera de esos indios; excepto de mi intérprete y su mujer. Así, estaba dispuesto a considerarme una carga pesada para la honorable Sociedad que me empleaba y me sostenía en esta obra. Empecé a pensar seriamente en desistir de mi misión, casi habiendo resuelto que lo haría al término de este año, si no conseguía mejor éxito en mi trabajo de lo que estaba teniendo. No puedo afirmar que entretenía esos pensamientos por estar cansado de las labores y fatigas que necesariamente acompañaban mis actividades, o porque tuviera luz y libertad en mi propia mente para hacer otra cosa; pero todo era debido al abatimiento de mi espíritu, a un apremiante desaliento; y a la idea de que era injusto gastar dinero dedicado a usos religiosos, sólo a fin de civilizar a los indios, conduciéndolos a una mera profesión externa de cristianismo. Eso era todo cuanto yo podía ver como una posibilidad de efectuarse; mientras Dios, según lo que yo pensaba, evitaba permitir conversiones auténticas reteniendo las influencias convencedoras y renovadoras de su bendito Espíritu, para que no acompañaran los medios que hasta entonces yo venía usando para esa finalidad.

Con esto en mente, visité a estos indios por primera vez en Crossweeksung, comprendiendo que éste era mi deber indispensable, ya que había oído decir que había un cierto número de ellos en esta región. Y traté de convertirlos a Dios, aunque no puedo decir que tuviera ninguna esperanza de éxito, pues mi espíritu estaba muy abatido. No sé decir si mis esperanzas en cuanto a la conversión de los indios, desde que me interesara por ellos, alguna vez se habían visto reducidas a un nivel tan bajo; como en aquel momento.

Sin embargo, fue ésta la época en que Dios vio como apropiada para dar comienzo a esta gloriosa obra de gracia. Así, Él determinó que “sacaría fuerzas de la debilidad”, desnudando su brazo todopoderoso, cuando todas las esperanzas y probabilidades humanas más parecían haber

fallado. Y de todo esto he aprendido que es bueno seguir la vereda del deber, incluso en medio de tinieblas y desalientos.

Segundo. Es notable como Dios en su providencia, y de una manera casi inexplicable, convocó a aquellos indios a fin de ser instruidos en las cosas importantes concernientes a sus almas; y como Él se apoderó de sus mentes con el más profundo y solemne interés por su eterna salvación; y así llegaron al lugar donde la Palabra estaba siendo predicada. Cuando llegué por primera vez a esta región en junio, no encontré ni a un hombre en los sitios que visité, sólo cuatro mujeres y unos pocos niños. Pero antes de que yo estuviera allí muchos días, ellos se reunieron provenientes de todos los cuadrantes; algunos venidos de más de veinte millas de distancia. Y cuando les hice una segunda visita, a principios de agosto, algunos vinieron de más de cuarenta millas para oírme.

Muchos vinieron sin saber lo que estaba sucediendo, y consecuentemente sin ningún propósito específico; sino sólo para satisfacer la curiosidad. Así, hasta parecía que Dios los había convocado de todas las direcciones sin ningún otro propósito que el de entregarles su mensaje; y el hecho es que Él hizo todo esto. Y en lo que concierne a algunos de ellos, sin hacer uso de ningún medio humano; aunque algunos indios se han esforzado en avisar a otros en lugares remotos.

No es menos sorprendente que uno tras otro, los indios hayan sido afectados por una solemne preocupación por sus almas, casi tan pronto como llegaron al lugar donde las verdades divinas estaban siendo enseñadas. No pude dejar de pensar que la llegada de ellos al lugar de nuestros cultos públicos, se asemejó al caso de Saúl y sus mensajeros que llegaron entre los profetas, que ni bien llegaron profetizaron; y éstos, casi de inmediato se vieron afectados por el sentido de su propio pecado y miseria, extremadamente interesados en su liberación, tan pronto llegaron a nuestra asamblea. Después de haber comenzado esa obra de gracia con gran poder entre ellos, se hizo común que los visitantes de entre los indios, antes de pasar todo el día con nosotros, ya quedaran muy despiertos, profundamente convencidos de su pecado y miseria; indagando con gran solicitud: “¿Qué debo hacer para ser salvo?”.

Tercero. Es igualmente notable como Dios impidió que aquellos pobres e ignorantes indios tuviesen prejuicios contra mí, y contra las verdades que les enseñé; aun siendo incitados a ello por hombres impíos. Hubo muchas tentativas hechas por personas malignas de raza blanca, a fin de predisponerlos y asustarlos en lo que se refiere al cristianismo. Algunas veces ellos decían que los indios ya estaban muy bien, que no tenían necesidad de toda esa conversación cristiana; que si fueran cristianizados no serían mejores, más seguros, o más felices de lo que ya eran. Otras veces les decían a los indios que yo era un bribón, un engañador, o algo semejante; que diariamente enseñaba mentiras, no teniendo otra finalidad más que engañarlos. Pero cuando ninguna de esas sugerencias, además de otras, se prestó a su propósito entonces probaron otra táctica; pasando a decirles a los indios que mi intento era reunir el mayor número posible de ellos, para entonces venderlos a Inglaterra como esclavos. Ninguna otra amenaza asusta más a los indios, pues son personas que aprecian mucho la propia libertad, tal vez más contrarios a la servidumbre que cualquier otro pueblo vivo en la tierra.

Pero todas esas inicuas insinuaciones, visto que Dios es quien controla todas las cosas, constantemente se volvían contra sus inventores; sirviendo apenas para ligar los afectos de los indios a mí aún más fuertemente. Ellos, una vez despertados por la más solemne preocupación por sus almas, no podían dejar de observar que las personas que así buscaban amargar sus

sentimientos contra mí, no tenían el menor interés por el bienestar de sus propias almas; y no sólo eso, sino que también eran individuos malignos y profanos. Los indios no podían dejar de argumentar que si tales personas no se preocupaban por sí mismas, entonces tampoco se podían preocupar por las almas de los demás.

Todavía parece más admirable que los indios hayan sido preservados de dar oídos, ni siquiera por una vez, a esas sugerencias; porque yo era un total extraño entre ellos, no pudiendo darles ninguna certeza de mi afecto e interés sinceros por ellos por medio de cualquier hecho del pasado. Mientras que las personas que así les insinuaban eran viejos conocidos, que tuvieron frecuentes oportunidades de satisfacer el apetito por el alcohol con bebidas fuertes, y en consecuencia, tenían más razones para mantener su amistad. Pero con base en esa instancia, según la cual los indios fueron impedidos de alimentar prejuicios contra mí, tuve motivo para decir con gran admiración: Cuando Dios obra, ¿quién puede impedirlo?

Cuarto. También, no es menos admirable como Dios se agradó en proveer un remedio para mi falta de habilidad y fluidez en la lengua de los indios; preparando de antemano y de manera notable a mi intérprete, y ayudándolo en la ejecución de su deber. Se podría suponer, de modo bastante razonable, que yo tenía que actuar bajo tremenda desventaja al dirigirme a los indios por medio de un intérprete; y que las verdades divinas perderían, sin duda, gran parte de su fuerza y ternura durante el proceso de la traducción; por llegar a los oídos de las personas de segunda mano. Pero, aunque para mi tristeza y desaliento, esto realmente había ocurrido en el pasado cuando mi intérprete tenía poco o ningún sentido de las cosas divinas; sin embargo ahora se da precisamente lo contrario. Pienso que mis sermones, de manera general desde el comienzo de este período de gracia, no han perdido nada del poder con que se pronunciaban en inglés, excepto que tal vez no hubiera términos adecuados y expresivos en la lengua indígena; dificultad que no sería remediada, aunque yo tuviera el conocimiento de ese idioma. Mi intérprete ya había adquirido un buen grado de conocimiento doctrinal, pudiendo interpretar de forma capaz, transmitiendo sin equívocos el sentido y el propósito de mis discursos; y eso sin precisar confinarse a una interpretación palabra por palabra.

Al parecer, él tenía de igual forma un conocimiento experimental de las cosas espirituales, y pareció bien al Señor inculcar en su mente gran interés por la conversión de los indios; y concederle un admirable celo y fervor al dirigir la palabra a ellos. Es notorio que cuando yo era favorecido por cualquier ayuda divina especial, siendo capacitado para hablar con libertad, fervor y poder inusuales, bajo una vívida y conmovedora percepción de las cosas divinas; usualmente él era afectado tanto como yo, volviéndose capaz de hablar con un lenguaje igualmente conmovedor, bajo la misma influencia en que yo estaba. Una sorprendente energía frecuentemente acompañaba la Palabra en esas ocasiones, de manera tal que las fisonomías de los oyentes parecían alterarse casi en un instante; así lágrimas y sollozos se volvieron comunes entre ellos.

Mi intérprete también parece dotado de una clarísima visión doctrinal de los métodos usuales por los cuales Dios trata con las almas, que están siendo preparadas por la convicción de pecado y para la humillación; lo que no ocurría antes. Así, con su ayuda, he podido hablar abiertamente con personas afligidas acerca de sus angustias, de sus temores, desalientos, tentaciones, etc. Además, él se ha esforzado día y noche por repetir e inculcar en las mentes de los indios las verdades que les he enseñado diariamente; y eso ha hecho, según lo que todo indica, no por motivo de orgullo espiritual y ni porque pretenda parecer un maestro del pueblo, sino debido a su espíritu fiel y a una preocupación honesta por las almas.

Toda su conversación entre los indios, hasta donde yo he podido seguir, ha sido sazonada con sal; según es apropiado a un creyente y a un hombre dedicado en el trabajo que hace. Sin ninguna exageración puedo afirmar que ha sido un gran consuelo para mí, y un gran instrumento en la promoción de esa buena obra entre los indios; de tal modo que cualquiera que sea el estado de su propia alma, es evidente que Dios lo ha preparado de forma notable para ese trabajo. Y así Dios ha mostrado que, aun sin haberme otorgado el don de lenguas, Él halló una manera en que soy capaz de transmitir las verdades de su glorioso evangelio a las mentes de aquellos pobres e ignorantes paganos.

Cuando las personas son despertadas para una solemne preocupación por sus almas al oír las más serias verdades de la Palabra de Dios, y los terrores impuestos por la ley mosaica; usualmente algunos alegan que todo esto no pasa de ser el resultado del miedo que ha asaltado a los indios, por causa de los horrendos ruidos del infierno y de la condenación eterna. Afirman que no hay pruebas de que los indios estén bajo el efecto de alguna influencia divina. En nuestro caso, sin embargo, Dios no ha dejado espacio para esa objeción; pues esta obra de la gracia ha sido iniciada, y ha tenido prosequimiento por una línea casi continua de invitación del evangelio a los pecadores que perecen. Esto se puede deducir a partir de los pasajes bíblicos sobre los que he insistido en mis sermones una y otra vez; pasajes que, exactamente con ese propósito, he registrado en mi diario.

Tampoco he presenciado un avivamiento tan generalizado en cualquier otra asamblea, en toda mi vida, como la que hubo aquí cuando enfatizaba la parábola de la gran cena en Lucas 14. En aquel sermón fui capaz de presentar ante mis oyentes las insondables riquezas del evangelio. No se entienda, sin embargo, que nunca haya instruido a los indios acerca del estado decaído de ellos, con su pecaminosidad y miseria; porque desde el comienzo he insistido sobre ello, esforzándome por reiterar e inculcar esas ideas en casi cada sermón, sabedor que sin ese cimiento estaría edificando sobre la arena, e invitando en vano para que vinieran a Cristo a menos que yo los pudiera convencer de que necesitaban de Cristo. Ver Marcos 2.17.

Sin embargo, ese gran despertar y ese sorprendente interés no fueron iniciados por estruendosos discursos de terror; antes, se han manifestado más fuertemente cuando estoy insistiendo sobre la compasión del Salvador moribundo, sobre las abundantes provisiones del evangelio, o sobre el ofrecimiento gratuito de la gracia divina a los pecadores necesitados y sobrecargados. Tampoco estoy insinuando que semejante fervor religioso sea sospechoso de no ser genuino, de no ser oriundo de la influencia divina si es producido por la predicación atemorizante, pues tal vez esa sea la manera más usual de Dios de despertar a los pecadores; pareciendo ser algo armónico con las Escrituras y con la buena razón. Pero lo que deseo aquí resaltar, es que Dios ha encontrado por bien emplear y bendecir medios más moderados para despertar de manera eficaz a estos indios, quedando así eliminada la objeción antes mencionada.

Finalmente, los efectos de esta obra han sido igualmente extraordinarios. No dudo que muchas de estas personas hayan adquirido un mayor conocimiento doctrinal sobre las verdades divinas, desde que las visité por primera vez en junio pasado, de lo que podría haber sido infundido por el uso más diligente y apropiado de medios de instrucciones por años enteros, sin la influencia divina. Sus nociones paganas y sus prácticas idólatras parecen haber sido totalmente abandonadas en este territorio. Ellos parecen bien dispuestos en cuanto a las obligaciones del matrimonio, según un ejemplo citado en mi diario el día 14 de agosto. En general, parecen divorciados de la embriaguez -su vicio más constante- el pecado que “tan fácilmente los rodea”. De hecho, sólo conozco a dos o tres de los que han sido mis oyentes constantes, que han bebido

en exceso desde mi primera visita a ellos; aunque antes de eso, uno u otro se embriagaba casi todos los días. Ahora, algunos de ellos parecen temer ese pecado particularmente, más que a la propia muerte.

Un principio de honestidad y justicia se ha manifestado en muchos de los indios; y parecen resueltos a saldar sus antiguas deudas que venían descuidando, y que tal vez ni pensaban en ellas, desde hacía años. Su manera de vivir se hizo mucho más decente y confortable que antes, pues ahora disponen del beneficio del dinero, que antes gastaban en el consumo de bebidas alcohólicas. Parece que el amor vino a reinar entre ellos, especialmente en el caso de aquellos que demuestran haber pasado por la experiencia transformadora de la salvación. Nunca percibí ninguna manifestación de amargura o espíritu de censura entre ellos; ni de ninguna disposición a “juzgarse mejores que otros” que aún no recibieron misericordia similar.

Así como su tristeza por la convicción de pecados ha sido grande y opresiva, así también muchos de ellos desde entonces se “han regocijado con alegría indescriptible”. La consolación por ellos recibida no los ha inclinado a la ligereza; por el contrario, se han mostrado serios, a menudo sensibles hasta las lágrimas, de corazones quebrantados, como se puede ver en varios fragmentos de mi diario. En cuanto a eso, algunos de ellos han quedado sorprendidos consigo mismos, y con cierta preocupación me han dicho que “cuando sus corazones se han alegrado no han podido evitar de llorar por todos”.

Y ahora, de una forma general, pienso poder decir con toda razón que vemos aquí todos los síntomas y evidencias de una notable obra de la gracia entre estos indios; síntomas que pueden ser razonablemente deseados o esperados. ¡Que el gran Autor mantenga y promueva esta obra aquí, propagándola por todas partes hasta que “toda la tierra se llene de su gloria”!

Hasta ahora he viajado a caballo por más de tres mil millas, habiendo mantenido sobre estos viajes un registro exacto, desde principios de marzo pasado. Casi toda esa distancia ha sido recorrida en mi propia actividad como misionero, con el propósito de propagar el conocimiento cristiano entre los indios. Mucho he buscado por un colega o compañero para viajar conmigo; y también me he esforzado en conseguir algo para su sustento, entre personas religiosas de Nueva Inglaterra, lo que me ha costado un viaje de varios cientos de millas; pero hasta ahora no he encontrado persona alguna cualificada y dispuesta a esa buena obra, aunque haya recibido algún aliento por parte de ministros y de otros en cuanto a la esperanza de conseguir el sustento para alguien, cuando se encuentre.

Últimamente, de igual modo, presenté a los caballeros interesados por esta misión la necesidad urgente de iniciar una escuela de inglés entre los indios; los cuales están dispuestos a reunirse juntos, con ese propósito. Para esto, he propuesto humildemente a ellos la recolección de dinero para el pago de un profesor y otros gastos necesarios en la promoción de esa buena obra; lo que ahora están tratando de obtener en las varias congregaciones a las que pertenecen.

Los diversos grupos de indios a los que he predicado el verano pasado, viven a grandes distancias unos de otros. Son casi 70 millas de Crossweeksung, en Nueva Jersey, hasta Forks of Delaware, en Pensilvania; y de allí hacia varios de los pueblos indígenas que visité en el río Susquehannah son casi 124 millas. Mucho de mi tiempo se gasta en viajes, de tal manera que casi no puedo dedicarme a ninguno de mis estudios necesarios, incluyendo el estudio de los idiomas indígenas en particular. Además, estoy obligado a predicar repetidas veces a los indios en cada uno de esos lugares cuando estoy con ellos, a fin de redimir el tiempo para poder visitar a los demás. Hay ocasiones en que estoy casi desanimado de obtener cualquier familiaridad con

las lenguas indígenas, siendo ellas tan numerosas, sobre lo cual relaté algo en mi diario en mayo pasado. Y especialmente al ver mis otras labores y fatigas ocupando casi todo mi tiempo, y exigiendo mucho de mi constitución física; de manera que mi salud se encuentra un tanto deteriorada.

Sin embargo, he hecho un esfuerzo considerable para aprender la lengua de los indios Delawares; resuelto a seguir estudiando mientras mis otras actividades y mi salud lo permitan. Ya he alcanzado alguna habilidad en ese idioma, aunque he enfrentado muchas situaciones bastante desfavorables en mi intento. Es justo observar que todos mis esfuerzos por familiarizarme con la lengua de los indios, con los que pasé mi primer año, poco o nada me sirvieron aquí entre los Delaware. Y así, cuando llegué entre esos indios, prácticamente tuve que empezar desde el principio mi trabajo entre ellos.



Capítulo 8

La continuidad de una notable obra de la gracia

24 de noviembre de 1745 - 19 de junio de 1746

Crossweeksung, Nueva Jersey, 1745

Día del Señor, 24 de noviembre. Tanto por la mañana como por la tarde prediqué con base en la historia de Zaqueo (Lucas 19.1-9). En el segundo sermón, cuando insistí sobre la salvación dada a un pecador cuando éste se convierte en hijo de Abraham, o creyente verdadero; la Palabra pareció venir cargada por el poder divino a los corazones de los oyentes. Un buen número de indios quedó muy impresionado ante la verdad divina. Las convicciones anteriores fueron renovadas; una o dos personas fueron despertadas por primera vez; todos se empeñaron por participar de todo corazón en el culto. Dieron señales que parecían ser un efecto genuino de la Palabra de Dios sobre sus corazones, mediante el poder y la influencia del divino Espíritu.

28 de noviembre. Hablé públicamente ante los indios, después de haberme esforzado por instruir personalmente a algunos de ellos; exhortándolos a cumplir sus deberes cristianos. Abrí las Escrituras e hice observaciones sobre la sagrada historia de la transfiguración de nuestro Señor, en Lucas 9.28-36. Tuve por propósito insistir en este pasaje bíblico para edificar y consolar al pueblo de Dios. He observado a algunos, que creo que son creyentes auténticos, que se conmovieron mucho ante la gloria del Cristo transfigurado; llenándose del deseo anhelante de estar en compañía del Señor, para poder contemplar a cara descubierta Su gloria.

Terminada la adoración pública, le pregunté a una de las indias que lloraba más afectuosamente, ¿Qué es lo que deseas ahora? Ella respondió “¡Oh, estar con Cristo!”. Ella no podía pensar en

permanecer en este mundo. Fueron momentos de bendito refrigerio para los indios piadosos en general. El Señor Jesucristo pareció estar manifestando su gloria divina, como cuando se transfiguró ante sus discípulos. Y así los indios estaban listos para decir unánimemente: “Señor, bueno es que estemos aquí” (Mateo 17: 4). Dios parece todavía conceder la influencia de su bendito Espíritu en todas nuestras reuniones, para la adoración divina,

30 de noviembre. Al acercarse la noche, después de haber pasado muchas horas en conversación privada con algunos de mis indios, prediqué sobre lo que interesaba a sus almas. Les expliqué el significado del relato sobre el rico y Lázaro, en Lucas 16.19-26. La Palabra ejerció un poderoso efecto sobre muchos de la asamblea, especialmente cuando hablé sobre la felicidad de Lázaro en el seno de Abraham. Pude percibir que eso les afectó mucho más que cuando hablé sobre las miserias y tormentos del rico; y así ha sucedido habitualmente.

Parece que los indios se conmueven mucho más con las verdades consoladoras que con las verdades amenazadoras de la Palabra de Dios. Pero lo que más ha afligido a muchos de ellos, bajo convicción, es que querían y no podían obtener la felicidad de los piadosos; a menudo parecen estar más afectados con esto que con los terrores del infierno. Pero, sean cuales sean los medios de su despertar, queda claro que muchos de ellos se sensibilizan profundamente ante su pecado y miseria, de la iniquidad y pertinacia de sus corazones; de su total incapacidad para salvarse a sí mismos o para acudir a Cristo en busca de ayuda, sin la asistencia divina. Así son llevados a ver que si Cristo no hiciera todo por ellos estarían perdidos, razón por la cual se postraron a los pies de la misericordia divina.

Día del Señor, 1 de diciembre. Prediqué a mi gente, antes del mediodía, basado en Lucas 16.27-31. Muchos indios demostraron su afecto por la Palabra sin ningún fingimiento; y otros parecían profundamente impresionados ante la verdad divina. Por la tarde, cuando prediqué a un cierto número de personas blancas, los indios se hicieron presentes mostrándose diligentes; y muchos de ellos pudieron entender gran parte del sermón. En la noche prediqué nuevamente a los indios, ofreciéndoles advertencias y orientaciones particulares acerca de su conducta en cuanto a diversas cuestiones, exhortándoles a ser vigilantes en su comportamiento; ya que están rodeados por personas que querrían verlos tropezar, listos para atraerlos hacia tentaciones de toda suerte; para entonces atacar el cristianismo con base en la mala conducta de los indios.

Día del Señor, 15 de diciembre. Prediqué a los indios usando Lucas 13.24-28. La verdad divina cayó con poder sobre la audiencia, pareciendo alcanzar los corazones de muchos. Cerca de la noche, prediqué nuevamente a los indios, basado en Mateo 25.31-46. En esta ocasión también la Palabra pareció acompañada por la influencia divina, impresionando a todos los presentes, y más especialmente a algunos de ellos. Fue una notable manifestación de la gracia. La Palabra del Señor, en el día de hoy, se mostró “viva y eficaz, y más cortante que cualquier espada de dos filos” (Hebreos 4.12), habiendo traspasado el corazón de muchos. La asamblea fue grandemente tocada por la Palabra. Las impresiones dejadas por la Palabra de Dios sobre la audiencia parecían ser sólidas, racionales y profundas; dignas de las solemnes verdades bíblicas que las produjeron. ¡Y cuán evidente parecía ahora que la recibían y la sentían “no como palabra del hombre, sino como la palabra de Dios”!

16 de diciembre. Prediqué a mi pueblo al atardecer, sobre el pasaje de Lucas 11.1-13. Después de haber insistido por algún tiempo sobre el versículo 9, donde hay un orden y aliento para pedir el favor divino, los exhorté a pedir con importunidad por un corazón renovado; a ejemplo del hombre mencionado en la parábola sobre la cual yo estaba hablando, el cual pidió panes a la

medianoche. Hubo gran emoción e interés en la asamblea, destacándose una mujer que pareció estar en gran aflicción por su alma. Ella llegó a una agonía tal, en la búsqueda de Cristo, que el sudor se escurrió por su rostro durante un tiempo considerable, aunque la noche estaba muy fría; y sus clamores amargos sirvieron de indicativo de cuán fuertes eran los sentimientos de su corazón.

21 de diciembre. Mi pueblo ha adquirido un grado considerable de conocimiento sobre los principios cristianos. Pensé que era tiempo de iniciar conferencias catequísticas entre ellos. Y esta noche intenté algo en esa dirección, proponiéndoles preguntas, escuchando sus respuestas; y luego explicando según me parecía apropiado acerca de cada pregunta. Después, me esforcé por hacer alguna mejora práctica de todo el conjunto. Este fue el método que empecé a usar. Los indios se mostraron capaces de responder, pronta y racionalmente, a muchas preguntas importantes que les he hecho; así, en esta experiencia, descubrí que el conocimiento doctrinal de ellos excedía a mis expectativas.

En el perfeccionamiento de mi enseñanza, cuando llegué a enseñar la bienaventuranza de aquellos que poseen un tan grande y glorioso Dios, como les fue dicho: “su Amigo eterno y su porción”, varios de ellos se emocionaron; sobre todo cuando los exhorté, buscando persuadirlos, a reconciliarse con Dios a través de su Hijo amado, para que así obtuvieran su favor eterno. Así, parecían no solamente iluminados e instruidos, sino llevados a preocuparse por sus propias almas.

Día del Señor, 22 de diciembre. Prediqué sobre la historia del joven rico, en Mateo 9.16-22. Dios la hizo una palabra oportuna, estoy persuadido, para algunas almas; particularmente para una de ellas, la misma persona mencionada en mi diario el día 16 de este mes, que nunca antes había podido descansar en los brazos del Señor; aunque yo tenía razones abundantes para pensar que ella había pasado por una transformación salvadora días antes. Ahora esta mujer parecía estar en armonía con Dios, equilibrada y deleitada con la voluntad divina. Cuando conversé particularmente con ella, al preguntarle cómo había obtenido el alivio y la liberación de la agonía espiritual que antes venía sufriendo, ella respondió en un inglés quebrado: “Probé, intenté salvarme, perdí todas las fuerzas, desapareció” (es decir su incapacidad para salvarse) “y no pude seguir luchando; entonces entendí que Jesucristo podía enviarme al infierno, si Él quisiera”. Entonces le pregunté: “¿Pero tú no querías ir al infierno, o querías?” Ella respondió: “Yo no podía evitar. Mi corazón, él muy malo. No podía hacerle bueno”. También le pregunté cómo había conseguido resolver su caso. Con el mismo lenguaje quebrado, ella continuó: “Poco a poco, mi corazón se alegró desesperadamente”. Entonces pregunté por qué su corazón se alegró. Ella replicó: “Alegre mi corazón, Jesucristo haz lo que quieras conmigo, no importa dónde me lleva, lo amo por todo”. Y ella no podía convencerse fácilmente, sino que estaba dispuesta a ir al infierno si hubiera agradado a Cristo enviarla allá. Aunque la verdad evidente era que su voluntad estaba tan sumisa ante la voluntad divina, que ella no podía imaginar el infierno como un lugar espantoso o indeseable, siempre y cuando la voluntad de Dios fuese enviarla a ella allí.

25 de diciembre. Estando los indios acostumbrados a beber, y a festejar el día de Navidad en compañía de ciertas personas blancas del territorio; pensé que era apropiado reunirlos hoy para hablarles sobre las realidades divinas. Así lo hice, basado sobre la parábola de la higuera estéril, en Lucas 13.6-9. Estoy persuadido que el poder divino bendijo la predicación de la Palabra en esa oportunidad. El poder de Dios se manifestó entre los presentes, despertando a varias criaturas necias que nunca antes se habían movido con ninguna preocupación. El poder que

acompañó la verdad divina pareció ejercer sobre ellas una influencia más parecida a un terremoto que a un viento fuerte. Sus sentimientos no quedaron muy alarmados como ya se había vuelto común aquí en días pasados, pero ellos parecían estar convencidos poderosamente por la influencia dominante y conquistadora de la verdad divina.

Más tarde, les hablé sobre los deberes conyugales mutuos, sobre la base de Efesios 5.22-33, y tengo razón en pensar que fue una palabra oportuna. Pasé algún tiempo más, desde la tarde al anochecer, buscando fijar en sus mentes las verdades sobre las cuales había insistido en mi sermón anterior, acerca de la higuera estéril; pude observar la poderosa influencia de la Palabra de Dios en cuanto a todo lo que se ha dicho.

26 de diciembre. Fui visitado esta noche por una persona bajo gran aflicción espiritual, el caso más notable que he visto. Como creo, ella tiene más de ochenta años de edad; parece estar muy quebrada, y hasta infantil a causa de la edad, de modo que parecía imposible inculcarle cualquier aclaración sobre las realidades divinas; cuanto menos darle cualquier instrucción doctrinal, pues parecía incapaz de ser enseñada. Fue conducida a mi casa de la mano, pareciendo estar extremadamente angustiada. Le pregunté qué le estaba molestando. Ella respondió que su corazón estaba afligido, pues temía que jamás encontraría a Cristo. Le pregunté cuando empezó a interesarse por Cristo, además de otras preguntas relacionadas con su estado. El resumen de todo lo que me respondió fue el siguiente: Ella me había oído predicar por muchas veces, pero nunca había entendido nada, ni “sintió nada en su corazón”, hasta el último domingo. Entonces sucedió “como si una aguja hubiera sido empujada en su corazón”; desde aquella hora no había tenido más descanso, ni de día ni de noche. Ella añadió que en la víspera de Navidad, estando reunidos algunos indios hablando acerca de Cristo en la casa donde ella se hallaba, la conversación le compungió el corazón de tal manera que ni siquiera pudo mantenerse de pie, pero se cayó en su cama.

En ese momento se fue (como así me lo expresó) y se sintió como si soñara y, sin embargo, está segura de que no había soñado. Cuando ella se fue así, vio dos caminos; uno de ellos parecía muy ancho y tortuoso, y giraba hacia la izquierda. El otro parecía recto, bien estrecho; y subía colina arriba, girando a la derecha. Ella prosiguió diciendo que fue caminando por algún tiempo por el camino estrecho, a la derecha; hasta que finalmente algo parecía obstruir el camino. A veces lo llamaba oscuridad; pero también describía la obstrucción como si fuera un bloque o barra. Ella se acordó entonces, de haberme oído hablar de esforzarse por entrar por la puerta estrecha, (aunque no me dio atención cuando me oyó hablar); y pensó que podía subir por encima de aquel obstáculo. Pero cuando ella estaba pensando en eso, volvió (con lo que quiso decir que volvió en sí), entonces su alma quedó extremadamente afligida, por haber entendido que había vuelto la espalda a Cristo, olvidándose de Él; y que ahora por lo tanto no quedaba misericordia para ella.

Puesto que yo reconocía que trances y visiones imaginarios tienen una tendencia peligrosa en la religión, si se buscan y dependen de ellas; no pude dejar de preocuparme por lo que me decía, especialmente al principio. Yo entendía que aquello podría ser un ardid de Satanás, a fin de manchar la obra de Dios en este lugar introduciendo escenas visionarias, terrores imaginarios y toda forma de desorden mental y engaño; en lugar de la genuina convicción de pecado y de las influencias iluminadoras del bendito Espíritu de Dios. Yo estaba casi resuelto a declarar que consideraba el hecho como uno de los trucos de Satanás, guardando a mi pueblo contra esas y otras prácticas de la misma naturaleza. Sin embargo, preferí primero sondear su conocimiento, para ver si ella poseía una visión correcta de las cosas que justificara su presente preocupación;

o si era sólo miedo proveniente de terrores imaginarios. Le hice numerosas preguntas sobre el estado primitivo del hombre, y especialmente sobre su estado actual; así como sobre su propio corazón. A todo respondió de modo racional, para mi sorpresa. Pensé que era prácticamente imposible que una mujer pagana, ya senil debido a la mucha edad, pudiera tener tanto conocimiento a través de la mera instrucción humana; a menos que fuera notablemente iluminada por el Espíritu de Dios. Entonces le dije de la provisión del evangelio para la salvación de los pecadores, así como la capacidad y la disposición de Jesucristo para salvar totalmente a cuantos vinieran a Él, tanto ancianos como jóvenes. Con eso ella pareció concordar de todo corazón; pero en el mismo instante replicó: “Ah, pero no puedo; mi corazón maligno no quiere ir a Cristo; no sé cómo ir a él”. Estas palabras fueron dichas en angustia de espíritu, golpeando su pecho, con lágrimas en los ojos, con tal sinceridad estampada en su fisonomía que llegó a darme dolor y a emocionarme.

Ella parece realmente convencida de su pecado y miseria, así como de su necesidad de cambio de corazón. La preocupación de ella es permanente y constante, por lo que no se sabe por qué su lucha no resulta en su salvación. De hecho, parece haber razón para la esperanza en cuanto a esta cuestión, viendo que ella es tan solícita en obtener comunión con Cristo; al punto de orar día y noche, como ella misma dijo.

No pretendo determinar hasta qué punto Dios puede hacer uso de visiones para despertar alguna persona hacia las realidades espirituales. Dejaré a otros juzgar si esta práctica se deriva de la influencia divina. Pero me corresponde decir que sus efectos así lo indican. Sin embargo, hasta donde veo las cosas, no podemos explicarla de ninguna manera racional, sino solamente como influencia de algún espíritu, bueno o malo. Estoy seguro de que aquella mujer jamás había oído hablar de las cosas divinas según la manera en que las expresaba; parece extraño que ella hubiera obtenido tan racionales nociones a partir de su propia imaginación, sin alguna ayuda superior, o al menos, externa.

No obstante, debo decir que considero como una de las glorias de la obra de la gracia entre los indios, y como una evidencia especial que procede de la influencia divina; que hasta ahora tales fenómenos, como visiones, trances e imaginaciones, aún no hayan aparecido mezclados con las convicciones racionales de pecado, y con sólidas consolaciones espirituales, todo lo que ha sido experimentado por mis indios. En cuanto depende de mí, jamás fomento fenómenos de esa naturaleza, bajo ninguna hipótesis.

Día del Señor, 29 de diciembre. Prediqué basado en Juan 3.1-5. Estaban presentes algunos blancos, como es común los domingos. Mi sermón fue revestido de poder, pareciendo ejercer una influencia silenciosa, pero profunda y trascendente sobre la audiencia. Muchas personas lloraban y sollozaban con gran sentimiento, tanto los blancos como los indios. Algunos no podían llorar sino en voz alta, pero no muchos. Las impresiones dejadas sobre sus corazones se manifestaron principalmente por la manera como se mostraban intensamente atentos, y por los suspiros y lágrimas. Terminado el culto público volví a mi casa, resuelto a predicar nuevamente después de un breve período de descanso. Pero la gente pronto empezó a llegar, una tras otra, con ojos bañados de lágrimas, a fin de saber “qué deberían hacer para ser salvos”.

El Espíritu había fijado de tal manera en sus corazones lo que yo les había dicho, que mi casa pronto resonaba de clamores y gemidos. Todos acabaron reunidos de nuevo en mi residencia; y aquellos sobre los que yo tenía razón de pensar que aún estaban sin Cristo, casi todos participaron en la preocupación por sus almas. Fueron momentos extraordinarios de poder

espiritual. Parecía que Dios había abierto los cielos y había bajado a la tierra. Tan espantosamente dominante fue la operación del Espíritu sobre personas ancianas y jóvenes, que parecía que nadie quedaría seguro en su estado natural, sino que Dios estaba presto a convertir al mundo entero. Esto me llevó a pensar que nunca más debería desesperarme de la conversión de cualquier hombre o mujer, sean ellos lo que fueran, o lo que hagan.

Me es imposible presentar una descripción vívida y justa de la apariencia de las cosas en esta temporada; por lo menos una descripción que transmita una idea clara y adecuada de los efectos de esta influencia espiritual. Muchos de los que se regocijan por el hecho de que Dios no ha alejado de este lugar la poderosa influencia de su bendito Espíritu, fueron revigorizados por ver a tantos otros “esforzándose por entrar por la puerta estrecha”; y animados por la gran preocupación con ellos, a tal punto que querían “empujarlos hacia adelante”, como algunos expresaron.

Al mismo tiempo, un buen número de hombres y mujeres, ancianos y jóvenes, podían ser vistos en lágrimas; otros estaban en angustia de espíritu, y sus fisonomías parecían ser de malhechores condenados, que ya estaban siendo conducidos al lugar de ejecución; con una fuerte tensión emocional estampada en sus rostros. Llegué a pensar que yo estaba presenciando una muestra de lo que sucederá en el solemne día de rendición de cuentas: una mezcla de cielo e infierno, de gozo indecible y angustia inexpresable.

La preocupación y la afección religiosa eran tales, que yo no podía ni pensar en dirigir cualquier enseñanza religiosa formal entre ellos. Por eso pasé el tiempo conversando con uno u otro, como sentía ser más apropiado y oportuno para cada uno. Había instantes en que podía dirigirme a todos, colectivamente. Finalmente, concluí todo con una oración. Tales eran las circunstancias entre ellos que difícilmente podría descansar media hora sin atenderlos continuamente. Esto prosiguió desde cerca de media hora antes del mediodía, cuando inicié el culto público, hasta después de las siete de la noche. Hoy y la noche anterior, parece que hubo unas cuatro o cinco personas recién despertadas espiritualmente; algunos llegaron entre nosotros muy recientemente.

31 de diciembre. Pasé unas horas de este día visitando a personas de casa en casa, conversando con ellas acerca de sus intereses espirituales, esforzándome por alentar a las almas sin Cristo a entender su necesidad de un corazón renovado. Prácticamente no hubo casa en que alguno de sus residentes no vertieran lágrimas sentidas, demostrando un compromiso en obtener unión espiritual con Cristo.

Ahora los indios están viniendo de todos los rincones hacia este lugar, y se levantaron para sí pequeñas cabañas; de tal manera que más de veinte familias viven dentro de un radio de unos cuatrocientos metros de donde me encuentro. Esta es una situación muy conveniente para la instrucción pública y privada.

1 de enero de 1746. Pasé un tiempo considerable visitando de nuevo a mis indios. Tal vez haya encontrado solamente uno que no estaba tomado por una seria impresión acerca de su estado espiritual.

2 de enero. He visitado algunas personas recién llegadas entre nosotros, las cuales antes de esto prácticamente nada habían oído hablar del cristianismo; y él nada significaba para ellas. Me esforcé por instruir las, particularmente en cuanto a los principios básicos de la religión cristiana; y eso de la manera más fácil y familiar que me fue posible. Casi continuamente están llegando

entre nosotros personas desconocidas, venidas de varias partes. Así, tengo siempre una renovada oportunidad de abrir la Biblia ante ellas, y de enseñarles los principios elementales del cristianismo.

Día del Señor, 5 de enero. Prediqué con base en Mateo 12.10-13. No hubo tanta vivacidad y emoción en el culto público, como se ha hecho acostumbrado. Las mismas verdades que con frecuencia han producido muchas lágrimas y gemidos entre los presentes, ahora no parecían ejercer ninguna influencia especial.

Casi al caer de la noche, resolví continuar en mi habitual método de catequesis. Pero mientras hacíamos la primera oración, el poder de Dios pareció caer sobre los presentes de forma tan patente y tantas personas manifestaron estar bajo la presión de la preocupación por sus almas; que creí que era mucho más conveniente insistir en la abundante provisión hecha por la gracia divina con vistas a la redención de pecadores que perecen, y presionarlos para una pronta aceptación de la gran salvación; en lugar de hacerle preguntas sobre puntos de doctrina. Lo que era más práctico mostró también ser más oportuno, mientras que muchas personas manifestaban gran empeño por obtener participación espiritual con nuestro gran Redentor.

Hoy bauticé a dos personas, una mujer y un niño. La mujer es la mencionada en mi diario con fecha 22 de diciembre. De unos días para acá ella ha estado en una condición mental muy dulce y celestial, desde que recibió la salvación. Una mañana, ella vino a verme y percibí una alegría y satisfacción inusuales en su semblante. Al indagar por qué razón, ella replicó que “Dios le había hecho sentir que Él tenía el derecho de hacer lo que le pareciera, que sería justo si Él echaba a su marido y su hijo en el infierno. Ella también veía que era justo que Dios hiciera lo que mejor le pareciera con ellos, de modo que ella no podía dejar de regocijarse en Dios, aunque él los enviara al infierno”; aunque era evidente que ella los amaba mucho. Además, ella preguntó si yo no había sido enviado por personas buenas que vivían muy lejos de aquí para que les predicase a los indios. Respondí: “Sí, por la gente buena de Escocia”. Ella dijo que su corazón amaba a esas personas buenas, desde la noche anterior que casi no podía dejar de orar por ellas toda la noche; habiendo elevado su corazón a Dios en favor de ellas. Así, la bendición de parte de aquellos que ya estaban a punto de perecer, ha sido conferida a aquellos creyentes piadosos que han contribuido con sus bienes para la propagación del evangelio.

13 de enero. Fui visitado por diversas personas bajo fuerte inquietud en favor de sus almas; y una de ellas era una nueva despertada espiritualmente. Es una obra de las más agradables, tratar con almas que indagan con gran empeño sobre lo que deberían hacer para ser salvas. Dado que nunca debemos “cansarnos de hacer el bien”, así también la obligación parece estar singularmente acentuada cuando la obra es tan deseada. No obstante, necesito decir que mi salud anda muy deteriorada, y mi ánimo un tanto desgastado ante la naturaleza de mi trabajo y de mi vida solitaria. Pues no hay otra persona que conviva en la misma casa que yo, a un punto que las repetidas y casi incesantes peticiones hechas por los indios, pidiéndome ayuda y orientación, se vuelven excesivamente pesadas para mí; agotándome el espíritu de tal forma que casi no sirvo para nada más, totalmente incapaz de dar continuidad a mi trabajo, algunas veces por varios días seguidos. Lo que más contribuye a agravar esta dificultad es que me veo obligado a pasar mucho tiempo transmitiéndoles apenas un poco de información a la vez. A menudo, muchas bases necesitan ser establecidas antes de que pueda hablar directamente sobre lo que es mi asunto central. El asunto central podría ser atacado más directamente, si mis oyentes fueran competentes en cuanto al conocimiento doctrinal.

14 de enero. Pasé algún tiempo en conversación privada con mi gente, y encontré a algunos indios dispuestos a confiar en su salvación, como pienso, sin bases sólidas. Ellos, siendo despertados espiritualmente de modo general, y pensando que es algo tan horroroso como aterrador para la conciencia estar destituidos de la religión cristiana, corren el peligro inminente de adoptar una apariencia de gracia divina.

18 de enero. Continué mi método de catequesis, en la enseñanza a los indios. Este método de instrucción es muy provechoso. Cuando adopté el método, al principio sentí temores, pensando que mis explicaciones podrían ser tan pesadamente doctrinales que tenderían a iluminar la mente, pero no afectar el corazón de los indios. Pero el resultado mostró ser precisamente lo opuesto de eso; mis explicaciones se han mostrado notablemente bendecidas en ambos aspectos.

Día del Señor, 19 de enero. Prediqué para mi gente, basado en Isaías 55.7. Siendo casi de noche, pasé a catequizar según mi método habitual. Aquellos fueron momentos de poderosa gracia divina entre nosotros. Muchos indios fueron influenciados por la Palabra, varios se vieron muy afectados: las convicciones revivieron poderosamente, diversos cristianos se renovaron y fortalecieron. Un alma cansada y sobrecargada, según tengo abundante razón para creer en ello, fue conducida a un descanso verdadero y a un genuino consuelo en Cristo. Más tarde, tal persona me relató cómo Dios estaba tratando con su alma, lo que me pareció muy satisfactorio y estimulante. Él me dijo que por muchas veces me había oído hablar de que la gente debe ver y sentir, por sí mismos, cuán totalmente impotentes y perdidos están -vacándose de la dependencia de sí mismos, de toda esperanza de autosalvación, a fin de poder venir a Cristo en busca de la salvación eterna. Hace tiempo que él venía esforzándose para ver las cosas por ese ángulo, suponiendo que sería una excelente actitud deshacerse de toda dependencia de su propia bondad; pensando que Dios entonces tomaría esto en consideración, quedaría satisfecho y le conferiría la vida eterna. Pero cuando llegó a sentirse en esa condición de impotencia y condenación, vio que era algo contrario a todos sus pensamientos y expectativas anteriores -no era la misma actitud, ni nada parecido a la actitud que venía buscando tener. En vez de eso, descubrió que nada había en sí mismo sino malignidad, percibiendo que jamás le sería posible mejorar en cualquier sentido. Dijo que se admiró de un día haber alimentado la esperanza de corregir su propio corazón; que nunca se le había ocurrido que eso era algo imposible para él por más que se esforzase y planeara, y que ahora toda esta cuestión le había quedado suficientemente clara.

En vez de imaginar ahora que Dios se agradaría de él, a causa de su nueva actitud mental, según la cual se veía condenado; él había pasado a ver y sentir con claridad que sería justo si Dios lo enviara a la miseria eterna, y que no había ninguna bondad en sus recientes sentimientos. Pues le era imposible dejar de ver que era una criatura pecaminosa y miserable, y que en eso no había nada que mereciese el amor o la piedad de Dios. Él percibió todas estas cosas de modo tan claro y convincente que, según dijo, ahora podría convencer a todos acerca de la incapacidad de una persona para mejorarse a sí misma, y de la indignidad de merecer cualquier ayuda de parte de Dios. En esa actitud, él había venido hoy al culto. Cuando empecé a invitar a los pecadores a que viniesen a Cristo vacíos y desnudos de todo mérito, sin ninguna bondad propia que los recomendará al Señor y llevara a Dios a aceptarlos; entonces él pensó que a menudo había intentado entregar su corazón a Cristo, y que habría de hacer esto tarde o temprano. Pero ahora estaba convencido de que no podía hacerlo, y le parecía completamente inútil probar alguna vez más; ni esperaba ahora una oportunidad mejor como lo había hecho antes, porque veía, y estaba completamente convencido, que su propia fuerza le fallaría siempre. Mientras razonaba así, él

vio, según dijo, con su corazón (una expresión que los indios usan comúnmente) algo que era incomparablemente bueno y amoroso, que él nunca antes había percibido; y eso “le robó el corazón, lo quisiera o no”. Sin embargo, como me explicó, no sabía de qué se trataba. Él no llegó a decir que era Jesucristo, pero era algo dotado de mucha gloria y belleza, algo que nunca antes había percibido. Ahora él no regalaba su propio corazón, como antes había intentado hacer; sino que se le fue de sí mismo después de aquella gloria que había descubierto. Antes, él solía intentar una negociación con Cristo -entregarle su corazón para que pudiera recibir la vida eterna. Pero ahora él no pensaba nada sobre sí mismo, o en lo que podría suceder de aquí en adelante. Estaba satisfecho, su mente totalmente involucrada con la idea de la increíble excelencia de lo que ahora había percibido.

Después de algún tiempo, vio cuán admirablemente satisfactorio es el camino de la salvación a través de Cristo, de modo que parecía indescriptiblemente mejor ser salvados por la mera gracia de Dios en Cristo. La consecuencia de esto fue que parece retener el gusto de las realidades divinas, al mismo tiempo que le permite mantener una vida seria, de religiosidad auténtica.

28 de enero. Los indios de este territorio, en el pasado, incurrieron en pesadas deudas debido a su excesivo consumo de bebidas alcohólicas; y algunos blancos se han aprovechado de esto y han arrestado a varios de ellos. Así se llegó a pensar que sus tierras de caza estaban en peligro, pudiendo ser arrancadas de ellos. Sintiendo que ellos no podrían mantenerse juntos en esta región, para convertirse en una congregación evangélica, si sus tierras se les eran arrebatadas -lo que era una perspectiva razonable-; pensé que era mi deber esforzarme al máximo para impedir tal acontecimiento. Habiendo contado el problema a los representantes de esta misión, de acuerdo con las más fieles informaciones que me fueron dadas, ellos pensaron que sería justo que se gastase parte del dinero que venían juntando para el beneficio religioso de los indios; para saldar las deudas de ellos y comprar estas tierras, a fin de que los indios no tuvieran ninguna dificultad en establecer y ampliar su congregación en este territorio. Así, habiendo recibido órdenes de ellos, lancé a crédito de los indios la cantidad de ochenta y dos libras y cinco chelines, en moneda corriente de Nueva Jersey, que vale ocho chelines por onza de peso; así impedí ese peligro o dificultad.

Como Dios ha realizado una maravillosa obra de gracia entre los indios, y ahora está inclinando a otros, procedentes de lugares remotos, a venir a vivir en comunidad casi continuamente; y puesto que Él abrió una puerta para impedir la dificultad que acabamos de mencionar -la cual parecía amenazar enormemente sus intereses religiosos, así como su bienestar material- estoy esperanzado de que Dios establezca una iglesia para sí mismo entre estos indios; para que la posteridad de ellos herede la verdadera religión.

31 de enero. Llegó hoy entre nosotros el hombre que elegí para ser el profesor de los indios, el cual fue calurosamente acogido por toda mi gente. Ante esto, distribuí varias docenas de folletos entre los niños y los jóvenes indios.

1 de febrero. El profesor inició sus actividades entre los indios. Él cuenta con cerca de treinta niños y jóvenes en su escuela, que funciona durante el día; y cerca de quince personas casadas, en su escuela nocturna. El número de personas casadas sería mayor si pudieran permanecer más constantemente en sus casas, y si pudieran separar algún tiempo de sus actividades de subsistencia para asistir a las clases.

Al atardecer, pasé a catequizar según mi costumbre. Al final del mensaje, un sorprendente poder pareció reforzar la Palabra; especialmente en el caso de ciertas personas. Un hombre anciano, que fuera un alcohólico notorio, hechicero (*powaws*) y asesino, y que había sido despertado espiritualmente unos meses antes; ahora fue llevado a una condición extrema bajo fuerte aflicción de alma, por lo que tembló durante horas, viéndose a sí mismo simplemente cayendo al infierno, sin ningún poder para rescatarse o aliviarse. Varios otros aparecieron bajo gran preocupación, así como él, y solícitos para obtener un cambio salvador.

8 de febrero. Pasé buena parte del día visitando a mi gente de casa en casa, conversando acerca de los intereses de sus almas. Muchos lloraron mientras yo dialogaba, pareciendo que por nada se interesaban tanto como por obtener unión espiritual con el Redentor. A la noche, pasé a catequizar, como ya se ha vuelto común. La verdad divina causó alguna impresión favorable entre los oyentes, habiendo provocado un afectuoso interés, en el caso de algunos de ellos.

Día del Señor, 9 de febrero. Enseñé a los indios, basándome en la historia del ciego en Marcos 10.46-52. La Palabra de Dios pareció sonar solemne y poderosa para los oyentes, habiendo impresionado considerablemente a muchos de ellos; particularmente a algunos que hasta entonces parecían ignorantes y descuidados en cuanto al uso de los medios de gracia. Pero ahora se despertaron y lloraron desconsoladamente.

Emprendió un viaje a Forks of Delaware para visitar a los indios allí. Realizó el viaje con gran debilidad física, y en ocasiones se movió con mucho dolor. [Jonathan Edwards]

Forks of Delaware, Febrero de 1746

Día del Señor, 16 de febrero. Sabiendo que un cierto número de indios de este territorio son obstinadamente contrarios al cristianismo, y que en el pasado algunos se habían negado a oírme predicar; pensé que sería apropiado y benéfico para el interés cristiano de aquí, contar con algunos de mis indios salvados para que pudieran conversar con ellos sobre asuntos religiosos. Esto hice en la esperanza de que los indios de aquí fueran convencidos de la veracidad e importancia del cristianismo, al ver y oír algunos de su propia nación hablando sobre las realidades divinas; manifestando gran deseo de que otros fuesen sacados de las tinieblas del paganismo, como ellos mismos lo habían sido. Con ese propósito, seleccioné media docena de los más serios e inteligentes de entre los indios de mi gente. Y, habiéndolos traído a Forks of Delaware, me reuní hoy con ellos y con los indios de este lugar. Un buen número de estos últimos no podrían haber sido convencidos de asistir a la reunión, si no fuera por esos seis indios creyentes que me acompañaron hasta aquí para dar su testimonio. Algunos de ellos, que antes se habían mostrado tan reacios al cristianismo, ahora se comportaban con sobriedad; aunque había otros que se reían y se burlaban. Sin embargo, la Palabra de Dios cayó con tal poder y vigor sobre los oyentes que varios de ellos parecían aturridos, habiendo entonces expresado el deseo de oírme nuevamente sobre estos asuntos.

Después de esto, oré con ellos y dirigí un sermón a los blancos presentes; no pude dejar de observar algunos efectos visibles de la Palabra entre ellos, como lágrimas y sollozos. Terminado el culto, pasé algún tiempo esforzándome en persuadir a los burladores sobre la veracidad y la importancia de lo que venía enseñando con insistencia; y así me empeñé en despertar la atención de ellos hacia la verdad divina. Tengo razón para pensar, sobre la base de lo que observé en la ocasión y más tarde, que mis esfuerzos obtuvieron un considerable efecto sobre

uno de los peores de los indios. Aquellos pocos indios que solían ser mis oyentes en esta región, algunos de los cuales se habían mudado a Crossweeksung, parecieron bien dispuestos para conmigo; alegres por verme de nuevo. Sin embargo, habiendo sido muy atacados por algunos de los paganos opositores, estaban casi avergonzados o temerosos de manifestar su amistad por mí.

17 de febrero. Después de haber pasado mucho tiempo enseñándoles en sus respectivas casas, los reuní y les reiteré e inculqué lo que les había enseñado antes. Posteriormente, prediqué sobre el pasaje de Hechos 8.5-8. Una fuerte influencia divina pareció acompañar la Palabra de Dios. Varios de los indios demostraban haber sido despertados, manifestando lágrimas y sollozos no fingidos. Mi gente de Crossweeksung había continuado con ellos, día y noche, repitiendo e inculcando las verdades que les había enseñado; y algunas veces oraban y entonaban salmos entre ellos. También conversaban entre ellos, ante los incrédulos, sobre las grandes cosas que Dios había hecho en favor de sí mismos y de los indios de cuyo medio ellos habían venido. Conforme a lo expresado por mi gente, esas conversaciones parecen haber producido un mayor efecto sobre los incrédulos que cuando se dirigían directamente a ellos.

18 de febrero. Prediqué a una asamblea de colonos irlandeses, a cerca de quince millas de distancia de los indios.

19 de febrero. Prediqué de nuevo a los indios, después de haber pasado mucho tiempo conversando con ellos en particular. Pareció sobrevenir una gran seriedad, así como alguna preocupación y conmoción entre los indios de este territorio; sin hablar de una dulce emoción entre aquellos indios que habían venido en mi compañía. Un buen número de indios de aquí parece haberse despojado de sus prejuicios, y de su aversión al cristianismo; mostrándose ahora bien dispuestos e inclinados a oír la Palabra de Dios.

20 de febrero. Prediqué a un pequeño grupo de holandeses que casi nunca habían escuchado la predicación del evangelio; algunos de ellos al menos, lo ignoraban totalmente. Pero últimamente, varios de entre ellos han inquirido con empeño por el camino de la salvación. Estos prestaron mucha atención al sermón, y fueron muy tocados por la Palabra. Más tarde, como fui informado, dijeron que nunca antes en toda su vida habían sido tan iluminados acerca del camino de la salvación. Me pidieron que permaneciera con ellos por algunos días, o que yo volviera para anunciarles de nuevo el evangelio. Me entristeció no poder atender su petición. No pude evitar ser afectado por las circunstancias en que se encontraban, pues eran como “ovejas que no tienen pastor”. Algunos de ellos parecían afligidos ante su estado pecaminoso, carentes de una asistencia especial por parte de un guía espiritual experimentado.

21 de febrero. Prediqué a un buen número de holandeses, aunque algunos de ellos tuvieron que venir desde ocho a diez millas de distancia. Algunos indios que también residían en la misma área vinieron, voluntariamente, acompañando a mi gente de Crossweeksung para el culto. Dos de ellos en particular, que el domingo anterior habían hecho oposición ridiculizando el cristianismo, ahora se comportaron con sobriedad. ¡Que estas alentadoras manifestaciones continúen!

22 de febrero. Prediqué para los indios. Parecían más libres de prejuicios, y más cordiales al cristianismo que antes; algunos de ellos parecían impresionados con la verdad divina.

Día del Señor, 23 de febrero. Prediqué a los indios usando el pasaje de Juan 6.35-37. Terminado el culto público hablé en particular con varios de ellos, y los invité a bajar a Crossweeksung en

mi compañía, para que se queden allí por lo menos por algún tiempo; pues sabía que allí estarían libres de las burlas y de las tentaciones de los paganos que se oponían el evangelio, además de poder continuar oyendo las verdades divinas enseñadas, tanto colectiva como individualmente. Algunos de ellos me prometieron hacer una visita en breve a Crossweeksung, para seguir siendo instruidos. Parecían haber sido considerablemente iluminados, desnudados de sus prejuicios contra el cristianismo. Pero temo que sus prejuicios revivan a menos que sigan siendo instruidos en este lugar; o se muden a donde puedan gozar de esa ventaja, alejados de sus conocidos paganos.

Abandonó Forks of Delaware para regresar a Crossweeksung; y predicó por el camino todos los días, excepto uno; siendo ayudado grandemente. Tenía mucho consuelo interior, y anhelos fervientes para llenar su tiempo con el servicio de Dios. [Jonathan Edwards]

Crossweeksung, Marzo de 1746

1 de marzo. Catequicé de acuerdo con mi método habitual de enseñanza. Me quedé contento y fortalecido al verlos responder mis preguntas con tan gran prontitud, discreción y conocimiento. Ya casi al final de mis instrucciones, la verdad divina causó considerable impresión en la audiencia, produciendo lágrimas en algunos que estaban preocupados por sus almas; y más especialmente se podía notar un dulce y humilde enternecimiento en otros, de los cuales tengo razón de pensar que recibieron la gracia divina.

Día del Señor, 2 de marzo. Prediqué basado en Juan 15.16. “No me elegisteis vosotros a mí” Los presentes parecieron no prestar tanta atención como era la costumbre, ni estar siendo tan tocados por la verdad divina como se había vuelto común entre nosotros. Algunos de entre mi gente, que habían subido conmigo a Forks of Delaware, cuando regresaron fueron acompañados por dos de los indios pertenecientes a Forks; los cuales habían prometido visitarme pronto. Que el Señor esté con ellos aquí. Dificilmente ahora entren en una casa en la que no encuentren conversación cristiana, lo que me infunde la esperanza de que ellos puedan ser instruidos y despertados.

De nuevo dirigí un sermón a los indios por la tarde, y entre ellos pude notar cierta animación y dedicación en el culto divino; aunque no con la misma intensidad que varias veces hemos visto por aquí. No conozco otra asamblea de creyentes donde parezca haber tanto de la presencia de Dios, donde el amor fraternal prevalezca tanto, o donde yo presencie tanto deleite en la adoración pública a Dios en general; como veo aquí en mi propia congregación. Siendo que hasta no hace más de nueve meses, ellos estaban adorando a los demonios y a los ídolos mudos; de acuerdo con el poder de las tinieblas y de las supersticiones paganas. ¡Admirable cambio! Realizado por nada menos que por el poder y la gracia. Es realmente un prodigio del Señor, y cosa realmente magnífica a nuestros ojos.

6 de marzo. Caminé solo por la noche y disfruté del consuelo en la oración, más allá de lo que últimamente he disfrutado: mi alma se regocijó en mi estado de peregrinación. Me encantó la idea de trabajar y soportar la dureza de Dios: y confío en que Dios “nunca me dejará ni me desampará”, hasta el final de mi carrera. ¡Oh, que Dios me conceda la misericordia para ser fiel, hasta el momento de mi muerte!

8 de marzo. Catequicé a los indios al atardecer. Mi pueblo respondió con holgura las preguntas que les hice. Puedo ver que el conocimiento de ellos, en cuanto a las verdades cristianas, aumenta cada día. Y lo mejor aún es que la influencia divina, que se ha manifestado entre ellos de forma tan notoria, parece seguir en buena medida. La presencia del Señor se hizo sentir durante la reunión esta noche. Algunos, que pienso que ya son creyentes regenerados, se compungieron con el sentido de la bondad divina así como de su propia esterilidad e ingratitud; pareciendo aborrecerse a sí mismos, como uno de ellos más tarde expresó. Parece que las convicciones del Espíritu también fueron reavivadas en varios casos, y la verdad divina fue acompañada por tal efecto sobre la asamblea en general; que con toda razón podría llamarse “una tarde de poder”.

Día del Señor, 9 de marzo. Prediqué usando el pasaje de Lucas 10.38-42. La Palabra de Dios actuó con poder y energía sobre los oyentes. Un buen número de estos fue afectado positivamente, los cuales pasaron a desear “lo único necesario”. Varios indios, que ya habían dado buenas evidencias de ser receptores de la gracia de Dios, se vieron muy afectados por su falta de espiritualidad; y vieron la necesidad que tenían de “crecer en la gracia”. Y la mayor parte de aquellos que, en el pasado, habían recibido impresiones de las cosas divinas, sintieron esas impresiones revividas nuevamente.

Por la tarde, decidí catequizar a los indios según mi método habitual. Estábamos aun pronunciando la primera oración en lengua indígena, como es nuestra costumbre, cuando la mayor parte de la asamblea se sintió muy conmovida e impulsada por las realidades divinas; de modo que sentí que era conveniente y apropiado dejar de lado esta vez las preguntas que yo había preparado, e insistir en las verdades más prácticas.

Eso fue lo que hice, elaborando un poco más el pasaje de la Biblia sobre el cual había discursado por la mañana. Entonces pareció descender sobre la congregación una poderosa influencia divina. Algunos de los indios, que considero realmente piadosos, fueron tan profundamente impresionados ante su esterilidad espiritual y su propio tratamiento indigno del bendito Redentor, que lo miraban como traspasado por ellos mismos; y se pusieron a lamentar, sí, y algunos de ellos lloraron amargamente como quien lloraba por un hijo primogénito. Algunos pobres pecadores, que fueron despertados, parecieran estar en angustia de alma, deseando obtener comunión con Cristo; por lo que hubo gran llanto en la asamblea, ¡con muchos gemidos profundos, sollozos y lágrimas! Y uno o dos de ellos, recién llegados entre nosotros, fueron bastante despertados.

Llegó a pensar, que habría sido un refrigerio para el corazón de cualquiera que realmente ama la causa de Sion, el haber presenciado esta operación divina; y visto los efectos de ella sobre santos y pecadores. El lugar de culto parecía al mismo tiempo agradable y solemne, y estaba tan agraciado por la demostración de la presencia y de la gracia de Dios, que aquellos que sentían alguna satisfacción con las cosas divinas no podían dejar de decir: “¡Cuán amables son tus moradas, Señor de los ejércitos! (Salmo 84.1). Terminado el culto, varias personas vinieron a mi casa, donde entonamos himnos y hablamos sobre las realidades espirituales; y la presencia del Señor también se manifestó aquí entre nosotros.

Mientras estábamos cantando, apareció la mujer mencionada en mi diario el 9 de febrero. Me aventuro a decir, si es que puedo decir tanto de cualquier persona que ya haya visto, que ella estaba “llena de gozo inefable y llena de gloria”; de tal manera que no consiguió contenerse, sino que prorrumpió en oración y alabanzas a Dios delante de nosotros todos, en medio de

muchas lágrimas. Hablaba, algunas veces en inglés y algunas veces en la lengua de los indios: “¡Oh, Señor bendito! ¡Ven, ven! ¡Oh, llévame de aquí; déjame morir e ir cerca de Jesucristo! ¡Tengo miedo de seguir viva y pecar de nuevo, oh, déjame morir ahora! ¡Oh, querido Jesús, ven, no puedo quedarme, no puedo permanecer aquí! ¿Cómo puedo seguir viviendo en este mundo? ¡Quita mi alma de este lugar pecaminoso! ¡Oh, nunca más dejes que yo peque contra ti! Oh, ¿qué haré, qué haré, querido Jesús, querido Jesús?” En este éxtasis ella continuó por un tiempo, pronunciando estas y otras expresiones similares sin cesar.

El gran argumento que ella usaba con Dios, para sacarla del mundo rápidamente, era: “Si yo vivo, puedo pecar nuevamente”. Cuando ella se había recuperado un poco, le pregunté si ahora Cristo parecía dulce y tierno para su alma. Ante la pregunta, se volvió hacia mí con los ojos llenos de lágrimas; y con todas las señales de la más sincera humildad que yo había visto en alguien, ella respondió: “Por muchas veces te oí hablar de la bondad y la dulzura de Cristo, que Él es mejor que todo el mundo. Pero, ¡oh!, yo realmente no había entendido lo que quería decir. ¡Nunca te creí! ¡Nunca te creí! ¡Pero ahora sé que es verdad!” Ella continuó hablando cosas así. Entonces pregunté: “¿Y ves lo suficiente en Cristo, para el mayor de los pecadores?” Ella respondió: ¡Oh, lo suficiente, suficiente!, para todos los pecadores en el mundo, si quisieran venir”. Cuando pregunté si podía hablar a otros sobre la bondad de Cristo, entonces, volviéndose hacia algunas personas sin Cristo que estaban paradas cerca de nosotros, pareciendo muy interesadas, ella dijo: “¡Oh! ¡Hay suficiente en Cristo para ti, si solo vinieras! ¡Oh, esfuérate, esfuérate por entregar tu corazón a él! Y al oír algo sobre la gloria del cielo donde no hay pecado, ella nuevamente cayó en ese estado de éxtasis, en la alegría y en el deseo por el regreso de Cristo; repitiendo sus expresiones anteriores: “¡Oh, querido Señor, déjame ir de aquí! ¿Qué haré, qué haré? Quiero ir a Cristo, no puedo seguir viviendo. ¡Oh, déjame morir!” La mujer continuó en ese estado mental por dos horas más, antes de volver a casa. Yo sé que puede haber una profunda alegría, que llegue incluso hasta el mismo punto de éxtasis; donde aun así, no haya evidencias sustanciales de estar bien fundamentada. En este caso, sin embargo, parece que no faltan evidencias capaces de probar que aquella alegría tenía origen divino, en lo que se refiere a los hechos antecedentes, a las circunstancias de los acontecimientos, y a las consecuencias subsiguientes.

De entre todas las personas que he visto estar bajo la influencia del Espíritu, raramente encontré otra más humilde y quebrantada bajo convicción de pecado y miseria, que esta mujer -indicios usualmente reputados como una obra preparatoria. Tampoco nunca vi a alguien que pareciera conocer mejor su propio corazón que ella, que a menudo se quejaba a mí acerca de su dureza y rebeldía. Ella dijo que su corazón se elevó y discutió con Dios, cuando pensó que Dios podría hacer con ella lo que mejor le pareciera, enviándola al infierno, a pesar de sus oraciones, de su estado de espíritu, etc.; y que su corazón no se disponía a venir a Cristo para recibir la salvación, pero intentó por todos lados para obtener ayuda. Y como parecía notablemente sensible para con su obstinación y oposición a Dios, estando bajo convicción; así también ella pareció no menos sumisa y reconciliada con la gracia divina, antes de haber obtenido cualquier alivio o consuelo. Desde entonces, ella ha respirado constantemente el espíritu y el temperamento de una nueva criatura. Clamaba por Cristo, no por miedo al infierno como antes, sino teniendo fuerte deseo de ir hacia Él como su única porción satisfactoria. Y por muchas veces ha llorado y sollozado amargamente, porque según entiende, ella no ha amado ni ha podido amar al Señor. Cuando a veces le pregunté: ¿Por qué parece triste?, ¿no será por temor del infierno? Entonces ella respondió: “No, no me aflijo por eso, pero mi corazón es tan malvado que no puedo amar a Cristo como debo”. Y luego estalló en lágrimas. -Pero aunque este ha sido el marco habitual de

su mente durante varias semanas, sin embargo, nunca tuvo un consuelo extraordinario hasta esta noche.

Este dulce y sorprendente éxtasis parece haberse originado en un auténtico descubrimiento espiritual de la gloria, de la belleza arrebatadora y de la excelencia de Cristo; y no de cualquier noción imaginaria grosera de su naturaleza humana, como por ejemplo verlo en éste o en aquel lugar, en cierta postura corporal, o colgando en la cruz, o sangrando hasta morir, o sonriendo gentilmente, o cosas semejantes. Antes, proviene de la visión de la excelencia personal de Cristo y de su superior amabilidad, lo que produce aquel vehemente deseo de disfrutar de Él, como ella ha manifestado; haciéndola desear estar “ausente del cuerpo, para estar presente con el Señor”.

Los acompañamientos de este arrebatador consuelo han sido tales que revelan que su origen es divino, como un auténtico “gozo en el Espíritu Santo”. Ahora ella contemplaba las verdades divinas como realidades vivas, pudiendo decir: “¡Sé que esas cosas son así, siento que son verdaderas!” Su alma se resignaba a aceptar la voluntad del Señor, incluso en el punto más sensible; de tal manera que cuando le pregunté: “¿Y si Dios te quitara a tu marido, que está muy enfermo, cómo piensas que aceptarías tal cosa?”, ella respondió: “Él pertenece a Dios, y no a mí; puede hacer con mi marido lo que mejor le parezca”. Ella tiene el más perceptible sentido de la maldad del pecado, al cual tiene la mayor aversión; prefiriendo morir y quedar completamente libre de la posibilidad de pecar. Ahora ella podía libremente confiar a las manos de Dios todo su ser, para el tiempo en la vida presente y por la eternidad. Cuando le pregunté si estaba dispuesta a morir y dejar su hija, y lo que ella pensaba sobre lo que sucedería con la niña, ella replicó: “Dios cuidará de ella, ella pertenece al Señor, Dios la cuidará”. Esta mujer ahora parece tener el más humilde sentido de su propia vileza e indignidad, de su debilidad e incapacidad de resguardarse del pecado y de perseverar en el camino de la santidad, clamando: “Si yo continúo viviendo, acabaré pecando”. Entonces me di cuenta de que nunca había visto una manifestación similar de éxtasis y humildad concentrada en una sola persona durante toda mi vida.

Las consecuencias de esta alegría no son menos deseables y satisfactorias que sus acompañamientos. Desde entonces la mujer parece ser una creyente muy tierna, quebrantada, afectuosa, devota y humilde; tan ejemplar en el vivir y en el hablar, como cualquier otro miembro de mi congregación. Mi deseo es que continúe creciendo “en la gracia y en el conocimiento de Cristo”.

10 de marzo. Al acercarse la noche, los indios se reunieron espontáneamente, entonces cantaron, oraron y discurrieron sobre las cosas divinas. En la oportunidad, hubo una intensa emoción entre ellos. Algunos de ellos, que espero sean piadosos, parecían conmovidos ante las realidades divinas; mientras que otros mostraban gran preocupación con sus propias almas. Percibiendo cuán comprometidos y dedicados estaban en sus quehaceres religiosos, fui a ellos, oré y les ofrecí una palabra de exhortación. Entonces pude observar a dos o tres de ellos que estaban un tanto conmovidos y preocupados; los cuales antes raramente demostraron estar bajo cualquier impresión religiosa. Este pareció ser el día y la noche del poder divino. Muchos de ellos habían retenido cálidas impresiones, dejadas en sus mentes por las verdades divinas, desde el día anterior.

Día del Señor, 16 de marzo. Prediqué a mi congregación, basándome en Hebreos 2.1-3. La verdad divina pareció ejercer una considerable influencia sobre algunos de los oyentes, produciendo muchas lágrimas; así como profundos sollozos y suspiros entre aquellos que ya han

demostrado ser cristianos auténticos, además de otras personas. Las impresiones sobre los oyentes, en general, parecían profundas; afectándoles los corazones, de forma no superficial o fingida.

Cuando la noche iba llegando, hablé de nuevo sobre la Gran Salvación. La Palabra de Dios nuevamente fue bendecida con algún poder sobre los oyentes. Un buen número de ellos lloró con sentimiento, aparentemente sin ningún fingimiento; de tal manera que el Espíritu de Dios parecía moverse entre la asamblea. Bauticé a la mujer mencionada en mi diario del último domingo; hizo profesión pública de fe con una actitud mental devota, humilde y excelente.

Estando mi casa llena con mi gente, por la noche, pasé el tiempo en prácticas religiosas junto a ellos; hasta que mis fuerzas casi se agotaron. Los miembros de mi congregación son incansables en los ejercicios religiosos, mostrándose insaciables en su sed por el conocimiento cristiano, al punto que algunas veces difícilmente consigo dejar de trabajar, hasta casi agotar mi fuerza y espíritu.

19 de marzo. Algunas de las personas que me acompañaron a Forks of Delaware, después de haber sido demoradas allí por la peligrosa enfermedad de uno de sus compañeros, regresaron a casa este día. Por eso mi gente se reunió voluntariamente a fin de pasar algún tiempo en prácticas religiosas, y sobre todo, para agradecer a Dios por su bondad preservadora en favor de aquellos que habían estado ausentes por varias semanas; además de haber recuperado a la persona que había estado enferma, ahora todos habían regresado aquí con seguridad.

Como yo estaba ausente, ellos expresaron el deseo de que el encargado de la escuela los ayudara en sus solemnidades religiosas. Después él me contó que se ocuparon en un intenso y largo tiempo de oración, canto, etc.

22 de marzo. Catequicé según mi método habitual, al atardecer. Mi gente respondió a mis preguntas, para mi gran satisfacción. Nada hubo de excepcionalmente notable durante la asamblea, considerando lo que ha sido común entre nosotros. Aunque puedo decir que la gran atención, la ternura, el afecto, las muchas lágrimas y los sollozos de corazón que hubo en gran abundancia entre nosotros, habrían sido notables si Dios no los hubiese hecho comunes en nuestro medio; e incluso entre los desconocidos tan pronto como llegan a nosotros. Estoy lejos de pensar que cada manifestación y cada caso particular de conmoción que ha ocurrido entre nosotros, hayan sido verdaderamente genuino, derivado del poder divino. Yo soy consciente de la posibilidad de lo contrario, y no dudo que haya habido alguna mezcla corrupta; es decir, alguna cizaña en medio del trigo, especialmente porque el interés por las cuestiones religiosas se ha generalizado por aquí.

Día del Señor, 23 de marzo. Estuvieron entre nosotros unos quince desconocidos, todas personas adultas; varias de las cuales nunca habían estado antes en ninguna reunión religiosa. Por eso juzgué oportuno hablar en este día, de una manera peculiarmente adaptada a las circunstancias y al conocimiento de ellos. Así pues, intenté explicarles el pasaje de Oseas 13.9: “Te perdiste, oh Israel, mas en mí está tu ayuda”. Por la mañana aclaré lo mejor que pude la apostasía y estado arruinado del ser humano, después de haber hablado sobre algunas cosas referentes a la persona y a las perfecciones de Dios; como Él creó al hombre en estado de rectitud y felicidad. Por la tarde, me esforcé por mostrar la gloriosa provisión divina con vistas a la redención de las criaturas apóstatas, al dar a su propio Hijo querido para sufrir en lugar de ellas; y así satisfacer la justicia divina en favor de ellas.

Ya casi a la puesta del sol, sentí una preocupación inusual, especialmente por los pobres desconocidos; porque Dios había contenido su presencia y la poderosa influencia de su Espíritu durante los acontecimientos del día. Esto les privó de que tuvieran ese grado de convicción que yo esperaba ver. Así preocupado, visité varias casas y expliqué el evangelio; con cierta aprehensión e intensidad, a varias personas en particular. Al parecer, sin embargo, sin gran éxito; hasta que llegué a una casa donde estaban hospedados varios de los recién llegados. Allí finalmente las solemnes verdades que yo había predicado parecieron producir efecto; primero en algunos niños y luego en varios adultos que habían sido de alguna manera despertados anteriormente; y, finalmente, en varios de los visitantes paganos.

Di continuidad a mi discurso de modo fervoroso, hasta que casi cada persona de la casa estaba en lágrimas. Muchos empezaron a llorar en voz alta, pareciendo debidamente interesados en obtener los beneficios de Cristo. Ante esto, un gran número de personas de otras casas se acercaron; y tan grande quedó la multitud, que fuimos forzados a continuar la reunión en el lugar donde usualmente nos reunimos en adoración pública. La congregación se reunió inmediatamente, y muchos parecían estar profundamente afectados, cuando entonces pude predicar por algún tiempo usando el pasaje de Lucas 19.10, “Porque el Hijo del hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido”. Procuré destacar la misericordia, la compasión y el amor de Cristo por los pecadores perdidos, impotentes y condenados. Hubo mucha conmoción y emoción visibles entre los presentes, y no dudo de que el poder de Dios haya alcanzado los corazones de muchos, a través del sermón. Hubo cinco o seis, entre los hombres y las mujeres que nos visitaban, que parecieron haber sido bastante despertados. Destacó entre esos un joven muy fuerte, al que aparentemente nada podría afectar, pero que ahora fue llevado a temblar como el carcelero de Filipos, y a llorar por largo tiempo.

Los paganos que fueron despertados, parecieron renunciar en la misma hora a su brutalidad salvaje, y a sus maneras típicamente paganas; convirtiéndose en personas sociables, ordenadas y humanas en todo su porte. Cuando llegaron por primera vez, exhorté a mi gente a que se hicieran cargo de ellos (como lo habían hecho con otros extraños de vez en cuando) para instruirlos en el cristianismo. Pero cuando algunos de mis indios creyentes intentaron acercarse a los extraños, éstos pronto se levantaron y se retiraron a otras casas; para evitar oír la conversación de los creyentes. Por eso, algunos creyentes serios estuvieron de acuerdo en que se dispersaran por diversos lugares del pueblo; y así por donde fueran los visitantes recién llegados, oírían algunas palabras instructivas o calurosas dirigidas a ellos acerca de la salvación de sus almas.

Ahora, sin embargo, no hay más necesidad de usar esa política para que podamos dialogar con ellos acerca de sus intereses espirituales, porque ya están tan convencidos de su estado de perdición que aceptan voluntariamente conversar íntimamente con los creyentes acerca de su pecado y miseria; o de su necesidad de conocer y obtener los beneficios del gran Redentor.

24 de marzo. Conté a los indios para ver cuántas personas Dios había reunido aquí desde que llegué a este territorio; descubrí que, en total, había cerca de ciento treinta personas, entre ancianos y jóvenes. Tal vez unos quince o veinte de los que son mis oyentes constantes estuvieron ausentes en esta época. Si todos estos estuvieran juntos, el número sería considerable; especialmente si tomamos en cuenta cuán pocos podían reunirse cuando llegué a este territorio -nada más que diez personas en aquel momento.

Mis indios salieron hoy con el propósito de desmalezar un trecho de sus tierras, por encima de unas quince millas de este pueblo, a fin de formar una colonia cercana donde puedan gozar de las ventajas de frecuentar los cultos, de enviar a sus hijos a la escuela; y, al mismo tiempo, de hacer sus plantíos de manera más conveniente -sus tierras, donde residimos actualmente, son de poco o ningún valor para ese propósito. El plan de establecerse así en una colectividad, cultivando sus propias tierras, al que poco se habían dedicado en su estado de paganismo; es una cuestión de necesidad básica para sus intereses religiosos y para su bienestar material. Yo había pensado que era conveniente convocarlos para mostrarles el deber de trabajar con fidelidad y diligencia y que no deberían ser “perezosos” en sus actividades; como lo habían sido en su estado pagano. He procurado subrayar cuán importante es que ellos sean laboriosos, diligentes y vigorosos en la ejecución de sus actividades; sobre todo en la actual estación, cuando la época de la siembra se acerca, para que tengan condiciones de seguir viviendo juntos; disfrutando también de los medios de la gracia y de la instrucción. Habiéndoles dado instrucciones sobre su trabajo, instrucciones estas que deseaban recibir, así como orientación sobre varios aspectos de comportamiento; entonces expliqué, canté himnos y traté de inculcarles el verso “Si Dios no edificare la casa”, etc. Y, habiéndoles encomendado a Dios en oración tanto a ellos como al propósito de su salida, los despedí para que realizaran su trabajo.

Al atardecer, leí y expuse a los indios que permanecieron en el pueblo, así como a los visitantes, la esencia de Hechos 3. Algunos de ellos parecían muy compungidos ante la predicación de la Palabra, especialmente cuando hablaba sobre el versículo 19, “Arrepentíos, pues, y convertíos...” Varios de los visitantes sintieron el poder de la Palabra. Cuando, más tarde, les pregunté si no sentían que sus corazones eran malvados, una de las mujeres respondió que “Sí, lo sentí ahora”. Esta mujer, antes de venir aquí, al oír que yo enseñaba a los indios que todos ellos tenían corazones malignos que necesitaban ser transformados para llegar a ser buenos mediante el poder de Dios, había comentado que “su corazón no era malvado, y nunca había hecho nada que fuera malo en su vida”. De hecho, en su estado de paganismo, así piensan todos los indios. No parecen tener conciencia de pecado y de culpa, a menos que puedan acusarse a sí mismos de ciertos actos pecaminosos groseros.

27 de marzo. Prediqué a un cierto número de mi gente en una de sus casas, de manera más particular. Investigué particularmente su estado espiritual, a fin de ver qué impresiones estaban sintiendo. Les expuse a ellos los signos de una persona regenerada, y también los signos de una persona no regenerada; intenté adaptar y orientar mi discurso a cada uno, individualmente, conforme pude entender el estado de espíritu de ellos. Antes de terminar mi presentación, ya se había reunido un considerable número de indios; varios de ellos parecían muy tocados por la Palabra, sobre todo cuando encarecí la necesidad y la infinita importancia del nuevo nacimiento. He comprobado que el trato individual e íntimo con las personas, acerca de sus almas, en la mayoría de las veces obtiene éxito.

31 de marzo. Convoqué a mi gente, como lo hice el lunes anterior, y de nuevo les enseñé la necesidad y la importancia de la labor diligente para poder vivir juntos, disfrutando de los medios de gracia. Habiendo ofrecido una oración solemne a Dios, entre ellos, rogando las bendiciones divinas a sus esfuerzos, los despedí para el trabajo.

Un buen número de indios, tanto hombres como mujeres, se ofrecieron voluntariamente a este servicio; algunos parecían estar deseosos de que Dios fuera con ellos, ayudándoles a iniciar su pequeña ciudad; y que a través de su bendición fuera una localidad confortable para ellos y para

sus familiares; en cuanto a adquirir lo necesario para la vida, como a garantizar la asistencia a los cultos públicos.

5 de abril. Catequicé a los indios al atardecer. Hubo mucha emoción y fervorosa participación en el culto divino entre todos los presentes, especialmente al final de mi sermón. Terminada la reunión vinieron a mi casa algunos indios, los cuales ansiaban por entender mejor las cosas divinas. Mientras conversaba con ellos acerca de sus estudios bíblicos, observándolos y notando que la obra de Dios en sus corazones era sustancialmente la misma que Él realiza entre todos sus hijos, y también que sus pruebas y tentaciones eran iguales; les dije que estaban en la obligación de amarse mutuamente de forma peculiar, que consiste en la comunión de los santos; entonces, parecían sentir profundo afecto y ternura unos por otros. Creo que esa señal particular es la que demuestra que son discípulos de Cristo, es decir, el amor que se tienen unos a otros; el cual raramente había parecido más evidente que en esta ocasión.

Día del Señor, 6 de abril. Prediqué sobre Mateo 7.21-23. Un buen número de creyentes examinó, de modo serio y detenido, su estado espiritual al oír que “no todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos”. Por la tarde, expliqué ante ellos la disciplina de Cristo en su iglesia, así como el método de tratar con los ofensores. En la oportunidad, los creyentes se sintieron profundamente conmovidos sobre todo al oír que un ofensor, si continuaba en su obstinación, tendría que ser considerado y tratado como “un hombre pagano; que no tiene parte ni suerte entre el pueblo visible de Dios”. Sobre esto, los presentes parecían estar envueltos por los temores más terribles: un estado de paganismo del que hace poco tiempo habían sido sacados, y el que ahora les parecía horroroso.

Terminado el culto público, visité varias casas para ver cómo pasaban el resto del domingo, abordando con toda solemnidad las profundas cuestiones referentes a sus almas. El Señor parecía sonreír sobre mis esfuerzos para tratar con varios individuos, haciendo que estos breves diálogos privados se mostraran más eficaces para algunos que mis sermones públicos.

7 de abril. Hablé delante de mi gente al atardecer, usando el pasaje de 1ª Corintios 11.23-26. Procuré explicarles la institución, la naturaleza y las finalidades de la Cena del Señor, así como las cualificaciones y preparaciones necesarias para una correcta participación en esa ordenanza. Varios de ellos quedaron muy conmovidos ante el amor de Cristo, manifestado en el hecho de que Él hizo provisiones para el consuelo de sus discípulos, en un momento durante el cual Él mismo empezaba a entrar en sus más agudos sufrimientos.

25 de abril. Habiendo designado el siguiente domingo para la administración de la Cena del Señor, separé este día para ayuno solemne y oración. Mi propósito fue el de implorar la bendición del Señor sobre nuestra renovación del pacto con Él, y los unos con los otros, para que caminemos juntos en el temor de Dios, en amor y compañerismo cristiano; rogándole que su presencia esté con nosotros al acercarnos a su mesa. También que nos humillemos ante Dios a causa de la aparente retirada, al menos en cierta medida, de aquella bendita influencia que se ha hecho sentir tantas veces sobre personas de todas las edades entre nosotros. Y para que nos humillemos ante Dios, a causa de las crecientes instancias de descuido, vanidad y vicio entre algunos que antes parecieron tocados y afectados por la verdad divina, y llevados a tener alguna sensibilidad hacia su estado natural de miseria y perdición. Se determinó que oráramos en gran manera por el establecimiento pacífico de los indios en su propia comunidad, a fin de que se convirtiera en una congregación confortable para la adoración a Dios; y para que Dios derrotara todos los intentos que se hicieran contra ese piadoso designio. La ceremonia fue acompañada

con seriedad, no sólo por aquellos que se proponían participar en la Cena del Señor, sino también por la congregación entera. En la primera parte del día me esforcé por explicar a la gente la naturaleza y el motivo del ayuno, lo que ya había intentado hacer anteriormente de forma más resumida. Por la tarde, insistí en las razones especiales por las que estábamos comprometidos en estas solemnes actividades, tanto en lo que se refiere a la necesidad que teníamos de la ayuda divina a fin de prepararnos debidamente para esta sagrada ordenanza, de la que algunos de entre nosotros querían participar y así lo permitió la providencia divina; como también en lo referente al declive manifiesto de la obra de Dios por aquí, como la convicción de pecado y la conversión de pecadores, ya que últimamente sólo unos pocos han sido despertados de su estado de seguridad propia. La adoración a Dios fue acompañada por gran solemnidad y reverencia, con mucha ternura y lágrimas por parte de aquellos que parecían creyentes genuinos. También pareció haber alguna manifestación del poder divino, sobre aquellos que antes habían sido despertados y que continuaban bajo convicción. Después de repetida la oración y lectura de la Palabra de Dios, expuse a los creyentes, con el máximo de brevedad y claridad a mi alcance, la sustancia de la doctrina de la fe cristiana; como ya había hecho, lo que abrazaron con renovado ánimo.

Entonces los conduje a una solemne renovación de su pacto bautismal, por medio del cual se habían entregado, explícita y públicamente, a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo, reconociéndolo como su Dios; al tiempo que renunciaban a sus vanidades paganas, y a sus prácticas idólatras y supersticiosas. Todos prometieron recibir seriamente la Palabra de Dios, hasta donde ellos ya la conocían o pudieran venir a conocerla, como regla de sus vidas. Prometieron caminar juntos en amor, mirando cada uno por sí mismo y por los hermanos, llevando vidas serias y devotas; y cumpliendo los deberes cristianos que cabían a cada uno.

Este solemne acuerdo se hizo acompañar por mucha gravedad y seriedad, y al mismo tiempo, con la máxima disposición y alegría; y una unión y armonía de alma, muy espiritual, vino a coronar toda la solemnidad. Por la noche, no pude dejar de pensar que había habido señales evidentes de la presencia divina con nosotros durante todas nuestras diversas actividades del día; aunque también era claro que entre los creyentes no hubo ese mismo grado de interés espiritual que con frecuencia se ha observado aquí.

26 de abril. Por la tarde prediqué a mi gente con base en Mateo 26.26-30; hablé sobre el autor, la naturaleza y los designios de la Cena del Señor; me esforcé por subrayar quiénes son los receptores dignos de la ordenanza. Los creyentes genuinos fueron tocados, quedando emocionados ante la verdad divina teniendo la visión del amor de Cristo en su muerte. Al atardecer pasé a instruir a aquellos que tenían intención de participar de la Cena del Señor al día siguiente, y hablé sobre la institución, la naturaleza y la finalidad de esa ordenanza; me quedé muy satisfecho ante el conocimiento doctrinal de ellos y reconocí que estaban aptos para participar en la misma. Por igual, parecieron sentir de modo general, la solemnidad de la sagrada ordenanza; sintiéndose humildes bajo la sensación de su propia indignidad de acercarse a Dios, así como deseaban estar debidamente preparados para participar dignamente de la Cena. Sus corazones estaban plenos de amor unos por otros, pareciendo ser esa la actitud mental que querían conservar hasta llegar delante de la mesa del Señor. En los cánticos y oraciones que tuvimos después de las instrucciones catequísticas, se manifestó una apropiada ternura y emoción entre las personas; así como señales de amor fraternal y afecto, que obligaría a cualquiera a exclamar: “Señor, bueno es que estemos aquí”. Sí, es bueno estar donde se manifiestan estas influencias celestiales.

Día del Señor, 27 de abril. Prediqué sobre el texto de Tito 2.14: “quien se dio a sí mismo por nosotros”. Esta vez, la Palabra de Dios fue acompañada por señales del poder divino sobre todos los presentes; de tal manera que la audiencia exhibió notable atención y gravedad especialmente al final del culto, cuando muchas personas fueron tocadas. Administré la Cena del Señor para veintitrés personas indias (el número de hombres y mujeres era prácticamente el mismo). Varios indios, en número de cinco o seis, estaban ausentes ya que se encontraban en Forks of Delaware; sino habrían participado de la Cena junto a nosotros.

La ordenanza fue servida con gran solemnidad, en medio de una deseable ternura y afecto. Fue notable que durante la administración de la ordenanza, sobre todo en la distribución del pan, los presentes se vieron afectados de la forma más vívida; como si Cristo “hubiera sido realmente crucificado delante de ellos”. Y las palabras de la institución, cuando fueron repetidas y ampliadas con ocasión de la administración, parecen haber surtido idéntico efecto; con una fe libre y plena y con un afectuoso involucramiento del alma, como si el mismo Señor Jesucristo se hubiera hecho presente para hablar personalmente con ellos.

Después de haber descansado por algún tiempo, tras la administración del sacramento de la Cena, y estando extremadamente cansado debido a las actividades del trabajo, fui caminando de casa en casa, conversando en particular con la mayoría de los participantes; y descubrí que casi todos se habían sentido renovados en la mesa del Señor, como si hubieran bebido “vino nuevo”. Yo nunca antes había sido testigo de tal exhibición de amor cristiano entre las personas, en toda mi vida. Todo fue tan notable que podríamos exclamar con agradable sorpresa: “Mirad cómo se aman los unos a los otros”.

Pienso que no podría haber más signos de afecto mutuo entre el pueblo de Dios, en los primeros días del cristianismo, de lo que se presenció aquí. La escena era tan agradable y tan armonizada con el evangelio, que nada menos podría decirse sino que todo era una “obra del Señor”; una genuina operación de Aquel que “es Amor”.

Al acercarse la noche, discursé nuevamente sobre el texto arriba mencionado, Tito 2.14, e insistí sobre la finalidad inmediata y el propósito de la muerte de Cristo, es decir: “Para redimirnos de toda iniquidad”. Este pareció ser un período de poder divino entre nosotros. Los creyentes se sintieron muy revigorizados, pareciendo notablemente tiernos y emocionados, llenos de amor, alegría y paz, deseosos de ser completamente “redimidos de toda la iniquidad”, de tal manera que, posteriormente, algunos de ellos me dijeron que nunca antes se habían sentido de aquella manera. Las convicciones también parecieron ser reavivadas en el caso de muchos; se despertaron varias personas que yo nunca antes había observado que estuvieran bajo cualquier impresión religiosa. Tal fue la influencia divina sobre nuestra reunión, y tan indeciblemente deseable la manera en que muchos disfrutaron del culto, que casi me pareció una ofensa finalizar la reunión. Los congregantes una vez despedidos, aunque ya estaba oscureciendo, parecían tan reacios a abandonar el lugar que les era tan querido por los beneficios disfrutados; mientras que la influencia vivificadora destilaba sobre ellos. En general, debo decir que he tenido mucho placer en la administración de este sacramento, en varios aspectos. Tengo razones de sobra para pensar que aquellos que participaron de la Cena del Señor, ya poseen un buen grado de conocimiento doctrinal sobre la naturaleza y el designio de esta ordenanza; y que ellos actuaron con entendimiento en cuanto a lo que hicieron.

¡Oh, qué momentos dulces y benditos fueron aquellos! Estoy persuadido de que Dios mismo vino a pararse en medio de su pueblo. No dudo que muchos al terminar el día, podrían decir

desde el fondo del corazón: “En verdad, un día así pasado en la casa de Dios es mejor que mil días en cualquier otro lugar”. Parecía que estas personas piadosas estaban dotadas de un solo corazón. La dulce unión, la armonía y el tierno amor y afecto subsistentes entre ellos, a mi entender, sirven como uno de los más vívidos símbolos que yo haya visto del mundo celestial.

28 de abril. Concluí la solemnidad con un sermón basado en Juan 14.15: “Si me amáis, guardad mis mandamientos”. En esa ocasión hubo una agradable ternura sobre los presentes en general, pero especialmente sobre los comulgantes. ¡Oh, cuán espontáneos, cuán comprometidos y afectuosos parecieron durante el culto a Dios! Parecían dispuestos a dejar que “sus orejas fuesen perforadas en los umbrales de la puerta de la casa de Dios”, convirtiéndose en sus siervos para siempre (léase Éxodo 21.6).

Al observar a un buen número de personas en este excelente estado de ánimo, y de manera general, a la asamblea conmovida por la influencia divina; pensé que era apropiado aprovechar el momento, según Ezequías hizo con ocasión de la gran celebración pascual (2ª Crónicas 31), a fin de promover la bendita reforma iniciada en medio de ellos; y estimular en la perseverancia a aquellos que parecían serios y piadosos. De acuerdo con esto, propuse a mi gente que ellos deberían renovar su alianza con Dios; vigilando sobre sí mismos, y unos para con los otros, a fin de no deshonorar el nombre de Cristo cayendo en prácticas pecaminosas e impropias, y en especial que se acautelaran del pecado de la embriaguez (el pecado que tan fácilmente los asedia) y de las tentaciones que conducen al alcoholismo; evitando la aparición del mal. Concordaron alegremente con la propuesta, y explícitamente se unieron en el propósito de renovar su pacto. En vista de ello, invoqué a Dios como testigo en cuanto al sagrado compromiso de ellos, de la manera más solemne que fui capaz. Le recordé la gravedad de la culpa en que incurrirían si violaban sus votos; también testifiqué que Dios sería testigo terrible contra aquellos que presumían de así proceder, en el “gran y terrible día del Señor”. Fueron momentos de admirable solemnidad, sobrevino profunda reverencia en la fisonomía de todos en la congregación en cuanto a ese propósito. Sinceros sollozos, suspiros y lágrimas, fueron frecuentes en la audiencia; no dudo que muchos gritos silenciosos fueron entonces enviados a lo alto, a la Fuente de la gracia, pidiendo un suficiente suministro de la gracia divina para que pudieran cumplir tan solemne compromiso.

3 de mayo. Cabalgué desde Elizabeth-Town, hogar de mi gente, hasta Cranberry adonde ahora se han trasladado; y donde espero que Dios los establezca como una congregación cristiana. Me sentí refrescado al levantar mi corazón hacia Dios, mientras cabalgaba; y disfruté de un momento de agradecimiento de espíritu.

Día del Señor, 4 de mayo. Puesto que ahora mi gente se había retirado a sus tierras, como mencioné en mi diario el 24 de marzo, donde desde entonces han estado ocupados en prepararse para establecerse próximos unos a otros; a fin de poder disfrutar de forma más conveniente del evangelio y de otros medios de instrucción; así como de mejores comodidades en la vida material. Decidí visitarlos hoy. Tuve que alojarme en la residencia de una familia inglesa, a cierta distancia de donde estaban mis indios. Por la mañana, les prediqué con base en Marcos 4.5. “Otra parte cayó en pedregales, donde no tenía mucha tierra...” Me esforcé por mostrarles la razón para sentir temor, a fin de que las muchas señales y comienzos prometedores en el área religiosa no resultasen abortivos; como en la ilustración de la semilla que había caído sobre terreno rocoso.

Por la tarde, prediqué basado en Romanos 8.9: “Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él”. Tengo motivos para juzgar que este sermón fue especialmente oportuno, y que ejerció un excelente efecto sobre algunos de los oyentes. Después, pasé varias horas en conversaciones privadas, y trabajé para regularizar ciertas cosas que percibí eran inapropiadas entre algunos de ellos.

5 de mayo. Visité de nuevo a mi gente, cuidando sus intereses materiales; ofreciendo consejos sobre sus negocios. Cada día vengo descubriendo más y más, cuán importante es para sus intereses religiosos que se vuelvan laboriosos e industriosos, afectos a las labores de la agricultura y capaces de suplir entre ellos mismos sus necesidades y confort de la vida diaria; porque su actual manera de vida los expone grandemente a tentaciones de todo orden.

9 de mayo. Prediqué sobre Juan 5.40, al aire libre en pleno campo. Esto porque los indios aún no tienen un templo en este lugar, y casi ni disponen de refugios para vivir. La verdad divina ejerció una considerable impresión sobre la audiencia, y ésta fue una ocasión de gran solemnidad, ternura y afecto.

En el día de hoy bauticé a un hombre (el hechicero y asesino mencionado en mi diario el 8 de agosto de 1745 y el 1 de febrero de 1746); que parece ser un caso tan notable de la gracia divina que no puedo dejar de presentar aquí un breve relato sobre él. Él vivía en las cercanías, y algunas veces venía a mis reuniones en Forks of Delaware; por el espacio de más de un año. Sin embargo, como la mayoría de los indios, estaba extremadamente apegado a la bebida fuerte. En nada parecía ser afectado por los medios que yo usaba entre ellos para su instrucción y conversión. En aquella época, al asesinar a un joven indio, fue lanzado en una especie de horror y desesperación; por lo que se mantenía alejado de mí, rechazando el oírme predicar por varios meses seguidos. Hasta que un día tuve la oportunidad de conversar abiertamente con él, dándole ánimo de que su pecado podría ser perdonado por el amor de Cristo. Después de eso, volvió a frecuentar en ocasiones nuestras reuniones.

Pero el peor aspecto de su conducta era la brujería. Él era uno de aquellos que los indios suelen designar de *powaws*; a pesar de frecuentar nuestras reuniones y de oírme predicar, continuaba poniendo en práctica sus encantamientos y hechicerías “buscando mostrar ser un gran personaje a quien todos daban oído”, suponiendo que estaba dotado de gran poder. En varias ocasiones, estando yo instruyendo a los indios acerca de los milagros operados por Cristo en la curación de enfermos, mencionándolos como pruebas de su misión divina y de la veracidad de su doctrina; ellos inmediatamente hablaban sobre las maravillas de cura que aquel hombre realizaba con sus encantos mágicos. Así, lo tenían en alta estima, a causa de sus creencias supersticiosas. Esto parecía un obstáculo fatal a algunos de ellos, en cuanto a la aceptación del evangelio. Por muchas veces llegué a pensar que sería un gran favor en pro de la evangelización de los indios, si Dios sacase del mundo a aquel impío; pues casi no tenía más esperanza de que él un día fuese transformado. Pero Dios, cuyos pensamientos no son los pensamientos del hombre, resolvió usar un método mucho más eficaz con aquel indio, un método según su naturaleza misericordiosa, y creo yo, ventajoso para sus propios intereses entre los indios; además de eficiente para la salvación de la pobre alma de aquel hombre. A Dios, pues, sea la gloria por eso.

El primer genuino interés de aquel hombre por su alma, fue despertado cuando vio a mi intérprete y a su mujer siendo bautizados en Forks of Delaware, el 21 de julio de 1745. Esto lo dejó tan impresionado que, por invitación de un indio que ya era favorable al cristianismo, él me siguió hasta Crossweeksung en los primeros días de agosto; a fin de oírme predicar. Y allí

continuó por varias semanas, durante el período del más notable y poderoso avivamiento que hubo entre los indios. En aquella ocasión fue despertado aún más, y colocado bajo gran preocupación por su alma. Y “sintiendo la palabra de Dios en su corazón” (así lo expresó él) su espíritu de conjuración lo dejó completamente: que desde entonces, no ha tenido más poder de esa naturaleza que cualquier otro hombre. Y declara que ni siquiera sabe cómo solía hechizar y conjurar; y que no podría hacer nada de esa naturaleza, aunque lo deseara.

Él continuó bajo la convicción de su estado pecaminoso y perdido, preocupándose mucho por su alma; durante todo el otoño y la primera parte del invierno pasado. Pero no llegó a ser profundamente tocado, sino durante cierto tiempo del mes de enero, cuando la Palabra de Dios pasó a dominarlo de tal manera que cayó en profunda aflicción; sin saber qué hacer ni para dónde volverse. En esa ocasión me dijo que cuando solía oírme predicar, lo que sucedía de vez en cuando durante el otoño del año pasado, mi predicación hería su corazón, dejándolo muy intranquilo pero no al punto de angustiarse; porque todavía esperaba que podría hacer algo para aliviarse a sí mismo. Pero ahora, dijo él, que yo lo llevé a un rincón tan agudo donde no tenía forma de volverse. Prosiguió bajo una carga pesada y bajo la presión de un espíritu herido, hasta que por fin cayó en fuerte angustia e intensa agonía de alma; como mencioné en mi diario el 1 de febrero. Ese estado prosiguió aquella noche y parte del día siguiente. Después de esto, él fue llevado a una especie de calma, su pesada carga fue removida y parecía perfectamente sereno; aunque no tenía ninguna esperanza segura de salvación.

Lo observé que parecía notablemente compuesto, y luego le pregunté cómo lo hizo. Él respondió: “Está hecho, está hecho, todo está hecho ahora”. Le pregunté a qué se refería. Y él respondió: “No puedo hacer nada más para salvarme a mí mismo; todo está hecho para siempre, no puedo hacer más”. Indagué con él, si no podría hacer un poco más en lugar de ir al infierno. Él respondió: “Mi corazón está muerto, no puedo evitarlo”. Le pregunté qué creía que iba a suceder con él en vista de ello. Él respondió: “Sólo me queda ir al infierno”. Le pregunté también si pensaba que Dios era justo al enviarlo al infierno. Y la respuesta fue: “Ciertamente, el diablo ha estado en mí desde que nací”. Le pregunté si se sentía de esa manera cuando estaba en tan grande aflicción, la noche anterior. Él dijo: “No, en aquel momento yo no pensaba que era justo. Yo pensaba que Dios me mandaría al infierno, y que yo ya estaba cayendo en él. Pero mi corazón se peleaba con Dios, no queriendo admitir que era justo enviarme allá. Ahora, sin embargo, reconozco que eso es justo pues yo siempre serví al diablo, y mi corazón ahora no tiene bondad, pero es tan malo como siempre lo fue”. Pensé que raramente había visto a alguien que hubiera sido llevado más eficazmente a desistir de la dependencia de sí mismo, y de sus esfuerzos en cuanto a la salvación; o que más claramente se haya postrado a los pies de la misericordia que aquel indio.

Él continuó en esa actitud mental por varios días, dictando sentencia de condenación sobre sí mismo, reconociendo todo el tiempo que sería justo si fuera condenado; y que esperaba que esa fuera su porción. Sin embargo, estaba claro que poseía una esperanza secreta por misericordia, lo que le preservó no sólo de desesperarse, sino también de cualquier angustia apremiante. Y así, en vez de entregarse a la tristeza y al abatimiento, su fisonomía parecía apacible y agradable.

Al estar en ese estado, me preguntó varias veces cuándo yo iba a predicar de nuevo. Parecía desear oír la Palabra de Dios todos los días. Le pregunté por qué quería oírme predicar, ya que su corazón estaba muerto y estaba todo terminado; y que nunca podría ayudarse a sí mismo, esperando sólo el infierno. Él replicó: “Me gusta mucho oír hablar de que Cristo es para todos”.

Yo añadí: “Pero ¿de qué te adelantará eso, si al final tienes que ir al infierno?” -usando su propio lenguaje. Antes, yo había intentado de la mejor manera posible exponerle las excelencias de Cristo, su total suficiencia y disposición para salvar a los pecadores perdidos, como era su caso; sin que le hubiera dado ningún confort. Él respondió: “Es que, aunque tenga que ir al infierno, quiero que otras personas vengan a Cristo”. Era admirable que pareciera tener tanto amor por el pueblo de Dios. Y nada le dejaba más perturbado que la idea de quedarse separado de ellos. Esta parece ser una parte realmente espeluznante del infierno al que se veía condenado. También era digno de atención que durante ese período, él se mostrara muy diligente en el uso de todos los medios para la salvación del alma, aunque él tenía una visión clara sobre la insuficiencia de los medios para proporcionarle ayuda. Con frecuencia él decía que todo lo que hacía nada significaba, pero nunca antes se mostró tan constante en observar diariamente la oración particular y doméstica, y sorprendentemente, se mostraba diligente y atento al oír la Palabra de Dios; de tal modo que él ni siquiera abandonaba la idea de recibir misericordia, ni presumía en depender de sus propios actos, sino que usaba los medios determinados por Dios para la salvación, y también esperaba en Dios a su manera.

Después de continuar en ese estado durante más de una semana; mientras yo predicaba públicamente, pareció recibir una visión vivificante de la excelencia de Cristo y del camino de la salvación por medio de él; lo que le llevó a las lágrimas, llenándolo de admiración, consuelo, satisfacción y alabanza a Dios. Desde entonces ha sido un creyente humilde, devoto y afectuoso, serio y ejemplar en su conversación y comportamiento. A menudo se queja de su esterilidad, de su falta de calor, vida y actividades espirituales; aunque a menudo se ve favorecido por una influencia reanimadora y restauradora. En todo, hasta donde soy capaz de evaluar, él estampa las marcas de alguien que “fue creado de nuevo en Cristo Jesús, para buenas obras”.

Su celo por la causa de Dios me fue agradable cuando estuvo conmigo en Forks of Delaware, en el último mes de febrero. Allí había un indio anciano. Cuando prediqué, éste amenazó con hechizarme, así como a los indios creyentes que me acompañaron hasta allí. Entonces, el indio convertido le desafió a hacer lo peor que consiguiera, diciéndole que él mismo había sido un hechicero igualmente poderoso, pero que sin embargo, así que sintió en su corazón la Palabra que los creyentes aman, esto es, la Palabra de Dios; su poder de hechicero lo abandonó inmediatamente. Y le dijo al otro: “Así sucedería también contigo, si al menos una vez tú sintieses la Palabra en tu corazón. En verdad, no tienes poder para lastimarlos, ni siquiera para herir a uno de ellos.” Así, puedo concluir este mi relato observando en alusión de aquello que fue dicho del apóstol Pablo, que con el mismo celo defiende y que prácticamente “predica la fe que antes procuraba destruir” (Gálatas 1.23); o que se colocaba como instrumento para obstruirla. Que Dios reciba toda la gloria por la admirable transformación ocurrida en su vida.

10 de Mayo. Cabalgué hasta Allen’s-Town para ayudar en la administración de la Cena del Señor. En la tarde prediqué sobre Tito 2:14. Dios se complació en guiarme con cierta libertad, y sin embargo, negarme esa amplitud que anhelaba. En la noche, mi alma se lamentó por haber tratado un tema tan excelente de una manera tan defectuosa. Y si mi discurso hubiera recibido el mayor aplauso de todo el mundo, no me habría dado ninguna satisfacción. ¡Oh, me dolió pensar que no tenía más calor santo, que no me había derretido más al hablar de la muerte de Cristo y del propósito de la misma! Luego disfruté de la libertad y el fervor en la oración secreta y familiar, y anhelaba mucho la presencia de Dios para asistir a su palabra y a sus ordenanzas al día siguiente.

Día del Señor, 11 de Mayo. Dios, que es rico en misericordia, se complació en brindarme asistencia, tanto en la oración como en la predicación. Dios me ayudó a luchar por su presencia en oración, y a decirle que Él había prometido “Que donde estuviesen dos o tres reunidos en su nombre, allí estaría Él en medio de ellos”, y declaró que por causa de su verdad, Él estaría con nosotros. Y bendito sea Dios, esto fue dulce para mi alma; así el luchar como el confiar en las promesas de Dios.

Día del Señor, 18 de Mayo. Por la noche me dolía que yo hubiera hecho tan poco por Dios. ¡Oh, si pudiera ser una llama de fuego al servicio de mi Dios!

19 de mayo. Visité a mi gente y prediqué sobre Hechos 20.18,19, buscando corregir sus nociones acerca de las emociones religiosas. Les mostré, por un lado, cuán deseables son las emociones religiosas, la ternura de espíritu y el fervor en la adoración a Dios en el servicio cristiano; cuando esas emociones fluyen de una auténtica revelación de la gloria divina, de un justo sentido de las excelencias y perfecciones trascendentales del Dios bendito, así como de una visión de la gloria y de la belleza de nuestro gran Redentor. Esta perspectiva de las realidades divinas, naturalmente, nos estimula a “servir al Señor con muchas lágrimas, con mucho afecto y fervor, pero también con toda humildad”.

Por otro lado, subrayé la pecaminosidad de buscar emociones fuertes en primer lugar, es decir, hacer de esas emociones el objeto sobre el que nuestros ojos y nuestros corazones se concentren sobre todo lo demás; cuando la gloria de Dios debería ser ese objeto. Les mostré que si nuestro corazón se fija directamente y principalmente en Dios, y nuestra alma se empeña en glorificarlo; habrá algún grado de emoción religiosa como consecuencia. Pero que buscar las emociones directa y principalmente, es decir, fijar el corazón por encima de todo en esas emociones; es poner tales emociones en el lugar de Dios y de su gloria. Y si buscamos esas emociones para que otras personas las observen, admirando nuestra espiritualidad y avance en la vida religiosa, eso es entonces un abominable orgullo; y si las buscamos sólo para sentir el placer de estar siendo tocados, entonces es idolatría y auto-gratificación. También me esforcé por mostrar cuán desagradables son aquellas emociones que, a veces, son forjadas en las personas por el poder de la imaginación, en sus propios esfuerzos para producirlas. Al mismo tiempo intenté recomendarles aquellas emociones religiosas, el espíritu de fervor y devoción, que deberían acompañar toda nuestra práctica religiosa; sin lo cual, la religión será sólo un nombre vacío y una carcasa sin vida. Parece que este fue un sermón oportuno, mostrándose muy satisfactorio para algunos de los oyentes que antes habían encontrado alguna dificultad en relación a esto. Más tarde me dediqué al cuidado de mi gente, ofreciéndoles algunas orientaciones acerca de sus actividades seculares.

7 de junio. El Pastor William Tennent expresó su deseo de que yo fuera su asistente en la administración de la Cena del Señor, por lo cual, hoy por la mañana cabalgue a Freehold a fin de prestarle esa ayuda. Y ya que mi gente también había sido invitada a participar en la ceremonia, gozaron alegremente de la oportunidad, y estuvieron conmigo en los cultos preparatorios.

Día del Señor, 8 de junio. La mayor parte de mi gente, que había participado de la mesa del Señor antes de esta ocasión participó ahora, con otros, de la santa ordenanza; y conforme creo, según el deseo, la satisfacción y consuelo de un buen número del pueblo de Dios que habían anhelado por ver este día, y cuyos corazones se habían regocijado en esta obra de gracia entre los indios. Aquellos de entre mi gente que participaron en la Cena parecían, de modo general,

tiernamente tocados delante de la mesa del Señor, algunos de ellos considerablemente movidos por el amor de Cristo; aunque no estuvieran tan notablemente animados y deleitados en esta ocasión, como cuando administré esa ordenanza sólo para nuestra propia congregación. Algunos de los asistentes se quedaron conmovidos al ver a aquellos que, estando antes “alejados de la ciudadanía de Israel” y “ajenos a los pactos de la promesa”, los cuales habían vivido “sin esperanza y sin Dios en el mundo” (Efesios 2.12); ahora se acercaban a Dios como su pueblo declarado, a través de una solemne y devota participación en esta sagrada ordenanza. Fue así, que un buen número de entre el pueblo de Dios se sintió revigorizado ante esta escena, y de esta forma impulsados a bendecir a Dios por la ampliación de su reino en el mundo. También otros, como fui informado, fueron despertados comprendiendo el peligro en que estaban de, al final, ser lanzados fuera; mientras veían a otros llegados del oriente y del occidente preparándose, o ya en la expectativa de estar preparados en buena medida, para sentarse en el reino de Dios.

9 de junio. Un buen número de mis indios se reunió temprano, en un lugar retirado en el bosque; donde oraron, cantaron himnos y conversaron sobre las cosas divinas. Después de haber participado en las ceremonias finales de la Cena del Señor, mis indios volvieron a casa; muchos de ellos regocijándose por toda la bondad de Dios, que ellos habían visto y sentido. Así, parece que estos fueron momentos provechosos y consoladores para varios miembros de mi congregación. Conforme pienso, fue para la gloria de Dios y para el interés de la religión cristiana en este territorio, que ellos estuviesen presentes en la ocasión; participando de la mesa del Señor en compañía de otros creyentes. Pues varios de ellos, aparentemente por este medio, fueron despertados.

13 de junio. Prediqué a los indios acerca de la nueva criatura, usando el texto de 2ª Corintios 5.17. La presencia del Señor pareció estar en la asamblea. Fue una reunión dulce y agradable, en la cual el pueblo de Dios fue reconfortado y fortalecido al contemplar sus rostros en el espejo de la Palabra de Dios; percibiendo en sí mismos las marcas y los signos de la nueva criatura. Algunos pecadores, ya impresionados por la Palabra, también fueron tocados nuevamente; y una vez más se involucraron en la búsqueda de sus intereses eternos.

En este mismo día, bauticé a cinco personas, tres adultos y dos niños. Uno de ellos fue la mujer india, muy anciana, sobre cuyas luchas espirituales hice un relato en mi diario el 26 de diciembre. Ella me dio ahora una narrativa bien detallada, racional y satisfactoria sobre el notable cambio que había experimentado algunos meses después del comienzo de su preocupación; todo ello me pareció ser operaciones genuinas del Espíritu de Dios, hasta donde soy capaz de evaluar. Y aunque se ha vuelto infantil por causa de su gran vejez, lo que no me permitía hacer nada para interrogarla; sin embargo, cuando la dejé sola para continuar con su propia historia, me presentó un relato perfectamente detallado sobre los muchos y variados conflictos que su alma había experimentado; luchas que dejaron huellas profundas sobre su mente. Tengo gran razón en pensar que ella nació de nuevo estando en una edad tan avanzada, supongo por encima de los ochenta años.

19 de junio. Visité a mis indios, acompañado por dos Reverendos que eran representantes de la Misión. Pasé algún tiempo en conversación sobre asuntos espirituales con los indios; y también procuré cuidar de sus intereses materiales.

Hoy se está completando exactamente un año desde que prediqué por primera vez a estos indios, en Nueva Jersey. ¡Cuántas cosas asombrosas Dios ha operado en ese espacio de tiempo, en favor de esta pobre gente! ¡Qué transformación sorprendente se nota en su temperamento y

conducta! ¡Cuánto se han transformado estos morosos y salvajes paganos, en ese breve período, convirtiéndose en cristianos agradables, afectuosos y humildes! ¡Y los gritos salvajes que soltaban en sus borracheras, se convirtieron en oraciones y alabanzas fervientes a Dios! Aquellos “que antes eran tinieblas, ahora se han vuelto luz en el Señor”. ¡Que ellos puedan “andar como hijos de luz y del día!” Y ahora, a Aquel que tiene el poder de afirmarlos según el evangelio y la predicación de Cristo -al Dios de toda sabiduría- sea la gloria por medio de Jesucristo, por los siglos de los siglos. Amén.

Anotaciones generales sobre este período

En el cierre de esta narrativa, quisiera hacer algunas observaciones generales sobre lo que, para mí, parece ser digno de atención; relacionado con la continua obra de gracia entre mi pueblo.

Primero: No puedo dejar de subrayar que, en general, desde la primera vez que llegué entre los indios de Nueva Jersey, he sido favorecido con aquella ayuda que para mí es poco común al predicar a Cristo crucificado; haciendo de Él el centro y el blanco hacia donde se dirigen todos mis sermones y explicaciones entre los indios.

Después de haber enseñado a los indios algo sobre el Ser y las perfecciones de Dios, cómo Él creó al hombre en estado de rectitud y felicidad, y cómo el género humano, desde entonces, quedó sujeto al deber de amarle y darle honor a Él; el alcance y el intento principal de todos mis discursos, durante varios meses, fue llevarlos al conocimiento de su propio estado deplorable de naturaleza, en la posición de criaturas caídas; de su incapacidad de desprenderse y librarse por sí mismos de ese estado, de la total insuficiencia de cualquier reforma y mejora externa de la vida, o de cualquier práctica religiosa que puedan realizar estando en esta condición para conducirlos al favor divino. De ahí, procuré mostrarles su absoluta necesidad de Cristo, a fin de ser redimidos y salvos de la miseria de su estado decaído -aclarando la suficiencia de Cristo y su disposición de salvar hasta “el más grande de los pecadores”- la gratuidad y las riquezas de la gracia divina, ofrecidas “sin dinero y sin precio”, a todos los que quieran aceptar el ofrecimiento. Entonces pasé a exhortarles a recurrir sin demora a la persona de Cristo, estando ellos bajo el sentido de su estado de miseria y condenación, para recibir alivio y salvación eterna. También les mostré el abundante aliento que ofrece el evangelio a los pecadores necesitados e impotentes, que están en la perdición; buscando persuadirles a venir a Cristo. Una y otra vez, he reiterado e insistido principalmente sobre estas verdades.

Muchas veces he comentado, con admiración, que sin importar cuál fuese el tema que estuviera tratando, después de haber dedicado el tiempo suficiente para explicar e ilustrar las verdades allí contenidas; he sido conducido de forma natural y fácil, a hablar sobre Cristo como lo esencial de cada asunto. Si yo estuviese abordando el Ser y las gloriosas perfecciones de Dios, de allí yo sería naturalmente conducido a hablar sobre Cristo; como “el único camino hacia el Padre”. Si yo intentase explicar la deplorable miseria de nuestro estado caído en el pecado, es natural que de allí yo pasase a mostrar la necesidad de que Cristo intercediera por nosotros, expiara nuestros pecados y nos redimiera del poder ejercido por ellos. Si yo estuviese enseñando los mandamientos de Dios, mostrando cómo los hemos violado, eso me conduciría de la forma más suave y natural a hablar sobre el Señor Jesucristo; recomendándolo como Aquel que había “magnificado la ley” que nosotros habíamos quebrantado, haciéndose él mismo en “el fin de la

ley, para justicia de todo aquel que cree”. Nunca he encontrado tanta desenvoltura y ayuda para hacer armonizar las varias líneas de mis discursos, y para centralizarlas en la persona de Cristo; de la forma que lo he hecho frecuentemente entre los indios.

A menudo, cuando pensaba en predicar algunas palabras sobre un determinado asunto, sin hallar ocasión ni lugar para cualquier ampliación de ese tema, aparecía una fuente de gracia del evangelio que brillaba, o que resultaba naturalmente de una simple explicación de aquel asunto; y así Cristo aparecía como el contenido de lo que yo estaba considerando y explicando. Entonces, yo era atraído de un modo no sólo fácil, natural y adecuado, sino también casi inevitable, a hablar de Él en relación a su obra, su encarnación, su suficiencia y su admirable competencia para la obra de redención del hombre; y sobre la infinita necesidad que los pecadores tienen de interesarse por Él. Y esto abría el camino para una continua proclamación de la invitación del evangelio a las almas perdidas, para que viniesen vacíos y desnudos, débiles y sobrecargados, y se arrojasen a los cuidados de Él.

En mi predicación, he sido notablemente influenciado y ayudado a hablar sobre el Señor Jesucristo y sobre el camino de la salvación por medio de Él; y he sido a veces sorprendentemente provisto con materia referente a Él y al designio de su encarnación. Muchas veces he sido ayudado, de manera admirable, al tratar de explicar los misterios de la gracia divina, y al mostrar claramente las excelencias infinitas y las “insondables riquezas de Cristo”; así como al exhortar a los pecadores para que lo acepten. También he sido capaz de exponer la gloria divina, la infinita preciosidad y la trascendental amabilidad de nuestro gran Redentor; así como la suficiencia de su persona en garantizar el abastecimiento para las necesidades y para los más profundos deseos de las almas inmortales. De la misma manera, he sido ayudado al explicar las infinitas riquezas de su gracia y el admirable aliento ofrecido en el evangelio para pecadores indignos e incapaces; llamando, invitando y suplicando que los pecadores vengan y se entreguen a Cristo, reconciliándose con Dios por medio de Él; razonando con los pecadores acerca de cómo descuidan a Alguien tan infinitamente amoroso y gratuitamente ofrecido. Y eso de tal manera, con tan gran libertad, pertinencia, sentimiento y aplicación a las conciencias que, estoy seguro, yo nunca podría haberlo enseñado por mí mismo; aunque muy asiduamente me aplicase. Por muchas veces, en tales oportunidades, he sido sorprendentemente ayudado para adaptar mis sermones a la capacidad de mi pueblo indígena; presentándoles todas esas verdades de manera fácil, con métodos familiares de expresión, representados de manera inteligible incluso para los paganos.

No estoy mencionando estas cosas como una recomendación de mis logros, porque reconozco que no disponía de ninguna habilidad o sabiduría compatibles con mi gran tarea; ni sabía cómo elegir “palabras aceptables” y adecuadas al nivel de los pobres e ignorantes indios. Pero agradó a Dios ayudarme a no saber nada más entre los paganos, excepto a “Jesucristo, y este crucificado”. Así, pude mostrarles su condición de miseria como pecadores lejos de Cristo, exponiéndoles cuán apto es Él para redimirlos y salvarlos. Esa fue la predicación que Dios usó para despertar a los pecadores y para propagar esta “obra de gracia” entre los indios. Es digno de destacar que al ser favorecido con desenvoltura al hablar de “la habilidad y disposición de Cristo para salvar a los pecadores”, así como “la necesidad que tenían de un tan grande Salvador”; era entonces cuando se manifestaba más fuertemente el poder divino, despertando a aquellos que se sentían seguros en sí mismos, promoviendo la convicción de pecado o consolando a los afligidos.

Antiguamente, al leer el sermón de Pedro en la casa de Cornelio (Hechos 10), me admiraba ver el presentar desde el principio a la persona del Señor Jesucristo; y continuar hablando de Él prácticamente el sermón entero. En esto, el apóstol difería inmensamente de muchos de nuestros predicadores modernos. Recientemente, sin embargo, esto no me parece una táctica extraña; porque reconozco que Cristo es el corazón mismo del evangelio, y el centro hacia donde confluyen todas las diversas líneas de la revelación bíblica. A pesar de eso, soy sensible a la necesidad de ser dichas muchas otras cosas a las personas que están sujetas a las tinieblas del paganismo, a fin de que haya una debida introducción del nombre de Cristo y de su obra en favor del hombre caído.

Segundo. Es digno de remarcar que muchos indios son llevados a un estricto cumplimiento de las reglas de la moralidad y de la sobriedad, así como a una realización consciente de los deberes externos del cristianismo; mediante el poder interno y la influencia de la verdad divina. Dios se complació en darles a las grandes verdades del Evangelio una influencia tan poderosa en sus mentes, que sus vidas se reformaron rápidamente; sin tener que gastar tiempo en arengas repetidas sobre deberes externos. Esas verdades, que demuestran a la criatura humana su miseria, llevándola a los pies de la misericordia de Dios y exaltando a nuestro gran Redentor, desvelando Su excelencia trascendental e infinita preciosidad, y así lo recomienda ante el pecador para que lo acepte -sí, esas verdades han sido el tema de lo que fue entregado a los indios, en público o particularmente, y de tiempo en tiempo las he reiterado y remarcado.

Dios se complació en conferir con esas verdades divinas una tan poderosa influencia sobre las mentes de los indios, y de tal modo bendecir a un gran número de ellos, despertándolos de modo eficaz, que sus vidas fueron rápidamente transformadas, sin que yo haya tenido necesidad de insistir sobre los preceptos morales; o de pasar tiempo en discursos aburridos sobre los deberes externos de los cristianos. En efecto, no había espacio para ningún discurso sino aquellos que respetaban lo esencial de la religión, y el conocimiento experimental de las cosas divinas. Pues diariamente ellos me dirigían muchas indagaciones, no acerca de cómo deberían reglamentar su conducta externa (pues las personas con disposición honesta de cumplir los deberes, cuando éstos se hacen conocidos, fácilmente reciben respuestas satisfactorias), pero sí, cómo podrían escapar de la ira divina, que tanto temían y sentían merecer; cómo podían obtener transformación eficaz de corazón; y cómo obtendrían los beneficios de Cristo, viniendo así a disfrutar de la bienaventuranza eterna.

Así, mi gran tarea era guiarlos a una visión más amplia de su total condenación, y de depravación y corrupción de sus corazones; mostrar que no había en ellos bondad, ni buenas disposiciones, ni buenos deseos, ni amor a Dios, ni deleite en sus mandamientos; sino, por el contrario, odio, enemistad y toda forma de iniquidad reinante entre ellos. Al mismo tiempo, mi deber era abrirles el glorioso y completo remedio provisto en Cristo para los impotentes pecadores que perecen; ofrecido gratuitamente a aquellos que no tienen ninguna bondad propia, ni obras de justicia que puedan haber realizado, ni nada que los recomiende a los ojos de Dios.

Este ha sido el continuo trazo de mi prédica, y también mi constante esfuerzo y gran interés, procurando iluminar las mentes de los indios; buscando alcanzar sus corazones y, en la medida de lo posible, conferirles el sentido y la percepción de esas verdades divinas del evangelio, al menos hasta donde los medios me permitieron contribuir a ello. Estas son las verdades y el método de predicación que han sido bendecidos por Dios, para el despertar y la salvación, como espero, de un buen número de almas; y que han servido de medios para la realización de un extraordinario cambio entre los oyentes, de manera general.

Cuando esas verdades se hicieron sentir en los corazones, entonces no hubo vicio que no fuera abandonado; y ningún deber cristiano externo que fuera descuidado. El alcoholismo, el vicio más constante, fue abandonado; teniendo conocimiento sólo de algunos casos excepcionales entre mis oyentes, en meses. La práctica abusiva, tanto del hombre o de la mujer, de dejar al cónyuge a fin de unirse a otra persona; fue rápidamente abandonada. Hay tres o cuatro parejas, que voluntariamente dejaron a las personas a las que se habían unido y volvieron a sus cónyuges; viviendo juntos ahora, en amor y paz. Y otro tanto puede ser dicho de varias otras prácticas viciosas. La reforma de las costumbres fue general, y todo procedente de la influencia interna de la verdad divina sobre sus corazones, y no de restricciones impuestas desde fuera; o porque esas prácticas hayan sido expuestas detalladamente, o yo haya hablado en contra de ellas. Algunas de esas prácticas, de hecho, nunca las llegué a mencionar. Quiero particularizar la cuestión de la infidelidad conyugal. Antes, algunos indios, una vez despertadas sus conciencias por la Palabra de Dios, vinieron a mí por su propia iniciativa y se confesaron culpables en cuanto a ese pecado. Así, cuando yo mencionaba sus prácticas malignas y pecados como contrarios a la naturaleza, no lo hacía con un propósito en mente, ni con la esperanza de conseguir entre ellos algún cambio de conducta; y eso porque yo sabía que mientras el árbol permaneciese corrupto, su fruto naturalmente sería podrido. Mi propósito era orientarlos, llevándolos a ver la pecaminosidad de sus propias vidas, con el fin de concientizarlos de la corrupción de sus corazones; para entonces convencerlos sobre la necesidad de una renovación de su naturaleza interior, y despertarlos a buscar con la mayor diligencia posible aquella profunda transformación que, una vez obtenida, yo sabía que naturalmente produciría un cambio en las maneras y costumbres de ellos en todos los aspectos.

Y así como todo vicio fue abandonado por los indios, por haber sentido en sus corazones el poder de esas verdades, así también los deberes externos del cristianismo fueron aceptados y cumplidos concienzudamente; sobre la base de la misma influencia interna que los afectó. Pasaron a poner en práctica la oración en familia, exceptuando solamente algunos casos de indios llegados más recientemente, que aun sintieron poco de esa influencia divina. Este deber era constantemente cumplido, incluso en algunas familias donde sólo había mujeres. Y entre unos cien indios convertidos, apenas algunos no habían adoptado esa práctica de oración. El domingo también era observado religiosa y seriamente entre los indios, y los padres cuidaban para que sus hijos respetasen ese día de descanso. Y esto, no porque yo los hubiera forzado a tal observancia de tanto remarcar tales deberes, sino por haber sentido el poder de la Palabra de Dios en sus corazones; habiendo sido sensibilizados para con su propio pecado y miseria, por lo que no podían hacer otra cosa sino dedicarse a la oración y a cumplir todo lo que sabían que era su deber, basándose en aquello que sentían dentro de sí mismos. Una vez tocados sus corazones con la preocupación por su estado eterno, ellos podían orar con gran libertad y fervor; sin que tuviesen que aprender primeramente fórmulas fijas con ese propósito. Algunos de entre ellos, súbitamente despertados tan pronto como llegaron entre nosotros, fueron llevados a clamar y a orar por misericordia con la más punzante importunación; sin jamás haber sido instruidos en cuanto al deber de orar, y sin que antes fueran dirigidos a hacer cualquier oración.

La propia experiencia, así como la Palabra de Dios y el ejemplo de Cristo y de sus apóstoles, me han enseñado que el exacto método de predicación, que es el más adecuado para despertar en el ser humano el sentido y la vívida comprensión de su miseria en su estado caído, impulsando a las personas a buscar celosamente el cambio de corazón y a correr hacia el refugio de la gracia gratuita en Cristo, como la única esperanza que les queda; es también el método que obtiene mayor éxito en el cambio de la conducta externa de las personas. He descubierto que el diálogo

personal, con solemnes aplicaciones de la verdad divina a la conciencia humana, es el método que hiere en la raíz a todas las inclinaciones para el vicio. Por otro lado, discursos suaves y agradables que exaltan las virtudes morales y los deberes externos, como mucho pueden podar las varias ramas de la corrupción humana; mientras que la raíz de todos los vicios no es afectada.

Una percepción del bendito efecto de los esfuerzos honestos para imprimir las verdades divinas en las conciencias, al punto de afectar los corazones de los hombres, por muchas veces me ha hecho recordar esas palabras de nuestro Señor, las cuales pienso que sirven de una apropiada exhortación a los ministros en su manera de tratar con el prójimo; y aún sirven para las personas en general en lo tocante a sí mismas: “¡Fariseo ciego! Limpia primero lo de dentro del vaso y del plato, para que también lo de fuera sea limpio” (Mateo 23:26). Jesús, pues, enseñó que se debe limpiar el interior, para que el exterior también quede limpio. Es como si Él hubiera dicho que la única manera eficaz de limpiar el exterior es comenzar por el interior; y que si la fuente es purificada, la corriente quedará naturalmente pura. Lo indiscutible es que si podemos despertar en los pecadores un vívido sentido de su corrupción y depravación interna -su necesidad de cambio de corazón- y así comprometerlos en la búsqueda de la purificación interior; entonces su contaminación externa será naturalmente purificada, sus vicios serán corregidos, su conducta y conversación serán adecuadas.

Aunque no puedo afirmar que la reforma entre mi gente, en todos los casos, se deriva de un cambio salvador del corazón, sin embargo, puedo decir en verdad que fluye de alguna visión y sentido de transformación del corazón; conferidos por las verdades divinas que todos ellos experimentaron en mayor o menor grado. Por medio de lo que afirmo aquí, no pretendo dar a entender que la predicación de la moralidad, que presiona a las personas a la realización externa de los deberes cristianos, sea algo innecesario e inútil; sobre todo cuando el poder divino acompaña los medios de la gracia con menos intensidad, o cuando por falta de influencias internas sean necesarias las restricciones externas. Sin duda, esa es una de las cosas que hay que hacer, sin excluir las otras. Sin embargo, lo que pretendo resaltar con esta observación es aclarar un hecho, a saber, que la reforma, la sobriedad y la anuencia externa a las reglas y deberes del cristianismo que han ocurrido entre mi pueblo, no son el resultado de cualquier mera instrucción doctrinal, o de mera perspectiva racional de la belleza de la moralidad; sino que resultan de la influencia y del poder que las verdades divinas -que humillan el alma- han ejercido en sus corazones.

Tercero. Es notable cómo Dios ha continuado y renovado las lluvias de su gracia entre nosotros, que tan rápidamente haya establecido su reino visible por aquí; y que haya favorecido a los indios con la capacidad de adquirir conocimientos, tanto divinos como humanos. Hace ahora casi un año que comenzó este gracioso derramamiento del Espíritu de Dios entre los indios; y aunque parezca, a veces, haber disminuido y declinado por un breve período de tiempo -como puede ser observado en diversos tramos de mi diario, donde me he esforzado en anotar los hechos según la secuencia de los acontecimientos- sin embargo, ese derramamiento parece haberse renovado; y la obra de gracia revivió de nuevo. La influencia divina sigue acompañando patentemente los medios de gracia, en mayor o menor grado, en casi todas nuestras reuniones públicas; y eso ha renovado, fortalecido y afirmado a los creyentes. Las convicciones han sido revividas y promovidas en muchos casos, y algunas personas son despertadas, de tiempo en tiempo. Sin embargo, debemos reconocer que en general, en los últimos tiempos, hubo un declive mucho más acentuado de esa obra. Ahora nos parece que el Espíritu de Dios, hasta cierto punto, se ha retirado sobre todo en cuanto a su influencia avivadora, a tal punto que los

extraños que han llegado aquí últimamente ya no son tomados por una preocupación por sus vidas como antes; y algunos de aquellos que, en el pasado, parecían profundamente tocados por las verdades divinas, ahora no parecen tan profundamente impresionados. Aun así, bendito sea Dios, continúan habiendo manifestaciones de la gracia y del poder divino; un deseable grado de enternecimiento de los corazones, emociones legítimamente espirituales y gran devoción en nuestras reuniones.

Así como Dios ha dado continuidad a las lluvias de su gracia entre este pueblo, renovándolas de vez en cuando, también ha establecido su reino visible con una inusual rapidez; levantando para sí mismo una iglesia entre los indios. Ahora he bautizado, desde la conclusión de mi último diario, treinta personas; quince adultos y quince niños. Lo cual, sumado al número allí mencionado, hace setenta y siete personas; de los cuales treinta y ocho son adultos y treinta y nueve niños; y todo en el espacio de once meses. Los adultos parecían tener una obra de gracia en sus corazones; me refiero a tener la experiencia no solo del despertar, sino de las renovadas y confortantes influencias del Espíritu divino. Hay muchas otras personas que se encuentran bajo una solemne preocupación por sus almas, y bajo una profunda convicción acerca de su pecado y miseria, pero que aún no han ofrecido evidencias decisivas, según lo esperado, de una transformación salvadora.

Por lo que sé, desde el tiempo en que algunos de ellos estaban participando de fiestas idólatras y sacrificios en honor a los demonios, hasta el momento en que pasaron a sentarse delante de la mesa del Señor, confío en que, para el honor de Dios, no haya pasado más de un año entero. Por cierto, el pequeño rebaño de Cristo que tenemos aquí, tan repentinamente recogido entre los paganos, puede afirmar con certeza, en el lenguaje usado por la iglesia de los tiempos antiguos: “El Señor ha hecho grandes cosas por nosotros, por lo que estamos alegres”. Mucho de la bondad de Dios también se ha manifestado en relación a la adquisición de conocimientos por parte de los indios, tanto en el campo religioso y en las actividades de la vida común. Ha habido una sed maravillosa después del conocimiento cristiano entre ellos, y un ardiente deseo de ser instruidos. Esto les ha impulsado a hacer muchas preguntas apropiadas e importantes, cuyas respuestas han contribuido grandemente a iluminar sus mentes; y a promover su conocimiento sobre las verdades divinas. Muchas de las doctrinas que les he enseñado, ellos las han examinado juntamente conmigo, a fin de obtener una mayor claridad y discernimiento en cuanto a las mismas; y por otro lado, mediante las respuestas a las preguntas que les he formulado en mis instrucciones catequísticas, han demostrado tener una buena comprensión acerca de ellas. De igual manera, me han indagado acerca de un método apropiado de oración, así como sobre los asuntos apropiados para las oraciones, además de expresiones adecuadas que deben ser usadas en ese ejercicio religioso; y también se han esforzado para cumplir con entendimiento ese deber. También se han esforzado, y parecen muy aptos para aprender a cantar Salmos; y ahora son capaces de cantar con un buen grado de decencia en la adoración a Dios.

Ellos también han adquirido un considerable grado de conocimiento útil en cuanto a las cuestiones de la vida colectiva, de modo que ahora parecen criaturas racionales, preparados para vivir en sociedad; libres de la salvaje aspereza y brutal estupidez, lo que los hacía muy desagradables en ese estado pagano.

Así como desean ser instruidos, mostrándose sorprendentemente capaces de eso; así también la providencia divina ha sido favorable para con ellos en cuanto a los medios apropiados para lograrlo. Los intentos de establecer una escuela entre ellos han obtenido extraordinario éxito, y la bondadosa providencia divina les ha enviado un profesor, acerca de quién puedo decir, con

plena razón que “no conozco a otro del mismo ánimo, y que tan sinceramente se interese por vosotros”. Él tiene cerca de treinta o treinta y cinco niños en su escuela; y cuando mantenía una escuela vespertina (como lo hacía en la época en que tardaba más en oscurecer), unos quince o veinte adultos, entre casados y solteros, la frecuentaban. Los niños aprenden con sorprendente prontitud, de tal manera que como me dice el profesor, nunca antes había tenido una escuela de inglés donde se aprendiera con tanta rapidez. No hubo más que dos, entre treinta, aunque algunos aún eran muy pequeños, que no pudieron aprender todas las letras del alfabeto tres días después del profesor haber comenzado su trabajo; y varios de ellos, en ese mismo espacio de tiempo, aprendieron a deletrear bastante bien. Y algunos de ellos desde el comienzo de febrero pasado (en cuyo momento se estableció la escuela) han aprendido tanto que pueden leer los Salmos o el Nuevo Testamento. Están instruidos en el deber de la oración secreta, y la mayoría de ellos la practican constantemente a la noche y a la mañana; y tienen mucho cuidado de informar a su maestro si perciben que alguno de sus compañeros de escuela descuida ese ejercicio religioso.

Vale la pena señalar que, en medio de una obra de convicción tan grande y de tanta preocupación y afecto religioso, no ha existido predominio, ni ninguna apariencia considerable de religión falsa; (y si puedo llamarlo así) calor de imaginación, celo inmoderado u orgullo espiritual. Las mezclas corruptas con demasiada frecuencia acompañan a los avivamientos de la religión; pero ha habido muy pocos casos de comportamiento escandaloso entre aquellos que parecían serios. Esta obra, por encima de todo, ha sido efectuada con un sorprendente grado de pureza, exenta de cualquier mezcla corrupta. La preocupación espiritual, a la que han estado sometidas las personas, ha sido en general racional y justa; surgiendo del sentido de sus pecados, y en el reconocimiento de la ofensa divina por estos pecados, y también por su total incapacidad de librarse, por sí mismos, de la miseria que ellos sentían y temían. Muchos pasaron por el más vívido sentido de su propia condenación, y experimentaron gran aflicción y angustia de alma. Y, sin embargo, incluso en el auge de esas manifestaciones, nunca hubo ningún caso de desesperación, nada que fuera capaz de desanimarlos; o que de alguna manera haya servido de impedimento en cuanto al uso más diligente de todos los medios apropiados para su conversión y salvación. Por lo que es evidente que no hay el peligro de que las personas sean conducidas a la desesperación cuando están experimentando inquietud espiritual (excepto en los casos de melancolía), aunque los hombres en general siempre están listos para imaginar lo contrario.

La consolación que las personas han obtenido después de su angustia, también ha resultado de igual modo sólida, bien fundamentada, bíblica, originada en la iluminación espiritual y sobrenatural de la mente -una visión de las cosas divinas tal como son- una complacencia del alma ante las perfecciones divinas; y una satisfacción singular por el camino de la salvación, a través de la libre y gratuita gracia del gran Redentor.

Sus alegrías parecen haber surgido de una variedad de puntos de vista y consideraciones de las cosas divinas, aunque la sustancia de todo ello sea la misma. Algunos, que poco antes de recibir la consolación se sintieron tremendamente oprimidos bajo el sentido de su propia condena y pobreza, habiéndose sentido por decirlo así, como quien ya se estaba precipitando en la condenación irremediable, se deleitaron con la visión de la libertad y de la riqueza de la gracia divina; así como del ofrecimiento de la salvación hecha a pecadores que perecen, y todo eso “sin dinero y sin precio”. Algunos de ellos, inicialmente, se regocijaban en la sabiduría de Dios desvelada en el camino de la salvación por medio de Cristo, pareciéndoles este “un camino nuevo y vivo”, un camino en el cual nunca habían pensado, sobre el cual no tenían ninguna

noción correcta, hasta que se les abrió por la influencia especial del Espíritu divino. Y algunos de ellos, con una visión espiritual viva de este camino de salvación, se han preguntado por su locura pasada cuando buscaban otras formas de salvación; y se han admirado de que nunca antes vieron este camino que ahora parecía tan claro y fácil. Aún otros recibieron una visión más general de la belleza y excelencia de Cristo, y sus almas quedaron deleitadas ante la comprensión de su gloria divina que sobrepasaba indeciblemente a todo lo que antes habían concebido; sin embargo, sin señalar (por así decirlo) una cualquiera de las perfecciones divinas en particular. De modo que, aunque su consuelo pareciera haberse originado de una variedad de puntos de vista y consideraciones sobre la gloria divina, aun así, eran concepciones espirituales y sobrenaturales de esa gloria; y éstas eran la fuente de sus alegrías y consuelos, y no fantasías sin fundamento.

No obstante, debemos reconocer que cuando esa obra se hizo más amplia y prevaleciente, obteniendo crédito general y estima entre los indios, al punto de parecer que Satanás no obtendría ninguna ventaja si se manifestara contra esa obra sin ningún disfraz; entonces se transformó en un “ángel de luz”, buscando con fuertes intentos introducir turbulencias y conmociones de pasión, en lugar de la genuina convicción de pecado; y nociones imaginarias y fantasiosas sobre Cristo, como si Él se acercase a los ojos de la imaginación con un formato humano, en alguna postura particular, etc., en lugar de las revelaciones espirituales y sobrenaturales de su gloria y excelencia divinas, sin hablar de muchas otras formas de ilusión. Tengo razón de pensar que si estas ilusiones hubieran sido aceptadas mansamente o se hubieran alentado, habría habido una considerable cosecha de falsas conversiones entre nosotros. El orgullo espiritual también se hizo presente en varias ocasiones. Algunos, cuyos sentimientos habían sido intensamente estimulados, parecían muy deseosos de ser juzgados como personas extraordinariamente bondadosas; y esas personas, cuando no pude ya evitar el expresar mis temores acerca de su estado espiritual, dejaron salir a la superficie en grado considerable su resentimiento. También surgió, entre uno o dos de los indios, una indebida ambición de ser maestros de los demás. Así, Satanás ha sido un adversario muy activo, aquí y en otros lugares. Sin embargo, bendito sea Dios, pues que aunque algo de esa naturaleza ha surgido, nada de esto prevaleció; y no hizo ningún progreso considerable.

Mi pueblo ya está familiarizado con estas cosas, sabiendo que Satanás “se transformó en un ángel de luz” en el primer gran derramamiento del Espíritu divino en los días de los apóstoles; y de que algo de esa misma naturaleza, en mayor o menor grado, ha acompañado casi cada avivamiento y notable propagación del cristianismo verdadero, desde entonces. Mis indios han aprendido a distinguir entre el oro y la escoria, a fin de que esta última sea “pisada como el lodo de las calles”; y puesto que ese tipo de cuestión acaba muriendo por sí mismo, ahora casi no hay manifestaciones de ese orden.

Así como no ha habido un predominio del fervor desordenado, de nociones imaginarias, de orgullo espiritual y de ilusiones satánicas entre mi pueblo; así también ha habido pocos casos de comportamiento escandaloso e irregular entre aquellos que han profesado su fe; o incluso entre los que han demostrado alguna seriedad. No he podido encontrar más de tres o cuatro personas, desde que vinieron a conocer el cristianismo, que se hayan vuelto culpables de cualquier conducta inapropiada de forma abierta; y no conozco a ninguno de ellos que persista en cualquier conducta de esa naturaleza. Tal vez, la notable pureza de esta obra sobre este último aspecto -la exención de casos frecuentes de escándalos- se debe a su pureza en cuanto al primer aspecto; es decir, a su exención de mezclas corruptas de orgullo espiritual, de fervor

incontrolable y falsas imaginaciones; todo lo que, naturalmente, pone el cimiento para prácticas escandalosas.

¡Que esta bendita obra, en su poder y pureza, prevalezca entre los indios de aquí; y que se extienda también por otros lugares, hasta que la más remota tribu conozca la salvación de Dios! Amén.

3 de noviembre. Estando ahora débil y en un estado tan bajo, completamente incapaz de realizar mi trabajo y con pocas esperanzas de recuperación teniendo que cabalgar tanto; pensé que era mi deber emprender un viaje a Nueva Inglaterra. En consecuencia, me despedí de mi congregación este día. - Antes de dejar a mi gente, los visité a todos en sus respectivas casas y les hablé a cada uno, según me parecía más adecuado para sus circunstancias; y encontré una gran libertad al hacerlo. Apenas salí de una casa donde no estuvieran llorando, no solo afectados por el hecho de que yo estaba a punto de dejarlos, sino también por los solemnes discursos que les hice, porque fui ayudado a ser ferviente en espíritu. Cuando visité a toda mi congregación, (lo que me tomó la mayor parte del día) me despedí simbólicamente de ellos y de la escuela, cabalgué unas dos millas hasta la casa donde viví en el verano pasado, y allí me alojé.

Elizabeth-Town, 1747

28 de febrero 1747. Fui visitado por un indio de mi propia congregación, que me trajo cartas y buenas noticias del comportamiento de mi gente en general; esto refrescó mi alma, y no pude más que retirarme y bendecir a Dios por sus bondades.

11 de marzo. Estando en Elizabeth-Town, teniendo un día de ayuno y oración, pude asistir al culto; por primera vez desde el 21 de diciembre. ¡Oh, por cuánta angustia me llevó Dios a través de este espacio de tiempo! Pero habiendo obtenido ayuda de Él, aún vivo: ¡Oh, que yo pudiera vivir para su gloria!

Última visita a su congregación

18 de marzo. Cabalgué hasta mi gente, y el viernes por la mañana caminé entre ellos, preguntando por su estado y preocupaciones; y encontré un peso adicional en mi ánimo al escuchar algunas cosas desagradables. Me esforcé por ir a Dios con mis angustias, pero a pesar de eso mi mente continuó triste. Alrededor de las diez, reuní a mi gente y, después de explicar y cantar un salmo, oré con ellos. Había un considerable afecto entre ellos; lo cual no dudo, era más que algo meramente natural.

Esta fue la última entrevista que tuvo con su gente. Alrededor de las once del mismo día, los dejó; y al día siguiente llegó a Elisabeth Town. [Jonathan Edwards]

28 de marzo. Fui tomado esta mañana por un cólico violento. Estos dolores eran extremos y constantes durante varias horas; de modo que me parecía imposible, sin un milagro, vivir

veinticuatro horas. Me quedé en mi cama todo el día, pero le agradó a Dios bendecir los medios para aliviar mi angustia. Me sentí sumamente debilitado por este dolor, y continué así durante varios días después. En este estado de angustia, la muerte me pareció agradable; como una entrada a un lugar “donde los cansados descansan”; y, tuve cierto gusto por los entretenimientos del estado celestial; de modo que por estos fui seducido y atraído, así como impulsado por las fatigas de la vida. ¡Oh, qué feliz es ser atraído por los deseos de un estado de perfecta santidad!

4 de abril. Estaba intranquilo a causa del mal uso del tiempo; ¡y sin embargo, no sabía qué hacer! Anhelaba pasar tiempo ayunando y orando, pero, ¡ay de mí, no tenía ninguna fuerza corporal! ¡Oh, cuán bendita cosa es disfrutar de la paz de la conciencia! Es imposible, encuentro, disfrutar de esta felicidad sin redimir el tiempo y mantener un estado de ánimo espiritual.

21 de abril. Empecé mi viaje hacia New-England; viajé a Nueva-York y allí me alojé.

Esto supuso su última salida de Nueva Jersey: viajó lentamente y llegó entre sus amigos a East-Haddam, a principios de mayo.

El 28 de mayo de 1747, es recibido y cuidado en el hogar de Jonathan Edwards; los médicos le confirman que sus esperanzas de vida son escasas pues su enfermedad, tuberculosis, es terminal.

El 28 de mayo él vino de Long-Meadow a Northampton; parecía mucho mejor de lo que había estado en el invierno; de hecho, tan bien que fue capaz de cabalgar veinticinco millas en un día, y de caminar media milla. Pero, sin embargo, estaba indudablemente en ese momento en una consumición confirmada e incurable. Tuve mucha oportunidad antes de esto, de recabar información particular concerniente a él, pero ahora tenía la oportunidad de un conocimiento más completo estando con él. Lo encontré notablemente sociable, agradable y entretenido en su conversación; sin embargo, sólido, sabroso, espiritual y muy provechoso; parecía manso, modesto y humilde, lejos de cualquier rigidez. Disfrutamos no sólo del beneficio de su conversación, sino que tuvimos la satisfacción de oírlo orar en familia.

Esta semana consultó al Dr. Mather, en mi casa, acerca de sus padecimientos; quien claramente le dijo que había grandes evidencias de que estaba en un estado de consumición confirmado, y que eso no podía darle ningún estímulo de que alguna vez se recuperaría. Pero esto no parecía que le causara el más mínimo malestar, ni que alterara en modo alguno la libertad o la amabilidad de su conversación. [Jonathan Edwards]

19 de setiembre 1747. Mientras intentaba caminar un poco, mis pensamientos se volvieron así: ¡Qué infinitamente dulce es amar a Dios y ser todo para él! Sobre la cual se me sugirió: “No eres un ángel, vivaz y activo”. A lo que mi alma respondió inmediatamente: “Deseo tan sinceramente amar y glorificar a Dios como cualquier ángel del cielo”. Sobre lo cual se sugirió de nuevo: “Pero tú eres sucio y no apto para el cielo”; entonces aparecieron instantáneamente las benditas vestiduras de la justicia de Cristo, en las que no pude sino regocijarme y triunfar; y vi la infinita excelencia de Dios, y mi alma incluso se llenó de anhelos para que Dios fuera glorificado. Pensé en la dignidad en el cielo, pero al instante el pensamiento volvió: “No voy al cielo para obtener honor, sino para dar toda la gloria y alabanza posibles”. Oh, cuánto anhelaba

que Dios fuese glorificado también en la tierra; dolores corporales que no me importaban; aunque yo entonces estaba en un estado extremo, nunca me había sentido más tranquilo; estaba dispuesto a glorificar a Dios en ese estado, mientras él quisiera. La tumba parecía realmente dulce, y anhelaba alojar en ella mis huesos cansados; pero ¡oh, para que Dios sea glorificado! Esta fue la carga de todo mi llanto. Oh, sé que debería estar activo como un ángel en el cielo; ¡Y que me quitaran estas ropas sucias! Pero, ¡oh, amar y alabar más a Dios, complacerlo por siempre! Esto mi alma suspiró después, e incluso ahora suspira mientras escribo. ¡Oh, que Dios sea glorificado en toda la tierra! Señor, “venga tu reino”. Anhelaba que descendiera un espíritu de predicación, y que reposara en los ministros para que pudieran dirigirse a las conciencias de los hombres con cercanía y poder. Vi que Dios tenía el sobrante del espíritu, y mi alma anhelaba que fuera “derramado de lo alto”. No podía dejar de suplicar a Dios por mi querida congregación, para que la preservara, y no permitiera que Su gran nombre perdiera su gloria en esa obra; mi alma aún anhelaba que Dios fuera glorificado.

Por la noche, su boca hablaba de la abundancia de su corazón, expresando de una manera muy conmovedora las mismas cosas que están escritas en su diario; y entre muchas otras expresiones extraordinarias, estaban éstas:

“Mi cielo es agradar a Dios, y glorificarlo, y darle todo a él, y ser enteramente dedicado a su gloria; ese es el cielo que anhelaba, esa es mi religión, esa es mi felicidad, y siempre lo ha sido desde que tuve una religión verdadera; y todos los que son de esa religión me encontrarán en el cielo. No voy al cielo para promoverme, sino para honrar a Dios; no importa dónde esté colocado en el cielo, si tengo un asiento alto o bajo allí; pero amar, agradar y glorificar a Dios es todo. Si yo tuviera mil almas, si valieran algo, se las daría todas a Dios; pero no tengo nada que dar cuando todo está hecho. Es imposible para cualquier criatura racional ser feliz sin hacer todo para Dios: Dios mismo no podría hacerla feliz de otra manera. Anhele estar en el cielo, alabando y glorificando a Dios con los santos ángeles; todo mi deseo es glorificar a Dios. Mi corazón se dirige a la sepultura: me parece un lugar deseable; pero ¡oh, glorificar a Dios! eso es todo; eso está por encima de todo. Es un gran consuelo para mí pensar que he hecho un poco por Dios en el mundo: ¡oh! no es más que un asunto muy pequeño; sin embargo, he hecho un poco, y lamento no haber hecho más por Él. No hay nada en el mundo por lo que valga la pena vivir, sino hacer el bien y terminar la obra de Dios. No veo nada más en el mundo que pueda producir satisfacción alguna, aparte de vivir para Dios, complacerlo y hacer toda su voluntad. Mi mayor alegría y consuelo ha sido hacer algo para promover el interés de la religión y las almas de personas particulares; y ahora, en mi enfermedad, mientras estoy lleno de dolor y angustia, día a día, todo el consuelo que tengo es poder hacer algún pequeño trabajo para Dios; ya sea por algo que digo, o por escrito, o de alguna otra manera.

24 de setiembre 1747. En medio de la mayor aflicción que jamás había tenido que soportar, tuve una clase extraña de hipo, que o bien me estrangulaba, o me hacía tener una serie de vómitos.

25 de setiembre 1747. Este día estaba indescriptiblemente débil y poco menos que sin palabras todo el día, sin embargo, pude escribir un poco y me sentí cómodo. ¡Oh, refrescó mi alma el pensar en las cosas pasadas, en deseos de glorificar a Dios, en los placeres de vivir con él! Oh, mi querido Dios, espero ir rápidamente a ti, espero. Apresura el día, Señor, si es tu bendita voluntad. Oh ven, Señor Jesús, ven pronto. Amén.

Relato de sus últimos días, por Jonathan Edwards:

27 de setiembre de 1747. Sintió un apetito inusual por la comida; con lo que la mente parecía estar regocijada como señal de que se acercaba la muerte; dijo sobre ella: “Nací un día de reposo; y tengo razones para pensar que nací de nuevo en un día de reposo; y espero que moriré en este día de reposo; lo consideraré un favor, si es que es la voluntad de Dios, que así sea: Anhele el tiempo. Oh, ¿por qué el carro tarda tanto en llegar? ¿Por qué tardan las ruedas de su carro? Estoy muy dispuesto a desprenderme de todo: estoy dispuesto a separarme de mi querido hermano John, y a no volver a verlo, para estar para siempre con el Señor. ¡Oh, cuando vaya allí, cómo estará en mi mente la querida iglesia de Dios en la tierra!” Después, esa misma mañana, al preguntársele cómo estaba, respondió: “Estoy casi en la eternidad: Anhele estar allí. Mi trabajo está hecho: He terminado con todos mis amigos: todo el mundo no es nada para mí. Anhele estar en el cielo, alabando y glorificando a Dios con los santos ángeles; todo mi deseo es glorificar a Dios”.

Durante estas dos últimas semanas de su vida, pareció continuar desprendido de todo el mundo; como habiendo hecho su trabajo, y hecho todas las cosas aquí abajo no teniendo nada más que hacer sino morir; y permaneciendo en un deseo y expectativa inmensa del momento feliz, cuando su alma debe tomar su vuelo e ir a un estado de perfección, de santidad, para añadir perfecta glorificación y disfrutar de Dios. Él dijo: “Que la consideración del día de la muerte y del día del Juicio había sido durante mucho tiempo peculiarmente dulce para él”. Él, de vez en cuando, hablaba de que estaba dispuesto a dejar el cuerpo y el mundo, inmediatamente, en ese momento, si era la voluntad de Dios. También expresaba mucho sus anhelos de que la iglesia de Cristo en la tierra pudiera florecer, y el reino de Cristo aquí pudiera avanzar; a pesar de que estaba a punto de abandonar la tierra, y no podría contemplar con sus ojos ese acontecimiento deseable. Una mañana me dijo: “Mis pensamientos se han centrado en el viejo y querido tema de la prosperidad de la iglesia de Dios en la tierra. Al despertarme del sueño, fui llevado a clamar por el derramamiento del Espíritu de Dios, y por el avance del reino de Cristo, por el cual el Redentor hizo y sufrió tanto. Es eso especialmente lo que me hace anhelarlo”. Una vez me dijo que antes había anhelado el derramamiento del Espíritu de Dios y los tiempos gloriosos de la iglesia, y esperaba que vinieran; y debería haber estado dispuesto a vivir para promover la religión en ese momento, si esa hubiera sido la voluntad de Dios; pero, dice él, estoy dispuesto a que sea como es. También insistió mucho en la gran importancia de la obra de los ministros, y expresó su deseo de que fueran “llenos del Espíritu de Dios”; y manifestó un gran deseo de ver a algunos de los ministros vecinos, a quienes conocía; para poder conversar libremente con ellos sobre este tema antes de morir. Y sucedió que tuvo oportunidad con algunos de ellos según su deseo.

Otra cosa que pesaba mucho en su corazón, y de la que hablaba de vez en cuando, en estas aproximaciones cercanas a la muerte, era la prosperidad espiritual de su propia congregación; y cuando hablaba de ellos, lo hacía con una ternura peculiar, de modo que su discurso se interrumpía en ese momento y se ahogaba en lágrimas. También expresó mucha satisfacción por las disposiciones de la Providencia con respecto a las circunstancias de su muerte; particularmente que Dios le había dado antes de su muerte la oportunidad que tuvo en Boston, ante tantas personas considerables, ministros y otros, de dar en su testimonio para Dios, y contra la falsa religión; y allí presentar ante los señores caritativos el estado de los indios con tan buenos resultados; y que Dios le había dado desde entonces la oportunidad de escribirles más sobre estos asuntos; y escribir otras cartas de importancia, que esperaba pudieran ser de buena influencia con respecto al estado de la religión entre los indios y en otros lugares, después de su

muerte. También mencionó como una circunstancia misericordiosa de su muerte, el que debía morir aquí. Y hablando de estas cosas, dijo que “Dios le había concedido todo su deseo”; e indicó que ahora podía, con mayor prontitud, abandonar el mundo.

Última anotación en su Diario:

2 de octubre. Mi alma estaba este día, por momentos, dulcemente puesta en Dios: Anhelaba estar con él, para contemplar su gloria. Me sentí dulcemente dispuesto a entregarle todo, incluso a mis amigos más queridos, a mi rebaño más querido, a mi hermano ausente, y a todas mis preocupaciones por el tiempo y la eternidad. ¡Oh, que su reino venga al mundo; que todos lo amen y lo glorifiquen; y que el bendito Redentor pueda “ver la aflicción de su alma, y estar satisfecho! ¡Oh, ven, Señor Jesús, ven pronto! Amén.

Aquí termina su Diario: estas son las últimas palabras que están escritas en él, ya sea de su propia mano o de su boca.

En la mañana del día del Señor, el 4 de octubre, cuando mi hija Jerusha (que lo atendía principalmente) entró en la habitación, la miró muy gratamente y le dijo: “Querida Jerusha, ¿estás dispuesta a separarte de mí? – Yo estoy dispuesto a separarme de ti; estoy dispuesto a separarme de todos mis amigos; estoy dispuesto a separarme de mi querido hermano John, aunque lo amo como lo mejor de toda criatura viviente, lo he confiado a Dios, y a todos mis amigos; y puedo dejarlos con Dios. Aunque si pensara que no podría verte y ser feliz contigo en otro mundo, no podría soportar separarme de ti. ¡Pero pasaremos una feliz eternidad juntos!” [†]

[†] Desde entonces, le ha complacido a Dios llevarse a mi querida hija [Jerusha] por la muerte, el 14 de febrero del año siguiente, después de una breve enfermedad de cinco días, a los dieciocho años de edad. Ella era una persona con el mismo espíritu que Mr. Brainerd. Ella lo había cuidado y atendido constantemente en su enfermedad, durante diecinueve semanas antes de su muerte; dedicándose a ello con gran deleite, porque lo miraba como un eminente siervo de Jesucristo. En este tiempo, él tuvo mucha conversación con ella sobre cosas de religión; y en su estado de agonía, a menudo nos expresó a nosotros, sus padres, su gran satisfacción con respecto a su verdadera piedad, y su confianza en que la encontraría en el cielo; y su alta opinión de ella, no sólo como una verdadera cristiana, sino como una santa muy eminente; una persona cuya alma era alimentada y entretenida con cosas que pertenecían a las partes más espirituales de la religión; y una persona que, por el temperamento de su mente, era la más apta para negarse a sí misma por Dios, y para hacer el bien más allá de cualquier mujer joven que él conociera. En el curso de su vida había manifestado un corazón extraordinariamente dedicado a Dios. Muchos años antes de que la llevaran a su lecho de muerte, ella dijo que “no había estado ni un minuto en varios años, en los que desearía vivir un minuto más por el bien de cualquier otro bien de la vida, sino solamente para hacer el bien, viviendo para Dios; y haciendo lo que pudiese ser para su gloria”.

Últimos días de David Brainerd

En la noche del 4 de octubre, cuando uno entró en la habitación con una Biblia en la mano, Mr. Brainerd exclamó: “¡Oh, ese querido libro!, ¡ese precioso libro!, ¡pronto lo veré abierto!, ¡los misterios que están en él, y los misterios de la Providencia de Dios, serán desvelados!”

6 de octubre. Permaneció acostado durante un tiempo considerable, como si estuviera muriendo. En ese momento, se le oyó decir en susurros quebrantados, expresiones como estas: “Vendrá, no tardará... Pronto estaré en gloria... Pronto glorificaré a Dios con los ángeles”. Pero después de un tiempo, revivió. Al día siguiente, su hermano John llegó de Nueva Jersey, donde había estado detenido mucho más tiempo del que pretendía, por una enfermedad mortal que prevalecía entre los indios cristianos. El Sr. Brainerd se sintió reconfortado al verlo, y pareció plenamente satisfecho con las razones de su retraso; viendo que el interés de la religión, y las almas de su gente lo requerían.

Jueves, 8 de octubre. Me dijo que era imposible para nadie concebir la angustia que sentía en su pecho. Manifestó mucha preocupación por no deshonorar a Dios con su impaciencia. Él deseaba que otros estuvieran levantando sus corazones a Dios por él. Señaló que esperaba morir esa noche; pero parecía temer un retraso más largo; y la disposición de su mente con respecto a la muerte seguía siendo la misma que siempre había sido. Y a pesar de sus agonías corporales, sin embargo, el interés de Sion seguía teniendo gran peso en su mente; como se desprende de una plática considerable que tuvo esa noche con el Sr. Billing, uno de los ministros vecinos, en relación con la gran importancia de la labor del ministerio. Después, cuando era muy tarde en la noche, tuvo muchas conversaciones con su hermano John, sobre su congregación en Nueva Jersey, y el interés de la religión entre los indios. En la última parte de la noche, sus angustias corporales parecían aumentar más que nunca; y dijo a los que le rodeaban que “morir era otra cosa muy distinta de lo que la gente imaginaba”; explicándose a sí mismo que no eran conscientes del dolor corporal y la angustia que sufrían antes de morir. Hacia el día, sus ojos estaban fijos; y continuó acostado inmóvil, hasta cerca de las seis de la mañana, y luego expiró, el viernes 9 de octubre de 1747, cuando su alma fue recibida por su amado Señor y Maestro, como un siervo eminentemente fiel, en un estado de perfección, de santidad y de fructificación de Dios; que tan a menudo, y tan ardientemente anhelaba. [Jonathan Edwards]

Carta de David Brainerd a su hermano John

A su hermano John, en Bethel, el pueblo de los indios cristianos, en Nueva Jersey, escrito en Boston, antes de su muerte.

Querido hermano,

Ahora estoy justo al borde de la eternidad, esperando aparecer muy rápidamente en el mundo invisible. Ya no me siento un habitante más en la tierra, y algunas veces tengo un gran deseo de “partir y estar con Cristo”.

Bendigo a Dios. Él durante algunos años me ha dado una convicción permanente de que es imposible que una criatura racional disfrute de la verdadera felicidad sin estar completamente dedicado a Él. Bajo la influencia de esta convicción, en cierta medida he actuado: ¡Oh, que yo hubiera hecho más! Vi tanto la excelencia como la necesidad de la santidad; pero nunca de una manera como ahora, cuando soy llevado cerca de la sepultura.

Oh, hermano mío, persigue la santidad: presiona hacia la bendita marca; y que tu alma sedienta diga continuamente: “No estaré satisfecho hasta que despierte a tu semejanza”.

Y ahora, mi querido hermano, así como debo presionarte para que persigas la santidad personal, para que ayunes y ores tanto como tu salud lo permita, y para que vivas por encima del ritmo de los cristianos comunes: así debo suplicarte que atiendas a tu trabajo público; que te esfuerces por distinguir entre la religión verdadera y la falsa; y para ello, vigila las motivaciones del Espíritu de Dios en tu propio corazón; míralo en busca de ayuda, y compara imparcialmente tus experiencias con su palabra.

Encarga a mi pueblo, en el nombre de su ministro moribundo, más aun, en el Nombre de Aquel que estuvo muerto y ahora vive, que vivan y caminen como es digno del el evangelio. Diles cuán grandes son las expectativas que Dios y su pueblo tienen de ellos, y cuán terriblemente herirán la causa de Dios si caen en el vicio: además de perjudicar fatalmente a otros pobres indios. Insiste siempre en que sus alegrías son engañosas, aunque hayan sido arrebatados hasta el tercer cielo, a menos que el tenor principal de sus vidas sea espiritual, vigilante y santo. Al insistir en estas cosas, “te salvarás a ti mismo y a los que te oyeren”. Dios sabe que estaba dispuesto a servirle más tiempo en la obra del ministerio, aunque tuviera que hacerlo con todos los trabajos y dificultades de los últimos años, si así Él lo hubiera considerado oportuno; pero como su voluntad ahora parece otra cosa, estoy plenamente contento, y puedo, con la mayor libertad, decir, “que se haga la voluntad del Señor”.

Me duele pensar en dejarte en un mundo de pecado: mi corazón se apiada de ti, de que esas tormentas y tempestades aún están ante ti, de las cuales, por la gracia, ya casi soy liberado. Pero “Vive Dios, y bendita sea mi Roca”: Él es el mismo Amigo Todopoderoso; y yo confío en que será tu Guía y Auxiliador, como lo ha sido conmigo.

Y ahora, mi querido hermano, te encomiendo a Dios, y a la palabra de su gracia, que es poderosa para sobreedificarte, y darte herencia entre los santificados. Que disfrutes de la presencia divina, tanto en privado como en público; ¡y que tus brazos y tus manos se fortalezcan por la diestra del poderoso Dios de Jacob! Estos son los deseos apasionados y las oraciones de:

Tu hermano moribundo y afectuoso,

DAVID BRAINERD.

El Rev. David Brainerd murió a la edad de 29 años. Que su ejemplo sea imitado y sirva de aliento y motivación a todos los que aman a Cristo, y consecuentemente anhelan la salvación de los perdidos.

Traducido al español por *Diarios de Avivamientos* © - 2018

El Diario de David Brainerd

Una edición especial
de
Diarios de Avivamientos



Diarios de Avivamientos - 2018

Traducción: Gabriel Edgardo LLugar

Este material es gratuito - no puede ser usado con propósitos comerciales.